Simbad

$ 6.–

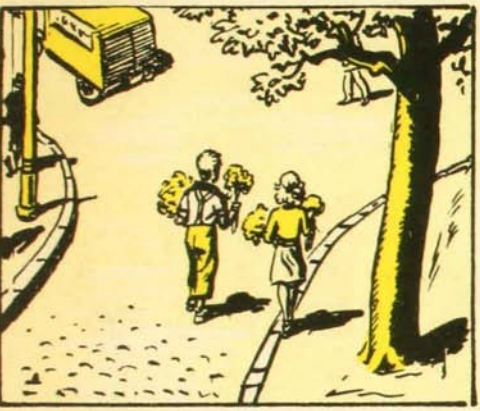
JUANA DE ARCO



N.º 244

Juan y Juanita

CAPITULO XXII.—NAVEGANTES NOCTURNOS.





1. Juan, Juanita y sus amigos necesitaban dos mil francos, para comprar la embarcación que les servía de vivienda. La niña y el pequeño y gordezuelo Mincho recogieron flores silvestres y las vendieron en las calles. "—Manzanulas y campanillas" —gritaba Mincho, equivocando el nombre de las flores.





2. Por su parte, los otros niños se dedicaban a buscar perritos extraviados y los entregaban a sus dueñas, que prorrumpían en extasiadas exclamaciones: "—¡Ay, mi pichito adorado! ¡El corazón de su mamita!" —Y recompensaban con generosidad al niño que les había devuelto a sus regalones.

(Continúa en la penúltima página.)

5 MAYO 1954

Simbad

AÑO V — 5-V-1954 — N.º 244

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Juana de Arco

Adaptación de Roxane

CAPITULO XI.—Hacia el patíbulo.



Por toda la ciudad se esparció la noticia de que Juana de Arco había perjurado y volvía a vestirse de hombre. Acudieron los inquisidores, y, a la cabeza de éstos, Cochon, obispo de Beauvais.

Los soldados ingleses, que escondieron en la mañana las prendas femeninas, las habían dejado al pie del camastro, muy visibles, para acriminar aún más a la prisionera.

—¿De modo que ha vuelto usted a vestirse de hombre, Juana? —preguntó Cochon.

—Prefiero este vestido —contestó la doncella.

—Había usted jurado que nunca más lo vestiría. ¿Por qué ha faltado a su palabra?

—No hice tal juramento para permanecer en esta prisión llena de soldados —protestó Juana—. Conducidme a una prisión de la Iglesia, donde me custodien religiosas y haré lo que la Iglesia me ordene.

Ya Cochon tenía una prueba del perjurio de Juana, y quería otra más para condenarla.

—¿Ha oído usted las voces? ¿Se le han aparecido sus santos?
—Sí, y me dijeron que fuí víctima de un engaño.
—Cuando estaba en el tribunal del cementerio de Saint-Quen declaró que eran los espíritus malignos quienes la hacían jactarse de esas voces y apariciones.
—Jamás he dicho esa falsedad. Acepté el vestido de mujer por temor a la hoguera, pero nunca he negado la verdad. Ustedes me engañaron cuando me dijeron que recobraría la libertad.
—¿Recobrar la libertad después de tantas maldades? —exclamó el obispo Cochon—. ¿Estás soñando, Juana? Te condenamos a comer el pan de la amargura y a beber el agua de la aflicción hasta el fin de tu vida terrenal.
—Encended vuestra hoguera —gritó Juana—. ¿Creéis que me asusta más que vivir cual rata en una trampa? No es el pan con agua lo que temo. Para mí no es privación el beber agua limpia, ni comer pan solo. Pero encerrarme para que no vea la luz del cielo, ni los campos, ni las flores; atar con cadenas mis pies para que no vuelva a montar a caballo con los soldados, ni escalar fortalezas enemigas; hacerme respirar aire malsano, todo eso es peor que el horno bíblico que fué calentado siete veces. Yo podría vivir sin mi caballo de combate, podría volver a llevar traje de mujer, podría renunciar a las banderas y trompetas, y dejar que los batallones pasaran por delante de mí, como pasan por delante de las demás mujeres, con tal de escuchar el soplo del viento por las frondas, el canto de las alondras al sol, el balar de los corderos en demanda de la madre, y el sonido de las benditas campanas. Pero sin esas cosas no puedo vivir, no quiero vivir, y vuestra decisión de quitármelas me prueba que obedecéis al demonio, mientras yo obedezco a Dios.
Cuando Pedro Cochon salió de la prisión, se encontró en la puerta con el conde de Warwick y otros ingleses, y al verles les gritó:
—Podéis estar alegres que pronto se realizarán vuestros deseos. Juana está poseída por el diablo y yo pediré su excomunión.
Al día siguiente, martes 29 de mayo de 1421, Pedro Cochon convocaba al tribunal para informarlo oficialmente que la *bruja* por ser relapsa era a la vez apóstata.
El tribunal decidió que Juana compareciera al día siguiente en la plaza del Mercado Viejo, ordenando además al verdugo que a las ocho de la mañana acudiera en busca de la detenida.
El miércoles 30 de mayo fué un radiante día de primavera. Las

campanas de Rouen llenaban el tibio aire matutino con la gracia del Angelus, pero los gallos que anunciaron el nacimiento de Juana en la campiña de Lorena no cantaban esa mañana para anunciar su muerte en plena juventud y belleza.

El fiel guardián Massieu llegó a la cárcel poco después del alba.

—Mi buena Juana —dijo el guardián—, una vez más la convocan. El hermano Martin Ladvenu viene a prevenirla.

Entró en la celda el joven dominico con el corazón desgarrado, y le dijo:

—Hija mía, piensa en Dios. Hoy es el último día que permanecerás en la tierra.

—¡Ay!, qué cruelmente me tratan —sollozó la doncella de Orleáns—. Preferiría ser decapitada antes de perecer en la hoguera...

Cuando se presentó el obispo Cochon, ella pronunció:

—Obispo, muero por vos.

—Va usted a morir por haber vuelto a sus maleficios —repuso Cochon.

—Estoy más cerca de Dios que vosotros y para probaros que muero dentro de la Iglesia pido el Santo Viático.

El obispo Cochon no había previsto que la excomulgada pidiera la comunión, y, para concedérsela, tuvo que consultar al consejo eclesiástico.

—Que le lleven clandestinamente la hostia en una patena —decidió el consejo.

Pero el hermano Martin protestó, indignado, y exigió que el clero de Rouen llevara en procesión solemne el Santo Viático a la doncella.

Salió, pues, la procesión de la Catedral de Rouen, cantando las letanías usua-



—Hija mía, hoy es tu último día en la tierra —dijo el hermano Martín.


La carreta de la muerte conducía a Juana de Arco.

les, y Juana recibió el "Pan de Gloria" con piedad y humildad.
El hermano Martin acompañaba a la sentenciada derramando abundantes lágrimas.
Entretanto, en la plaza del Mercado Viejo, los ingleses esperaban impacientes a su víctima. La plebe, como siempre, ávida de emociones violentas, se agolpó en la plaza.
Los verdugos preparaban a la víctima en su celda carcelaria. Comenzaron por quitarle las cadenas, para vestirla con la camisa de los ajusticiados, untada en azufre a fin de que las llamas fueran más vivas.
La hermosa cabeza que tan noblemente supo llevar el casco guerrero estaba cubierta por una mitra de cartón, sobre la que se había escrito, con grandes letras:
Herética, relapsa, apóstata, idólatra.
Así, infamemente, en medio de la plebe y de ochocientos soldados ingleses que llenaban el patio del castillo de Rouen, la Doncella de Orleáns, la que había salvado a la Francia y coronado a su rey, subió al carro del verdugo.
Erguida, con la mirada fija en el cielo, Juana de Arco parecía sonreír a sus santos. Los rayos del sol primaveral formaban una aureola sobre su frente. El cortejo marchaba lentamente hacia la plaza del Mercado Viejo...
Algunos de los miembros del tribunal, trastornados por el remordimiento y gritando con desesperación, se abrieron paso para llegar hasta Juana e implorar que les perdonara.
Juana de Arco lloró entonces, y el guardián Massieu y el hermano Martin la oyeron decir:
—Perdónales, Señor.
La turba, también enardecida, gritaba:
—¡Mueran los ingleses!
El conde Warwick se interpuso con sus soldados y el carro de la muerte traspuso el puente levadizo del castillo. Para que todo el mundo pudiera verla, Juana llevaba a la espalda un cartel en el que se enumeraba sus delitos:
Juana, que se ha hecho llamar la Doncella, embustera, perniciosa, adivinadora, engañadora del pueblo, supersticiosa, blasfema del nombre de Dios, presuntuosa, mal creyente de la fe de Jesucristo, jactanciosa, idólatra, cruel, disoluta, invocadora de demonios, cismática y herética.

(CONCLUIRA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO IV.—E

PUERTO SECRETO





1. El príncipe Ima, hijo del rajá de Samodar, estaba prisionero en el templo de Badami. Max Barton, en complicidad con Tang, tenía un plan que le proporcionaría una inmensa fortuna. "—Si intentas fugarte de nuevo, tu padre morirá", amenazó Max al joven príncipe.





2. No lejos del templo, en una modesta posada, se detuvieron los detectives Mario Laurenti y Pancho Baray, acompañados de su guía Lahal. "—Bienvenidos —saludó un hindú, inclinándose en una profunda reverencia. Luego habló en secreto con uno de sus cómplices—: 'Son ellos, sin duda."





3. Luego de añadir en un susurro: "—Ya sabes lo que tienes que hacer —se dirigió a sus huéspedes, con fingida cordialidad—: He dispuesto las mejores habitaciones para los sahibs." El sagaz Lahal dijo a Laurenti: "—No me fío de este descastado. Sospecho que trama alguna traición."





4. "—Vámonos pronto de aquí", sugirió Pancho Baray. Al salir descubrieron que un grupo de nativos vigilaba la salida. Estaban allí, sin duda, para impedir que los extranjeros abandonaran la posada. "—Pancho —dijo Mario—, dáles una tunda, mientras yo voy en busca de recursos."

EL TEMPLO DE BADAMI



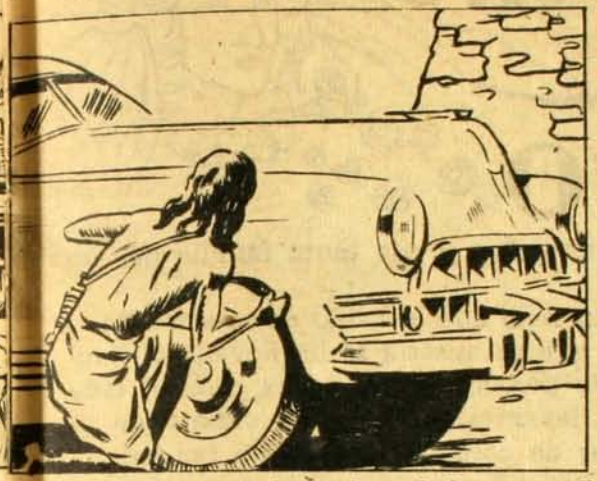


5. Con gran agilidad, subió al techo, y atravesándolo velozmente, se dejó caer en el patio. Luego trepó al muro y desde allí vió una embarcación. "Un puerto clandestino —murmuró, asombrado—. ¿Qué misterio se oculta en esta posada? ¿Se relaciona, quizás, con el templo de Badami?"



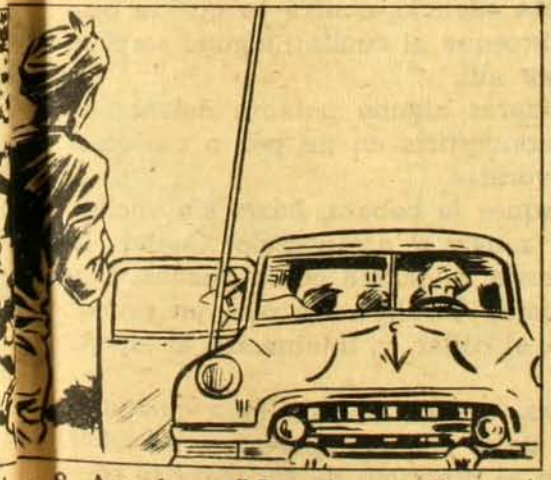


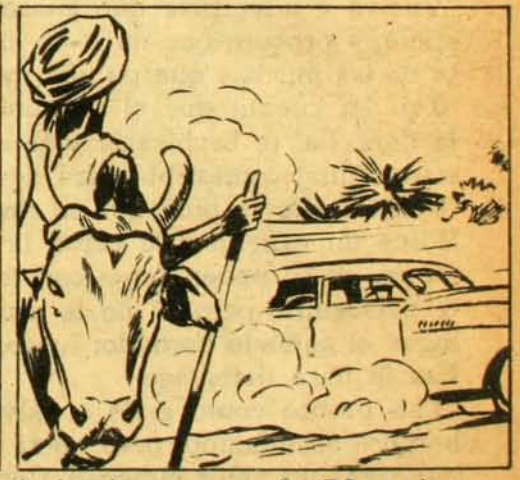
6. De pronto, una sombra se deslizó, apegada al muro. Laurenti, reconociendo a Lahal, le llamó en voz baja: "—¡Sahib!", respondió el joven hindú. Obedeciendo a una señal del detective, escaló la pared y escuchó con atención las instrucciones de su amo: "—Registra el coche que acaba de llegar al muelle."





7. "—Regresa después a informarme", añadió. Lahal desapareció tan silenciosamente como había aparecido y un instante después se hallaba junto al automóvil. Al percibir rumor de pasos, se ocultó. Pudo ver en el asiento delantero a un hombre blanco que hablaba por radio. Su rostro denotaba dureza.





8. Aquel era Max Barton. Le oyó decir claramente: "—Mensaje recibido, Badami." Luego el coche se puso en marcha. Rugió el motor, interrumpiendo el apacible silencio de los campos. Allí reinaba una aparente paz. En la selva cercana, el peligro acechaba. Lahal se dispuso a regresar junto a su amo.

(CONTINUARA)

Un cabello extraño



Había una vez un hombre tan pobre y con tanta familia que no podía mantenerla.

Una noche vió en sueños a un niño que le habló de este modo:

—No ignoro, pobre hombre, que tu miseria te ha llevado al límite de la desesperación. No te preocupes, tus penas cesarán muy pronto. Mañana, cuando te levantes, encontrarás debajo de tu cabecera un espejo, un collar de coral y un pañuelo bordado.

"Coge estos tres objetos, sin mostrárselos a nadie, y atraviesa el bosque hasta llegar al río que lo cruza. Remonta luego el curso de la corriente hasta su nacimiento y hallarás una doncella tan radiante como el mismo sol, con una cabellera tan abundante que le cubre la espalda.

"Vuelvo a advertirte que guardes silencio, ocurra lo que te ocurriere, y procura que no se te enrosque al cuello ninguna serpiente de las muchas que pululan por allí.

"Ten en cuenta que si pronunciaras alguna palabra delante de la doncella, te hechizaría y te convertiría en un pez o cualquier otro animal comestible para devorarte.

"Cuando ella te pida que le rasques la cabeza, hazlo sin vacilar. Busca un cabello rojo como la sangre y arráncaselo. Cuando lo tengas en tu poder, huye con tanta velocidad como puedas. Ella te perseguirá, pero tú no te asustes. Tírale a los pies, en primer lugar, el pañuelo bordado; luego, el collar, y, finalmente, el espejo. Eso la hará detenerse.

"Tan pronto como estés a salvo, vende el cabello a cualquier hombre acaudalado, pero no te dejes engañar, pues has de saber que tiene un valor inmenso. Con el producto de su venta te convertirás en un hombre rico y podrás mantener a tu familia con gran holgura."

Por la mañana, cuando el hombre despertó, halló debajo de la

cabecera los objetos que le indicara el niño que había visto en sueños.

Inmediatamente se vistió, se los metió en un bolsillo y se dirigió al bosque hasta llegar al río, remontándolo luego hacia su nacimiento.

Encontró a la doncella sentada al borde de un lago, enhebrando rayos de sol en una aguja y bordando una tela extendida sobre un bastidor. Aquella tela estaba tejida con cabellos de héroes.

Cuando el pobre hombre vió a la hermosa hada, se inclinó profundamente, sin pronunciar una palabra.

Ella se levantó y le preguntó:

—¿De dónde vienes, caminante?

El no respondió.

—¿Quién eres? —tornó a preguntar la doncella.

Silencio.

—¿Qué quieres de mí?

El mutismo más absoluto por parte del recién llegado.

Nuevas preguntas no obtuvieron la menor contestación del pobre caminante, que permaneció mudo como una estatua, aunque le dió a entender por



El hada persiguió furiosamente al pobre hombre.

medio de gestos que no podía hablar y que acudía a ella en espera de auxilio.
Finalmente, el hada le rogó que se sentara sobre el borde de su túnica, y, cuando él hubo obedecido, ella posó su hermosa frente sobre las rodillas del pobre para que éste le rascara la cabeza.
El estuvo buscando el cabello rojo como la sangre; cuando lo encontró se lo arrancó de un tirón, se incorporó y echó a correr.
El hada, al darse cuenta, se levantó a su vez y emprendió la persecución, avanzando a saltos con la velocidad de la gacela del desierto.
Cuando él volvió la cabeza y se dió cuenta de que ella estaba a punto de alcanzarle, extrajo del bolsillo el pañuelo y se lo lanzó a los pies.
La doncella, al verlo, se detuvo, lo recogió y estuvo contemplándolo largo rato, admirando la belleza del bordado.
Ya se había adelantado el pobre hombre un buen trecho, cuando el hada se guardó el pañuelo en una manga y reanudó la persecución con creciente velocidad.



Hasta la campesina menos vanidosa conocía el espejo.



Viéndose en peligro de nuevo, el fugitivo sacó el collar de coral y lo lanzó a los pies de su perseguidora, consiguiendo que se detuviera de nuevo a admirar el soberbio brillo de aquel objeto rojizo. Pero al cabo de un instante, cuando ella se dió cuenta del ardid, arrojó furiosamente al suelo el pañuelo y el collar, y redobló con enconada furia la velocidad para alcanzar al ladrón de su cabello.

No tardó en llegar tan cerca de él, que el pobre percibió perfectamente el jadeo de su respiración; pero entonces se volvió y echó a sus pies el espejo.

Hasta la campesina menos vanidosa del contorno conocía el espejo, pero el hada no lo había visto nunca y no pudo por menos que llamar extraordinariamente su atención.

Permaneció un buen rato mirándolo en silencio, sin atreverse a cogerlo; pero al fin lo levantó del suelo, y, al ver su imagen reflejada en el límpido y azogado cristal, creyó que se trataba de otra doncella desconocida.

Más de media hora estuvo haciendo visajes y gestos que la desconocida repetía; por último, dándose cuenta del engaño, quiso

reanudar la persecución, pero ya era demasiado tarde: el campesino había llegado a su domicilio y se hallaba fuera de su alcance. Entonces, malhumorada, regresó al lago, donde permaneció llorando desconsoladamente durante cinco años y dos días.

El pobre hombre, una vez a salvo, enseñó a su esposa el extraño cabello, refiriéndole detalladamente el sueño y todo lo ocurrido. La esposa empezó burlándose de él; sin embargo, el pobre hombre se dirigió a la ciudad y voceó a grito pelado que vendía un cabello maravilloso, rojo como la sangre.

Un corro de curiosos lo rodeó en seguida. Un chusco ofreció una corona por el cabello; otro aumento la oferta a dos; un tercero la dobló... Finalmente, llegaron a dar cien coronas por el cabello.

Pero la noticia del extraño hallazgo había llegado a oídos del rey, que envió a uno de sus jefes de escolta y ofreció cien mil coronas por aquel objeto, tan inútil al parecer.

El pobre hombre aceptó, se dirigió al palacio y entregó al monarca el cabello, recibiendo a cambio el dinero prometido.

Cuando el soberano quedó solo, hendió el cabello de punta a punta con una daga mágica y halló escrita en su interior la historia del mundo desde sus comienzos hasta los días en que esta historia sucedió.

El pobre hombre vivió muchos años en la opulencia, rodeado de su mujer e hijos, respetado y feliz.

Y tuvo tantas riquezas, que las comadres habladoras de la región comentaban su fortuna de día y de noche.

—¿De dónde sacó el cabello rojo como la sangre? —decían, torciendo las bocas desdentadas en un gesto de duda—. ¿Y por qué el rey vació casi las arcas reales para comprárselo? Es sin duda un cabello mágico. ¿Perteneció a un hada, a un gigante o a un demonio?

Ninguna de estas preguntas obtenía respuesta, porque el antiguo campesino jamás reveló su secreto, y para asegurarse de que su mujer también sería discreta, la tenía amenazada con una paliza si hablaba.

—Ese es mucho oro para haberlo conseguido sin magia, ni malos conjuros —proseguían las viejas comadres.

El sol se ocultaba y ellas seguían hablando. Las antorchas se consumían y la cháchara continuaba a más y mejor. Caía la lluvia y las lenguas no paraban de comentar.

¿Y el ex pobre hombre? Cada vez más rico y más callado.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA











-CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

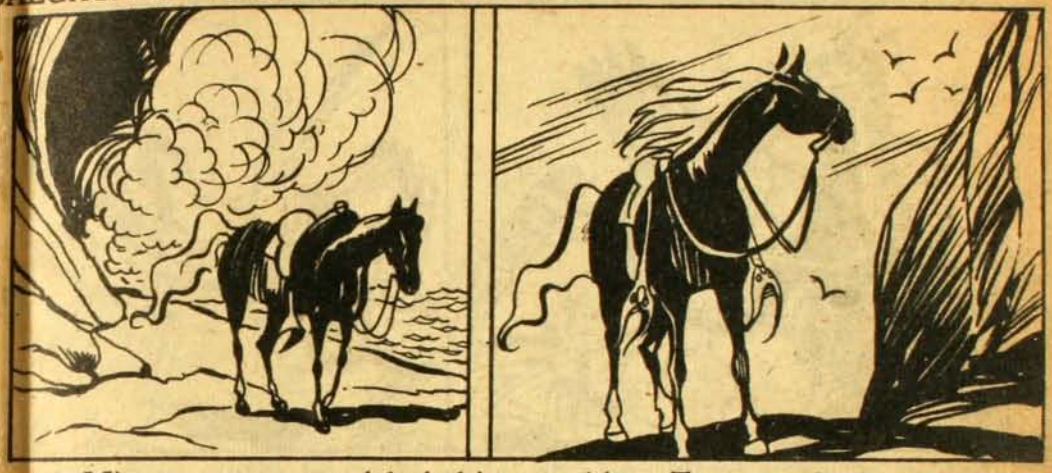
CAPITULO XXIX.—CABALGATA FANTASMAL



1. Solitario Bill, suspendido sobre un abismo se defendía del ataque de un águila furiosa. Logró herirla, mientras la hembra del ave de rapiña cortaba a picotazos la soga. Al caer en el vacío, el joven se cogió instintivamente de las patas del águila, que batía con violencia sus alas.



2. Aquel aletear agónico amortiguó la caída. Pero poco a poco se atenuó, hasta que las alas quedaron inmóviles. Con rapidez vertiginosa cayeron Solitario Bill y el águila muerta. El golpe fué tan rudo, que el héroe texano perdió el conocimiento. Un silencio mortal se extendió por el desfiladero.



3. Mientras tanto, ¿qué le había ocurrido a Tempestad, el caballo de Solitario Bill? Su amo le ordenó salir de la galería cuando estalló la carga de dinamita que abrió un cráter bajo la caverna de los totems. El noble animal obedeció, sin alejarse demasiado. Súbitamente, presintió que su amo estaba en peligro.



4. Con la velocidad del viento galopó hacia la caverna, donde aún estaban reunidos los indios osages. Hijo de Trueno, al verle, exclamó: "—Es el caballo de Solitario Bill". Uno de los pieles rojas contestó: "—Será fácil cogerlo. Está cansado". Los ojos del indio relucieron de codicia al observar a Tempestad.

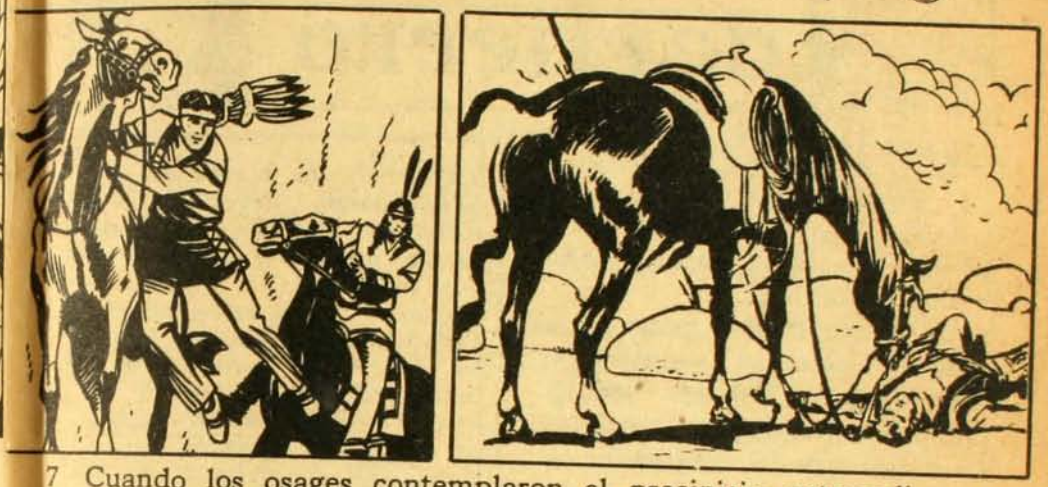
SOLITARIO BILL



5. Con los ijares temblorosos de fatiga, el corcel seguía su desenfrenada carrera. Los osages intentaron detenerlo, pero él los rechazó. Caían los indios bajo los cascos de vertiginosa fuerza. Oyeron el relincho desafiante y después la obscura y fugaz silueta se perdió en la lejanía.



6. "—¡Síganlo! —aulló Hijo del Trueno—. El nos guiará hasta el rostro pálido. Solitario Bill ha huído, pero esta vez caerá en mis manos vengadoras." Seguidos por los jinetes rojos, el caballo subió por una escarpada senda, y de allí se deslizó hasta las profundidades del abismo.



7 Cuando los osages contemplaron el precipicio, retrocedieron atemorizados. "—Ese caballo está poseído por un genio maligno", susurraban. Luego descabalgaron, para iniciar a pie el descenso, mientras Tempestad llegaba junto al cuerpo inerte del vaquero. Lanzó su aliento sobre el rostro inexpresivo y rozó la frente.



8. Solitario Bill continuaba inmóvil. En ese instante aparecieron los osages, esgrimiendo sus hachas de guerra. Un temor supersticioso los dominaba. ¿Aquel caballo prodigioso sería acaso un totem reencarnado? Había galopado, tal vez, en las praderas eternamente verdes del Gran Espíritu.

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO VI.—Las joyas recuperadas.

RESUMEN: La familia del gran duque Sergio Nepuskine debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. Le acompañan en el exilio sus hijos Nadine, Valia y Dimitri, su madre, la princesa Alejandra, y su cuñada, Sofía. Esta pierde sus joyas y cree que se verá sumida en una horrible miseria. Pero el gran duque encuentra un empleo y la familia se traslada a París. Sofía no se resigna a vivir ignorada y conspira con Boris y Carol, dos refugiados políticos. Días más tarde el gran duque Sergio desaparece misteriosamente. La princesa Alejandra sostiene a la familia, instalando un taller de bordados...

La condesa Sofía estaba cada vez más abatida.

—Un negro destino persigue a nuestra familia —suspiraba tristemente—. Tal vez una ignorada maldición nos persigue. La dinastía de los Nepuskine se extinguirá.

Entre dos lamentos, añadía:

—Este cúmulo de desgracias me matará. Quien hubiera pensado que yo, Sofía Palotka Siromiska, me vería sumida en la miseria y en la desesperación. Llevo sangre de zares en mis venas, y, sin embargo, estoy confundida con la hez del pueblo y con la estúpida clase burguesa. Mi residencia natural es un palacio y no un tugurio. Debo tener una servidumbre numerosa y no estar obligada a atenderme yo misma. Ni siquiera Nika me respeta como antes. Pasa el día gruñendo y nunca me hace una reverencia.

Un día recibió de Niza un telegrama que la trasportó al séptimo cielo. Sus mejillas fláccidas se colorearon, y sus ojos brillaron de felicidad y éxtasis. La policía la citaba a Niza para que reconociera las joyas que le había robado un chófer de taxi.

Convencida de que por fin el esquivo azar le devolvería no sólo sus joyas, sino también su gloria y los homenajes debidos a su abolengo, se vistió con sus perifollos más brillantes y corrió a la peluquería a peinarse y a pintar sus uñas. Esparciendo sonrisas

y optimismo, se dirigió después a la estación. Tenía pasaje reservado. Sus sobrinos la despidieron.
—Tía, tráeme un lindo regalo —exigió la voluntariosa Valia.
—A mí también —añadió Dimitri.
—¿Y tú? ¿Qué me pides? —interrogó Sofía a Nadina.
—Nada. Le deseo buen viaje —respondió la niña, sosteniendo con serenidad la malévola mirada de la condesa, quien deseaba oírla expresar un deseo, para darse el placer de negárselo.
Partió el tren, con gran estridor de ruedas. Nika reconcentrada y sombría, fué la primera en abandonar el andén. Los hijos del gran duque Sergio la siguieron. La fiel nodriza era la única servidora que se mantenía junto a la familia desterrada.

Al llegar a Niza, Sofía se presentó ante el comisario.
—Tenga la bondad de describirme las joyas que le fueron robadas —solicitó el funcionario.
Sofía se lanzó a hablar de sus alhajas y refirió largas historias sobre cada una de ellas.
El comisario intentó varias veces interrumpirla. Por fin se resolvió a escuchar con paciencia y a disimular sus bostezos de aburrimiento.
Después le devolvió apresuradamente las joyas descritas y cuando Sofía abandonó la comisaría, el jefe de la policía exhaló un suspiro de alivio.



Sofía recuperó sus joyas.

Temerosa de que otro bellaco le robara su tesoro, la condesa lo colocó en una bolsa y luego cosió ésta en el forro de su abrigo, sin preocuparse por el gran bulto que formaban.

Sólo separó un par de aros de brillantes. Los vendió y su primer gesto fué concurrir a un lujoso restaurante, donde se sirvió un almuerzo monumental.

Mientras bebía a sorbos su taza de café, reflexionaba:

"Es agradable estar en Niza."

Pensaba "Niza", pero la idea fija en su mente era "Montecarlo". Una vez había jugado a la ruleta y ganó. Por cierto que ese dinero le fué robado, pero eso no impedía que el ganarlo hubiera sido un golpe de suerte. El ansia de probar nuevamente la dominó..., y esa noche perdió en el tapete el dinero que le quedaba por la venta de los aros.

Vendió un prendedor para regresar a París y durante el viaje hizo proyectos sobre el futuro de sus sobrinos.

—Adoptaré a Valia —decidió—. De Dimitri no me encargo, porque tiene un carácter difícil de gobernar. No quiero pasar rabias, ni tener problemas.

Por supuesto que no dedicó ni un solo pensamiento a Nadina, a



El rostro de Nika se veía surcado de lágrimas.

quien consideraba de raza inferior, por ser hija de una extranjera.
—Arrendaré una casa lujosa, digna de ser habitada por mí —añadía—. Viviré con Valia y con una docena de sirvientes. La princesa Alejandra se ocupará de Dimitri y de Nadina. No sólo yo debo sacrificarme.
Estos proyectos giraban en su cabeza, cuando llamó a la puerta de su casa. Los olvidó súbitamente ante Nika. La nodriza había acudido a abrir y permaneció inmóvil en el umbral. Su rostro estaba surcado de lágrimas.
—¿Qué te sucede, Nika, por Dios? —exclamó Sofía.
Conteniendo los sollozos, la buena mujer gimió:
—¡Ay, señorita! ¡Su Alteza está muy mal!
La princesa Alejandra le había prohibido usar títulos para nombrarles. Nika se acostumbró a llamar simplemente "señorita" a Sofía, pero jamás pudo decirle "señora" o "ama" a la princesa.
—¿Qué tiene la princesa? —indagó Sofía, alarmada.
—Sufrió un síncope ayer. La niña Nadina llamó al médico y éste asegura que Su Alteza está muy grave. ¡Ay, señorita!
—No me llames señorita. ¿No sabes cuál es mi título? —protestó Sofía.
Nika se había sentido siempre confusa ante las órdenes contradictorias que recibía. Por una parte le prohibían usar títulos y por otra parte Sofía exigía ser tratada con riguroso protocolo.
—Iré a ver a la princesa —decidió Sofía.
—El médico ha prohibido las visitas —observó Nika—. Sólo Nadina puede ver a la enferma.
—Está bien —contestó secamente la condesa—. Dile que he regresado y que cuando no se sienta muy fatigada, se digne recibirme.
Nika transmitió ese recado. Alejandra, que yacía en su lecho, suspiró:
—Ya está aquí. Poco nos duró la paz.
—Abuelita, no es necesario que la recibas hoy.
—Tienes razón, hija mía. Hoy debo atender otro trabajo...
Nika y Nadina se miraron. ¿Empezaba a delirar la anciana princesa?
—Oyeme bien, Nika. No tengo fuerzas para hablar largo tiempo.
La leal Nika se aproximó respetuosamente.
—Dile a Sofía que cuide a Valia y a Dimitri. Nadina permanecerá junto a mí y cenará conmigo.

Cuando Nika se retiró, Nadina ocupó una silla junto al lecho y permaneció inmóvil, vigilando con ansia el demacrado rostro de su abuela. Transcurrió casi media hora. La niña creía que Alejandra estaba dormida, pero de pronto ella susurró:
—Nadina, ¿estás sola?
—Sí, abuelita querida, sola con usted.
—Bien. Anda a la puerta y corre el cerrojo.
Nadina obedeció.
—Acércate, hijita. Voy a morir.
—¡Oh, no! —gimió Nadina, aterrorizada.
—Sí, escúchame con calma.
—Abuelita, está cansada. El médico prohibió que...
Una débil sonrisa plegó los labios de la anciana.
—Las palabras que debo decirte son más importantes que las prescripciones del doctor. En la ausencia de tu padre, eres la única en quien puedo confiar. Mañana enviarás a Nika a la dirección que encontrarás en el primer cajón de mi armario. En esa tarjeta está el nombre de un notario. Hazle venir para que escriba mi testamento. Estamos arruinados, pero el taller que yo instalé representa algún valor. Eres demasiado joven para que lo administres sola. Te ayudará la señorita Nivert, la cajera. Ahora, busca en mi ropero un paquete envuelto en un pañuelo blanco. Son mis últimas joyas. El notario las tendrá en depósito y podrá venderlas solamente cuando tú lo requieras. ¿Comprendes? Sólo tú decidirás si se venden. Sofía no tendrá ningún derecho sobre ellas. Tú cuidarás de estos pequeños bienes, para sostener a tus hermanos, y hasta el regreso de tu padre.
Nadina se estremeció. "Hasta el regreso de tu padre". ¿Era posible, entonces, que volviera junto a ellos?
—Educar a tus hermanos será una tarea muy pesada para ti, mi pobre niña —prosiguió la anciana—. Sofía te creará muchos problemas, pero ten valor. Defiende a Valia y a Dimitri de su nefasta influencia. Sofía ha recuperado sus joyas, tendrá dinero. Esto me inquieta. Con dinero en sus manos, será más insoportable.
—No te preocupes, abuelita. Sabré armonizar con ella.
—Es posible que pierda otra vez sus joyas, o malgaste el dinero. Entonces, procúrale alimentos, dale hospedaje y sé bondadosa con ella. Pero no le permitas dirigir la casa ni guiar a tus hermanos. Prométemelo, Nadina.
—Se lo prometo, abuelita.



Nadina corrió el cerrojo de la puerta.

La inquietud de Alejandra no se disipaba. Oprimiendo las manos de su nieta, insistió:

—Los necios hacen a veces más daño que los rencorosos. No te fíes de la condesa, ni sigas sus ideas.

Cerró los ojos. Sus labios temblaron:

—Tengo el presentimiento de que ella es la culpable indirecta del secuestro de mi hijo. Nunca ha sido discreta y quizás reveló a alguien nuestro verdadero nombre. Un espía la oyó y entonces...

Una palidez mortal se extendió por su marchito semblante.

—¡Abuelita! —murmuró Nadina, con voz desfallecida de angustia y terror.

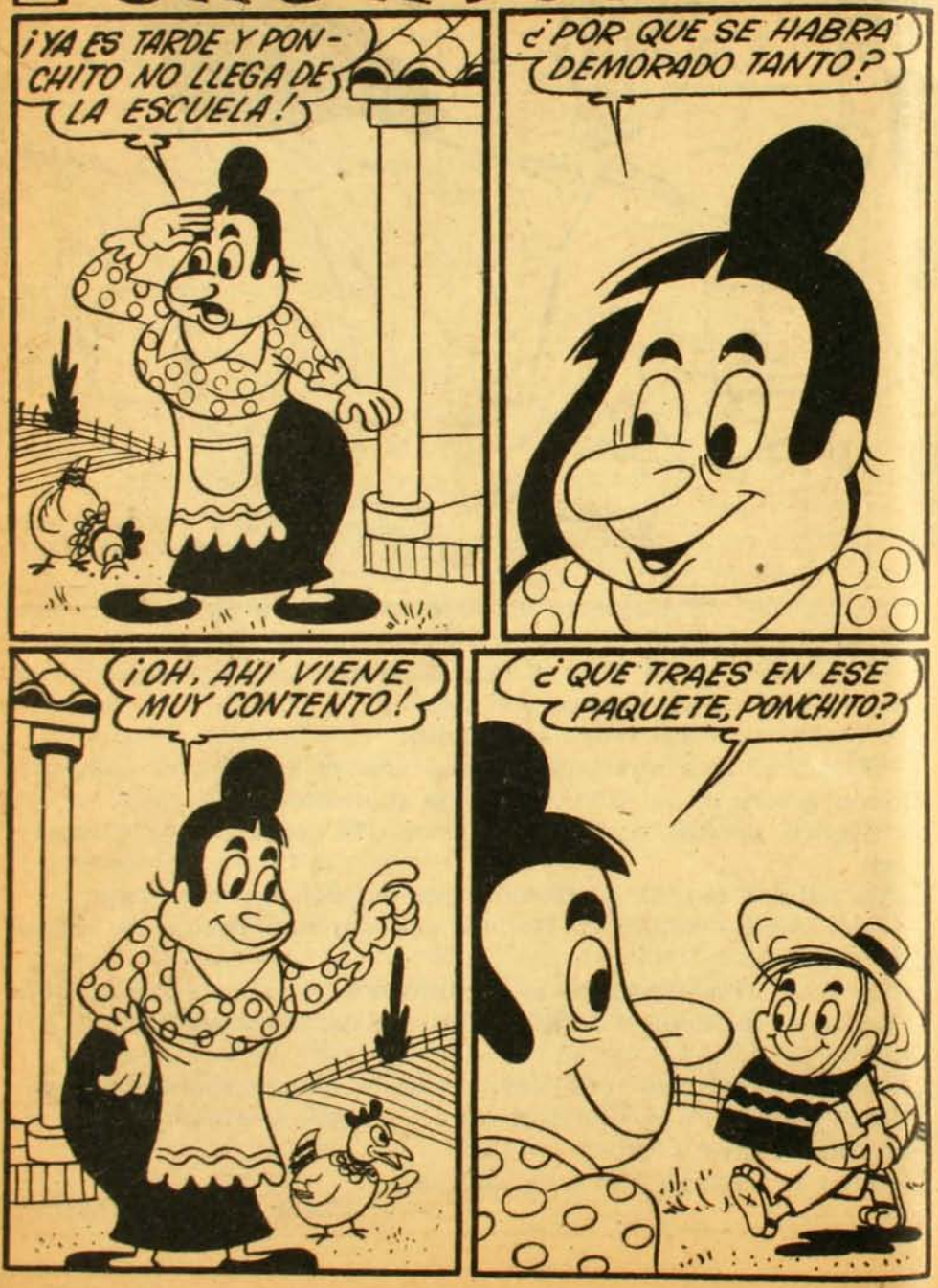
—Si mis presentimientos se confirman algún día —prosiguió la anciana—, perdona a Sofía. No es malvada, sino estúpida y vanidosa.

Intentó incorporarse, pero las fuerzas la habían abandonado. Alzando su mano casi transparente a causa de la prolongada enfermedad, susurró:

—Dios te bendiga y te guíe, niña mía.

(CONTINUARA)

Ponchito



por nato





El jorobado

CAPITULO XXVIII.— *Tres deseos mágicos.*

Cuando la gitana Flor propuso a Aurora que dijera en voz baja si amaba a Enrique de Lagardere, ella protestó, irguiéndose:

—¿Por qué en voz baja?

—Pues, dilo alto, si quieres.

—Pues bien, sí, ¡le amo!

La supuesta heredera de Nevers sonrió, aunque una sombra de tristeza cruzó por sus pupilas.

—El es un mago, Aurorita. Yo amaba a un hombre apasionadamente. Un día Lagardere puso su mano sobre mi frente y me dijo: "Flor, ese hombre no puede amarte". Lo creí y quedé curada. ¿Ves como es mago?

—Y ese hombre —inquirió Aurora, que había palidecido—, ¿quién era?

Cruz, sin mirar a su amiga, inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¡Era él! —exclamó Aurora con terror indecible.

Los ojos de la gitana se nublaron de lágrimas y un temblor febril agitaba el esbelto cuerpo de Aurora. Las dos eran muy bellas y en aquel momento habíase alterado la expresión de sus semblantes. El rostro de Cruz, siempre risueño, tenía ahora un dulce y melancólico gesto, mientras que los ojos de Aurora brillaban con un resplandor de celos.

—¡Tú, mi rival! —murmuró con voz ahogada.

Su amiga la atrajo hacia sí, venciendo su resistencia y la besó:

—Es a ti a quien ama. Y nunca amará a otra en su vida. Yo te lo digo.

—Pero tú...

—¡Oh!, yo estoy curada, y puedo contemplar sin odio vuestra dicha. ¡Ya ves que tu Lagardere es brujo! Por ejemplo, expresa un deseo. Estoy segura de que lo verás cumplido, por arte de magia.

—Nada deseo.

—¿Ni siquiera ir al baile del regente?

—¿Yo? Tal vez si...

La impulsiva gitana dió una palmada, diciendo:
—¡Una! Ese es tu primer deseo.
—Pero no tengo ropa, ni joyas... —protestó la niña sonriendo ante aquella extravagancia.
—¡Dos! ¿Deseas vestidos, adornos y joyas? Pues piensa en él, nada más que en él y verás.
El moreno semblante reflejaba seriedad. Aquella primitiva criatura creía en brujerías y empezaba a sentir, al mismo tiempo que un vago temor, una gran curiosidad.
—Expresa tu tercer deseo —dijo bajando la voz, a pesar suyo.
—Pero si yo no deseo ir al baile. Dejemos este juego.
—¿Y si te encontrarás allí con él?
—Entonces, sí querría ir.
—¡Tres! —gritó gozosa la gitana, dando la tercera palmada.
Y a punto estuvo de caer desmayada. La puerta de la sala se abrió, dando paso a Juan María, quien llegaba sin aliento.
—¡Señorita! —exclamó el paje—, traen para vos una cantidad de cajas con sedas, flores, encajes, y qué sé yo... —y volviéndose, añadió a gritos—: ¡Podéis entrar, sí; ésta es la casa del caballero de Lagardere!
—¡Qué haces desdichado! —balbuceó Aurora, con espanto.
—No temáis, señorita —repuso Juan María con suficiencia—, sé lo que hago. ¡Abajo los misterios!
¿Cómo describir la sorpresa de la supersticiosa doña Cruz? Se atrevió a invocar al diablo, y el diablo, dócilmente, acudió a su llamado.
Entraron varias doncellas, seguidas de otros tantos lacayos, portadores de grandes cajas de cartón que dejaron sobre la mesa.



El emisario saludó ceremoniosamente

Detrás venía un emisario, cuya librea no ostentaba los colores de ningún blasón. Adelantándose hasta Aurora la s a l u d ó ceremoniosamente antes de entregarle una carta. Se inclinó luego de nuevo y salió sin decir palabra.

—¡Esperad por lo menos la respuesta! —le gritó Juana María Berrichon, corriendo detrás de él, pero el enviado ni siquiera se dignó volver la cabeza.

Mientras tanto, Aurora rompió el sello de la misiva y leyó las líneas escritas.



—¡Es su letra! —murmuró.

El mensaje decía:

Querida Aurora: Todo cuanto os han traído viene de mi parte. He querido ofreceros una sorpresa. Apareced muy hermosa. Una litera y dos caballos irán a buscaros para conduciros al baile, donde os espero.— Enrique de Lagardere.

Aurora pasó la carta a su amiga, que se frotó los ojos antes de leerla.

—¿No te parece increíble todo esto? —exclamó.

—No —respondió Aurora. ¿No le había dicho Enrique que no se extrañase de nada?

Pero a la gitana érale imposible desechar la idea de una intervención diabólica, y hasta temió por un momento que el contenido de las cajas fuera sólo montones de hojas secas. Se equivocaba. Una de ellas contenía un atavío completo de corte. La otra un dominó rosa. Las joyas que acompañaban esos trajes valían, sin duda, una fortuna.

Dos doncellas se habían quedado para vestir a la joven, y cuando ella y sus acompañantes se retiraron a la alcoba, se oyeron unos

discretos golpes. Luego, por la abertura de la puerta, asomó una cabeza de emplumado chambergo.

—Entremos —dijo el visitante—, no hay más que un niño y una respetable criada.

Y nuestro amigo Cocardase entró seguido de Pasepoil.

—¿Qué venís a buscar aquí? —preguntó la buena Francisca Berrichon, más muerta que viva ante el aspecto poco tranquilizador de los desconocidos.

Juan María temblaba.

—Respetable señor —dijo Cocardase—, venimos para un asunto de importancia... ¿No vive aquí?...



—¡Pardiez! He aquí un muchacho que promete —dijo Cocardase.

—No —interrumpió el muchacho—, no vive aquí

Pasepoil sonrió apagadamente, mientras su compañero se retorcía el mostacho.

—¡Pardiez! He aquí un muchacho que promete.

—Eres valiente, rapaz. Dime, ¿cómo puedes saber que no vive aquí la persona que buscamos si no hemos alcanzado a nombrarla?

—Vivimos los dos solos —respondió secamente Francisca.

Cocardase dijo pensativo:

—¿Es posible que la respetable criada esté mintiendo? No puedo creerlo.

(CONTINUARA)

¿A quien pertenece?



Díganos: ¿A quién pertenece la ópera "El Barbero de Sevilla"? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 242.—

El cuento "El Gato con Botas" pertenece a Perrault.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.— María Cristina Espínola, Curimón; Enrique Pérez, Santiago; María Hilda Parada, Concepción; Héctor Guerra, Santiago; Herminda Valdés, Linares; Lucy Valenzuela, Santiago. UN PREMIO DE $ 20.— Luis Muñoz, Rancagua; Javier Reveco, Valparaíso; Pato Maraboli, Constitución; Andrés Vidal, Los Angeles; María Angélica del Campo, Villa Alegre de Loncomilla; Valeriano Alfonso, Santiago: Nilda Donoso, Santiago; Roberto Daroch, Chillán; Clemente Fernández, Valparaíso; Miguel Ibarra, Concepción. UN LIBRO.— Giuliano Mazza, Talca; Julio Ríos, Santiago; Juan López, Santiago; Regina Rodríguez, Santiago; Berta Reichard, Valparaíso; Juana Jorquera, Linares; Oriana Carmona, Santiago; Gastón Ramírez, Santiago; Carlos Tello, Valparaíso, y Lucy Bascuñán, Victoria.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 244

Correspondencia

IVETTE SEVERINO, BERTA REICHART, LUIS GONZALEZ LILLO.— Envían felicitaciones emocionantes por las seriales de esta pequeña gran revista.

ALFONSO BAEZA CORREA.— Envíe lo que ofrece y si es bueno accederemos a su deseo.

CLARA RETAMAL, MARIA EUGENIA PINTO.—Se complacen en comprobar el éxito fenomenal de la revista "Simbad" y atribuyen su renombre a todo el personal literario y artístico que trabaja en ella.

MARIA EUGENIA PICON PATRI.—La suscripción de "Simbad" es: anual, $ 300, y semestral, $ 150. Diríjase a Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Santiago, Casilla 84-D, Sección Suscripciones.

ROXANE.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





Otros niños recogían fierros viejos y reunieron una gran cantidad a bordo. Luego llamaron a un comerciante, que se los compró por un precio razonable. Juan sólo guardó una hélice, ante el asombro de sus compañeros. "—¿Para qué quiere una hélice? —dijo Pincho—. Los negocios lo han puesto malo de la cabeza."





Días más tarde pagaron a Blanchar los dos mil francos, pero el hombre no les dió recibo. "—Desconfío de este sujeto —declaró El Escorpión—. Para evitar alguna traición, cambiemos de lugar la chalana." —Esa misma noche, entre todos los niños remolcaron la barca hasta una caleta.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO







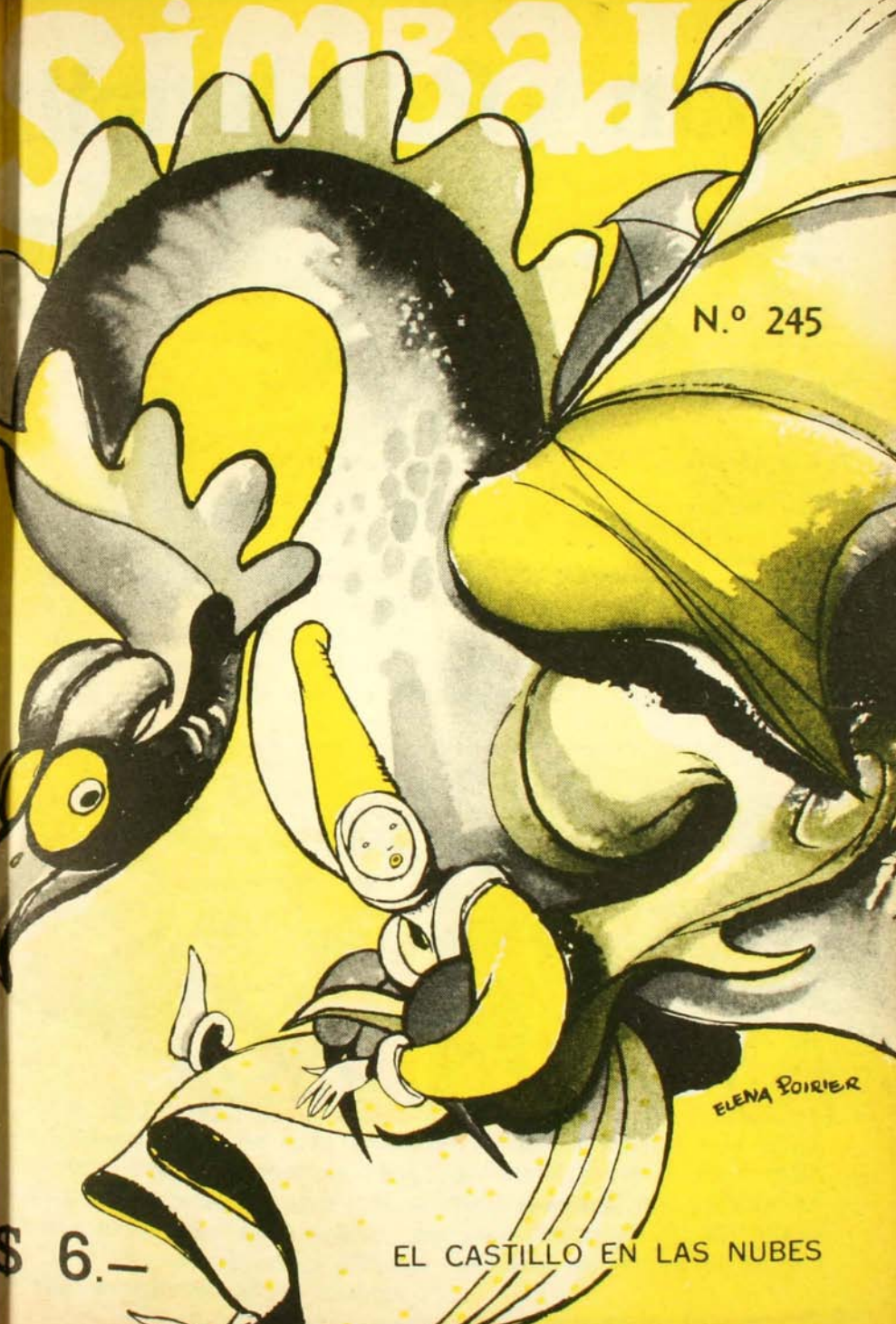






simbad

N.º 245

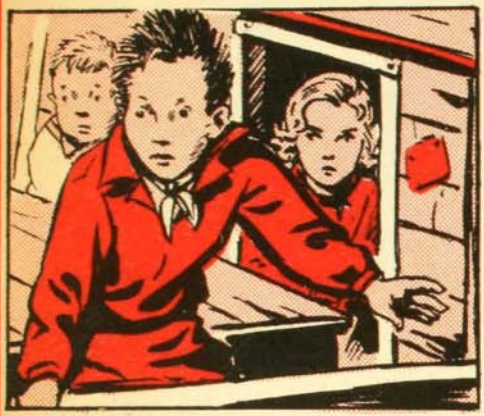


$ 6.—

EL CASTILLO EN LAS NUBES

Juan y Juanita

CAPITULO XXIII.—BLANCHAR SE RINDE.





1. Juan, Juanita y sus amigos pagaron dos mil francos a Blanchar para comprarle una embarcación. El malvado no les dió recibo y los niños, temiendo una traición, remolcaron la chalana hacia otro lugar. Al día siguiente oyeron el rugir de una lancha a motor.





2. "—¡La policía fluvial! —susurró Mincho, aterrado—. Y con ellos viene el señor Blanchar." Juan exclamó: "—Ese canalla nos ha traicionado. Guarden silencio. Entre todas estas embarcaciones destartaladas, la nuestra pasará sin ser vista." En efecto, la lancha de la policía se alejó, sin haberla descubierto.

(Continúa en la penúltima página.)

12 MYO 1954

Simbad

AÑO V — 12-V-1954 — N.º 245

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

Juana de Arco

Adaptación de Roxane

CAPITULO XII y FINAL.— Glorificación de Juana de Arco.



Era costumbre de aquellos tiempos medioevales que antes de quemar a los sentenciados, un fraile les amonestara en una peroración religiosa. Nicolás Midy predicaba, pues, junto a la hoguera. ¿En qué pensaba la Doncella de Orleáns? ¿Acaso en los ángeles que, como antaño el pueblo de Francia, la esperaban en el paraíso con jubilosos vítores?

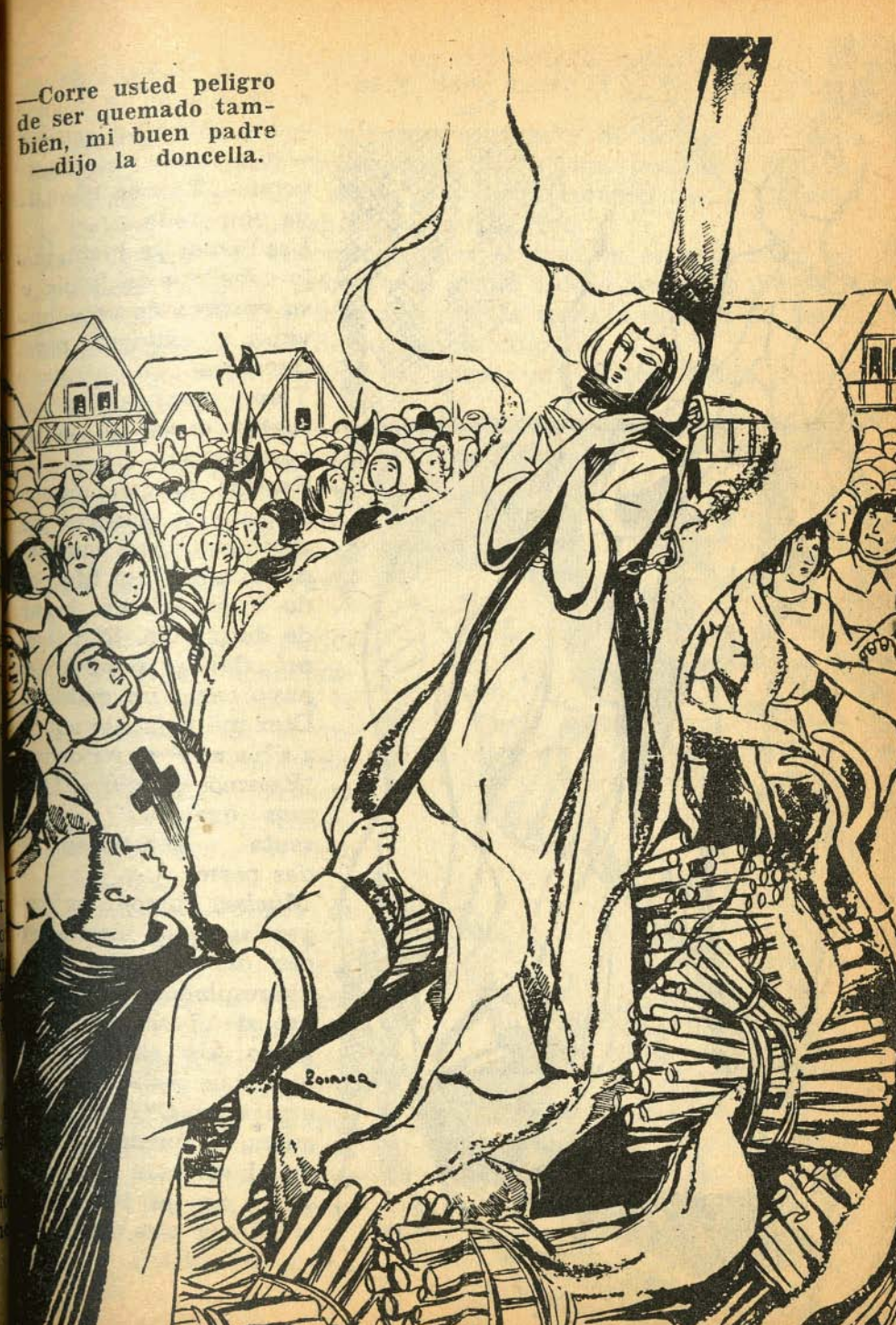
—Juana, ¿tiene algo que decir para su defensa? —preguntó el obispo Cochon.

—Obispo, que muero por vuestra culpa —acusó Juana—. Os perdono a todos y os suplico que recéis por mí.

La multitud lloraba. Winchester, el Cardenal de Inglaterra, no pudo contener los sollozos y el mismo Cochon se enjugó unas lágrimas antes de pronunciar la fatal condenación.

Dos soldados subieron al estrado y se apoderaron de la Doncella para atarla al poste de la hoguera, que estaba muy alta para que todo el público viera arder esa antorcha humana.

—Una cruz —gritó Juana.
Un soldado inglés, compadecido, cogió dos ramas y amarrándol con una cuerda, formó una cruz. Juana la estrechó contra su c razón, cubierto con la camisa de la infamia, tan semejante a aqu lla túnica con la que Jesús de Nazaret fué expuesto a la mofa d la plebe. Pero Juana deseaba ver la imagen de Cristo, y dijo:
—Id a buscar el crucifijo de la parroquia y elevadlo hasta m ojos para que pueda verlo hasta que entre en la muerte.
El hermano Martin salió presuroso. Los ingleses se impacientab y protestaban por el retraso.
—¿Queréis que cenemos aquí? —preguntaban con mal talante los dominicos que rodeaban a Juana.
Por fin llega el hermano Martin y Juana abraza con fervor cruz parroquial y la besa con transportes piadosos. Luego aba dona sus manos al verdugo y mientras él se las ata, murmura:
—San Miguel, San Miguel...
El verdugo de Inglaterra era famoso en su oficio. En dos minut ató a la víctima y comenzó a cubrir sus pies con leños secos e papados en azufre. La pira ardió por varios costados.
Cuando las llamas empezaron a crecer y a levantarse, Juana n paró que el hermano Martin seguía presentándole la cruz parr quial y le dijo:
—Corre usted peligro de ser quemado también, mi buen pad Baje y póngase a salvo. Yo miraré ahora al cielo.
El fuego subía y subía. Juana balbuceó entonces:
—Dadme agua bendita.
Pero ya nadie podía acudir a auxiliarla.
Antorcha viva, Juana murmuraba:
—¡Jesús, Jesús! ¡Oh Virgen María! San Miguel, Santa Marga ta, Santa Catalina. Mis Voces no me engañaron. Mis Voces s de Dios. Todo lo que hice fué por mandato de Dios. Jesús, Jes Más alta que su voz, más dolorida que la víctima, era la voz d pueblo que gemía alrededor de la pira. Era un espanto colecti que removía hasta los corazones de los verdugos.
El obispo Cochon, de rodillas en su estrado, murmuraba:
—Dios mío, Dios mío, aparta de mí ese cuadro. ¡Oh Cristo, brame de este fuego que me está consumiendo! Jesús, ella es en tu seno y yo estoy en el infierno para siempre.
—¡Demonios! —rugió el conde Warwick—, si no tienes nervi para ver estas cosas, ¿por qué no bajas del estrado y te abstien



—Corre usted peligro de ser quemado también, mi buen padre —dijo la doncella.



El fuego subía y subía.

de verlas? Ya todo se ha terminado.

—No sabemos, milord —dijo el hermano Ladvenu—. Tal vez sólo haya empezado...

Las llamas ya envolvían la cabellera de Juana y su voz, eco de voces divinas, se extinguió para siempre.

Tenía diecinueve años, cuatro meses y veinticuatro días.

Barrida por el viento cargado de vapores de azufre y carne quemada, la plaza del Mercado Viejo era un lugar de desolación. El tribunal de la Inquisición huyó como un maldito. Diez mil personas sollozaban y el grito de: "Estamos perdidos. Hemos quemado a una santa", se repetía en todas partes.

Muchas fueron las leyendas que corrieron ese día. Una persona vió resplandecer el nombre de Jesús entre el fuego. Un soldado inglés, que había jurado arrojar un leño a la hoguera, se quedó pasmado al ver salir una paloma de las llamas y volar cual ave mensajera, hacia París.

¿Sería el pensamiento de Juana que volaba hacia el ingrato Delfín?

El verdugo, al recoger los restos calcinados de la que fué Juana de Arco, encontró su corazón intacto. En vano pretendió destruirlo, echándole azufre y aceite, porque el corazón de la Doncella de Orleáns seguía henchido de sangre roja.

Lleno de espanto, el verdugo puso el corazón en una bolsa, revuelto con huesos y cenizas, y lo arrojó todo a las aguas del Sena.

El rey Carlos VII, al imponerse de la terrible muerte de Juana de Arco, pareció salir de su inercia culpable.

¿Sentiría remordimiento por su ingratitud o Juana, desde el cielo, le infundió valor?

Armando de nuevo sus ejércitos, combatió a los ingleses, se apoderó de París, expulsó a los invasores de Francia y mereció el título de Carlos el Victorioso.

En 1450, el mismo Carlos VII, que dejara abandonada a su atroz suerte a la que le había dado el trono, inició la rehabilitación de la Doncella de Orleáns.

El tribunal que la condenara fué acusado de dolo e iniquidad.

El nombre de Juana de Arco fué glorificado y la pastora de Domremy es el genio inmortal de Francia.

Beatificada en 1909 por el Papa Pío X y canonizada en 1919, la humilde Pastorcita de los campos de Lorena, más tarde la heroína de Orleáns, es ahora en los altares Santa Juana de Arco.

FIN



—¡San Miguel, San Miguel! —murmuró Juana de Arco.

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO V.—CABALGATA EN LA SELVA





1. Los detectives Mario Laurenti y Pancho Baray se vieron mezclados en una peligrosa aventura al intentar el rescate del príncipe Ima. No era fácil arrebatar una víctima a la temible secta de Siva; Pancho Baray lo sabía perfectamente, porque estaba encerrado en una lóbrega prisión.





2. "—¿Nunca darán de comer en esta posada?", se lamentaba con amargura, cuando la puerta se abrió para dar paso al joven Ima, a quien vigilaba un carcelero. El hijo del rajá de Samodar le dió a beber y comer y luego, al retirarse, dejó caer un puñal. Baray contuvo un chillido de alegría.





3. Los guardianes, aprovechando la ausencia del amo, que había acudido al templo de Badami para recibir órdenes de Max Barton, se retiraron a descansar. "—Esta es mi oportunidad", murmuró Pancho Baray, con una sonrisa astuta. Luego dejó de sonreír al comprender que no podía usar el puñal.





4. Trató de frotar sus ligaduras contra el filo, pero el cuchillo se escurría. Intentó sujetarlo en alguna ranura y fué inútil. De pronto unas manos ágiles y rápidas lo desataron. "—¡Príncipe Ima! —susurró—. Huyamos." El heredero de Samodar contestó: "—Huya usted solo y trate de prevenir a mi padre".

EL TEMPLO DE BADAMI



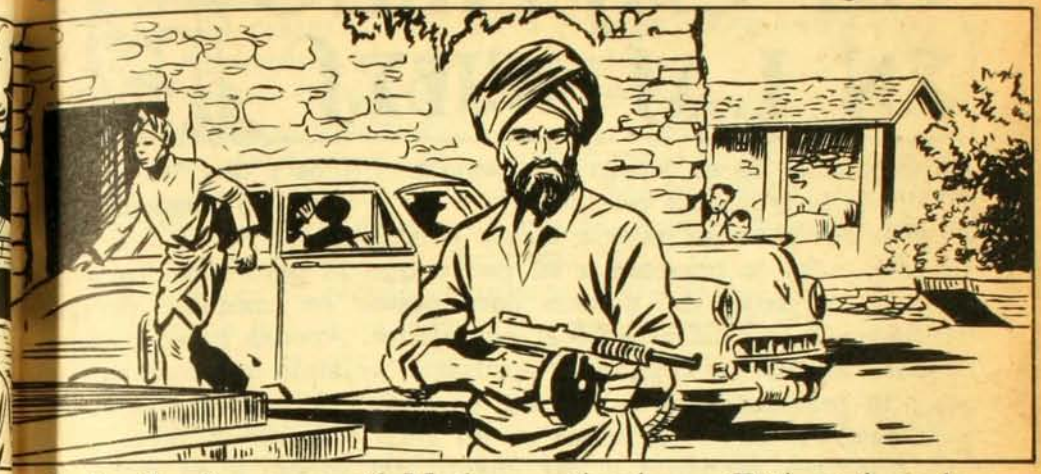


5. Aunque sus piernas eran cortas y rollizas, Pancho las obligó a desarrollar la máxima velocidad. Se detuvo de repente, gimiendo: "—Un puerto..., y con mucha agua. Yo no sé nadar. ¿Cómo seguiré huyendo?" En ese instante una voz conocida exclamó: "—¡Pancho! ¿Escapaste de la ratonera?"





6. En otra oportunidad Pancho Baray habría abrazado a su amigo hasta hacerle crujir los huesos, pero ahora estaba demasiado asustado. "—El príncipe me libertó —explicó—. Le custodian unos bandidos feroces. ¿No crees que convendría ir en busca del ejército de Samodar?"



7. "—¿Ima? —preguntó Mario, asombrado—. ¿Está aquí, en la posada? Pensé que le hallaríamos en el templo de Badami." Baray sugirió: "—Tal vez hay túneles que comunican el templo con esta hostería infecta. O, al saber que les perseguíamos, los secuestradores trajeron aquí a Ima, en ese carro blindado".





8. Minutos después el guía Lahal se reunió con los intrigados amigos. "—Conseguí caballos que nos llevarán a Badami", explicó el joven hindú. Baray suspiró: "—No soy buen jinete, pero prefiero cabalgar antes que nadar". Y espoleó con entusiasmo a su cabalgadura a través de la selva.

(CONTINUARA)

EL CASTILLO EN LAS NUBES



El emperador de un lejano país tenía tres hijos y una hija. A esta última la guardaba celosamente y no le permitía trasponer las puertas del inmenso palacio donde habitaban.

Un día pidió la princesa a su padre que le permitiera bajar a uno de los patios del palacio para pasear en compañía de sus hermanos, a lo cual accedió el emperador. Apenas habían salido cuando un enorme dragón se aproximó, volando velozmente, cogió a la princesita por la cintura, y en seguida volvió a elevarse para perderse entre las nubes en un abrir y cerrar de ojos.

Los príncipes corrieron a dar cuenta del suceso a su padre, a quien pidieron permiso para partir en busca de la princesa.

Días y más días cabalgaron a través de espesos bosques y desoladas llanuras, hasta que al fin divisaron un extraño castillo construído sobre una nube. Pensaron que bien podía ser aquella la morada del dragón y decidieron investigar. Pero lo difícil era subir hasta el castillo.

El más joven trenzó una soga y la ató a una flecha. Después, cogió su arco, puso en él la flecha, y la arrojó con tanta certeza y fuerza, que se clavó profundamente en la puerta del castillo.

—¿Quién de nosotros subirá primero? —preguntó, dejando el arco en el suelo.

Se disculparon sus dos hermanos, por lo cual, dando un salto, se aferró él con ambas manos a la cuerda y ascendió por ella hasta la nube. En seguida se aproximó al castillo, y penetró en él.

Después de atravesar varias habitaciones completamente desiertas, llegó ante una, en la cual, a través de la puerta entornada, vió a su hermana sosteniendo en su regazo la cabeza del dragón, que dormía tranquilamente.

Es de imaginarse la alegría que experimentaría la joven cautiva al ver aparecer a su hermano, pero en el acto su regocijo se trocó en desesperación, al pensar que si el monstruo despertaba, el doncel estaba perdido.

Procurando no despertar al dragón, comenzó, pues, a hacer gestos

desesperados al príncipe para que se marchara, pero éste, resuelto a rescatar a su hermana, cogió el mazo que llevaba colgado al cinto y blandiéndolo con mano firme dió un golpe terrible en la cabeza del monstruo.

Se agitó éste, rascóse con la garra el lugar donde había recibido el golpe y refunfuñó, sin abrir los ojos:

—Me ha picado algún insecto; vigila mejor.

Y volvió a roncar sonoramente.

El príncipe, sin desanimarse, agarró el mazo con ambas manos y volvió a golpear la cabeza del dragón. Un toro de los más robustos hubiera quedado muerto en el acto, pero el monstruo sólo se limitó a lanzar un gruñido, diciendo:

—Otra vez me ha picado un insecto; vigila mejor.

El muchacho apretó los dientes y empuñó por tercera vez su arma dispuesto a repetir el golpe, pero entonces la princesa le hizo señas para que le golpeara en la nariz.

Obedeció su hermano y asestó sobre la nariz del dragón un golpe más fuerte aún que los dos anteriores. Esta vez el terrible animal lanzó un grito estridente, se agitó un momento y luego rodó sin vida a los pies de su cautiva.



Un dragón raptó a la princesita.

Muerto el dragón, los hermanos se abrazaron estrechamente. Luego ella le dió cuenta de que en el castillo había otras prisioneras y el príncipe decidió libertarlas.

Cogidos de la mano recorrieron el castillo en busca de las otras cautivas.

En la primera habitación en que penetraron hallaron un caballo negro con guarniciones de plata pura. En la segunda vieron otro caballo, blanco esta vez, y con guarniciones de oro, y en la siguiente, un tercer corcel gris, con guarniciones adornadas de piedras preciosas.

Siguieron andando, y a poco hallaron en una amplia habitación a una hermosa joven sentada ante un telar, tejiendo con hilos de plata. En la siguiente estancia encontraron a otra doncella, sentada, como la primera, ante un telar, pero tejiendo con hilos de oro. Y, por último, más adelante, vieron a una tercera cautiva que se dedicaba a ensartar perlas en un hilo de oro, mientras a su lado, sobre una bandeja también de oro, una gallina y varios pollitos picoteaban las perlas.

Seguido por su hermana y las tres jóvenes, el príncipe volvió a la habitación donde yacía muerto el dragón, al cual arrastró no sin dificultades, y tras sacarlo del castillo lo llevó hasta el borde de la nube y lo dejó caer al vacío.

Los dos hermanos mayores, que aguardaban abajo, se llevaron un susto de muerte al ver caer al monstruo, pero en seguida se tranquilizaron al ver que ya no estaba en condiciones de hacerles daño.

Después, valiéndose de la cuerda, el menor de los príncipes hizo descender a su hermana, tras la cual bajó a las tres jóvenes rescatadas. Primero bajó a la tejedora de los hilos de plata y le dijo que sería esposa de su hermano mayor. A aquélla siguió la que tejía los hilos de oro, a quien dijo que se casaría con su hermano segundo y, por último, bajó a la doncella de las perlas, a la cual pidió que consintiera en ser su esposa.

Esta aceptó complacida y se deslizó por la cuerda. Pero al llegar ella abajo, los dos hermanos mayores del príncipe cogieron la cuerda con ambas manos y tirando fuertemente de ella lograron desclavar la flecha de la puerta del castillo, con lo cual dejaron a su hermano sobre la nube, sin medios para llegar al suelo.

Los pérfidos príncipes, envidiosos de la hazaña llevada a cabo

r el menor, decidieron abandonarlo y regresar ellos con las incesas rescatadas.

as amenazar a las cuatro doncellas con matarlas si osaban de- una sola palabra de lo sucedido, se pusieron en marcha.

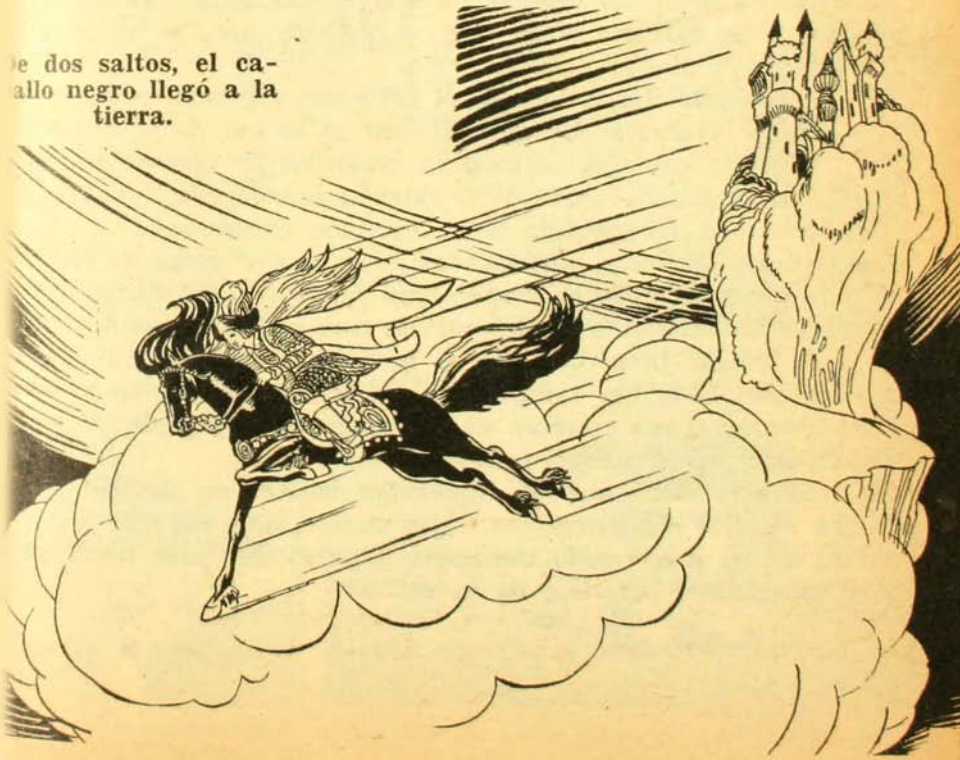
n un pueblecito de pastores hallaron a un zagal que tenía cier- parecido con el hermano menor, y, vistiéndolo con algunas pas del joven príncipe, le ordenaron que los siguiera.

sí se presentaron al palacio de su padre el emperador, a quien eron cuenta del feliz término de su viaje.

l rey los felicitó, pero no pudo menos que advertir que su hijo enor se mantenía apartado, como temiendo presentarse ante él. l inquirir el emperador el porqué de esta actitud, sus hijos ma- ores respondieron:

-Perdonadlo, padre. Es que el miedo no le ha permitido per- anecer a nuestro lado en los momentos de peligro y ahora está vergonzado.

l augusto padre no hizo ningún comentario, pero no demostró menor interés en abrazar a su hijo menor, por lo cual no pudo dvertir la suplantación.



e dos saltos, el ca- allo negro llegó a la tierra.

Mientras tanto, el príncipe permanecía prisionero en el castillo aéreo del dragón.

Un día llegó allí un gran pájaro negro, que al verle tan atribulado, sugirió:

—Pues, mira, aquí mismo tienes el medio de bajar. Monta en cualquiera de los tres caballos que hay en el castillo y ellos se encargarán de llevarte a donde quieras. Y apresúrate, pues hoy mismo ha de casarse tu hermano mayor con la joven que tejía con hilo de plata; mañana lo hará tu otro hermano con la tejedora de hilo de oro, y pasado se casará un simple pastor con la princesa que tú deseabas por esposa.

Al oír esto, el joven príncipe corrió hacia el castillo, montó en el caballo negro y, clavándole las espuelas, le ordenó lo llevara hasta el reino de su padre.

El caballo emprendió la marcha y en dos saltos inverosímiles se halló en tierra firme y poco después llegaba a la ciudad donde se llevaban a cabo los festejos en honor de su hermano mayor, que en ese momento se dirigía a la iglesia en compañía de su prometida.

Ya estaban cerca del templo, cuando la muchedumbre vió aproximarse a un extraño jinete que se presentó ante el novio. Este, al verle, cayó al suelo desvanecido.

Al día siguiente iba a casarse el hermano segundo, y las fiestas que debían celebrarse hicieron olvidar el suceso de la víspera.

Pero también ese día, cuando la comitiva se aproximaba a la puerta de la iglesia, apareció el extraño jinete, esta vez sobre un caballo blanco. El segundo novio también se desmayó.

Los festejos quedaron suspendidos hasta que el novio se recobrara y la muchedumbre se dispersó un tanto desilusionada.

Al otro día volvió a salir del palacio una brillante comitiva rumbo a la iglesia, precedida por el pastor que suplantaba al príncipe menor. Esta vez también se presentó el jinete, que, descubriéndose, se dió a conocer de la muchedumbre y de su padre. En seguida refirió cuanto había sucedido.

De más está decir que el emperador montó en terrible cólera contra sus dos hijos mayores, a los cuales, una vez que se repusieron de su prolongado desmayo, expulsó del país, nombrando a su hijo menor heredero de su corona.

F I N

AS AVENTURAS DE TROMPITA









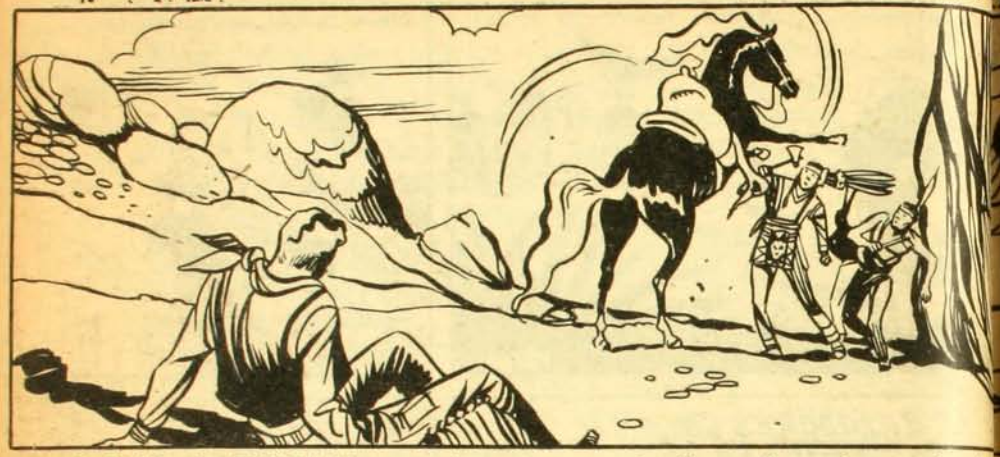




CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXX.—RICADA DE FUEGO



1. Solitario Bill hirió mortalmente a un águila y después se aferró a ella para no despeñarse en un abismo. Por algún tiempo el ave de rapiña se sostuvo, precipitándose luego en el vacío. El joven texano perdió el conocimiento a causa de la caída. En ese momento acudió junto a él su fiel caballo.



2. Un grupo de indios osages había seguido a Tempestad. Vacilaban en acercarse a él porque pensaban que era un totem reencarnado, un demonio invencible. Por fin Bisonte Blanco se decidió, y, cogiendo las bridas, levantó su hacha de guerra. Pero fué detenido por una mano poderosa.



3. Luego se sintió alzado en el aire. Pensó confusamente que el Gran Espíritu le castigaba por haberse atrevido a amenazar al totem sagrado que, desde las praderas eternas, había venido a la tierra en la forma de un caballo. Después vió que era Solitario Bill quien lo tenía en su poder.



4. "—¿Por qué temen al rostro pálido? —aulló—. Lancen sus tomahawks, ¡oh bravos!" Pero ningún piel roja obedeció. Solitario Bill, manteniendo en alto a su prisionero, ordenó: "—Dejen sus hachas a mis pies". Esta vez, los osages obedecieron. Solitario Bill les entregó entonces a su rehén.

SOLITARIO BILL



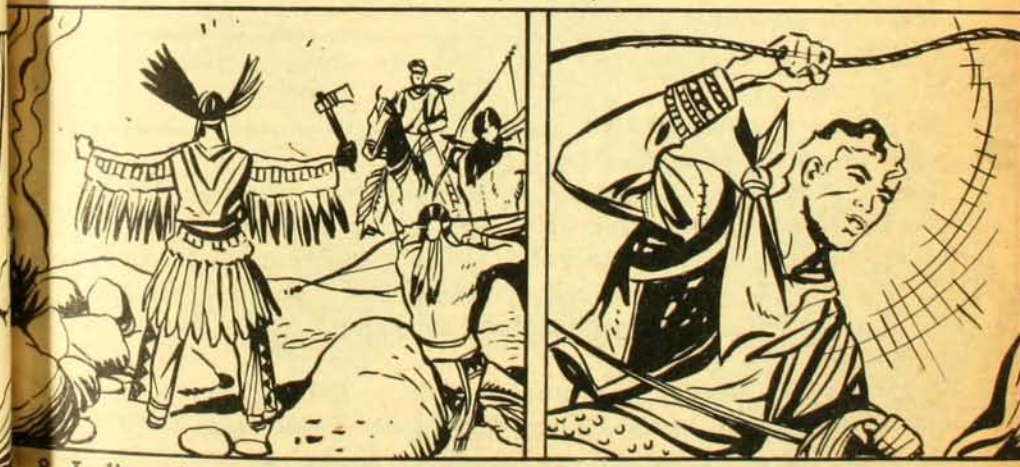
5. En seguida montó sobre Tempestad y se alejó velozmente. Los indios, cuando lograron levantarse y recuperaron la voz, gritaron: "—¡No lo dejemos escapar!" Luego, reflexionando con más prudencia, acordaron: "—Avisemos a Hijo del Trueno que Solitario Bill vive aún y cabalga por la montaña".



6. Hijo del Trueno ordenó a sus guerreros que formaran una barricada en el desfiladero. Primero colocaron piedras y, unos pasos más adelante, haces de leña seca. Cuando se oyó el resonar de los cascos de Tempestad, prendieron fuego a las ramas. Caballo y jinete se detuvieron ante la barrera de llamas.



7. En el silencio sólo se oía el crepitar del fuego. Después vibró la voz despreciativa de Solitario Bill: "—No sabía que los osages tenían la costumbre de ocultarse. ¿Dónde está el jefe Hijo del Trueno? Seguramente escondido detrás de una piedra, temblando como una tímida squaw (mujer)".



8. Indignado por esas palabras, Hijo del Trueno se irguió con soberbia y respondió: "—Hijo del Trueno es valiente y no teme a Solitario Bill ni a su caballo embrujado". El héroe texano sonrió y dijo: "—Entonces ven más cerca de nosotros". Y su lazo silbó en el aire.

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO VII.—La revolucionaria Sofía.

RESUMEN: La familia del gran duque Sergio Nepuskine debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. Le acompañan en el exilio sus hijos Nadine, Valia y Dimitri, su madre, la princesa Alejandra, y su cuñada, Sofía. Esta pierde sus joyas y cree que se verá sumida en una horrible miseria. Pero el gran duque encuentra un empleo y la familia se traslada a París. Sofía no se resigna a vivir ignorada y conspira con Boris y Carol, dos refugiados políticos. Días más tarde el gran duque Sergio desaparece misteriosamente. La princesa Alejandra sostiene a la familia, instalando un taller de bordados. Tiempo después cae enferma y presiente su muerte...

La princesa Alejandra yacía inmóvil en su lecho. Exigió a su nieta Nadina la promesa de que no permitiría a la condesa Sofía Palotka tener autoridad sobre Dimitri y Valia, hermanos menores de la niña, ni intervenir en las decisiones de familia. Era Nadina quien debía resolver todos los problemas y preocuparse del sustento de la casa y de la educación de sus hermanos.

—Se lo prometo, abuelita — juró Nadina, abrumada por un fatal presentimiento.

Alejandra cerró los ojos y se sumió en un profundo sopor.

En los dos días siguientes se cumplió su voluntad. El notari acudió, a fin de redactar el testamento y hacerse depositario d las joyas que aún conservaba la anciana princesa. La señorit Aída Nivert, cajera del taller de costura, aceptó compartir co la joven Nadina las responsabilidades del trabajo y guiarla co su experiencia.

Una apacible tarde, Alejandra, noble y antigua princesa dalva ciana, entregó su alma a Dios, con la serenidad que había regid su vida. Pareció sumirse en un dulce sueño, mientras las lágr mas se deslizaban silenciosamente por las mejillas de su niet preferida. Valia y Dimitri lloraban desconsolados en los mate nales brazos de Nika.

Sofía Palotka, impresionada por el dolor de sus sobrinos, se en jugó una solitaria lágrima.

ís tarde, cuando se dió lectura al testamento de la princesa, se tió ofendida y su hostilidad hacia Nadina aumentó.
Su Alteza desconfiaba de mí a causa de las intrigas de alguien dijo entredientes, fulminando con su mirada a la desolada Na-ia.
spués, llevando aparte al notario, declaró:
A mí me corresponde la tutela de mis sobrinos.
magistrado contestó:
Nadina es la hermana mayor. Además, mi deber es hacer que cumpla la última voluntad de Su Alteza.
iada por el despecho, se dedicó desde aquel día a sembrar la cordia entre sus sobrinos. Decía a Valia y a Dimitri:
Nadina encontró el medio de acaparar para ella sola la fortu-de la princesa: el taller, las joyas y sus espléndidos diaman-. Es terrible que en Francia existan notarios que se hagan nplices de tal villanía.
ra conquistar aún más a Valia y al pequeño Dimitri, los lle-ba al teatro y les daba golosinas y dinero.
r cierto que no calumniaba a Nadina en presencia de la fiel ca, pero ésta había oído las murmuraciones y se sintió indig-la. Por su parte, Nadina advertía que sus hermanos eran cada más indisciplinados y rebeldes.



—¿Qué te sucede? —preguntó Nadina al observar la actitud cohibida de Nika.

Por fin la nodriza se decidió a hablar con la niña. Estaban s
las en casa, porque Sofía había llevado al cine a Valia y a D
mitri. Era día feriado y Nadina se disponía a ordenar unas fa
turas de la tienda, cuando Nika se presentó ante ella.
—¿Qué te sucede? —preguntó, inquieta ante la actitud cohibi
de Nika. Esta vaciló antes de contestar. Nunca se había mezcl
do en los conflictos personales de sus amos y murmuró, indecis
—No sé si debo hablarle de esto, niña.
—¿De qué, mi buena Nika? ¿Por qué dudas? Tú sabes que
profesamos cariño y que debes tener confianza en nosotros.
—Sí, niña —balbuceó Nika, y sus ojos se inundaron de lág
mas—. Pero es que no deseo causarle una pena. Sin embarg
esta situación no puede continuar.
—¿Qué situación, Nika?
—Los niños, amita. La condesa les da malos consejos. No van
la escuela, no obedecen, no quieren ayudar en nada. Usted es
demasiado ocupada para advertir esta indisciplina. Si no inte
viene, esto terminará muy mal.
—Tienes razón, Nika. Hablaré con la condesa Sofía —asint
Nadina.
La sirvienta sacudió la cabeza con un gesto de pesadumbre.
—Será inútil, niña —suspiró—. Sofía Palotka es más obstina
que un borrico. Escúcheme, por favor.
—Te escucho, Nika.
—Dígale a la condesa que usted no puede seguir manteniéndo
Dígale que pague su pensión o que trabaje. Así la tendrá ale
da de los niños, sobre quienes ejerce una perniciosa influenci
Nadina reflexionó. Su abuelita le había dicho que diera suste
y albergue a la condesa, mientras lo necesitara.
"Ahora tiene sus joyas, que la policía de Niza recuperó. En r
lidad, no necesita ser ayudada", meditaba la jovencita.
Viéndola silenciosa y abstraída, Nika temió haberla disgust
y murmuró:
—Perdóneme, niña.
—Nada debo perdonarte, mi buena Nika. Al contrario, agrade
tu prudente consejo. Abrázame, querida Nika.

* * *

El furor de Sofía Palotka fué explosivo y estrepitoso.
—¿Cómo te atreves a pedirme una pensión? —gritaba con el r

congestionado de ira—. ¿No te basta explotar a tus hermanos?
ia y Dimitri habían ido al colegio. En la cocina se oían los
os de Nika, atareada en su trabajo.
perversos ojillos de Sofía parecían querer traspasar las azu-
pupilas de Nadina, que se dilataron de asombro.

—¿Qué dice? —exclamó la niña—. ¿Que yo exploto a mi hermana y a mi hermano?

—Por cierto que sí. Los despojaste de todos los bienes que pudieron heredar de la princesa Alejandra, el taller y las joyas.



—No soportaré que sigas ofendiéndome —gritó Sofía.

¡El taller! Pero si trabajo en él —protestó Nadina.

Ese es sólo un pretexto para ocultar que eres una ladrona —
istió malignamente la condesa.

uella acusación era tan absurda que la niña ni siquiera la de-
ió. Con perfecta calma dijo:

De nada sirven los insultos. Yo sé que estoy defendiendo el por-
ir de mis hermanos y es justo que usted acepte compartir los
tos.

¡No lo acepto! No soportaré que sigas ofendiéndome.

No discutiré, condesa. Consultaré este caso al abogado.

armada, Sofía repuso:

—Dejame reflexionar un tiempo. Te responderé mañana.
Al quedar sola, Sofía empezó a discurrir:
"Valia y Dimitri son más exigentes cada día. Me piden dinero y quieren que los lleve a todas partes. No le obedecen a nadie y tienen un carácter insoportable. Si los adoptara, sólo me proporcionarían disgustos."
Recorriendo con su mirada las blancas paredes, musitó:
—Esta casa es muy estrecha e insalubre. No puedo abrir la ventana porque los vendedores callejeros y el populacho hacen un ruido infernal. La comida es mediocre y la servidumbre no existe. Estaba bien tolerar todo esto si ahorraba con ello mi dinero, pero ahora que debo pagar me instalaré en una residencia más digna de mi alcurnia. Nadina quiere gobernar el buque. ¡Pues que lo gobierne!
Adoptada esta decisión, la comunicó sin demora a Nadina.
—Tú lo has querido —pronunció con deliberada frialdad—. Serás responsable del destino de tus hermanos. Yo me voy a un hotel a descansar de las preocupaciones y las angustias que he sufrido y para olvidar la miseria en que me he visto sumida por ser leal a mi familia. En pago de mis sacrificios, sólo recibo ingratitud y malevolencia.
La niña respondió sin alterarse:
—Lamento que prefiera irse, condesa, pero tal vez sea mejor.
Cuando Valia y Dimitri supieron que Sofía se separaba de ellos no experimentaron una gran tristeza. Estaban aburridos con sus interminables sermones y se alegraban de no oír su chillona voz al menos por un tiempo.
Después de la partida de Sofía, Nadina se atrajo a sus hermanos. Con gran paciencia les explicó por qué la princesa Alejandra la nombró heredera y la designó tutora de ellos. Nika, a quien los niños profesaban un sincero cariño, la secundó en esa tarea y la mala cizaña sembrada por Sofía empezó a desaparecer.
Valia y Dimitri no faltaron más a clases y su carácter cambió. Ayudaban a Nika en sus quehaceres y Valia demostró interés por las labores del taller. Nadina le entregó una muñeca para que la vistiera con el traje típico de Dalvacia y ofreció pagarle este trabajo.
La felicidad y la paz reinaron en la casa... hasta que Sofía decidió regresar. Cuando el administrador del hotel le pasó la cuenta, al final de la primera semana, la condesa se sintió aterrorizada ante los exorbitantes precios.

uscó entonces un departamento amoblado, pero no pudo encon-
arlo.
inalmente llegó a la conclusión de que debía volver a la modes-
casa de la calle de Tournois, donde vivían sus sobrinos.
-Permaneceré con ellos hasta que pueda regresar a mi país —
flexionó—. Pero no me sacrificaré por la orgullosa familia Ne-
uskine. Si encuentro de nuevo a Boris y a Carlo, mis aliados,
aré gestiones para que el emperador Federico me permita repa-
iarme y me devuelva mis posesiones y mi fortuna. Sergio Ne-
uskine ha desaparecido, tal vez para siempre. Sería absurdo con-



Valia y Dimitri se reconciliaron con su hermana mayor.

nuar desterrada. Estoy dispuesta a jurar fidelidad al rey y a ol-
dar que, en un momento de ofuscación, ordenó perseguirnos.
rdonaré ese error imperial porque soy magnánima y mi cora-
n es demasiado noble para albergar rencores.
pagar su cuenta en el aristocrático hotel, entregó el dinero con
lor de su alma y lanzó al administrador una mirada fulminante.
iego se encaminó hacia la calle de Tournois, imaginando que
s sobrinos menores la recibirían jubilosos y sintiendo un
mpico desprecio ante la idea de que a Nadina y a Nika les
gustaría su regreso.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato







El jorobado

CAPITULO XXIX.—Lejos del temible Lagardere.

Los espadachines Cocardase y Pasepoil se habían introducido sin permiso en la casa de dos puertas e interrogaban a Francisca Berrichon y a su nieto Juan María. Ambos les acogieron con desconfianza y temor.

Pasepoil se dirigió hacia la cocina. La intrépida Francisca se abalanzó a interceptarle el paso, mientras Juan María intentaba salir a la calle para pedir socorro. Cocardase le cogió de una oreja diciéndole:

—Si gritas, te estrangulo.

El muchacho, aterrado, enmudeció. No fué tarea difícil para Cocardase amordazarle con un pañuelo.

Mientras tanto, y no sin haber recibido algún tirón de pelo y más de dos arañazos, Pasepoil había logrado reducir a Francisca. Abuela y nieto, sólidamente amarrados al soporte del fregadero, quedaron prisioneros en la cocina.

Cocardase y Pasepoil eran dueños del terreno.

Terminada su faena, ambos amigos se miraron con mutua admiración.

—Veo que no has olvidado tu oficio —observó Cocardase.

—Ni tú tampoco. Para nosotros todo asunto en donde no haya un Lagardere de por medio, va como la seda.

—Por fortuna Lagardere está muy lejos de aquí.

Ambos ignoraban que estaban precisamente en la casa de Lagardere. El príncipe de Gonzaga, al enviarlos allí, se cuidó muy bien de decirles la verdad.

—Nuestro pequeño parisiense debe hallarse más allá de la frontera —dijo Pasepoil.

Y ambos se frotaron las manos de contento.

—No perdamos tiempo —sugirió Cocardase, y señaló el aposento de Aurora y la puerta en lo alto de la escalera. Pasepoil se rascó el mentón.

—Yo voy a echar una mirada por el ojo de la cerradura —declaró.
Cocardase le miró con expresión severa.
—¡Diablos! No lo permitiré. La pequeña puede estar vistiéndose. Hay que ser respetuoso.
Pasepoil bajó los ojos humildemente, disculpándose. Su amigo le ordenó:
—Sube a ver qué hay arriba.
El normando subió con rapidez.
—¡Cerrada! —dijo, tratando de levantar el pestillo.
—Mira por el agujero de la cerradura. ¿Se ve algo?
—¡Obscuridad completa!
—Bien, baja. Recapitulemos sobre lo que nos corresponde hacer. El señor de Gonzaga nos dijo...
Pasepoil se apresuró a evocar:
—Nos ha prometido cincuenta doblones a cada uno.
—En efecto. Ante todo...
En ese momento la puerta que Pasepoil encontrara cerrada se abrió sin ruido y apareció la figura del jorobado que, sin ser visto, se inclinó para escuchar.
Los espadachines habían cogido unos paquetes que al entrar dejaron sobre la mesa y permanecían indecisos.
—¿Es absolutamente necesario que sigamos las instrucciones? —murmuró Cocardase.
—Pura formalidad —repuso Pasepoil—. Gonzaga nos ha dicho: "Llevaréis trajes de lacayo". Pues nada más sencillo. Podemos muy bien llevarlos... bajo el brazo.
—¡Caramba!, tienes razón —aprobó Cocardase con entusiasmo—. Siempre pensé que eres muy listo.



Eran dos las carrozas que esperaban en la calle del Chantre.



—¡Ya es tiempo! —dijo una vocecilla cascada.

El jorobado se rió quedamente.

—¡Llevarlos bajo nuestro brazo! —repitió el gascón—. ¡Eres ingenioso!

Volvieron a depositar sobre la mesa los paquetes que contenían las libreas de criado. Cocardase añadió:

—El señor de Gonzaga nos recomendó en segundo lugar que nos aseguráramos de que la carroza y los hombres estuvieran en la calle del Chantre.

—Eso ya está —dijo Pasepoil, ignorando que eran *dos* las carrozas que esperaban.

—En tercer término nos dijo: "Deberéis entrar en la casa".

—Y ya estamos en ella.

—Y luego: "En la casa hay una joven..."

—¡Caramba! —exclamó el enamoradizo Pasepoil—, una joven.

Cocardase volvió a dirigirle otra mirada terrible.

En aquel momento una risa femenina se dejó oír a través de la puerta cerrada, en la habitación próxima.

De pronto los dos espadachines se estremecieron, porque una vocecilla cascada decía tras ellos:

—¡Ya es tiempo!

Diéronse vuelta con rapidez. El jorobado del palacio de Gonzaga se hallaba junto a la mesa, deshaciendo tranquilamente los paquetes.

—¡Recuerno! —exclamó Cocardase—. ¿Por dónde ha entrado éste?

Pasepoil retrocedió prudentemente. El jorobado tendió una librea a cada uno y, sin levantar la voz, les ordenó:

—Ponéoslas y pronto.

Los espadachines vacilaban. Consideraban humillante vestir traje de lacayos.

-¡Recuerno! —gruñó Cocardase—, ¿por qué te metes en este
gocio?
-¡Chist! —fué la respuesta del enano—. ¡De prisa!
l otro lado de la puerta se oyó decir a doña Cruz:
-Ya sólo falta una carroza.
-¡De prisa! —insistió imperioso el jorobado.
al mismo tiempo apagó la lámpara.
a puerta del aposento de Aurora se abrió dejando salir una vaga
aridad.
ocardase y Pasepoil se retiraron al desván de la escalera para
mbiar rápidamente de traje. Entretanto el jorobado, entre-
riendo una de las ventanas, dió un ligero silbido. En el mismo
stante las dos doncellas que vistieran a Aurora, terminada su
rea, atravesaban a tientas la habitación.
l jorobado les abrió la puerta. Salieron.
-¿Estáis listos? —preguntó en voz muy baja.
os aventureros respondieron afirmativamente.
-¡Pues al asunto!
oña Cruz salía ya de la habitación, diciendo:
-¿Tendré que buscar una carroza? ¿No habrá pensado en eso
diablo?

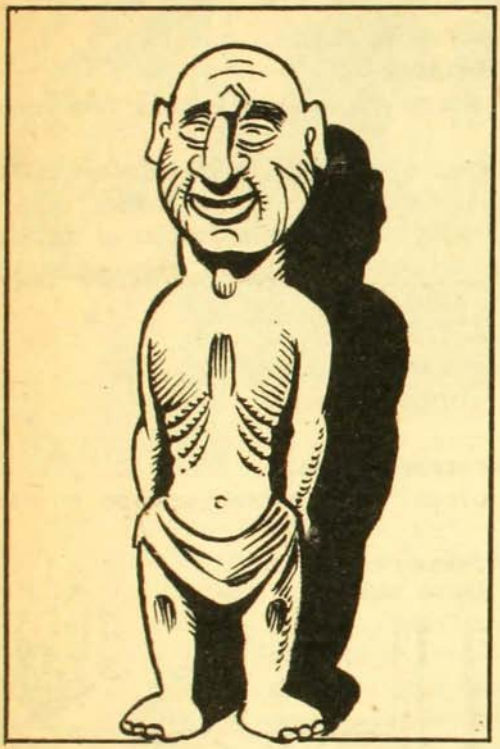
l jorobado, deslizán-
se tras ella, cerró la
uerta por donde salie-
y la sala quedó su-
ida en las tinieblas.
a gitana no tenía mie-
de los hombres, pero
ababa de nombrar al
ablo y en aquella sú-
ta obscuridad, aterra-
, creyó sentir la satá-
ca presencia. Quiso
lver hacia la puerta
ra abrirla y dos ma-
s ásperas y velludas
ieron las de ella. In-
ntó gritar, pero el es-
nto estranguló su voz.

(CONTINUARA)

El jorobado emitió un ligero silbido.



¿A quien pertenece?



Díganos ¿a quién pertenec la Isla de Pascua? Envía t respuesta a revista "Simbad Casilla 84-D, Santiago. T solución no será válida si n trae el cupón.

SOLUCION AL CONCUR SO N.º 243.— El dios Amon Ra pertenece a la religió egipcia.

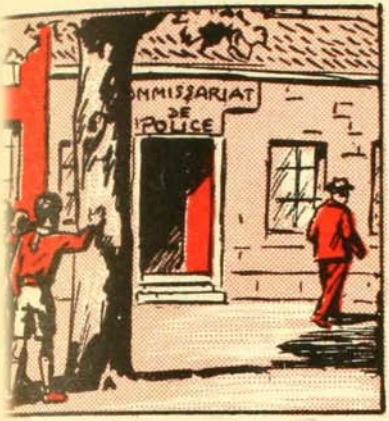
Premiados con UNA SUS CRIPCION TRIMESTRA A "SIMBAD": Tomás Mac Hale, Santiago; Mireya Leó Santa Cruz; Marta Elb Sánchez, Rancagua; Patrici Palacios, Santiago; Pedr Durán, Copiapó; Hemófil Gálvez, Los Andes. UN PRE MIO DE $ 20.: Lucy Car pusano, Valparaíso; Gabriela Saavedra, Rancagua; Gilberto B cerra, Angol; Panchito Martínez, Concepción; Santiago Guerr Santiago; Emilia Sánchez, Los Andes; Rosa Roling, Los Angele Rogelio Ulloa, Purén; Julio Ríos, Santiago; Jaime Salinas, Qu llota. UN LIBRO: Andrés Poveda, Lautaro; María Angélica R jas, Concepción; Mónica Daroch, Ch llán; Alberto Moena, Concepción; E meralda Quezada, Lota; Héctor Ferná dez, San Fernando; Ariel Marfull, Ra cagua; Leonardo Ibáñez, Los And Rafael Eyzaguirre, Santiago; Luis M ñoz, Rancagua.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 245

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 195

Juan y Juanita





Fué una buena idea remolcar la chalana hasta aquella caleta blada de barcas en desuso. Esa misma tarde los niños se dirieron al barrio donde vivía el traidor Blanchar y penetraron en casa. El cobarde retrocedió. Luego dijo: "—¿Qué tal, niñitos? 'a han navegado por los siete mares?"





Aquel cinismo indignó a Juan, que ordenó: "—¡A él, muchaos!". Todos se lanzaron sobre Blanchar, gritando: "—Dános estro recibo, tramposo." El Escorpión estaba en su elemento, ndo golpes. Blanchar resoplaba, tratando de defenderse, y por gimió: "—Me rindo."

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO




246
SIMBAD
EL HIJO DEL LOBO
$ 6.–
ELENA ROIRIER

Juan y Juanita

CAPITULO XXIV.—ESTE ERA UN BARCO





1. Los niños, que vivían en una vieja chalana anclada en el Sena, fueron traicionados por Blanchar. Compraron la embarcación al malvado, pero éste no les dió recibo y les denunció a la policía. "—Tenemos testigos que declararán a nuestro favor", advirtió Juan.





2. El cobarde Blanchar se atemorizó. "—Niñitos —dijo—, si quieren que les firme un recibo, suéltenme las manos." En efecto, los indignados tripulantes de la chalana le retenían prisionero. Blanchar, resoplando de furia, firmó el documento que le exigían. "—Negocio terminado", sonrió Juan.

(Continúa en la penúltima página.)

19 MAYO 1954

Simbad

AÑO V — 19-V-1954 — N.º 246

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXX.—Un solo amo.

La gitana Flor, llamada también doña Cruz, había dicho que por arte de magia se cumplirían los tres deseos expresados por Aurora: ir al baile del regente de Francia, lucir un traje de corte y joyas relucientes y encontrarse con Enrique de Lagardere.

La joven bohemia abandonó la habitación donde su amiga se había vestido y, detenida en la sala, se preguntaba:

—¿Tendré que buscar una carroza? ¿No habrá pensado en eso el diablo?

Súbitamente se vió rodeada de tinieblas y unas manos ásperas y velludas cogieron las de ella.

—Señorita —dijo Cocardase, haciendo un ceremonioso e inadvertido saludo, puesto que ni un gato lo hubiera visto en aquella obscuridad—, permitidme que os ofrezca mi mano.

La gitana retrocedió hasta el extremo opuesto del aposento y allí encontró otras manos no tan velludas, pero más callosas, cuyo contacto aumentó su terror. Huyó de aquellas infernales garras, pero Cocardase y Pasepoil se ingeniaron para cerrarle toda salida que no fuese la puerta de la calle.

Cuando la espantada joven llegó junto a esta puerta, se abrieron sus dos batientes. La claridad de los faroles iluminó su rostro y entonces Cocardase no pudo contener un movimiento de sorpresa.

Un hombre, que parecía aguardar, lanzó una manta sobre la beza de la fugitiva, que se desvaneció. El desconocido, luego tomarla en brazos, la llevó hasta la carroza detenida al pie de escalinata.
—¡Al pabellón tras la iglesia de Saint-Magloire! —fué la ord dada al cochero, que partió en el acto.
—¡Ella es una preciosidad! —suspiró Pasepoil.
—¡Recuernos! —gruñó su compañero—. Sospecho que hay ac uñ raro negocio...
—Tenía unas manos satinadas... —añadió Pasepoil, conmovi Cocardase, sin oír los suspiros del normando, reflexionó:
—Los cincuenta doblones que Gonzaga nos ofreció por esta f na son nuestros..., quizás sí, quizás no. Huelo en el aire que todo marcha como debiera. En fin, antes de irnos, vamos a d atar a esa pobre vieja y al chiquillo.
Antes que entraran de nuevo en la casa, se oyó la voz del jo bado en la obscuridad:
—Estoy muy satisfecho de vosotros, amigos míos. Pero aún habéis terminado, esperad.
—Ahora que no le veo —susurró Pasepoil—, esa voz me pro ce un efecto extraño. Juraría que la he oído antes de ahora.
Las sombras desaparecieron súbitamente, pues el jorobado enc dió en ese momento la lámpara.
—¿Qué debemos hacer ahora, maese Esopo? —interrogó Co dase—. Porque así es como os llaman, ¿no?
—Así y con otros nombres también —repuso el hombrecillo Poned atención a lo que voy a ordenaros.
Cocardase, llevándose la mano al sombrero, dijo:
—Saluda a Su Señoría, Pasepoil.
Este le imitó, añadiendo con sorna:
—Esperamos las órdenes de Su Excelencia.
—Es cuanto debéis hacer —contestó secamente el jorobado.
Los espadachines cambiaron una mirada. Pasepoil, abandona su gesto burlón, murmuró:
—Yo he oído esta voz en alguna parte.
El enano sacó del desván dos linternas de esas que llevaban lacayos para alumbrar el camino. Las encendió y dijo:
—Tomad.
Cocardase protestó:
—¿Yo? ¡Jamás!

¡Tomadlas! —repitió el gibado.
los bravos obedecieron.
tonces el jorobado señaló con el dedo la puerta por donde mo-
ntos antes saliera doña Cruz.
Allí hay una joven —comenzó a decir.
¿Otra? —exclamaron a la vez Cocardase y Pasepoil—. Par-
u! He ahí la explicación de la otra carróza.
opo continuó:
Ella saldrá también por esa puerta.
cardase miró la lámpara encendida.



—¡Recuernos! —gruñó Cocardase, asombrado al ver que la carroza partía como una exhalación.

Con esta luz nos verá —objetó.
En efecto, pero la abordaréis respetuosamente, diciendo: "Es-
nos aquí para conduciros al baile de Palacio".
No figuraba nada de esto en nuestras instrucciones —dijo Pa-
oil, tímidamente.
Cocardase agregó:
¿Nos creerá ella?
Os creerá si le decís el nombre de quién os envía.
¿El nombre del señor De Gonzaga?



—Antes de irnos vamos a desatar a la pobre vieja.

—No ése precisament
Decidle, sin expresar
nombre, que vuestr
amo la espera, acorda
bien, en los jardines
palacio junto al puen
de Diana, à median
che.
—Pero, ¡recuernos!, ¿
que tenemos ahora d
amos?
—No. Tenéis uno sol
pero no se llama Go
zaga.
Y mientras hablaba,
jorobado llegó hasta
escalera y puso el p
en el primer escalón.
—¿Y cómo se llam
—inquirió Cocar d a s
que hacía vanos esfuerzos para conservar su insolente sonrisa-
¿Esopo II, acaso?
—¿O Jonás? —pudo balbucir Pasepoil.
El jorobado, mirándoles fijamente, pronunció con lentitud:
—Vuestro amo, escuchadlo bien, se llama Enrique de Lagarde
Ambos espadachines se estremecieron.
—¡Lagardere! —musitaron al mismo tiempo con voz tembloro
El enano, encontrándose ya en lo alto de la escalera, les miró
nuevo con sus pupilas azules y terribles y añadió:
—¡Tened cuidado!
Y cerró la puerta tras él.
—¡Parece que hemos visto al diablo! —dijo Cocardase—. ¡D
bemos tener cuidado! He creído reconocer a...
—¿A Lagardere mismo?
—No, pero juraría que la joven que acaba de salir era la gita
lla que vi allá en España, del brazo de Lagardere.
La puerta del aposento de Aurora acababa de abrirse. Pasep
ahogó un grito mientras cogía de un brazo a su compañero.
—Pues esta otra —susurró— es la que le acompañaba en Flan
Aurora se hallaba en el umbral.

Cocardase y Pasepoil, en la mano las linternas y curvada la espalda, avanzaron hacia ella. Parecían dos auténticos lacayos.

—¿Dónde está Flor? —les preguntó ella—. ¿Es que se ha marchado sin mí?

—Sin vos —respondió Cocardase. Y Pasepoil repitió, como un eco:

—Sin vos.

Aurora, con los ademanes de quien ha tenido lacayos toda su vida, entregó a uno su abanico y al otro su ramillete.

—Estoy dispuesta. Marchemos.

Y las dos voces respondieron:

—¡Marchemos!



Se oyó la voz del jorobado en la oscuridad.

Ante la escalinata de piedra esperaba la segunda carroza. En el momento de subir a ella, Aurora indagó:

—¿Ha dicho él dónde nos reuniremos?

—Junto al puente de Diana —repuso Cocardase.

—A medianoche —completó Pasepoil.

Y se pusieron en marcha, no sin cambiar los dos amigos una mirada que significaba: "¡Hay que andar con cuidado y proceder rectamente!"

El endiablado enano pronunció un nombre ante el cual no podían permanecer indiferentes: Enrique de Lagardere. Pasepoil y Cocardase conocían demasiado bien al Pequeño Parisiense para seguir encogiéndose de hombros o reír con insolencia.

—Ese esperpento, Jonás o Esopo II, nos ha humillado —dijo Pasepoil con voz débil.

—Ningún aliado del Pequeño nos ofende, ni aunque nos trate a palazos o sea un asno con joroba —respondió Cocardase, sentenciosamente—. Así es que, ¡vayamos derechos!, y punto en boca.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO VI.—LA SELVA FATIDICA





1. El guía Lahal condujo a través de la selva india a los detectives Mario Laurenti y Pancho Baray. Les llevaba hacia el templo de Badami, donde residía ocultamente la secta de Siva. Al cruzar un río advirtió: "—Cuidado, aquí hay cocodrilos". Por cierto que Pancho cruzó temblando el peligroso vado.





2. "—Ahora desmontaremos —anunció después Lahal—. Pediremos asilo por esta noche en esa cabaña." Una anciana hindú acudió a abrir la puerta. Baray, que veía la muerte y las acechanzas en todas partes, pensó que la mujer tenía trazas de bruja y que estaban en peligro de ser convertidos en escorpiones.





3. Se acostó con gran desconfianza y estaba tan sobresaltado que no podía cerrar los ojos. Cuando empezaba por fin a dormirse, dió un brinco y empezó a gritar: "—¡Socorro! ¡Una cobra! ¡Un escorpión gigante!" Mario y Lahal acudieron y el joven detective descubrió bajo la manta un gato friolento.





4. Pancho soportó con valentía las bromas que le hizo Mario por haberse asustado de un vulgar gato. Prosiguieron la marcha al rayar el día. En un sendero solitario hallaron el coche en el cual Lahal había visto a Max Barton. Lo examinaron, descubriendo que tenía dos neumáticos averiados.

EL TEMPLO DE BADAMI





5. "—Max Barton ha seguido a patita —rió Baray—. Lahal me dijo que es un tipo prepotente. Pues con toda su importancia ha tenido que caminar. Nosotros, en cambio, vamos a caballo, como reyes de la India." Olvidaba que los maharajaes se internan en la selva montados en elefantes.





6. Los paquidermos pueden abrirse camino en la espesa maraña. Los caballos, en cambio, se detuvieron. Al comprender que sería preciso seguir a pie, Baray decidió resignado: "—Dejaré aquí mi caballito". Lahal observó: "—Si lo ata a un árbol, será devorado por los tigres". Pancho se enfureció.





7. "—Ni siquiera los caballos pueden vivir tranquilos en este país —dijo—. Está bien, le permitiré que regrese solo, pero protesto. Alguien debería poner orden en la India. Las vacas se pasean por las calles, los cocodrilos se bañan en los ríos, y, además, dejan sueltos a los tigres. ¿A dónde vas, Mario?"





8. El joven, sin oír las protestas de su amigo, se había acercado a un letrero y tradujo su lectura: "Aquí existen monstruos enormes que esperan con sus fauces abiertas al desprevenido viajero". Pancho exclamó: "—Este es un lugar inconveniente. Esa frase "con las fauces abiertas" me preocupa".

(CONTINUARA)



El jorobadito

Erase una vez un rey que tenía tres hijos, pero sólo a los dos primeros demostraba cariño. El menor era jorobado y su padre lo despreciaba, siendo solamente su madre quien lo quería en el palacio.

Un día el soberano hizo llamar a su hijo mayor y le dijo:

—Hijo mío, quisiera que me trajeras el agua de la juventud.

—Iré a buscarla, rey y padre mío —respondió el príncipe.

El rey le proporcionó una carroza tirada por cuatro caballos y todo el oro y plata que deseó, tras de lo cual el doncel se puso en camino.

Apenas había recorrido doscientas leguas, cuando se encontró con un pastor que le preguntó:

—Príncipe, hermoso príncipe, ¿queréis ayudarme a recuperar un cordero que está en ese zarzal y no puede salir?

—No puedo ayudarte... No tengo tiempo —contestó el príncipe, alejándose.

Poco después llegó a una gran ciudad, se hospedó en el mejor hotel que pudo encontrar, hizo desenganchar sus caballos, ordenó una buena comida y, como no tardó en hacer muchas amistades, olvidó por completo el objeto de su viaje.

Al cabo de seis meses el rey, viendo que el mayor no volvía, envió a su segundo hijo en busca del agua maravillosa.

Dióle una carroza tirada por cuatro corceles, cubiertos de perlas y diamantes.

El joven príncipe emprendió la marcha.

A las doscientas leguas de camino se encontró con el pastor, que le dijo:

—Príncipe, hermoso príncipe, ¿queréis ayudarme a sacar uno de mis corderos que se ha metido en esa zarza?

—¿Qué te has figurado? —respondió el hijo del rey, desdeñosamente.

Poco después llegó a la gran ciudad y se alojó en el mismo hotel que su hermano, pero no tardaron en acudir infinidad de amigos

al olor de su dinero, y él ya no pensó más en buscar el agua que rejuvenece.

El soberano esperó durante un año. Al cabo de este tiempo, viendo que ninguno de sus dos hijos volvía, empezó a lamentarse, gritando:

—¿A quién le dejaré mi corona? ¿Por qué habré dejado partir a mis hijos, tan jóvenes e inexpertos?

En el pobre jorobadito no se le ocurrió pensar, igual que si no hubiera existido en este mundo. Entonces su hijo le dijo, casi llorando:

—¡Oh padre mío, desearía ir a buscaros el agua que rejuvenece! Tened la seguridad de que os la traeré.

El soberano respondió:

—Haz lo que quieras.

Dióle un carruaje viejísimo que no tenía más que tres ruedas, un caballo escuálido y cojo y unas cuantas monedas.

Cuando hubo recorrido doscientas leguas, el jorobadito se encontró con el pastor, que le dijo:

—Príncipe, hermoso príncipe, ¿quieres ayudarme a recuperar uno de mis corderos que se ha metido en ese zarzal?

—Por cierto —respondió el doncel.

Y, descendiendo de la desvencijada carroza, ayudó al pastor a recobrar su res.

El zagal le dijo entonces:

—Príncipe, aquí tienes un carcaj con flechas y un arco. Cada flecha que dispares irá derecho al blanco; también te entrego esta flauta,



Había también en el castillo una princesa cautiva.

que tiene la virtud de hacer bailar a todo el que oiga su música.
El príncipe, después de haber dado cordialmente las gracias al atento pastor, prosiguió su viaje. Recorrió doscientas leguas más.
El hambre empezó a torturarle. Envidió a su escuálido jamelgo que, por lo menos, encontraba de vez en cuando hierbas jugosas y verdes para saciar su apetito.
El príncipe vió pasar un zorro. Armó inmediatamente el arco e iba a disparar una flecha contra el animal, cuando éste se detuvo, lo miró con sus astutos ojos y exclamó de repente:
—¿Intentas matarme?
El jorobadito, asustado, volvió a meter la flecha en la aljaba.
El zorro añadió:
—El agua que rejuvenece se halla en aquel castillo que se ve a lo lejos. Está guardado celosamente por un ogro. Cuando llegues al castillo, verás en la cuadra mulas adornadas con gualdrapas de oro y plata; toma la más fea. También verás dos pájaros verdes; coge el más horrible.
El jorobadito llegó al castillo pocos minutos más tarde. Ya se disponía a tomar la mula y el pájaro cuando vió entrar al Ogro.
—¿Qué diablos haces aquí? —le preguntó.
El príncipe se excusó humildemente y pidió clemencia.
—No te preocupes —respondió el Ogro, riéndose a mandíbula batiente—. Estás demasiado delgado para servirme de almuerzo. Quédate a cenar y vive aquí si quieres.
Había también en el castillo una princesa con la cual quería casarse el Ogro contra la voluntad de la bella prisionera.
Cierto día el jorobadito tuvo la ocurrencia de tocar la flauta.
La princesa, que estaba sentada a la mesa con el Ogro, cerró los ojos encantada al oír la deliciosa música de la flauta. De repente se levantó y, asiendo al monstruo de un brazo, se puso a bailar frenéticamente con él.
El jorobadito, cuando se cansó de tocar, se guardó la flauta en el bolsillo, pero el Ogro, al darse cuenta de que había sido él el autor y ejecutor de tan bella melodía, lo llamó y dijo:
—Como recompensa, puedes pedirme lo que quieras.
—Pues bien —dijo el príncipe, fingiendo reflexionar—, deseo que me des lo más bello que haya aquí y que me permitas dar la vuelta por tres veces alrededor de todo el castillo.
El Ogro convino en ello.
En el castillo había tal cantidad de oro que no sabía dónde me-

lo, pero el príncipe no tocó una sola moneda; en vez de eso gió el más feo de los dos pájaros verdes y la más horrible de mulas de gualdrapa de oro, capaz de hacer una legua con da paso.

ego llenó una botellita del agua que rejuvenece, que brotaba un estanque maravilloso en el jardín.

nco minutos más tarde ayudaba a la princesa a montar en la lla, y dió dos vueltas al castillo, saliendo escapado en vez de r la tercera.

Ogro, cuando se dió cuenta de la burla de que había sido ob-o, salió de estampía detrás de ellos, pero no pudo alcanzarlos.

príncipe corcovado, en su camino de regreso, encontró por se-nda vez al zorro, que le dijo:

Si vez a alguien en un apuro, guárdate de socorrerlo, porque traerá desgracia.

ando llegó a la ciudad, el doncel vió en una de las plazas un tíbulo recién levantado.

¿Para qué es esa horca? —preguntó.

o de los numerosos curiosos le respondió:

Es para dos jóvenes extranjeros que han contraído infinidad de deudas que no pueden pagar.



pájaro verde reco-ó su bello plumaje.

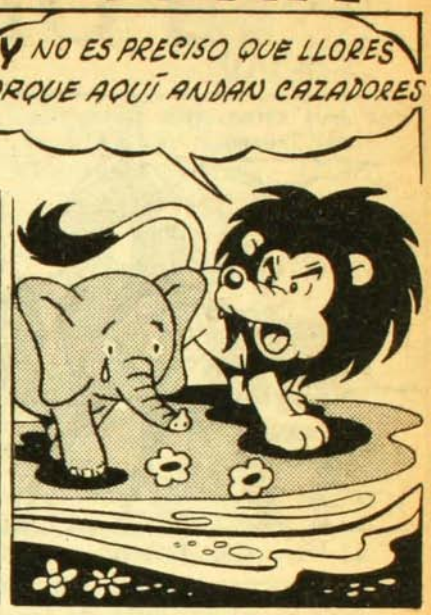
Minutos más tarde aparecieron los condenados y el príncipe reconoció en ellos a sus hermanos. Inmediatamente se acercó a ellos derramando abundantes lágrimas, reunió a sus acreedores, les pagó hasta el último céntimo y obtuvo la libertad de los dos príncipes.

Junto con ellos prosiguió entonces el camino de regreso a su país. Sus dos hermanos eran envidiosos y maquinaron su perdición.

Cierto día que la caravana pasaba junto a un pozo, los dos hermanos mayores se asomaron al brocal y exclamaron a una:
—¡Oh hermanito, mira qué pozo más hermoso!
Y cuando el jorobadito se aproximó a la sima, le empujaron con tan terrible fuerza, que cayó al fondo de cabeza.
Luego continuaron su camino.
Pero cuando llegaron al castillo, la princesa languidecía, la mula estaba triste y el pájaro verde sufría de nostalgia, mientras que el agua que rejuvenece no sirvió de nada al rey, que ordenó guardarla en el desván, con las medicinas inútiles.
Mientras tanto, el joven jorobadito exhalaba grandes gritos de socorro desde el fondo del pozo.
El zorro, que lo oyó, acudió en su auxilio y, después de criticarle su desobediencia, añadió:
—Por esta vez estoy dispuesto a salvarte.
Y, descendiendo al fondo del pozo, le dijo:
—Agárrate bien a mi cola.
Así lo hizo el príncipe, y el astuto animal dió un salto enorme, pero el jorobadito pesaba mucho y la cola se rompió. El zorro volvió a pegarse la cola en su sitio, untándola con unas hierbas mágicas, y ordenó al príncipe que montara a caballo sobre su lomo, después de lo cual dió otro nuevo salto y consiguió sacarlo a la superficie.
Antes de marcharse, el zorro pronunció unas palabras mágicas y el caritativo y desgraciado principito quedó libre para siempre de su joroba, convirtiéndose en un mancebo hermosísimo.
Dirigióse entonces al castillo de su padre y se hizo anunciar como un gran médico extranjero, declarando que curaría en pocas horas al rey y a la princesa.
Penetró en la cuadra y la mula, al verlo, recobró su hermoso pelo y empezó a relinchar alborozada. El pájaro verde recobró, también, su bello plumaje.
Dió luego a su padre el agua que rejuvenece y el monarca abandonó el lecho en que yacía.
La princesa, por su parte, recobró la salud en cuanto lo vió, después de lo cual el joven príncipe se dió a conocer a sus padres y le refirió todo lo ocurrido.
Los hijos mayores del rey fueron castigados por su villanía, mientras el joven príncipe se desposaba con la bella princesa y recibía el trono.

S AVENTURAS DE TROMPITA









CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXI.—EL HIJO DEL GRAN MANITU



1. Hijo del Trueno, respondiendo a un desafío de Solitario Bill, se presentó ante él. Entonces el héroe texano hizo voltear su lazo y cogió al caudillo de los indios osages. Alzándolo sobre su montura, cruzó la barrera de fuego que los pieles rojas habían levantado en el desfiladero.



2. Ante la mirada incrédula y temerosa de los osages, el caballo Tempestad saltó sobre la hoguera y después se alejó, veloz como un huracán. Solitario Bill llevó a su prisionero hasta el borde de un precipicio. "—¿Reconoces este abismo? —inquirió—. Es el barranco de los cóndores".



3. "—Comprendo —asintió Hijo del Trueno, sombríamente—. Me sentencias a la misma muerte que yo había destinado para ti." El joven repuso: "—Te equivocas. Soy tu amigo y no quiero causarte daño". El semblante del osage se endureció aún más al decir: "—No es mi amigo aquel que mató a Halcón Rojo".



4. Se refería al guerrero a quien el mestizo Miguel derribó traidoramente. "—No herí a Halcón Rojo, quien, antes de morir, me entregó su amuleto", protestó Solitario Bill. Hijo del Trueno dijo, pensativo: "—Si fueras culpable el Gran Manitú hubiera permitido que los cóndores te atacaran. ¡Silencio!"

SOLITARIO BILL



5. Aquella súbita orden sorprendió al joven. El fino oído del indio había percibido un leve rumor. Después surgieron los osages, amenazantes. "—¡Deténganse!", ordenó Hijo del Trueno. Solitario Bill, alzando su mano, exclamó: "—No es preciso que me defiendas, ¡oh gran jefe! Estoy protegido por un ser superior".



6. Sostenía oculta entre sus dedos la lupa que el mestizo le había dado. Los rayos del sol encendieron un arbusto reseco. "—¡Ha brotado fuego de la tierra!", murmuraron los osages, atemorizados. "—¡El Gran Manitú me protege!", declaró el joven, audazmente. Pero el hechicero de la tribu aulló: "—¡Mientes!"



7. Con una tranquila sonrisa, Solitario Bill desafió a Serpiente Astuta: "—¿Puedes con tus brujerías hacer que surja el fuego de esas piedras?" Todos contuvieron la respiración. Hijo del Trueno pronunció con lentitud: "—Eres un hechicero poderoso. Demuestra que tu magia no es falsa".



8. Serpiente Astuta comprendió que no podía negarse. De rodillas ante el arbusto invocó: "—¡Oh Gran Manitú, haz que se eleven las llamas ante mis ojos! ¡Espíritu del fuego, obedéceme!" Sus voces eran inútiles. En vano blandió sus amuletos mágicos. Las piedras continuaban apagadas y frías.

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO VIII.— Minas de oro en México.

RESUMEN: La familia del gran duque Sergio Nepuskine debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. Le acompañan en el exilio sus hijos Nadina, Valia y Dimitri, su madre, la princesa Alejandra, y su cuñada, Sofía. Esta pierde sus joyas y cree que se verá sumida en una horrible miseria. Pero el gran duque encuentra un empleo y la familia se traslada a París. Sofía no se resigna a vivir ignorada y conspira con Boris y Carol, dos refugiados políticos. Días más tarde el gran duque Sergio desaparece misteriosamente. La princesa Alejandra sostiene a la familia, instalando un taller de bordados. Tiempo después cae enferma y presiente su muerte. Desaparecida la anciana princesa, Nadina se hace cargo de sus hermanos, batallando contra la nefasta influencia que la condesa Sofía ejerce sobre ellos...

Cuando la condesa Sofía llegó a la casa donde vivían sus sobrinos, en la calle de Tournois, Nika acudió a abrir la puerta.

—La niña Nadina está en el taller y los pequeños han ido a clases —informó a la visitante, sin ocultar su descontento.

—¿Qué significa esta insolencia, Nika? ¿No me dejas pasar? ¿Crees que tengo la peste?

—No, señorita.

—No, condesa —corrigió Sofía.

Nika guardó silencio y se apartó resignadamente. Sofía entró como Pedro en su casa.

Cuando Nadina llegó, la condesa dijo:

—He venido a almorzar con ustedes. Tengo que hablarte seriamente.

La niña se sintió alarmada. ¿Qué problemas traería ahora la terrible descendiente de los zares?

Valia y Dimitri acogieron alegremente a su tía. No olvidaban que era aficionada a endilgarles aburridores sermones..., pero acompañados de chocolates, paseos y dinero. Sufrieron una gran desilusión cuando, habiendo terminado de almorzar, no se dedicó a ellos, sino que dijo:

—Tengo que hablar con Nadina. Ustedes prepárense para volver a la escuela.

Cuando ambas quedaron solas, Sofía pronunció:

/engo a vivir de nuevo con ustedes. No pude acostumbrarme
a soledad. Me sentía triste y huérfana de cariño.
ego, decidiéndose a ser más sincera, añadió:
Habituada a la existencia fácil de una aristócrata, que siempre
tenido sirvientes, lujos y homenajes, no advertí que, para sub-
ir en un país extranjero, es necesario poseer mucho dinero. El
el en que estuve es terriblemente caro. Prefiero pagarte una
isión.
dina no supo qué responder y Sofía continuó:



Valia y Dimitri salieron desilusionados porque su tía los envió de regreso a la escuela.

—Respecto a las joyas que la princesa te dejó en herencia, su venta nos reportaría una pequeña fortuna. Por cierto que yo también me desprenderé gene-
amente de mis alhajas y viviremos como corresponde a nues-
jerarquía. El dinero que reúnamos creo que nos alcanzará
sta que termine este injusto destierro.
El taller me da los recursos necesarios para sostener una casa
desta —respondió Nadina, pacientemente—. Y mientras pue-
trabajar, las joyas de mi abuelita no serán vendidas.
Sólo tú puedes autorizar esa venta —observó Sofía, con dure-
—. Fuiste muy sagaz para lograr que Su Alteza te nombrara
ica heredera.

—No quiso favorecerme sólo a mí, sino proteger a mis hermanos menores. Ella sabía que yo velaré por ellos.
—Si velar por alguien es arrebatarle sus bienes, creo que nadie en el mundo desearía ser protegido —repuso con ironía la condesa.
Y viendo que la frente de Nadina se ensombrecía, añadió, conciliadora:
—No discutamos, querida niña. Sólo quería hacerte ver que eres demasiado joven para asumir tanta responsabilidad. Pero dejemos ese asunto y hablemos de finanzas. ¿Cuánto me cobrarás por la pensión? Espero que seas considerada.
—Si usted trabaja, condesa, le resultaría menos difícil su manutención y podría guardar algunos ahorros.
Esta alusión al trabajo indignó a Sofía, pero ocultando su desagrado, protestó con una sonrisa:
—Esa palabra "trabajo" ha sido siempre tabú para mí. Sin embargo, me avendría a ser la representante de una firma comercial, o una institución respetable que pudiera enorgullecerse de contar con los servicios de una Sofía Palotka Siromiska. Pero con este vulgar nombre de Beliof, ¿dónde puedo presentarme sin ser tratada con menosprecio?
Nadina no pudo contener una sonrisa. Para ella significaba una pesada carga aceptar en su casa a Sofía. Estaba segura de que le crearía problemas y dificultades. Pero la pequeña duquesa era valiente y optimista. Además, prometió a Alejandra brindar hospedaje y sustento a la condesa.
"Está desterrada y sola —reflexionó—. Debo hacerla comprender que Francia no es una tierra hostil y que su familia no es egoísta. Al hallar verdadero asilo junto a nosotros, tal vez su carácter cambie y su corazón se suavice."
Los pensamientos de Nadina se

Nadina oía desconcertada los proyectos de Sofía.





Tengo millones de francos —aseguró la condesa.

reflejaban con una luz de ternura en sus facciones, en su boca sensitiva, en los ojos azules y resplandecientes.

Sofía, que la observaba, advirtió la delicada belleza de Nadina y experimentó una aguda envidia.

Se instaló en la casa que antes había despreciado y su conducta no mereció reproches. Se abstenía de dar consejos a Valia y a Dimitri, no alteró la paz ni la disciplina de aquel hogar y pagaba su pensión sin llorar demasiado.

El ambiente continuó en calma por bastante tiempo. Sofía frecuentaba a sus compatriotas y se reunía con ellos en misteriosos conciliábulos. A veces regresaba radiando alegría. En otras ocasiones su aspecto era de profunda desolación.

Al tercer mes, cuando entregó su pensión a Nadina, gimió:

Esto es como desangrarse para morir. Tú obtienes ganancias, ro yo veo disminuir mi capital.

Hay un medio para conservarlo y ése es el trabajo —sugirió adina por centésima vez.

¿Conoces alguna tarea que pueda ser ejecutada por una perso- de mi rango sin que se rebaje?

Sí, el trabajo que realizaba la princesa Alejandra de Dalvacia. Su Alteza era excéntrica y no tenía más ley que su capricho. in es para mí incomprensible su actitud.

uego, repentinamente, declaró:

No creo que me vea obligada a sacrificarme. Tengo expectati- s brillantes para el próximo mes. No te olvides entonces de co- arme la renta. La pagaré gustosamente.

ta promesa, en vez de tranquilizar a Nadina, la dejó perpleja.

En los días siguientes, Sofía se mostró enigmática. Una noche, a la hora de la cena, se comportó en forma desconcertante. Sonreía como saboreando un secreto, y hablaba sin esperar contestación. Decía, por ejemplo:

—Necesitamos dos salones. Yo me quedaré con el más pequeño.

Luego indicaba a Dimitri:

—Hace mucho tiempo que no montas a caballo. Es una lástima porque todos los Nepuskine han sido siempre diestros jinetes.

A Valia le dijo:

—¿No cultivas ningún arte, pequeña? Tu elevada alcurnia te obliga a aprender música.

Hubo una pausa y luego suspiró:

—Mi pobre Nadina, hace tres años que llevas el mismo vestido. Mi ropa también debe ser renovada.

Ni siquiera Nika escapó a aquellas observaciones.

—Nika debe usar el traje nacional, comprar cofias y abastecerse de enaguas.

Valia y Dimitri reían. Nadina, desconcertada, murmuró:

—Necesitaríamos mucho dinero.

—Yo lo tengo..., millones de francos. Somos ricos.

Nika y Nadina cambiaron una mirada inquieta. Al advertirlo, Sofía prorrumpió en una carcajada.

—No estoy loca. He hecho un pingüe negocio. Vendí mis joyas, incluso mis topacios que no valen mucho, pero que eran un recuerdo de familia. Con ese dinero compré acciones de una empresa dirigida por nuestros compatriotas. Es un negocio seguro. Cada día amaneceré más rica que la víspera.

Nadina palideció.

—Esas empresas que surgen de la noche a la mañana no me inspiran confianza.

—¡Bah! —respondió Sofía—. Tú desconfías de todo. Te digo que me pagarán dividendos formidables. Se trata de una mina de oro en México. La persona a quien di mi dinero partirá para el continente y sólo ella sabe la existencia de ese filón.

—¿Dónde conoció a esa persona?

—Ah, yo no vivo encerrada en una concha, como tú y como Su Alteza, que se negó a buscar amistades. Frecuento a mis compatriotas y todos se demostraron ansiosos por prestarme ayuda.

—Por prestar ayuda a los Nepuskine, tal vez —sugirió Nadina— ¿Ha revelado nuestro verdadero nombre?

-¡No, no! —protestó Sofía, pero enrojeció violentamente.
odos comprendieron que mentía. Las terribles consecuencias que odría tener aquella imprevisión abrumaron a Nadina.
-¡No seas fatalista! —gritó Sofía, exasperada—. Te repito que remos ricos. Mi aliado...
-Es tal vez un miserable estafador —interrumpió Nadina.
-¿Por qué te empecinas en augurar desgracia? Si este negocio acasa y pierdo mi mina de oro, tú serás la culpable, porque raes la mala suerte con tus vaticinios.
furiosa por no haber obtenido el aplauso que esperaba, se le- antó de la mesa y salió dando un portazo.
adina permaneció anonadada, mientras Valia y Dimitri la mi- aban indecisos y atemorizados.
ran muy pequeños, pero desde que su padre les dijo que de- an adoptar un nombre supuesto comprendieron que estaban en eligro. Un espía enviado por la policía imperial podía denun- arlos. El gran duque Sergio estaba sentenciado a muerte y su milia sería, quizás, encarcelada.
-Y papá tal vez ha muerto —susurró Dimitri, prorrumpiendo en anto.
adina se irguió, pálida, y lo abrazó con fuerza.

(CONTINUARA)



Sofía se retiró furiosa.

Ponchito

por nato





EL HIJO DEL LOBO



CAPITULO I.—Lo renegados.

Ives, el Hijo del Lobo luego de vencer al Dragón de Flandes, regresó a Camelot. No temía a la reina Ginebra, ante cuyo trágico y cruel rostro hizo relampaguear su sonrisa burlona.

Avanzó tranquilo por las calles. El pueblo le vió pasar, como a un héroe de leyenda. En los ojos medrosos se reflejó la admiración y una vaga esperanza. Flandes gimió bajo las garras de un dragón insaciable. Bretaña también estaba sometida..., pero no a un monstruo, sino a una reina de negro corazón, la bella y despiadada Ginebra.

El rey Arturo debía cumplir su palabra y nombrar caballero a Ives. El joven vistió una túnica de lino y veló sus armas acompañado de Ogier, que sería su padrino.

Al día siguiente se reunió la corte y el rey entregó la espada y el yelmo al nuevo caballero de la Mesa Redonda.

Cuando Ives se incorporó, el sol destelló no sólo en sus armas sino también en sus pupilas. Jamás se había visto en Armorique un caballero tan joven, arrogante y hermoso. Las damas de la corte aplaudieron y entonces dos gritos furiosos hendieron el aire:

—¡Si el Hijo del Lobo, ese despreciable palurdo, es nombrado caballero, no reconocemos a Arturo como nuestro soberano!



El rey Arturo nombró caballero al Hijo del Lobo.

os que protestaban eran dos arones de renombrado valor, ero de espíritu mezquino, con- umido por la envidia. Uno se lamaba Hugo Letur y el otro ra su aliado Horsa.

os caballeros rodearon al rey n signo de fidelidad. El monar- a demandó:

–Reflexionad, barones. Estoy ispuesto a olvidar vuestra fensa.

n contestación, los rebeldes anzaron a los pies de Ogier el scudo que adornaba la tribuna cupada por ellos y que lucía os colores del rey.

–¡Retiraos a vuestros dominios sed malditos! —gritó Arturo. os barones obedecieron presu-

rosos, seguidos de su escolta. Antes de alejarse, Hugo Letur desafió:

—Tus menguados servidores no podrán vencernos. El castillo de los malditos será inexpugnable.

El rey de Bretaña no podía tolerar el insolente reto y escogió a seis de sus caballeros para que se apoderaran de la fortaleza, convertida en nido de rebeldes. Entre los elegidos figuraba Ives, el Hijo del Lobo.



Ives se incorporó gallardamente.

—¡Renegamos de ti, rey Arturo! —gritaron los envidiosos barones.



Las hordas de Hugo Letur arrasaban a su paso aldeas y ciudades. Los seis héroes, entre los cuales marchaba también el alegre Gauvain, se pusieron en camino, seguidos por un poderoso ejército. El enemigo era temible, no sólo porque sus huestes aumentaban día por día, sino porque estaban capitaneadas por dos caudillos audaces. Hugo Letur, astuto y cruel, era quien fraguaba los ataques y las traiciones. Horsa, el gigante de fuerza brutal, realizaba las ideas de su aliado y cada movimiento de su duro brazo y cada rugido de su garganta significaba ruina y muerte.

Los rebeldes lanzaron a los pies de Ogier el escudo real.



Quizás muchos habitantes de Bretaña no deseaban unirse a aquella oleada de insurrectos, pero por miedo a caer bajo el espadón de Horsa traicionaban también a Arturo.

—El rey es un anciano decrépito —decía Letur—. Preferiríamos que reinara Ginebra. Es una mujer, pero está forjada en acero rubio y en acero blanco.

Reía estrepitosamente y ante sus palabras todos evocaban la figura blanca y dorada de Ginebra. Ninguna mujer tenía el rostro más alto, ni la cabellera más rubia que ella. Sus ojos eran negros como una noche fatídica y el color de sus labios no inspiraban poemas sentimentales y lánguidos, sino gestas rojas.

El nombre de Ginebra formó entonces con el de Hugo Letur y el de Horsa una trinidad de terror que mantenía sometidas a las huestes bárbaras.

Cuando Ives supo que el nombre de Ginebra se susurraba entre las filas rebeldes y era como una consigna secreta, sonrió:

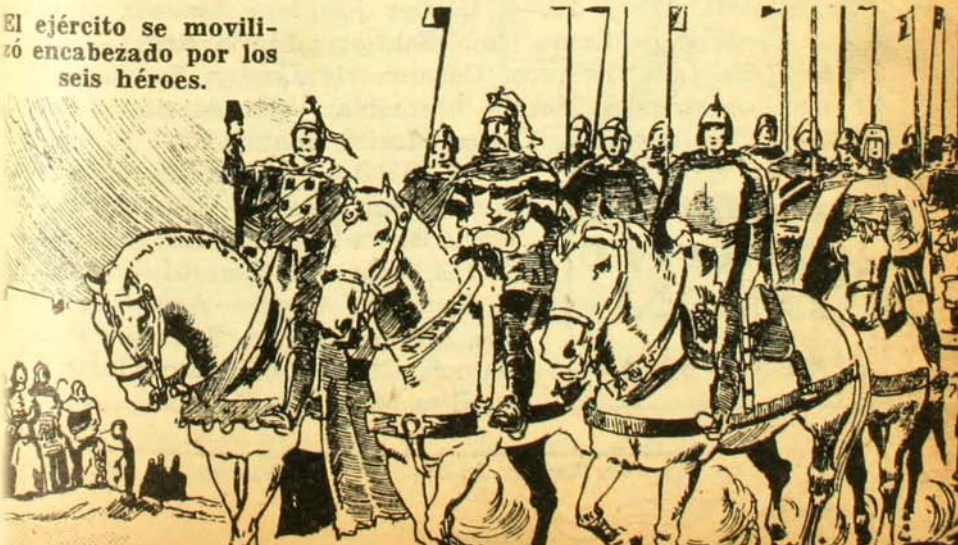


Era preciso marchar contra los renegados.

—Otra vez ella —murmuró—. Esta vez también tendré que verla, no para defenderme yo, sino a fin de proteger al rey Arturo. El no sabe que en su propio trono se yergue una sombra enemiga, una sombra amada que puede ser su perdición.

El ejército leal continuaba cruzando campos desolados y ennegrecidos. Haces de escombros humeantes señalaban el sitio donde antes hubo aldeas apacibles.

(CONTINUARA)



El ejército se movilizó encabezado por los seis héroes.

¿A quien pertenece?



Dinos ¿a quién pertenece la sonata "Claro de Luna"? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 244.— La ópera "El Barbero de Sevilla" pertenece a J. Rossini.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".— Iris Meza, Valparaíso; Alonso González, Victoria; Jaime Salinas, Quillota; María Eugenia Picón, Santiago; Raúl Baeza, Santiago; Guillermo Parada, Concepción.

UN PREMIO DE $ 20.—: Gladys Jorquera, Linares; María A. Rojas, Concepción; Laura Rojo, Santiago; María Angélica Llanos, Penco; José Jara, Temuco; Carmen Hernández, Santiago; Rosa Roling, Los Angeles; Sergio Arancibia, Villa Alemana; Pedrito Romelli, Villa Alemana; Carlos Morán, Santiago.

UN LIBRO.— María Cristina Recart, Curacautín; Ramón Camaño, Bulnes; María Elena Ravanal, Temuco; Carmen Correa, Viña del Mar; Manuel Aguilera, Temuco; Cecilia Arroyo, Quilpué; Ana María Guzmán, Santiago; Roberto Daroch, Chillán; Giuliano Mazza, Talca; Elsa Manzano, Cabildo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 246

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





Locos de alegría, corrieron hacia el muelle, gritando: "—¡Te-mos un barco! ¡Saldremos a navegar por los siete mares!" Se sieron de acuerdo para salir de viaje y remozaron la barca, ntándola y colocándole el pomposo nombre de "Aguila de los ares". "—¡Leven anclas! ¡Ojo al trinquete!", gritaban.





Juanita se ocupó de fabricar preciosas y delicadas cortinas y nteles. "—¡Este es un palacio flotante!", decía Mincho, encan-lo. Tilín compró un mapa y anunció: "—Todo listo para zar-r. Ni siquiera nos faltan las píldoras para el mareo. Bien, ni-s; marineros, a la mar".

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO

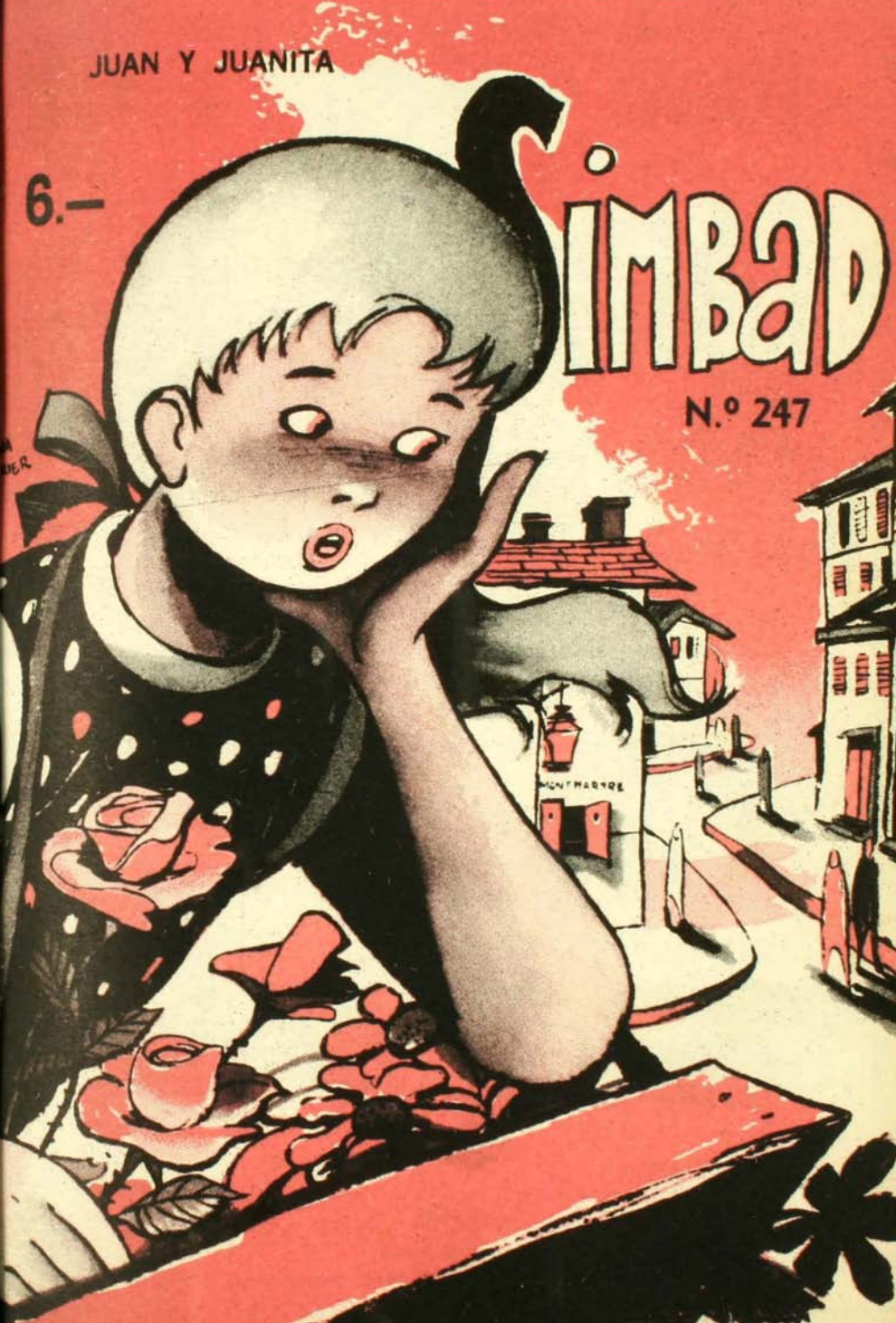


JUAN Y JUANITA

6.–

SIMBAD

N.º 247



Juan y Juanita

CAPITULO XXV.—EL "AGUILA DE LOS MARES"





1. Juan, su hermana Juanita y los niños que tripulaban la cha lana llamada el "Aguila de los Mares", decidieron recorrer lo siete mares. "—Saldremos por el Sena al Atlántico. De allí a Polo Sur y después a Indochina", dijo Tilín. El gordito Minch observó: "—Con tantos saltos en el agua nos dará hambre".





2. "—Eso me recuerda que no tenemos provisiones suficient —declaró Juan—. Es preciso que trabajemos intensamente alg nos días, para juntar dinero y adquirir los víveres necesario Juanita vendió flores, mientras sus amigos comerciaban con f rro viejo, o servían de mensajeros.

(Continúa en la penúltima págin

25 MYO 1954

Simbad

AÑO V — 26-V-1954 — N.º 247

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXXI.— Felipe de Orleans y el jorobado.

Un hombrecillo vestido de negro desembocó en la calle Saint-Honoré en el mismo instante en que llegaba el banquero Law al baile en el palacio real. La multitud se burló de su joroba. El enano ignoró estas burlas. Al llegar a la calle Valois llamó a una puerta que conducía a las habitaciones privadas del regente, Felipe de Orleáns. Le abrieron en seguida y, desde el interior, una gruesa voz gritó:

—¡Ah!, ¿eres tú, Riquete del Copete? Sube aprisa, te esperan.

* * *

Con privanza en la corte, poderoso y rico y no teniendo en contra suya más que a un pobre proscrito, el triunfo de Gonzaga parecía asegurado.

Sin embargo, Enrique de Lagardere, cuya venganza habría de ser terrible, inexorable, iba a enfrentar al asesino de Nevers.

En el jardín refulgente de luces agitábase la multitud de invitados. Había mesas de juego y estrados de músicos. El tintinear del oro y el vocerío de los jugadores se mezclaba a las lánguidas melodías. Por las avenidas paseaban los dominós con antifaz. Los



Un jorobado desembocó en la calle Saint-Honoré.

lacayos en libreas sin colores y enmascarados también para no denunciar el blasón de sus amos, se agrupaban en las escalinatas.

En una mesa donde jugaban el marquesito de Chaverny y el sombrío Peiroles, la algarabía era ensordecedora. Dominando el tumulto, Oriol tronó:

—¿Sabéis la noticia?

Y en el fugaz silencio, añadió:

—La princesa de Gonzaga, la viuda inconsolable de Nevers, Artemisa velada en luto eterno...

Al oír el nombre de la princesa, todos guardaron silencio y aguzaron el oído.

—Pues bien, la princesa está en el baile.

Hubo exclamaciones de incredulidad. Era imposible.

—La he visto con mis propios ojos, sentada junto a la princesa Palatina. Pero he visto algo más extraordinario todavía.

—¿Qué? Decidnos.

—He visto, y conste que estaba bien despierto, he visto al príncipe de Gonzaga ser rechazado a la puerta del regente.

—¡Increíble! ¿Y con quién estaba Su Alteza?

—Esto es lo que todo el mundo se preguntó. El mismo señor De Gonzaga trató de informarse de malísimo humor.

—¿Y qué le respondieron?

—Misterio, señores, misterio. Pero alguien ha creído divisar a un hombrecillo vestido de negro, un jorobado.

—¡Un jorobado! —fué la exclamación múltiple.

—Otros dicen que el regente está muy triste desde que recibió cierta misiva de España. Mirad, aún están juntos.

Todas las miradas se volvieron hacia las ventanas iluminadas de

cámara de Su Alteza. A través de las blancas cortinas se dibuba la silueta del regente. Otra sombra imprecisa parecía acomañarle. De pronto la silueta del regente se hizo vaga, mientras ue la de su compañero se destacó. Era algo informe, una gran iba, un cuerpecillo y unos largos brazos que gesticulaban con iveza.

as siluetas de Felipe de Orleáns y de su extraño visitante no eaparecieron tras las cortinas. El príncipe acababa de sentarse y ente a él veíase al jorobado en una actitud respetuosa.

–¿Sois vos quién me escribió desde España?

–No, monseñor.

–¿Y de Bruselas?

–No, monseñor.

–¿Y de París? —insistió Felipe de Orleáns, observándole con mirada penetrante.

–Tampoco, monseñor.

–Me extrañaba que uéseis vos ese Lagardere.

l jorobado saludó sonriendo.

–No quise ofenderos –explicó el regente con ulzura—. Nunca he isto a ese Lagardere.

–Monseñor —repuso l enano sin dejar de onreír—, le llamaban l hermoso Lagardere en el tiempo en que perteneció a la cabalería ligera de vuestro real tío. Yo nunca he sido hermoso ni he ertenecido al ejército.



—¡Increíble! —exclamaron al saber que la princesa de Gonzaga estaba en el baile.

–¿Cómo os llamáis?

–En mi casa, maese Luis, monseñor. Fuera de ella, con cualquier podo.

–¿Dónde vivís?

–Muy lejos.

–¿Es una negativa a decirme vuestra morada?

–En efecto, monseñor.

Felipe de Orleáns le miró severamente y amenazó en voz baj
—Tengo una policía que se supone hábil. Puedo fácilmente.
—Ya que demostráis tanto interés en saberlo... —interrump
el jorobado—. Vivo en el palacio del príncipe de Gonzaga.
—¡En el palacio de Gonzaga! Extraño huésped tiene el princip
Bien, hace mucho tiempo oí hablar por primera vez de ese L
gardere. Era un espadachín desvergonzado.
—Ha tratado de regenerarse, monseñor.
—¿Qué sois de él?
—Nada, monseñor.
—¿Por qué no ha venido él en persona?
—Porque prefirió enviarme a mí.
—Si yo deseara verle, ¿dónde le encontraría?
—No puedo responder a esa pregunta, monseñor.
—Sin embargo...
—Tenéis una policía que se supone hábil. Intentad.
—¿Es un desafío? —exclamó el regente, sofocado de ira.
—Es una amenaza, monseñor —repuso el jorobado tranquila
mente—. Dentro de una hora Enrique de Lagardere puede esta
lejos de vuestro alcance y el paso que ha dado para hallarse en
paz con su conciencia no volverá a darlo nunca más.
—¿Ha dado, pues, ese paso contra su voluntad? —inquirió Felipe de Orleáns.
—Sí.
—¿Por qué?
—Porque arriesga su felicidad en esta partida que hubiera podido no jugar.
—¿Y quién le obliga a arriesgarse?
—Un juramento.
—¿Hecho a quién?
—A un moribundo.
—¿Y ese hombre se llamaba?



Gonzaga, de malísimo humor, trató de saber por qué el regente le rechazaba.



—¿Y quién le obliga a arriesgarse? —preguntó Felipe de Orleáns.

—Lo sabéis muy bien, nonseñor —dijo el jorobado, mirándole a los ojos—, ese hombre se llamaba Felipe de Lorena, duque de Nevers.

El regente dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Hace veinte años de eso —murmuró con voz alterada—. No lo he olvidado. Desde que mataron a mi pobre Felipe no sé si he vuelto a tocar la mano de un amigo sincero.

El jorobado le observaba con gran atención. Una ansiedad visible se reflejaba en su rostro. Un instante abrió la boca para hablar, pero se contuvo haciendo un esfuerzo supremo y volvió a quedarse impasible.

El príncipe de Orleáns no pudo sospechar la batalla que se libraba en el corazón de aquel enano de expresión astuta y a quien ningún sentimiento parecía conmover.

—Ese Lagardere... —sugirió desconfiado— no tiene fama de santo. Recuerdo que era en la corte un verdadero demonio, temido por su espada y por su sonrisa relampagueante. Con esas armas vencía a los enemigos y a las damas. Tal como decís, era hermoso... y terrible. ¿Puedo fiarme de un espadachín de tan pocas virtudes pacíficas y de un donjuán acostumbrado a decir mentiras hábiles y doradas?

—Podéis fiaros, porque ese hombre ya no es un espadachín que sólo habla fanfarronadas, ni se interesa por las bellas de la corte de las tabernas —respondió secamente el jorobado—. Un juramento cambió su vida y por ese juramento está dispuesto a vivir una vida solitaria y sin luz..., si así lo decide quien debe decirlo. Acepta la soledad y la amargura, pero no dejará sin cumplir su promesa de matar al asesino de Nevers.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO VII.—RODEADO DE MALAS CRIATURAS





1. Pancho Baray se internaba con gran desconfianza en una selva donde había monstruos que esperaban con las fauces abiertas a los desprevenidos exploradores. "—Ahí se acerca uno", anunció Pancho, con voz dramática. El guía Lahal esgrimió su puñal. Mario esperó, tenso, la aparición de la bestia.





2. Un abanico de brillante color se desplegó entre la maleza y ante los desconcertados aventureros apareció un pavo real. Mario Laurenti no pudo contener la risa. Pancho Baray disimuló su turbación, diciendo: "—Con este "monstruo" yo me abanico". La mirada de Lahar se ensombreció.





3. "—No deben burlarse de la *sundari* (selva), ni de sus criaturas —dijo adustamente—. Hay dioses que tienen su morada en la jungla." Ni Baray ni Mario contradijeron al joven hindú. Luego prosiguieron su camino. Pancho perdió el miedo y marchaba entonando canciones guerreras.





4. Por fin avistaron el templo de Badami. Las ruinas se alzaban impresionantes y saturadas de misterio. "—Allí se guarece la secta de Siva", murmuró Mario. Su amigo exclamó: "—¿Tendremos que explorar esos vericuetos llenos de víboras y de escorpiones como éstos? Creo que.., ¡ay, ay, ay!"

EL TEMPLO DE BADAMI



5. Había dicho tranquilamente "escorpiones como éstos", y sólo después comprendió que los alacranes cercanos también eran peligrosos. Dió un salto y luego siguió brincando al divisar a dos serpientes. "—Calma —aconsejó Mario—. Avanzaremos con precaución. Vamos y ojo avizor, Pancho."



6. Otro peligro les acechaba. Ocultos entre las ruinas, un nativo, Max Barton y el chino Tang espiaban a los detectives y al guía. En sus ojos se leía una sentencia de muerte. Sin presentir ese riesgo, pero impresionado por los reptiles y los alacranes, Pancho gimió: "—Soy muy joven para morir".



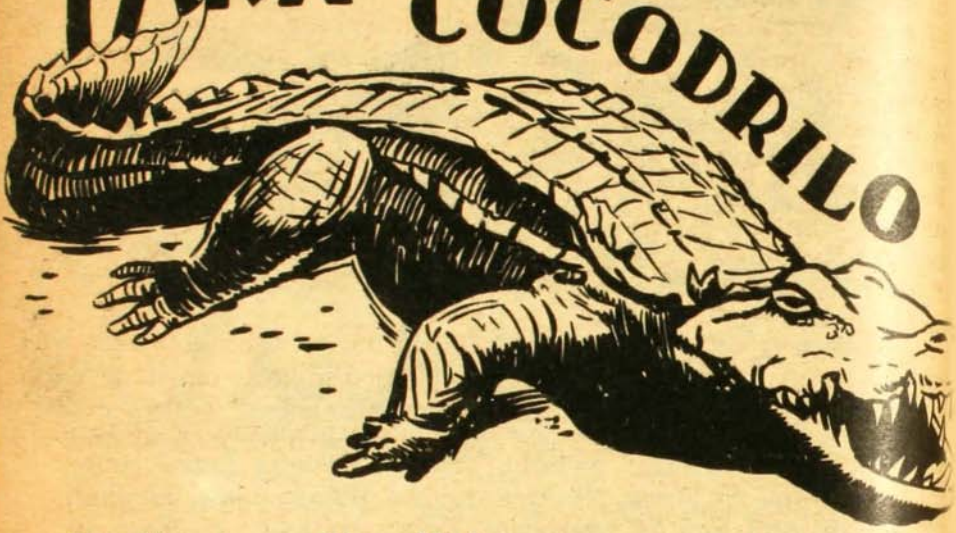
7. "—¿Por qué tendré alma aventurera? —prosiguió—. Nunca debí abandonar mi hogar paterno." En ese instante Lahal anunció: "—Huellas de pasos. No hace mucho tiempo unos hombres pasaron por aquí. Son de tres razas". Baray exclamó: "—Raza de bandidos, de bellacos y de rufianes".



8. "—Sigamos ese rastro", propuso Mario Laurenti. Lahal obedeció, con la mirada fija en la tierra. Las pisadas eran cada vez menos visibles y por fin desaparecieron, en un terreno pedregoso. En ese momento, Laurenti advirtió la ausencia de Baray y lo llamó a grandes voces.

(CONTINUARA)

FARA Y EL VIEJO COCODRILO



Esta historia sucedió en Madagascar.

Erase una vez dos hermanas, Rapela y Fara, a quienes agradaba jugar a la orilla del río. Su madre no les daba permiso para ir a la ribera, pues muchos cocodrilos rondaban por aquellos parajes. Un día, tanto le suplicaron Rapela y Fara, que no supo la buena madre negarles el permiso y, accediendo a sus ruegos, les dijo:

—Idos, pero guardaos de burlaros de Ikakini. El viejo cocodrilo —añadió la madre— tiene muy mal talante y el peor de los genios; si os mofáis de él, os devorará.

Las dos hermanitas prometieron obedecer, y se marcharon alegres para jugar con las piedras del río.

Muy pronto, Ikakini asomó entre los cañaverales para distraer su ocio con el juego de las niñas; viéronle éstas y como, en verdad, el viejo cocodrilo era enormemente feo, Fara, que había olvidado los consejos de su madre, exclamó:

—¡Oh, oh, qué viejo está padre Cocodrilo! ¡Y qué cabeza tan hundida! ¡Y qué ojos tan hinchados! ¡Y qué vientre tan lleno de arrugas! ¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

Ikakini, enfurecido, trepó hasta la orilla para alcanzarlas, pero ellas corrieron, ligeras como la brisa, llegando salvas al hogar.

—Bien, hijitas, bien —preguntó la madre—; fuisteis prudentes y cautas, ¿no es cierto?

—¡Oh mamá! —contestó Rapela—. ¡El viejo Cocodrilo intentó devorar a Fara!

—¡Ah! —exclamó la madre, moviendo la cabeza—. ¡Seguramente Fara se burló de él! Hay que saber moderar la lengua, hijitas mías.

A la mañana siguiente, las hermanas retornaron al río y nuevamente emprendieron sus juegos con las piedrecillas de la orilla. Rapela se divertía mucho, pero Fara, intranquila con el recuerdo de las burlas del día anterior, contemplaba a Ikakini que, ojos cerrados, permanecía tumbado a lo largo de un tronco de árbol. Era horriblemente feo, y Fara, sin poder contenerse, dijo de nuevo entre dientes:

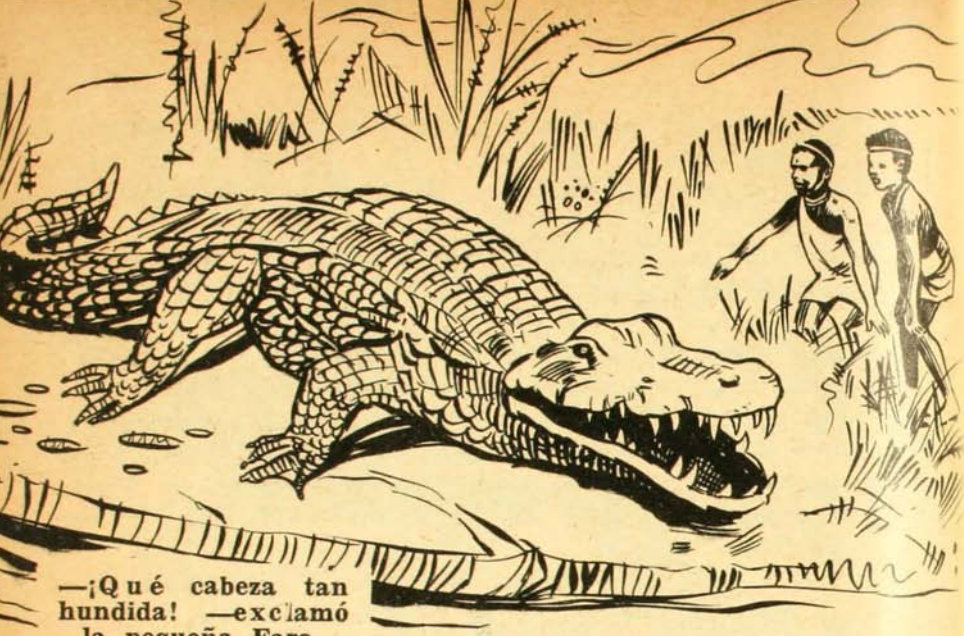
—¡Oh, oh, qué viejo está, padre Cocodrilo! ¡Y qué cabeza tan hundida! ¡Y qué ojos tan hinchados! ¡Y qué vientre tan lleno de arrugas! ¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

Mas esta vez fué la vencida, ya que el Cocodrilo echóle el diente, engulléndosela.

En vano la desventurada Rapela imploró al monstruo para que le



La madre sabía que en el río había muchos cocodrilos.



—¡Qué cabeza tan hundida! —exclamó la pequeña Fara.

devolviera su hermana; aquel se había sumergido ya en la corriente, dejándola triste y sin consuelo.

Los padres de Fara corrieron a la orilla y, llegados al lugar, la madre imploró al viejo Cocodrilo:

—¡Oh Ikakini, devuélvenos a Fara! ¡En verdad, ella fué muy mala, pero es tanta nuestra angustia que bien podrías devolvérnosla!

A lo que Ikakini respondió, imitando la voz de Fara:

—Sí, sí, buena señora.

"Acudid en busca de vuestra Fara.

"Pero Fara tiene la lengua muy larga.

"Buscad a Fara.—¡Y qué cabeza tan hundida!

"Buscad a Fara.—¡Y qué ojos tan hinchados!

"Buscad a Fara.—¡Y qué vientre tan lleno de arrugas!

"Buscad a Fara.—¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!

"Así hablaba la niña, ¿no es cierto?

La pobre madre quedó abatida ante tal réplica y, dirigiéndose a su marido, le dijo:

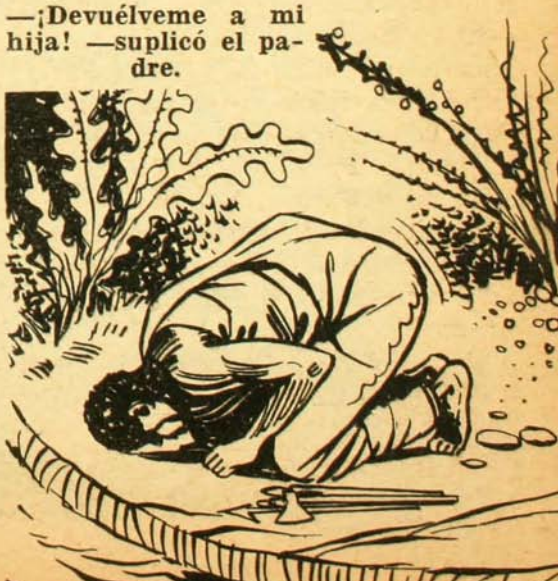
—¡Háblale tú al Cocodrilo, a ver si le convences!

Entonces el padre de Fara gritó:

—¡Oh Ikakini, devuélveme a Fara! ¡En verdad, ella fué muy mala, pero es tanta nuestra desdicha que bien podrías compadecerte y devolvérnosla!

as Ikakini le respondió:
–Sí, sí, mi viejo.
Acudid en busca de vuestra Fara.
Pero Fara tiene la lengua muy larga.
Buscad a Fara.—¡Y qué cabeza tan hundida!
Buscad a Fara.—¡Y qué ojos tan hinchados!
Buscad a Fara.—¡Y qué vientre tan lleno de arrugas!
Buscad a Fara.—¡Y cuántas escamas tiene en su cuerpo!
Así hablaba la niña, ¿no es cierto?
os desventurados padres estaban descorazonados, cuando la ma-
e propuso:
–¿Y si le ofreciéramos algo a cambio de Fara?
–Ofrezcámosle un buey —dijo el padre.
la madre voceó:
–Un buey te daremos por Fara.
akini se dirigió a su prisionera y le dijo:
–Contesta a tu madre, que estoy muy cansado.
Fara gritó:
–¡Madre, mi buena madre, Ikakini no quiere aceptar!
ntonces el padre, mejorando la oferta, exclamó:
–¡Diez bueyes te daremos por Fara!
Fara, nuevamente, gritó:
–¡Padre, querido padre, no quiere aceptar!
apela contempló a sus pa-
es y ofreció:
–¡Oh Ikakini, veinte bueyes
daremos, si me devuelves
hermana!
Fara también esta vez con-
stó:
–¡Rapela, mi dulce herma-
a, Ikakini no quiere, no!
ntonces la madre, desespe-
ada, clamó fuertemente:
–¡Oh Ikakini, cien bueyes
daremos por nuestra Fara!
l viejo Cocodrilo, que era
uy glotón, pensó que cien
ueyes bien valían el rescate
e una niña, y murmuró:

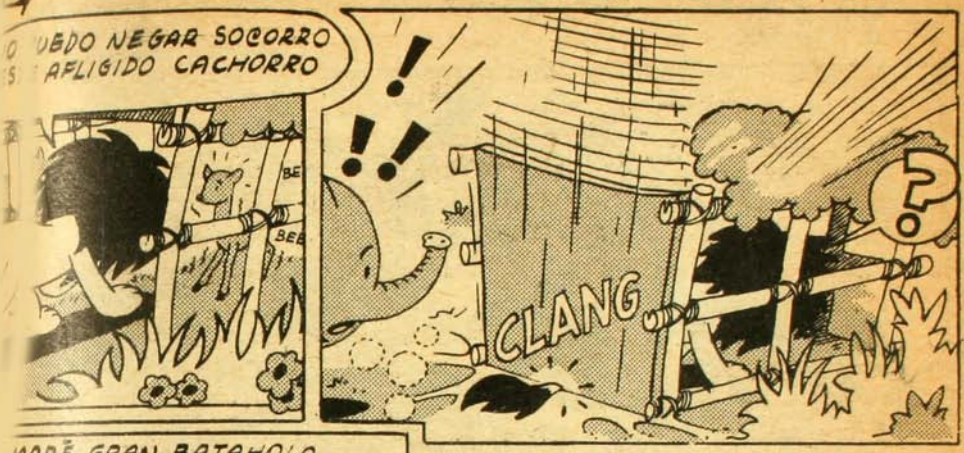
—¡Devuélveme a mi hija! —suplicó el padre.



—Bien, bien; me place la oferta; preparad los cien bueyes.
Y Fara, llena de alegría, desde el vientre del Cocodrilo, contestó:
—¡Madre, oh madre, Ikakini aceptó ya!
Rapela y sus padres corrieron a la villa con harta turbación, porque ellos tan solo poseían veinte bueyes. Fueron al encuentro de parientes y amigos, y éstos, para que se realizara el rescate de Fara, prestaron cuantos bueyes hubieron menester para completar la oferta.
Los aldeanos reunieron los cien bueyes y se dirigieron hacia la ribera.
Así que el viejo Cocodrilo divisó al rebaño soltó a Fara para aproximarse a la orilla, pero los labriegos habían colocado a la cabeza del rebaño al toro más poderoso y feroz; éste se lanzó sobre Ikakini, y con sus enormes cuernos le atacó. Ante ese ejemplo, los demás bueyes lo embistieron hasta darle muerte.
Así el viejo Cocodrilo halló un muy desgraciado fin, quedándose sin un solo buey por haber apetecido muchos.
Cuando Fara se vió nuevamente bajo el techo del hogar, hizo propósito firme de no hablar más de la cuenta en lo futuro y de medir las palabras en el resto de sus días.
Y la fama de su discreción se extendió hasta los confines más lejanos. De todos los rincones del mundo acudieron pretendientes a la mano de la joven africana, pero ella no los aceptaba.
—¿A quién esperas? —le preguntaba su padre, intrigado.
Ella no respondía.
Una tarde llegó a la aldea una comitiva distinta a las anteriores. No traía joyas, ni sedas, ni marfil, ni especias, sino una larga caravana de bueyes. El príncipe, a quien pertenecía aquella escolta, venía a solicitar a Fara que se desposara con él, pero antes quería recompensar regalando cien bueyes a todos los aldeanos que habían prestado sus reses para el rescate de la doncella.
Y Fara, la discreta, aceptó a Raal, el generoso, y formaron una pareja que tuvo muchos hijos, todos discretos y generosos.
Cuentan las leyendas que ninguna hija de Fara quedó sin hallar buen esposo, y ningún hijo de Raal fué jamás pobre ni avaro.



AS AVENTURAS DE TROMPITA







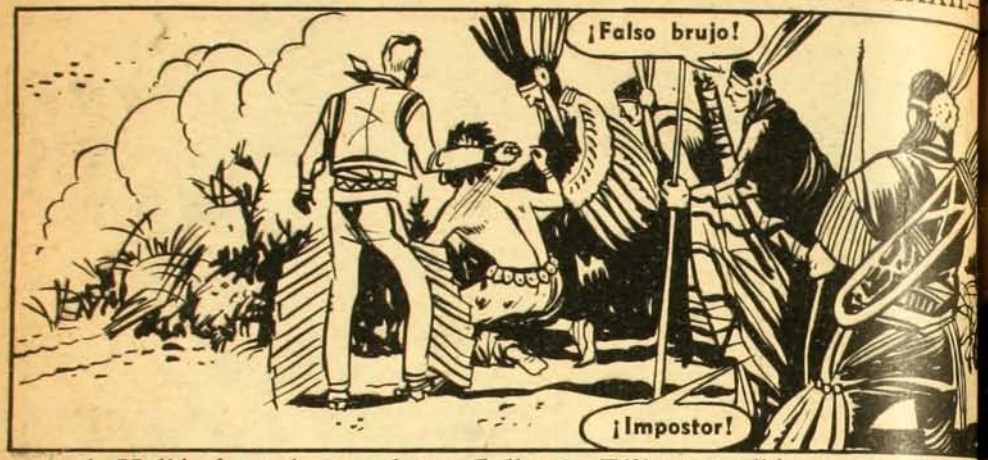




CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXII—TRAIDOR EN LA ESCOLTA



1. Valiéndose de una lupa, Solitario Bill encendió un arbusto seco, a fin de atemorizar a los indios osages. "—El Gran Manitú me protege", declaró con audacia, pero fué desmentido por el hechicero Serpiente Astuta. Ante un desafío del joven blanco, el brujo intentó demostrar su magia y de pronto lanzó un grito.





2. Mientras el hechicero, mediante conjuros y contorsiones trataba de hacer que surgiera fuego de la tierra, Solitario concentró los rayos del sol sobre la rojiza espalda. Cuando Serpiente Astuta aulló de dolor, lo cogió del puño, diciendo: "—Estás marcado por el Gran Manitú".



3. Serpiente Astuta pretendió negar, pero Solitario Bill, obligándolo a inclinarse, mostró la quemadura a toda la tribu. "—¿Ven ustedes? —gritó—. Serpiente Astuta se atrevió a imitar mis gestos mágicos y ha recibido el castigo que merece. La ira del Gran Manitú debe ser aplacada."



4. Los indios cayeron de rodillas, temiendo que un rayo les fulminara. "—Para que el Gran Manitú se calme —prosiguió Solitario Bill—, deben prometer que serán mis amigos." El coro de voces temerosas contestó: "—Eres nuestro amigo y nuestro hermano. Ningún osage alzará su mano contra ti".

SOLITARIO BILL



5. Luego acusaron a Bisonte Blanco: "—Tú levantaste contra él tu hacha de guerra. Quedas proscrito de la tribu". El piel roja se sublevó ante aquella sentencia e intentó atacar de nuevo a Solitario Bill, pero sus propios hermanos de raza lo detuvieron. "—Será condenado a muerte", decidió Hijo del Trueno.



6. El joven texano intercedió por Bisonte Blanco y le entregó su tomahawk, diciendo: "—Eres mi hermano. Olvidemos las rencillas". Después sugirió a Hijo del Trueno: "—En el valle están acampados los semínolas. Haz las paces con ellos y proporciónales una patria". Serpiente Astuta escuchaba rencorosamente.



7. Reuniéndose con Bisonte Blanco, le dijo: "—¡Vergüenza sobre ti! Has aceptado el hacha de guerra de manos de tu propio ofensor. Si aún queda un resto de valor en tu corazón, dale muerte con este tomahawk embrujado". Las pupilas de Bisonte Blanco refulgieron como las de un lobo sediento.



8. El jefe de los osages dispuso la partida de su amigo blanco, para llevar un mensaje de paz a los semínolas. En la escolta iba Bisonte Blanco, rumiando su venganza. Oprimía en su diestra el hacha que le había entregado el brujo y estaba seguro de que con ella podría abatir al héroe que todos creían invencible.

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO IX.— Una luz de esperanza.

RESUMEN: El gran duque Sergio Nepuskine debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. En Francia el desterrado encuentra un empleo y adopta un nombre supuesto. Un día desaparece misteriosamente. Su madre, la princesa Alejandra, muere agotada por el intenso trabajo que realiza para mantener a sus nietos, Nadina, Valia y Dimitri, y por el dolor que le causa la ausencia de su hijo. Nadina hereda los escasos bienes de la princesa y el taller de costura. La condesa Sofía Palotka, tía de Valia y Dimitri, es una persona irresponsable y egoísta, que sólo crea problemas en el modesto hogar de la familia desterrada.

Transcurrió el tiempo y Sofía Palotka no recibió noticias del compatriota que había ido a México para explotar una mina de oro.

—Tú tienes la culpa —decía a Nadina—. Con tus recelos y tu desconfianza has atraído la mala suerte. Eres capaz de convertir en piedra un filón de oro.

Valia y Dimitri reían de aquellas continuas quejas.

Nadina soportaba con paciencia a Sofía. Era valerosa y el recuerdo de la anciana princesa Alejandra le daba aliento. Pero un día aciago su fortaleza se quebrantó.

Dimitri había conocido a dos pilluelos de la calle. Incitado por ellos, asaltó a un anciano transeúnte, arrebatándole su portadocumentos con dinero. Cuando los jóvenes delincuentes huyeron, Dimitri perdió su bolsón de colegial. Con esta prueba, la policía pudo identificarlo y dos agentes se presentaron en la calle de Tournois para tomar preso al niño. Nadina protestó apasionadamente. No podía creer que su hermano era cómplice de dos ladrones precoces. Pero debió rendirse ante la evidencia y se sintió agobiada por el dolor y la vergüenza.

Para ahondar aún más su angustia, Sofía exclamaba, en interminables letanías:

—Yo sabía que esto iba a ocurrir... La educación de mis sobrinos debió ser confiada a mí y no a una chiquilla sin cerebro ni experiencia. El nombre de los Nepuskine está ahora enlodado.

ando regresemos a Dalvacia, no seremos recibidos con home-
es, ni reverencias. Nos señalarán con el dedo, como a gente
estada. Yo sabía que esto iba a ocurrir y...
dina, desesperada, se cubría los oídos con ambas manos.
cidida a intervenir por su hermano, decidió presentarse ante
juez. Fué conducida a una sala severa. Casi no se atrevía a
spirar en aquel recinto donde se administraba justicia. Al de-
ner su mirada en el rostro del funcionario, se estremeció. Co-
cía aquellos rasgos y la mirada intensa y escrutadora. El juez
menores era muy joven y de pronto Nadina lo reconoció. Era
viajero que en el tren la había observado con fijeza, desper-
ndo la furia de la condesa Sofía.
Señor —balbuceó—, quiero hablar con el juez.
Yo soy el juez. Usted es hermana de Dimitri Sartori, ¿verdad?
Sí, Usía. Dimitri no es culpable. Tal vez guiado por un afán
aventuras secundó a los ladrones. Es demasiado pequeño para
mprender la gravedad de su delito. Yo...
Comprendo su angustia y su afán de disculpar a Dimitri. Sé
e usted sostiene la familia y que ha sido valiente y abnegada.
admiro, señorita. Sus sacrificios han sido, sin embargo, vanos.
niño necesitaba una madre.
Yo he tratado de darle el cariño maternal que le falta. Intenté,
n toda mi alma...
Lo sé —repitió el joven, dulcemente—. Dimitri, sin embargo,
cesita ser guiado por una persona de más experiencia. Conozco
alguien que puede reeducarlo. Dirige una escuela para niños



—No quiero que Dimitri sea recluído en un reformatorio — exclamó Nadina, aterrorizada.

que han sufrido malas influencias o que, por falta de consej sanos, eligieron el camino del delito.

—No quiero que Dimitri sea recluído en un reformatorio —e clamó Nadina, aterrorizada.

—No se trata de un reformatorio, querida niña. Tenga confian en mí. No lo entregaré a una carcelera, sino a una verdadera m dre. La tarea de educar a Dimitri es dura y difícil. No se obstin en cumplirla usted, porque no tendrá fuerzas para realizarla. Co fíe en mí. Su hermano estará en manos de una institutriz bond dosa, alegre y recta.

—¿Dimitri permanecerá interno?

—Sí.

—¿Puedo verlo siquiera una vez antes que nos separemos?

—Es preferible que no se entreviste con él. Déjelo a mi cuidado y le prometo que aprenderá a ser un verdadero hombrecito.

Estas palabras tranquilizaron a Nadina, que abandonó el tribunal con espíritu sereno. Pero estaba intrigada ante la conducta del juez. En ningún instante demostró conocerla, ni haberla encontrado antes.

Nadina leyó la carta fir mada por Elena de Gir mont.



* * *

Nadina estaba quitándose el abrigo cuando la condesa Sofía irrumpió en su habitación.

—¿Dónde estuviste? Pregunté por ti en la mañana y me dijeron que habías salido. Hace dos horas volví a preguntar y seguías ausente. ¿Dónde demonios estabas?

No esperó la respuesta y, cerrando la puerta, añadió:

—Tengo que comunicarte una noticia.

—¿Cuál? —preguntó Nadina.

–Es difícil decirlo...
En las azules pupilas de Nadina se reflejó la alarma. Si Sofía vacilaba en hablar, quería decir que las noticias anunciadas eran funestas.
–Hable, por favor.
–Mi pobre Nadina, hace algunos días me tomé la libertad de escribir a la familia de tu madre.
La niña palideció. Temblaba de indignación y de temor ante la indiscreta iniciativa de Sofía.
–Hice averiguaciones y supe que eran ricos. ¿Por qué me miras como si fuera una entrometida? Les escribí para que nos ayuden.
–¡Para que nos ayuden! Pero usted, Sofía, es rica y no necesita el auxilio de nadie.
–No tengo un centavo —repuso la condesa con sequedad—. Tenías razón al pronosticar que mi compatriota era un estafador. Lo supe hace dos semanas.
Aunque Nadina había previsto aquella estafa, experimentó un profundo abatimiento. Pero unas palabras pronunciadas por Sofía le devolvieron el valor: su familia, su amada familia francesa. ¿Por fin conocería a los parientes de su madre, Lelia Lestroit?
–Mi familia... —susurró.
–Ah sí. Les comuniqué nuestra penosa situación.
–¿Les escribió luego de saber que estaba arruinada? —preguntó Nadina, fríamente.
–Por supuesto. Aquí está la respuesta.
Con cierta vacilación entregó una carta a Nadina. Ella la desplegó con manos temblorosas. Estaba firmada por Elena de Girmont, la hermana mayor de su madre. Elena declaraba que sería para ella y para su marido una verdadera felicidad acoger a su sobrina, pero que no consideraban necesario adoptar a Valia y a Dimitri puesto que ellos tenían a su tía materna, Sofía Palotka de Siromiska.
–¿Has visto a seres más egoístas? —protestó Sofía—. Ofrecen prestar ayuda a mí y a mis sobrinos, pero no nos reciben en su casa. De ti se expresan bien, todo es miel sobre hojuelas, pero a nosotros nos tratan con frialdad.
–No debió escribirles —murmuró Nadina.
–¿Acaso no piensas insistir? ¡Esas gentes son millonarias!
–No soy pordiosera. No mendigaré dinero ni cariño. Olvidemos a la familia Girmont.

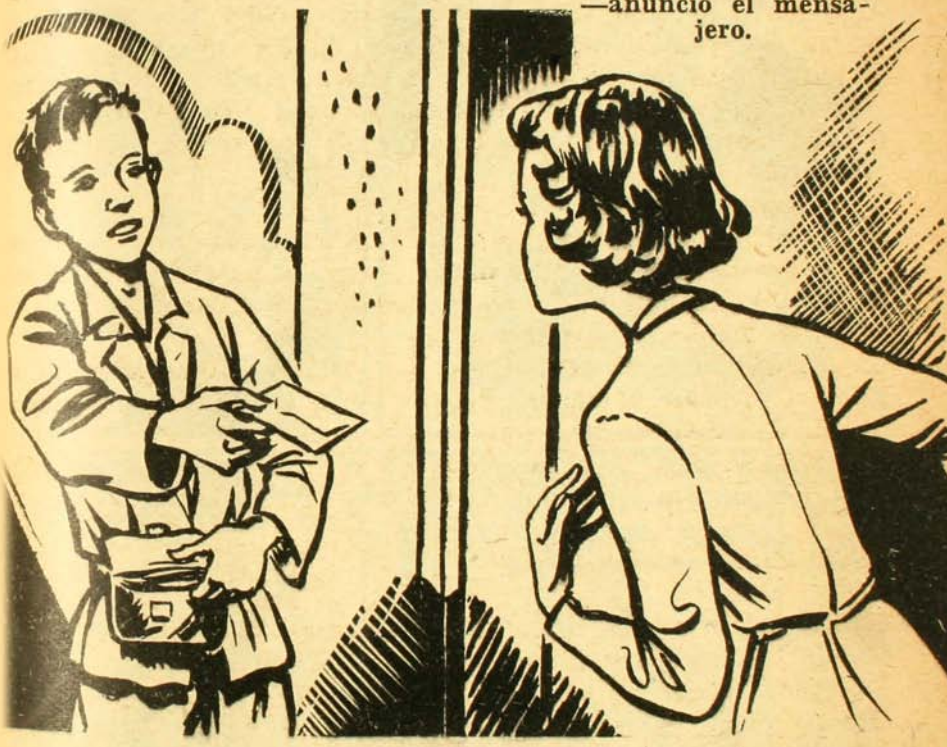
Y con estas palabras dió por terminado el incidente.
A las angustias que estaba padeciendo, se añadía ahora aquel humillante paso de Sofía.
—Estoy desamparada. No tengo a nadie que me aconseje y me guíe —susurró con desaliento. Pero en ese instante surgió en su recuerdo el semblante austero y, sin embargo, tierno del joven magistrado que esa mañana le había infundido valor y confianza.
El timbre de la puerta vibró, presionado por una mano impaciente. Nadina miró su reloj. A aquella hora, Nika acostumbraba salir de compras. De nuevo resonó el timbre. Valia estaba en clases y Sofía no se rebajaría a abrir la puerta, porque ése era un menester plebeyo que correspondía a porteros y sirvientes.
Por lo tanto, Nadina acudió a abrir. Un mensajero del correo le anunció:
—Telegrama, señorita.
Un obscuro presentimiento oprimió el corazón de la jovencita. No esperaba telegramas de nadie, porque, a pesar de las indiscreciones de Sofía, confiaba en que el verdadero nombre de la familia se mantenía en secreto.
Leyó, vacilante, sin comprender las palabras. Desconcertada, releyó el mensaje y una incrédula alegría la invadió, mientras su rostro enrojecía de emoción.
Eran sólo cuatro palabras, pero encerraban un mundo de felicidad y esperanza.

Valor, hija mía, silencio.

El telegrama estaba firmado S. N., las iniciales del gran duque Sergio Nepuskine, y estaba dirigido a la señorita Nadina Sartori. ¡Su padre vivía! No ignoraba la muerte de la princesa Alejandra. Estaba oculto y le aconsejaba silencio. A nadie debía revelar aquella noticia.
¿Por qué no le había enviado antes un mensaje? Intentó descubrir de dónde procedía el telegrama. Los timbres estaban muy borrosos, pero la niña, interpretando las letras inconclusas, creyó leer el nombre "Dieppe".
Besó el papel azulado, que tal vez había estado en las finas manos de su padre.
Esa repentina felicidad que iluminaba de pronto su espíritu abatido, nubló de lágrimas sus ojos, y después los sollozos agitaron su

ierpo. Cegada por el llanto, extendió la mano para ubicar el si-
ón que había en la antesala y, dejándose caer en el desteñido
piz, dió libre curso a las lágrimas.
e pronto una voz impregnada de ternura y alarma exclamó:
-¡Nadina, mi ovejita! ¿Qué te sucede? ¿Quién te ha hecho llorar?
por las rugosas mejillas de la fiel Nika se deslizaban copiosa-
ente las lágrimas.

—Telegrama, señorita —anunció el mensajero.

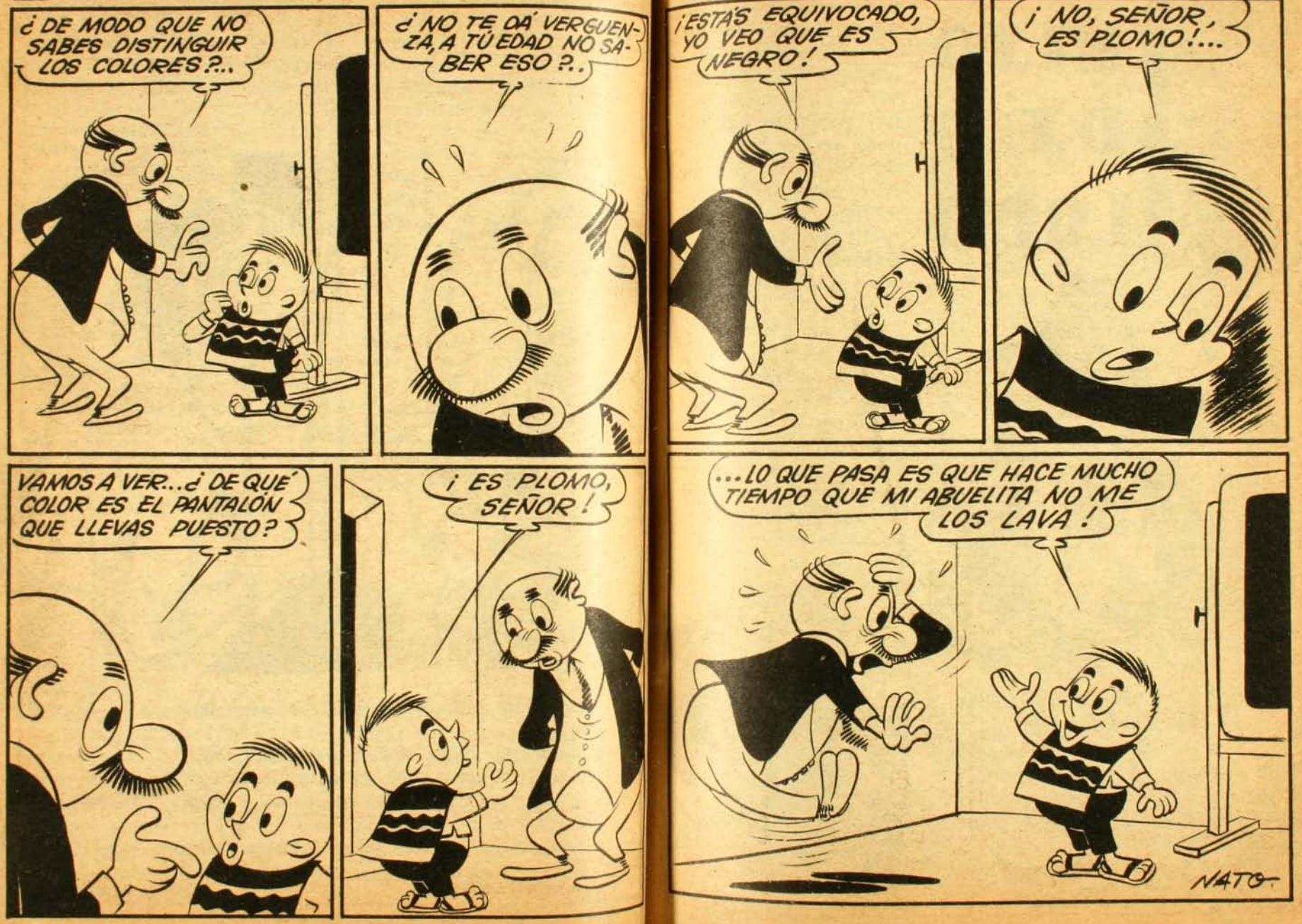


abía dejado en el suelo el cesto con provisiones y se arrodilló
nto a la niña.
-Nika, mi buena Nika, lloro de alegría.
-¡De alegría, mi tesoro! No comprendo...
-Anda a dejar tu canasto en la cocina y luego ven a mi habi-
ción para comunicarte una noticia.
a anciana, turbada, obedeció, mientras Nadina reflexionaba:
Nika tiene derecho a compartir mi alegría".

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato



EL HIJO DEL LOBO



CAPITULO II.— El sitio de la fortaleza.

UN poderoso ejército marchaba a combatir a los rebeldes capitaneados por Hugo Letur y por el gigante Horsa. Cruzaron abruptas colinas, y por fin avistaron el castillo de Letur, enclavad en la montaña. Estaba ci cundado de muros y fos infranqueables. En las a menas y torres veíase ho miguear a la guardia. L bandera con los colores d los renegados flameaba recio viento.

La sombra de una sonris cruzó el rostro del caball ro Ogier, que dijo:

—El sitio será difícil.

Gauvain protestó, con un voz falsamente quejum brosa:

—Nos aburriremos a mo rir. El cerco de una forta leza es un verdadero fas tidio. En vez de lucha, hay bostezos. El brazo cae y la espada duerme, mien tras los ojos se abren para espiar torres desiertas, por que los sitiados siempre se esconden como ratas.

Un poderoso ejército marchaba contra los renegados.



–El hastío no será tan profun-
o como pronosticas —rebatió
)gier—. Olvidas que en los si-
os, se reciben agradables ba-
os de aceite caliente, y que las
ubes de flechas ocultan el cie-
, para que los sitiadores no se
burran viendo siempre un mo-
ótono color azul.

Por cierto que estas frases iró-
icas no se repitieron en el con-
ejo que celebraron los seis ca-
alleros enviados por el rey Ar-
uro de Bretaña para reducir a
os rebeldes.

)gier opinó que el castillo de-
ía sitiarse abriendo trincheras
haciendo trabajar de noche a
os zapadores. El impulsivo
auvain gritó que era preferi-
le usar la espada, repartiendo
intarazos y mandobles. El som-
río Guiscar no expresó su opi-
ión, pero todos sabían que su
istema favorito era sitiar la
rtaleza por el hambre.

En la torre flameaba la bandera de los rebeldes.

–El sitio será difícil —sonrió Ogier.



—Debemos cavar trincheras.

Ives oía pensativamente el debate de los caballeros.

El lúgubre Guiscar habló con lentitud:

—¿Por qué ralear nuestras filas? Esperemos que el hambre y la sed cumplan su tarea. Letur, hambriento, no será tan insolente. Y Horsa, cuando pierda su grasa de cerdo, será una osamenta grande, pero humilde.

Sus delgados labios se crisparon en una siniestra sonrisa. La fijeza de sus ojos evocaba la mirada inmóvil y fría de un ave de rapiña. Ives abandonó la tienda. ¿Cuál sería la decisión final? Observó las torres del castillo. El asalto no era fácil, realmente.

En ese instante oyó una voz enronquecida por el furor. Dos sombras se delineaban en la niebla. Ives reconoció al pastor Arven, amigo suyo, que se había enrolado como hondero. Discutía con un mozo de cuadra. Súbitamente relució un puñal.

Ives, temiendo por la vida de Arven, intervino con rapidez fulmínea. Su mano cogió la diestra armada, deteniéndola en el golpe asesino. Al bajarla con violencia, la afilada punta de la daga rasgó en toda su longitud la piel que abrigaba al pastor.



Guiscar pensaba sitiar el castillo por el hambre.



El Hijo del Lobo oía discutir vanamente a los caballeros.

l palafrenero intentó resistir a aquel inesperado adversario, pero quellos afilados dedos eran sólidos como garfios.

-¡Suéltame, despatriado! —rugió, sin reconocer en la penumbra uno de los caballeros del rey Arturo.

uego vió la espada con empuñadura de oro y su estatura pareó disminuir a causa del miedo. No se atrevió a mirar el rostro el caballero. Temía ver el agorero perfil de Guiscar, la mirada nplacable de Ogier o la peligrosa sonrisa de Gauvain.

-Perdón... No sabía... —balbuceó.

ero aún sostenía el puñal. Si iba a morir en la horca, ¿por qué o enviar antes al infierno a su aprehensor?

(CONTINUARA)

¿A quien pertenece?



Dinos: ¿quién fué el creador de la famosa estatua David? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 245: La Isla de Pascua, o Rapanui, pertenece a Chile.

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD Lucy Valenzuela, Santiago; Francisco Martínez Osses, Ongolmo 422 Concepción; Santiago Guerra, Santiago; Magdalena Chávez, Chillán Sergio Arancibia, Villa Alemana Elsa Díaz, Los Andes. UN PREMIO DE $ 20.—: Mónica Sáez, Rancagua; Silvia Concha, Santiago; Guillermo Riffo, Confluencia; Luis Muñoz, Rancagua; Juana Quiroz San Javier; Julio Ríos, Santiago; Carlos Droguett, Santiago; Marisol Hidalgo, Concepción; Berta Sonia Méndez, Rancagua; María Cecilia Cortés, Santiago. UN LIBRO: Julio Pérez, Santiago; María Angélica Rojas, Concepción; Adelfa Quintana, Viña del Mar; Viviana Robert, Chillán; Pedro Díaz, Santa Bárbara; Ramón Camaño, Bulnes; Patricia Donoso, Valparaíso; Miriam Pineda, Lota Alto; Heraldo Villarroel, Loncoche, y Antonio Rojas, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal SIMBAD N.º 247

Correspondencia

MARIA TERESA ALDUNATE.— Gracias por sus felicitaciones y por su entusiasmo por esta pequeña y gran revista "Simbad". No tenemos sección de encuadernación.

BERTA REICHART.— Agradecemos el saludo suyo y el de sus hermanitas, a quienes tanto les gustan "Trompita" y "Solitario Bill". Trataremos de complacerlas en todo lo que soliciten.

GRACIELA SALCEDO BRUCE, CARMEN CORREA AVILA, MARIA ANGELICA DEL CAMPO.— Son ustedes entusiastas lectoras de "Simbad" y como les cuesta conseguir un número de esta linda revista les aconsejo que se suscriban a ella.

RAMON CABAÑAS y GUSTAVO ADOLFO GATICA.— Nato y Elena Poirier agradecen los elogios que hacen de sus preciosos dibujos.

ROXANE.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

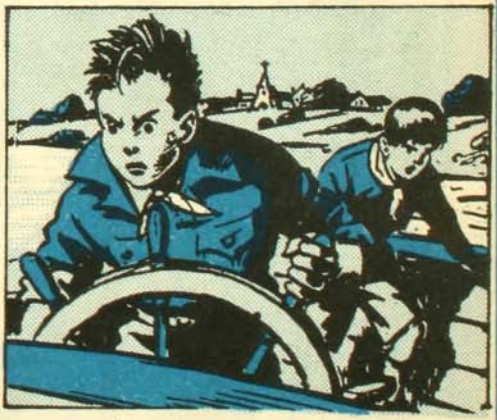
Juan y Juanita





. Con el dinero que se reunió, compraron alimentos y combus-
ble. Cuando Juan dió marcha al motor, fué un momento me-
morable. Todos aplaudieron, mientras la máquina roncaba. El
Escorpión, que a pesar de su siniestro nombre, era un buen mu-
hacho, cedió el mando a Juan. Tilín fué nombrado timonel.





. Todo iba viento en popa hasta que el motor empezó a fallar.
n vano los técnicos de a bordo intentaron ubicar el desperfecto.
a barca navegaba a la deriva. Maniobrando el timón, Tilín pro-
uraba mantenerse en el centro del río. "—La corriente nos arras-
a hacia la orilla", anunció alarmado.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



EL ZAPATERO Y LOS DUENDES

Simbad

º 248

$ 6.–



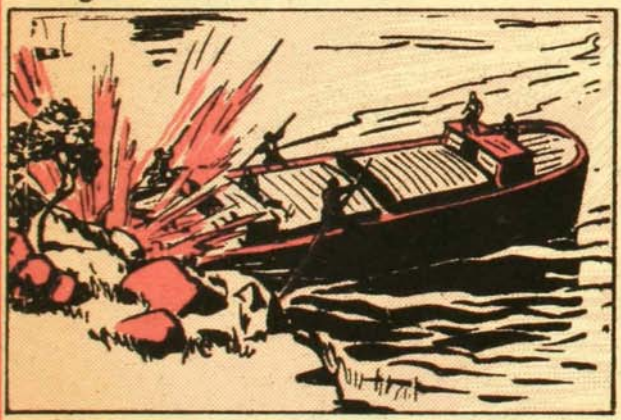
Juan y Juanita

CAPITULO XXVI.—EL NAUFRAGIO





1. El "Aguila de los Mares", chalana tripulada solamente por niños, sufrió un desperfecto y navegaba a la deriva cerca de la desembocadura del Sena. "—¡El timón no obedece! —gritó Juan, que capitaneaba la nave—. Tratemos de sostenernos con las pértigas. Enderecen rumbo."





2. No pudo evitar el accidente. La barca se estrelló violentamente contra la ribera y quedó encallada. El choque fué tan violento que muchos niños perdieron el equilibrio. Por un instante reinaron el desconcierto y el espanto. "—Juan, ¿estás bien?", murmuró Juanita, alarmada.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 2-VI-1954 — N.º 248

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXXII.—Lagardere impone condiciones.

El jorobado a quien en el palacio de Gonzaga llamaban Esopo II había dicho al regente de Francia, Felipe de Orleáns, que Enrique de Lagardere denunciaría al asesino de Felipe de Lorena, duque de Nevers.

—El culpable será castigado —prometió el regente—. Decidme, ¿por qué ha tardado tanto ese Lagardere en dirigirse a mí?

—Porque esperaba que la señorita de Nevers tuviera edad suficiente para advertir quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos. Posee las pruebas para presentarla como la heredera de Nevers y, aunque no conoce al asesino, tiene una señal por la que podrá reconocerlo.

Felipe de Orleáns meditaba. Luego preguntó:

—¿Qué juramento hizo Lagardere?

—Prometió servir de padre a la criatura. Estaba presente en el momento del crimen, y Nevers, moribundo, le confió su hija.

—¿Sacó él su espada para defender a Nevers?

—Hizo cuanto pudo. Cuando cayó vencido el duque, se llevó a la niña, aunque hubo de luchar él solo contra veinte.

—Sé que no había en el mundo espada más temible —murmuró el regente—. Pero hay cierta obscuridad en vuestras respuestas.

Si Lagardere asistió a la lucha, ¿cómo se explica que no sepa con certeza quién es el asesino?

—El combate se libró en las tinieblas. El asesino, enmascarado, dió la estocada a traición.

—Y ese hombre —continuó el regente con visible vacilación—, ¿no era el marqués de Caylus?

—El marqués de Caylus murió hace muchos años. El asesino vive. Vuestra Alteza no tiene más que decir una palabra y Lagardere os lo mostrará esta misma noche.

—Entonces —dijo Felipe de Orleáns con rapidez—, Lagardere está en París.

El jorobado se mordió los labios.

—Si está en París —añadió el regente, levantándose—, ¡es mi prisionero!

Agitó una campanilla y dijo al lacayo:

—Que venga en seguida el señor de Machault.

Era el teniente de policía.

El jorobado recuperó su calma. Dijo después de unos instantes, mirando el reloj:

—Monseñor, en estos momentos Lagardere me espera fuera de París, en un camino que me permitiréis no os revele. Pronto serán las once de la noche. Si el señor de Lagardere no recibe un mensaje mío antes de las once y media, su caballo galopará hacia la frontera. Tiene relevos. Como veis, monseñor, vuestro teniente de policía no conseguirá nada.

—¡Os haré detener!

—¡Oh, a mí! —dijo el jorobado sonriendo—. Si eso puede servir de algo...

Comprendiendo que el triunfo no estaba en su mano, el gobernante de Francia ordenó que le prepararan un salvoconducto en blanco, pero sellado y dispuesto para la firma.

—Ese caballero de Lagardere trata conmigo de potencia a potencia. Se permite enviarme embajadores y me dicta la ley. En su última carta me reclama un salvoconducto. Con seguridad querrá una recompensa.

—Vuestra Alteza se engaña —repuso el enano—. Lagardere no presentará ninguna exigencia. Por lo demás, no está en las manos del regente de Francia la recompensa a que él aspira.

—¡Vaya, vaya! Será necesario que conozcamos a ese misterioso y caballeresco personaje. Es muy capaz de alcanzar en la corte un

gran éxito y de reeditar la moda de los caballeros andantes. ¿Cuánto tiempo tendremos que esperarle?

—Dos horas.

Cuando el jorobado recibió el salvoconducto, añadió:

—Enrique de Lagardere había jurado vengar a Nevers. En los fosos de Caylus gritó a los asesinos: "¡Todos moriréis en mis manos!" Eran nueve. El caballero reconoció a siete. Ninguno de ellos existe ya.

—¿Y los otros dos? —inquirió el regente, palideciendo.

—Hay cabezas, monseñor, que no conviene a los jefes de Estado



—El octavo asesino no es más que un lacayo —dijo el jorobado.

ver caídas en el cadalso —repuso el jorobado, mirando fijamente al duque—. El ruido que hacen esas cabezas al caer puede resquebrajar los cimientos del trono. El señor de Lagardere dará a elegir a Vuestra Alteza. Traigo de su parte el encargo de deciros: "El octavo asesino no es más que un lacayo. Ese, pues, no cuenta, pero el noveno tiene que morir. Si Vuestra Alteza no quiere utilizar al verdugo, que le den una espada a ese hombre y Lagardere se encargará de hacer justicia".

—Tenéis mi promesa.

Cuando el jorobado salió, el viejo portero Le Breant le preguntó:

—¿Has conseguido lo que querías, Pequeño?

El enano, dándole un luis de oro, contestó:
—Sí, pero ahora quiero ver la fiesta. Y, además, deseo que me prestes la llave de tu quiosco en el jardín.
—¿Para qué?
El jorobado le deslizó otro doble luis. Le Breant no rechazó el ofrecimiento.
—Y por último —concluyó el hombrecillo—, quiero que lleves a tu quiosco el paquete que esta mañana te confié.
Seguían llegando los invitados al palacio real. Una muchedumbre dorada bullía en los jardines y salones. Una oleada de curiosidad y emoción recorrió a la concurrencia cuando se supo que el zar Pedro de Rusia estaba entre los invitados.
El duquesito de Chaverny seguía jugando... y perdiendo. El taciturno Peiroles ganaba. De pronto una voz desconocida gritó:
—¡Juego!
Y un fajo de billetes de crédito cayó sobre la mesa.
Todo el mundo se volvió para mirar al nuevo jugador. Era un buen mozo de aspecto campechano con peluca sin polvos y cuello de lino. Su atavío contrastaba con la elegancia de los demás. Vestía una gruesa casaca de barragán, calzas grises de lana y botas de recio cuero negro. De su ancho cinturón pendía un sable marino. Mejor que en un palacio, aquel bravo mozo hubiera estado en una taberna, rodeado de hombres sin miedo ni ley. En la primera jugada, Peiroles le ganó los diez mil escudos.



Todos se volvieron para mirar al nuevo jugador.



una taberna de
mbres sin miedo ni
ley.

¡Doble! —dijo el extranjero.

Doble —repitió Peiroles.

nuevo puñado de billetes cayó sobre la mesa. El desconocido
recía tener mucho dinero. Hay corsarios que llevan millones en
bolsillos. Peiroles ganó nuevamente.

¡Doble! —volvió a decir el corsario de mal humor.

Sea, doble.

¡Voto a sanes! —exclamó el cortesano Oriol—. He ahí cuarenta
escudos perdidos de prisa.

¡Doble! —insistió el hombre de la casaca de barragán.

¿Sois, por lo visto, muy rico, señor? —preguntó Peiroles.

desconocido no le miró siquiera. Las ciento veinte mil libras
aban sobre la mesa.

Peiroles gana —exclamó el coro de asistentes.

Doble! —repitió el corsario. Peiroles le ganó sus doscientas
renta mil libras y después el medio millón.

Basta! —dijo esta vez el perdedor, y añadió fríamente—: Ha-
me sitio, señores.

mismo tiempo desenvainó su sable con una mano mientras con
otra asía la oreja de Peiroles.

¿Qué vais a hacer? —gritaron de todas partes.

No lo veis? —respondió el desconocido sin conmoverse.

roles, más pálido que un muerto, intentaba sacar su espada.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO VIII: EL SALVADO DE LOS MONOS.





1. Pancho Baray decidió ser un detective audaz y sin miedo. Por lo tanto, se apartó de Mario Laurenti y del guía Lahal y se dedicó a seguir una pista. En la tierra estaban impresas unas huellas pequeñas. "—Niños hindúes secuestrados —dedujo—. Haré un descubrimiento sensacional."





2. De pronto retrocedió. Una enorme serpiente parecía dormir entre las rocas. "—Si interrumpo su siesta, se enfurecerá —dijo Pancho—. Y las huellas pasan justamente junto a ella. No se puede ser buen detective en la India. Nunca falta una cobra, un escorpión o un tigre, que interrumpa las pesquisas."





3. "—¡Guay! —chilló al descubrir que la enorme serpiente no era una sola, sino varias juntas que irguieron sus cabezas triangulares y silbaron con furia—. No me insulten —protestó Pancho—. Ya me voy." Decidió entonces trepar a un árbol para seguir su investigación por rutas aéreas.





4. De pronto cayó sobre él una lluvia de palos. "—¡Socorro! ¡Los thugs apaleadores!" —gritó, olvidando que la secta mencionada era de estranguladores. Pero no se trataba de los temibles conjurados, sino de una bandada de monos que asaltaron al pobre detective aéreo.

EL TEMPLO DE BADAMI



5. "—Las huellas que seguí no eran de niños hindúes secuestrados, sino de micos", gimió Baray, defendiéndose como podía de la paliza, de los arañazos y los tirones de barba. Afortunadamente aparecieron Mario y Lahal, quienes hicieron huir a los monos. "—Gracias por salvarme de los gorilas" —dijo Pancho.



6. Efectuado el rescate de Baray, continuaron internándose en la selva. "—Espero que ahora podremos caminar tranquilos —suspiró el detective, que había olvidado sus propósitos de ser audaz—. ¡Miren! ¿Qué es esa nube?" Lahal, observando el cielo, murmuró: "—¡Langostas gigantes! ¡Huyamos!"



7. Mientras se protegía del aguijón de los insectos, Pancho refunfuñaba: "—¡Monos! ¡Langostas! ¿Qué otra plaga nos falta?" Lahal le llamaba desde una gruta: "—Venga a refugiarse aquí, sahib." Momentos después anunciaba: "—La manga pasó, podemos salir." El prudente Baray sugirió: "—Esperemos hasta mañana."



8. Por cierto que ni Mario ni Lahal, oyeron su consejo y abandonaron aquel refugio. "—¡Un cocodrilo... chico, pero cocodrilo!", anunció Pancho, mirando desconfiado a un lagarto. Se olvidó de ese peligro al oír una exclamación de Mario: "—¿Qué has visto? —gritó—. ¿Otro monstruo?"

(CONTINUARA)

EL ZAPATERO Y LOS DUENDES



Había una vez un zapatero llamado Martín. Era un buen hombre que se afanaba en el trabajo diario y jamás había hecho daño a nadie.

Pero corrían tiempos muy malos y el pobre Martín empobreci tanto, que ya no le quedaba más que el cuero preciso para hace un par de zapatos.

—Estamos casi en la miseria —suspiraba hablando con su mu jer, llamada Martina—. Pero continuaremos bregando por el pa diario.

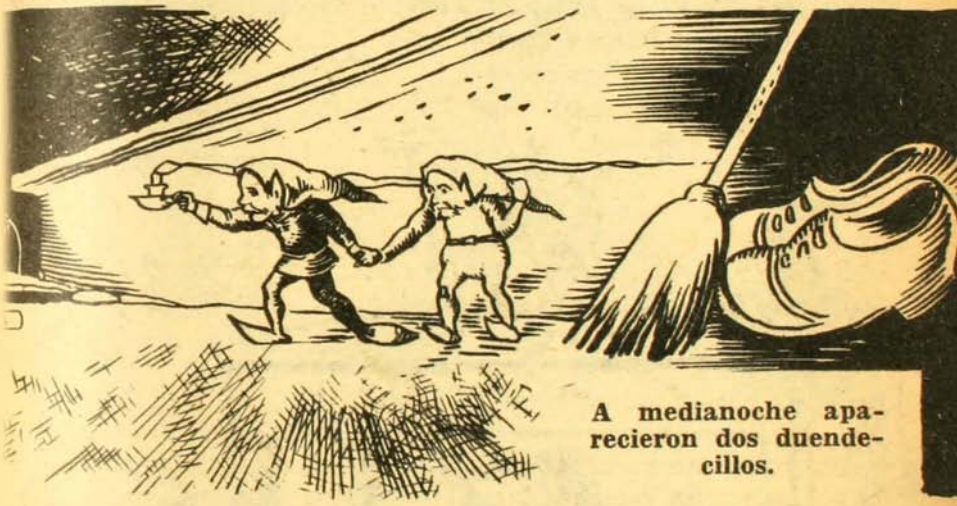
Y sin dejar de suspirar cortó el par de zapatos y los dejó sobr la mesa para terminarlos al día siguiente.

Se acostó y, como tenía la conciencia tranquila, durmió a pierna suelta tras encomendarse a Dios. Por la mañana se sentó a tra bajar, pero, ¡oh asombro!, el par de zapatos estaba hecho y colo cado sobre la mesa. Martín no sabía qué pensar, por más vuelta que daba a su imaginación. Cogió los zapatos y los examinó de tenidamente. Estaban tan bien confeccionados, que no tenían pun tada mal dada. Era como si los hubiesen hecho para presentarlo a un rey.

—¡Martina! —llamó alborozado a su mujer—. Ven a ver est milagro.

La buena mujer acudió y se extasió ante los primorosos zapatos. No tardó en llegar un parroquiano, que pagó un espléndido preci por el calzado. Con el dinero, Martín compró cuero suficient para otros dos pares. Por la noche los dejó cortados y cuando s

evantó a la mañana siguiente, se dispuso a trabajar muy animo-
o. Pero no hubo necesidad. Los zapatos ya estaban terminados
obre su mesita de trabajo.
Ni siquiera tuvo que ofrecerlos en venta. La fama de los pri-
neros zapatos había corrido por la comarca y dos ricos señores
e presentaron a comprar calzado.
Martín adquirió material para cuatro pares. Al despertar al día
iguiente, los halló igualmente confeccionados, y así continuó ocu-
riendo en días sucesivos. Obra que dejaba preparada por la no-
he, aparecía a la mañana siguiente convertida en el más lindo
ar de zapatos que jamás saliera de manos de zapatero. Se repitió
l prodigio tantas veces, que nuestro zapatero fué saliendo de
puros y sus negocios prosperaron.
Una noche, luego de dejar dispuesta la acostumbrada tarea, dijo
a Martina:



A medianoche aparecieron dos duendecillos.

—¿Qué te parece si nos quedásemos aquí esta noche para ver
uien es el que nos ayuda tan bondadosamente?
—Hombre, has tenido una brillante idea —aprobó su mujer—.
Colocaré una luz sobre la mesita y nos ocultaremos en un rincón
el taller, tras esos abrigos colgados de la percha. Allí no nos verá
l que venga y, en cambio, nosotros podremos observarlo a nues-
ro gusto y saber a qué atenernos.
Así lo hicieron y cuando sonaron las doce, aparecieron dos duen-
ecillos. Martina apenas pudo reprimir un grito de asombro. Eran
os seres pequeñitos, con puntiagudas orejas. Uno tenía larga bar-

ba plateada y el otro era más joven, con un rostro redondo y sonrosado. Sus ropitas estaban remendadas y de las camisas pendían algunas hilachas. Los zapatos de enroscada punta lucían parches enormes.

Ambos duendes saltaron a la mesa y, cogiendo la obra preparada, empezaron a punzar, a coser y martillar, tan hábil y rápidamente, que Martín no podía apartar de ellos los ojos asombrados.

De pronto se oyó la voz ronca del duende con barba:

—Pásame la lezna, Manzanito.

—Ahí va, Manzanote —respondió el duendecillo más joven, con su voz fina como el sonido de un flautín.

Y durante horas ambos continuaron trabajando con afán, hasta que todo estuvo terminado y los trabajos listos sobre la mesa.

—Hora de marchar, Manzanote —anunció Manzanito, estirando sus brazos cansados.

Ambos se deslizaron hasta el suelo y desaparecieron tan misteriosamente como habían venido.



—Pásame la lezna, Manzanito —dijo el duende Manzanote.



Se quedaron embobados ante los regalos.

A la mañana siguiente dijo Martina:

—Los duendecillos nos han enriquecido y debemos mostrarles nuestro agradecimiento. Anoche me fijé que vestían muy pobremente. Así es que voy a hacer unas camisitas, unos chalecos y unos pantalones de terciopelo y tú les confeccionarás unos zapatos de cuero rojo.

Martín aceptó complacido y salió de compras con su mujer. Esa misma tarde empezaron a preparar el ajuar de los enanitos. Las camisas, blancas y bordadas, quedaron preciosas. Los chalecos tenían guarniciones de oro y Martina bordó en ellos el nombre de los duendes: Manzanito y Manzanote. Los pantalones de terciopelo resultaron muy elegantes. En cuanto a los zapatos, Martín se lució haciéndolos con esmero y colocándoles hebillas de oro puro.



Habiendo terminado este ajuar, el zapatero y su hacendosa mujer lo colocaron sobre la mesita de trabajo, agregando también dos gorritos de peluche rojo, con aberturas para las puntiagudas orejas de los duendes.

A media noche se presentaron Manzanito y Manzanote y se dispusieron a la faena como de costumbre. Pero no hallaron cuero preparado y, en cambio, había allí lindos regalos para ellos. Ambos se quedaron embobados y cuando se repusieron de su sorpresa, empezaron a dar zapatetas de júbilo.

—¡Oh, oh! —exclamaba Manzanote, el de las barbas plateadas—. Mira, esto es para mí. Tiene mi nombre.

—Y éste es el mío —añadía Manzanito y su rostro aparecía más sonrosado que nunca a causa de la felicidad.

—Jamás he visto nada tan bello —suspiraba Manzanote, acariciando la casaca.

Martín y Martina, escondidos, oían aquella conversación y se alegraban al ver la dicha de los duendecitos.

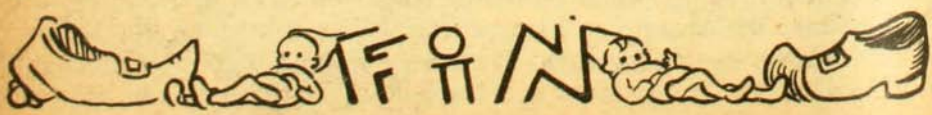
Por fin, éstos decidieron vestirse y después cantaron tomados de la mano:

Somos unos chicos guapos y elegantes,
y no los remendones que fuimos antes.

Reían encantados y se alisaban con las manos sus flamantes trajecitos. Minutos después, cantando y bailando sobre las herramientas y sillas, desaparecieron por la puerta.

—Adiós, Manzanito y Manzanote —murmuraron suavemente Martín y su mujer—. Gracias.

A partir de aquella noche, ya no volvieron los duendes, pero Martín prosperó en todas las empresas y llegó a ser un hombre muy rico.



LAS AVENTURAS DE TROMPITA













CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXIII.—EVERDADERO ENEMIGO.



1. Escoltado por guerreros osages, Solitario Bill se encaminaba hacia el valle donde acampaba la tribu semínola. "—Pasaremos la noche en esta caverna —anunció uno de los indios—. ¿Quieres encender la hoguera con tu poder secreto, hermano blanco?" El joven rehusó, diciendo: "—No debo agotar mi magia."



2. Los pieles rojas no insistieron. Frotando dos trozos de madera encendieron la fogata para asar un trozo de venado, mientras Bisonte Blanco reflexionaba con siniestra alegría: "Al caer la noche, Solitario Bill pierde su poder. Podré atacarlo sin peligro. La roja marca del Gran Manitú no aparecerá sobre mi piel".



3. "Con este tomahakh (hacha guerrera) —continuó discurriendo el osage— lo abatiré para siempre, tal como pronosticó el hechicero Serpiente Astuta." Solitario Bill anunció en ese instante: "—Penetraré en la caverna para explorarla. Tal vez alguna fiera tenga aquí su guarida".





4. Cogiendo una antorcha, se internó en la gruta. La atmósfera se tornaba cada vez más sofocante. "—Esto parece la antesala del infierno —sonrió Solitario Bill—. Me recuerda el alma condenada de cierto indio." Una sombra gigantesca se balanceó pesadamente entre las rocas.



SOLITARIO BILL



5. Y surgió la figura amenazante de un oso. "—¿Por qué gruñes y te enfureces, amigo?", dijo el joven vaquero. Trató de desviarlo hacia otra galería, pero el animal lo embistió. Entonces, Solitario Bill le asestó un golpe con la antorcha. "—¿No quieres tranquilizarte, viejo?" —preguntó.



6. Rugiendo de dolor y furia, el oso se abalanzó contra su atacante. Solitario Bill se vió obligado a retroceder y perdió el equilibrio. Los atronadores rugidos de la fiera atrajeron a los osages. Bisonte Blanco se adelantó, con el hacha en alto, diciendo: "—¡Voy en tu ayuda, hermano rostro pálido!"



7. Destelló el filo del hacha..., que fué detenida en el espacio por una mano firme. Solitario Bill, reteniendo el arma, dijo: "—Yo usaré el tomahawk, hermano Bisonte Blanco." Había comprendido la pérfida intención del osage que pensaba atacarlo con su hacha, mientras fingía derribar al oso.



8. Solitario Bill se levantó de un salto y abatió a la fiera. Bisonte Blanco se quejó: "—Hermano, me negaste el honor de salvarte la vida". El texano repuso: "—Ese honor lo he reservado siempre para mí mismo, Bisonte Blanco. Nobles guerreros osages, agradezco vuestra ayuda".

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO X.— Sofía no puede descubrir un secreto.

RESUMEN: El gran duque Sergio Nepuskine debe abandonar Dalvacia, su patria, porque, por intrigas políticas, ha sido sentenciado a muerte. En Francia el desterrado encuentra un empleo y adopta un nombre supuesto. Un día desaparece misteriosamente. Su madre, la princesa Alejandra, muere agotada por el intenso trabajo que realiza para mantener a sus nietos, Nadina, Valia y Dimitri, y por el dolor que le causa la ausencia de su hijo. Nadina hereda los escasos bienes de la princesa y el taller de costura. La condesa Sofía Palotka, tía de Valia y Dimitri, es una persona irresponsable y egoísta, que sólo crea problemas en el modesto hogar de la familia desterrada. Dimitri, aleccionado por dos niños vagos, se ve complicado en un robo. El juez se demuestra comprensivo y promete a Nadina que su hermano quedará bajo la tutela de una mujer que será para él una verdadera madre. Nadina recibe un telegrama, firmado con las iniciales de su padre, S. N.

Nadina, heredera del gran duque Sergio, había recibido un telegrama de su padre. Esta inesperada felicidad la consoló de las angustias que había sufrido. Cuando Nika la sorprendió llorando, le confesó que sus lágrimas eran de alegría.

—Ven después a mi habitación —invitó a la fiel nodriza. Había decidido comunicarle la feliz noticia.

—Nika tiene derecho a conocer mi secreto. Trabaja por todos, sufre sin quejarse las impertinencias de Sofía, los caprichos de Valia y las burlas de Dimitri. Ha hecho milagros de economía y se afana por satisfacer a cada uno de nosotros. Sí, ella merece compartir mi alegría.

Cuando la anciana se presentó ante su joven amita, ésta, abriendo su mano que oprimía nerviosamente el telegrama, lo leyó en voz baja y susurró:

—¿Comprendes, Nika? ¡Mi papá vive!

La vieja nodriza balbució:

—¡Vivo! ¡Su Excelencia vive!

—Sí, Nika. Y nos aconseja silencio. Nosotras dos guardaremos el secreto, este secreto maravilloso.

El coloquio de Nika y de Nadina fué interrumpido por la voz chillona de Sofía, que gritaba:
—¡Nika! ¿Dónde estás?
Nadina quedó sola y estaba tan ensimismada en el querido recuerdo de su padre, que no oyó a Sofía hasta que ésta vociferó casi en su oído:
—¿Qué tienes? ¿Duermes o eres sonámbula? Hace por lo menos diez minutos que llamo a tu puerta hasta casi derribarla y tú, como si lloviera.
—Perdóneme, Sofía. Estaba distraída. ¿Qué desea?
—Saber qué sucede. Nika está más cerrada que una ostra. Sospecho que oculta algo y quiero saberlo.
—No sé a qué se refiere —contestó Nadina, evasivamente.
—¿Y tampoco puedes decirme dónde estuviste toda la mañana? ¿Qué soy en esta casa? ¿Una pariente o un mueble? ¿No tienes confianza en mí?
—Hablé con el juez sobre Dimitri.
—¡Ah! Me informarás más tarde. Hay otro asunto por aclarar.



¿Recibiste un telegrama?
—Sí.
—¿De quién?
—Sofía, el contenido de ese telegrama sólo me concierne a mí. Suponga que se trata de

un pedido de bordados, o de una venta del taller.
—Está bien —dijo la condesa, ofendida—. Sé que cuando Nika regresó del mercado, la llamaste a tu habitación, le hiciste confidencias luego de cerrar la puerta con llave y después lloraste. No puedes negarlo, porque hay huellas de lágrimas en tu rostro. Me subleva la idea de que elijas por confidente a una servienta, despreciándome a mí, a Sofía Palotka Siromiska.
—Sea discreta. Ese nombre, como el de Nepuskine, no debe ser pronunciado en voz alta.
—No trates de desviar la conversación. Pretendes engañarme, pero yo sé que rehusas mostrarme ese telegrama, porque te lo envía un galán.
Nadina no pudo contener una sonrisa. La condesa añadió con gravedad:
—Si tienes penas de amor, debes confiármelas. Eres muy joven y necesitas alguien que te aconseje.



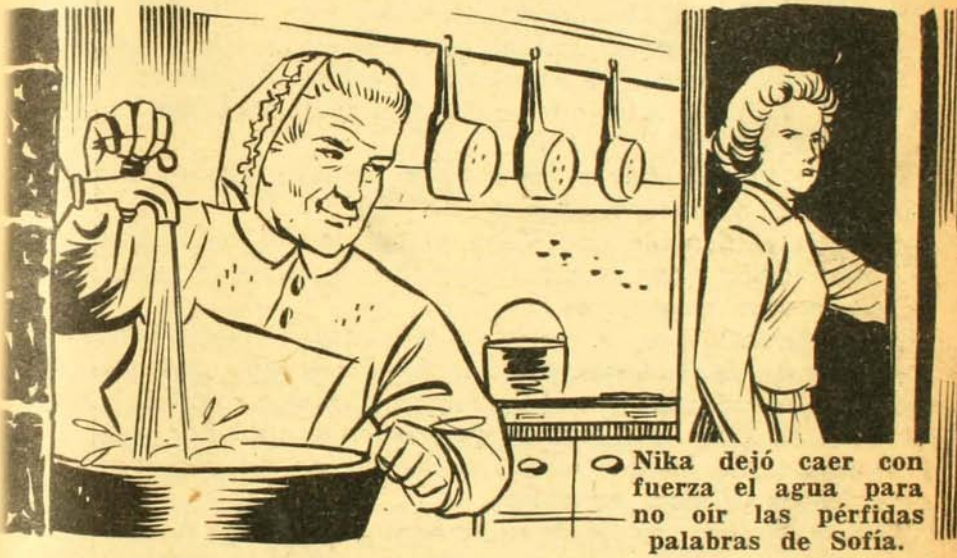
Nadina atendió el taller como de costumbre.

—No se alarme, Sofía. No me persigue ningún galán, ni tengo problemas románticos.

Sofía, comprendiendo que era inútil insistir, se retiró como una reina desairada.

Nadina atendió el taller, como de costumbre, y aquella noche se acostó fatigada, pero alegre.

Sofía no había quedado tranquila con las respuestas de Nadina y decidió investigar hasta descubrir el secreto de la niña. A la mañana siguiente se dirigió a la cocina, donde Nika fregaba enérgicamente las ollas.



Nika dejó caer con fuerza el agua para no oír las pérfidas palabras de Sofía.

—Ayer perdiste casi una hora charlando con mi sobrina —dijo con severidad.

—Señorita —contestó la leal sirvienta—, si perdí una hora ayer, permítame recuperarla ahora, terminando de prisa mi trabajo.

—No me vengas con rodeos —indicó Sofía con voz agria—. ¿Qué hablaron?

—La niña Nadina es quien dispone todo el trabajo de la casa y me da órdenes para la compra de provisiones y otros quehaceres, pues, es ella sola quien lleva todo el peso de la casa.

Con esta respuesta, Nika volvió a su vajilla y la refregó con renovado brío.

El rostro de Sofía enrojeció hasta parecerse a la caparazón de una jaiba.

—¿Insinúas que yo no me preocupo de nada, que soy una ociosa y que...
—Perdóneme, señorita.
—¡Condesa! *¡Condesa!* ¿Hasta cuándo te he de repetir que poseo un título y que soy tan noble como una princesa de la casa real? En Dalvacia no hay escudo más ilustre que el de mi familia. Ni hay...
—Perdóneme —repitió Nika, interrumpiéndola de nuevo—. Debo lavar los platos.
—No se puede alternar con gente rústica y grosera —estalló Sofía, disponiéndose a abandonar la cocina.
Pero se volvió desde el umbral para decir:
—Una Sofía Palotka no se rebaja a realizar las faenas en que se ocupa Nadina y a las que se dedicará también Valia..., si yo no lo impido.
Aspiró el aire con fuerza, para tener bastante aliento, a fin de continuar su discurso, y añadió:
—Sería imperdonable que Valia se convirtiera en una miserable obrera. Ella tiene sangre dalvaciana en sus venas, sangre pura, sin mezclas extranjeras.
Nika, enfurecida por la malévola referencia a Nadina, que era descendiente de franceses, abrió la llave del agua, que cayó con estrépito ensordecedor en el lavaplatos. Con ese ruido de catarata, Sofía no pudo continuar su peroración y optó por irse.
Días más tarde, Nadina recibió una carta de sus parientes franceses. Elena Girmont escribía:
"Querida Nadina, una tía de tu hermana Valia y de tu hermanito Dimitri nos informó sobre tu destierro a Francia, sobre las penalidades que has sufrido y la angustia de ignorar el destino de tu padre. Deseamos ofrecerte nuestro hogar. ¿Por qué has guardado silencio? Te recibiremos como hubiéramos acogido a nuestra adorada Lelia, tu madre."
A continuación indicaba la ruta hasta Bosquerosa, la extensa propiedad de los Girmont.
La niña sintió un ansia irresistible de conocer a sus tíos. Sofía aprobó el viaje hasta Bosquerosa. No olvidaba que los Girmont eran millonarios.
Dejando la casa al cuidado de Nika, la jovencita partió. Al llegar a Kévelec, interrogó a un campesino:
—¿Dónde queda Bosquerosa, señor?



—Bosquerosa queda al final de ese camino —indicó el labrador.

El labrador era anciano, pero aún robusto. Sostenía sobre su hombro una pala y un rastrillo. No respondió y sus ojos examinaban a Nadina, como si se esforzara por reconocerla.

Cuando la niña repitió su pregunta, el hombre se disculpó:

—Perdóneme, señorita —murmuró, confuso—. Pensaba..., mejor dicho, evocaba el pasado y veía a una hermosa aparecida, a un fantasma de ensueño. Bosquerosa queda al final de ese camino, siguiendo la fila de castaños.

Su mano sarmentosa y curtida señalaba el camino. Sus ojos no se apartaban del suave rostro y de la boca sensitiva.

—Señorita —dijo con voz vacilante—, ¿su nombre es, quizás, Lelia?

Nadina sonrió.

—Ese es el nombre de mi madre, Lelia Lestroit.

Había olvidado por completo que declarar su nombre era peligroso. Los espías de Dalvacia conocían seguramente su ascendencia francesa y deducirían que ella era la hija mayor del gran duque Sergio Nepuskine. Pero esa campiña veíase tan apacible y el semblante del anciano campesino reflejaba tanta bondad, que Nadina respondió sin temor ni desconfianza.

—Lelia —repitió el labrador—. La señorita Lelia, que era alegre como la primavera. Y usted es la imagen de ella.

(CONCLUIRA)

Ponchito



por nato



EL HIJO DEL LOBO



CAPITULO III.—Cogidos como ratas.

Ives impidió que un palafrenero hiriera con su puñal a Arven, el pastor que se enroló como hondero en el ejército del rey Arturo. Viendo que el hombre no soltaba su arma, Ives le retorció la mano. Con un aullido de dolor, el vencido abrió los dedos.

Acudieron otros pastores y llevaron consigo al agresivo mozo de cuadra.

—Gracias, Ives —dijo Arven.

Ambos donceles eran amigos de la infancia. El hijo del Lobo había recorrido los bosques de su tierra con aquel compañero leal y rudo.

—Eres muy confiado —sonrió Ives—, ni siquiera un puñal sobre tu cabeza despierta tus sospechas.

Arven sonrió también, sin contestar. En ese instante, los caballeros de la Mesa Redonda llamaron a Ives para comunicarle que ya habían acordado un plan de ataque a la for-

Ives retorció la mano del palafrenero.





—Gracias —dijo Arven al Hijo del Lobo.

aleza de Hugo Letur.

Una actividad febril agitó al cam-amento. Se prepararon las gran-es máquinas de guerra. Al rayar l alba, iniciado el asalto, las lar-as escalas se alzaron al pie de los uros, como tentáculos de made-a que buscaban un apoyo. Los si-ados lanzaron una lluvia de fle-has y de piedras para repeler al nemigo. Calderas de aceite hir-iendo fueron vaciadas desde la ltura. Los sitiadores, alcanzados or aquel alud candente, se preci-itaban al vacío.

os soldados de Letur, maniobran-o vigas premunidas de horquetas de poderosos tridentes, rechaza-an las escalas de asalto.

'ambién usaban plomo derretido en el contraataque.

Una enorme piedra quebró la escala, cuya parte inferior, cargada de soldados, cayó con estruendo. Suspendido de los primeros travesaños, quedó solo, balanceándose en el espacio, el héroe Ives.

En ese mismo instante, una horda de Letur hizo una salida y arrolló con brutal ímpetu a los hombres del rey Arturo.

Ives se encontró entre los defensores de las murallas y el enemigo que salía a combatir. Los guardias de la almena impulsaron el trozo de escala para hacerla caer y entonces Ives

Con horquetas y tridentes rechazaban las escalas de asalto.





También usaban plomo derretido en el contraataque.

saltó en el espacio y se halló horcajadas sobre la viga. Protegiéndose con la adarga, enfrentó a veinte flecheros. Las veinte flechas, con un solo sonido seco, se clavaron en su escudo. Instantáneamente, Ives se descubrió y su risa desafiante resonó ante el semblante atónito de sus enemigos.

Uno de los flecheros, reaccionando, sacudió la viga. Ives ya había visto, seis metros más abajo, una escala recién apoyada en el muro y sin vacilar, saltó a ella. Luego se deslizó hasta el suelo, con rapidez asombrosa.

En seguida, entraron en acción las máquinas. Grandes arcos montados sobre carros, lanzaron flechas impregnadas de pez inflamada que incendiaron las torres del norte. Una enorme plataforma, portadora de garfios, fué replegada contra la muralla, a fin de demolerla. Letur ordenó incendiar la peligrosa plataforma, que pronto se convirtió en una hoguera.

Convencidos de que no lograrían apoderarse de la fortaleza con el asalto directo, el consejo acordó cavar túneles. Los zapadores trabajaban de noche, pero el golpe de las picotas fué oído por los servidores de Letur, quien, al saberlo, sonrió siniestramente.

Ives dirigía a los zapadores y de pronto ordenó que el trabajo se

Ives ordenó a los zapadores que se detuvieran.





La bóveda se derrumbó.

detuviera. Aunque las picotas permanecían inmóviles, continuaron oyéndose golpes sordos, y de pronto, el techo de la bóveda se derrumbó.

Y en el cráter abierto apareció la silueta de Letur, rodeado de sus esbirros. Una cruel sonrisa contraía sus labios.

—Mirad, hay ratas en mi sótano —dijo—. Creo que convendría ahogarlas.

Se oyeron risas serviles al borde del foso, mientras los hombres atrapados contenían el aliento. Ives se mantuvo erguido y tenso. Arven, también alerta, permaneció a su lado, mien-

ras los zapadores crispaban sus manos sobre la zapa.

—Han cavado su propia tumba —anunció Letur.

ves reaccionó instantáneamente. Una enorme roca surcó el aire anzada por el joven, y Letur apenas tuvo tiempo de esquivarla.

—A veces no es fácil cazar ratas —dijo Ives, y Hugo vió arder a ironía en aquellos jos audaces.

—¿Dónde está el agua ara ahogarnos? —continuó la burlona voz—. Traedla pronto, ya que uestras espadas mohoas no son capaces de xterminarnos.

—¡Abajo! —aulló Letur—. ¡Bajen, cobardes, maten a esa ralea!

Ninguno de sus servilores se movió.

—¡Abajo, menguados! —repitió Letur, enfurecido.

(CONTINUARA)



Apareció la siniestra figura de Letur.

¿CUAL ERA SU NOMBRE?



La llamaban La Quintrala, y fué una figura siniestra de la época de la Colonia en Chile. ¿Cuál era su verdadero nombre? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 246: La Sonata Claro de Luna pertenece a Ludwig van Beethoven.

Premiados con una *suscripción trimestral*: Francia Pérez, Santiago; Juan Gutiérrez, La Calera; Sylvia Chacón, Los Andes; Mireya Eugenia Méndez, Rancagua; Eduardo Pardo, Chimbarongo; Francisco Castillo, Santiago. UN PREMIO DE $ 20: Mariana Martínez, Recreo Alto; Sergio Rivera, Temuco; María Angélica del Campo, Villa Alegre de Loncomilla; Mariana Quintana, Talca; Mirtha Ibáñez, Los Andes; Margaret Nielsen, Santiago; Alberto Yoena, Concepción; Gustavo Adolfo Gatica, Quillota; Eduardo Herrera, Santa Bárbara; Clorinda Cornejo, Lontué. UN LIBRO: Fernando Hillmann, Temuco; Nora Pradenas, Talcahuano; Sergio Arancibia, Villa Alemana; Antonio Rojas, Santiago; Lucía Hernández, San Fernando; Rafael Eyzaguirre, Santiago; Ñhyda Moreno, Coronel; Lucía Venegas, San Carlos; Héctor Fuentes, La Palma.

Los lectores de Santiago deberán cobrar sus premios en Avda. Santa María 076, 3er. piso. Los niños del interior recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 248

Correspondencia

Respuestas generales.— En vista de las dificultades que encuentran para la moneda de $ 1, les aconsejamos que se suscriban a "Simbad": anual, $ 300; semestral, $ 150, y trimestral, $ 75. Los premiados en concursos pueden reclamar sus premios atrasados en Avda. Santa María 076, y los de provincias, a "Simbad", Empresa Editora Zig-Zag, Casilla 84-D.

ROBERTO DAROCH y GUILIANO MAZZA.— Gracias por su felicitaciones y que la suerte siga favoreciéndoles con premios de "Simbad".

ROXANE.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

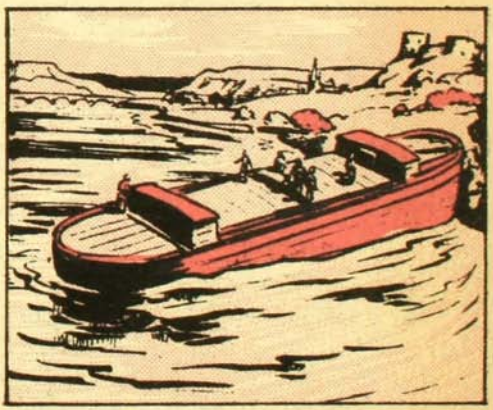
Juan y Juanita





3. Juan, luego de tranquilizar a su hermana, bajó a la escotilla para inspeccionar los daños. El agua empezaba a filtrarse en la cala. El pequeño capitán subió de nuevo a cubierta y dijo: "—Tenemos una vía de agua. Traigan baldes. También necesito material para cubrir la brecha".





4. Los esfuerzos de la tripulación fueron inútiles. El nivel del agua subía inexorablemente. El más afligido con aquel naufragio era Mincho, cuyas lágrimas corrían sin cesar. "—No llores. Ya hay bastante agua", le dijo Tilín. La embarcación se hundía cada vez más.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO

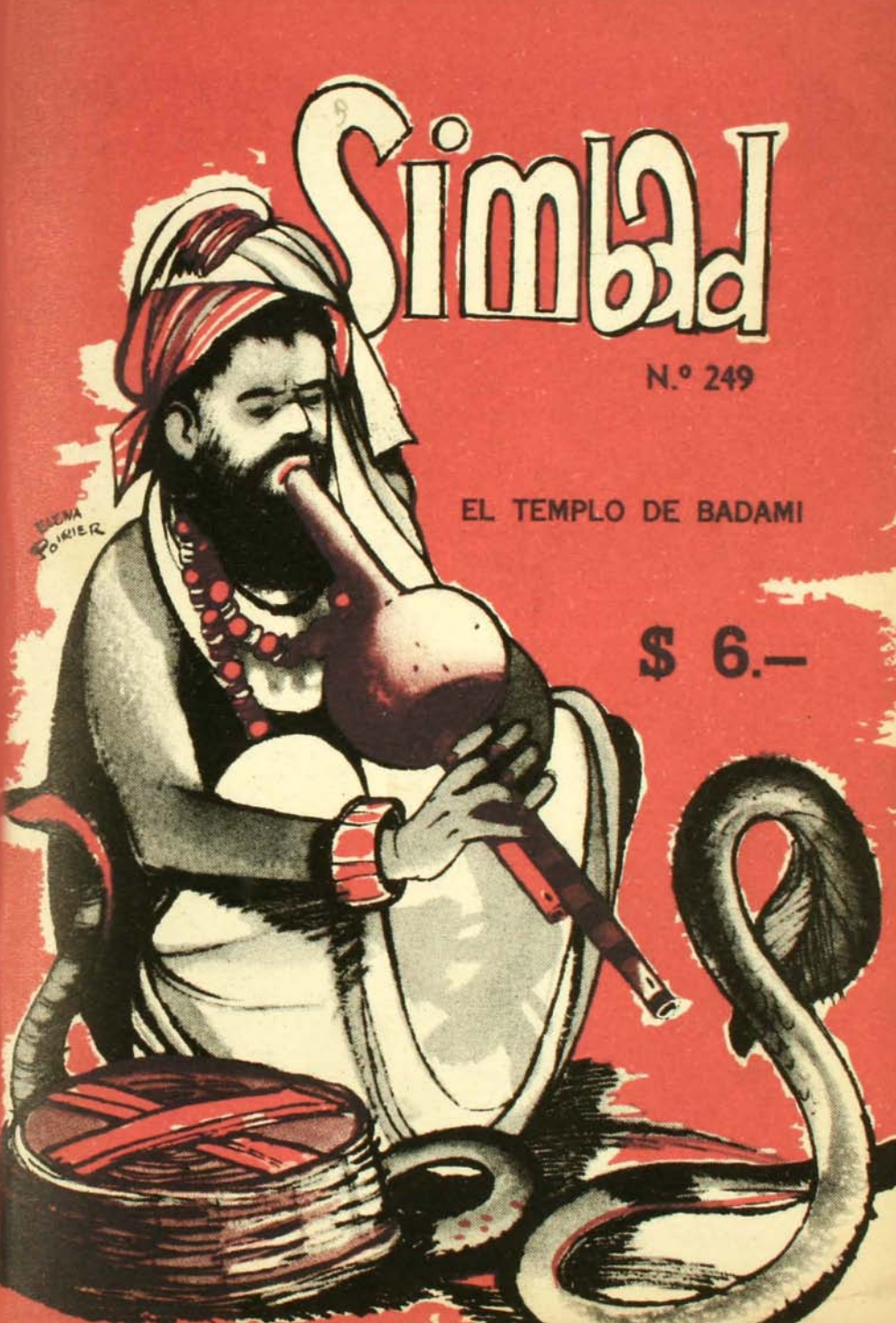


Simbad

N.º 249

EL Ttemplo DE BADAMI

$ 6.–



Juan y Juanita

CAPITULO XXVII.—LA CASA DEL GUARDABOSQUES





1. La embarcación tripulada por Juan, Juanita y sus amigos, se sumergía en la desembocadura del Sena, luego de encallar junto a la ribera. Comprendiendo que no era posible salvar la chalana, Juan ordenó el desembarco. Los tripulantes obedecieron con profunda tristeza.





2. En breves minutos, el "Aguila del Mar" desapareció en el río. El grumete Mincho lloraba desconsolado. Para mayor desgracia llovió toda la noche y los náufragos amanecieron transidos de frío. "—¿Qué pasó aquí? —les preguntó un hombre—. ¿De dónde cayeron ustedes?"

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 9-VI-1954 — N.º 249

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXXIII.— *Evocación de la noche trágica.*

Peiroles, confidente del príncipe de Gonzaga, había ganado medio millón de libras a un desconocido, en una de las mesas de juego que funcionaban en el palacio real. De pronto el extranjero, desenvainando su sable, cogió de una oreja al ganador. El sable relampagueó en un rápido molinete y los asistentes retrocedieron con prudencia. Un golpe seco partió en dos la espada que Peiroles consiguiera desenvainar. Su adversario le advirtió:

—Si te mueves, no respondo de ti. Si no te mueves, sólo te cortaré las orejas.

Peiroles empezó a dar gritos ahogados. Propuso devolver el dinero. El desconocido se disponía fríamente a cumplir su amenaza cuando se produjo un gran tumulto en la puerta.

El general Kurakine, embajador de Rusia, se precipitó en el recinto. Su rostro veíase inundado de sudor y sus cabellos estaban en desorden. Tras él corría el mariscal Tessé, seguido de los treinta guardias encargados de velar por la persona del emperador de Rusia.

—¡Sire, Sire! —gritaron—. ¡En nombre de Dios, detenéos!

Los concurrentes se miraron entre sí. ¿A quién llamaban "sire"?

El hombre del sable se dió vuelta. El mariscal, después de colo-



El viejo barón no pudo contestar.

carse entre él y su víctima, permaneció en respetuosa actitud. Todos comprendieron entonces que aquel mocetón un momento antes desconocido era el emperador de Rusia.

Este frunció ligeramente las cejas.

—¿Qué queréis? —preguntó a Tessé—. Hago justicia.

Kurakine le dijo algunas frases al oído. El joven zar soltó en seguida a Peiroles y, enrojeciendo un poco, sonrió.

—Tienes razón —admitió—, aquí no estoy en mi casa. Fué un olvido.

Saludó a la estupefacta concurrencia y salió rodeado de sus guardias.

Peiroles restableció el desorden de su ropa y fríamente puso cerca suyo el arma que el zar no se había dignado recoger.

—Insulto de monarca no cuenta... —dijo lanzando en derredor una mirada cautelosa y cínica—. Me figuro que nadie pondrá en duda mi honradez.

Algunos contuvieron la risa. Otros se encogieron de hombros, con indiferencia.

Luego su atención fué atraída por el jorobado Esopo II, que se entretenía en mirar las decoraciones de la fiesta. Saludó a las damas con mucha cortesía y pareció reírse para sí en algunas ocasiones. Habíase colocado su antifaz de terciopelo negro.

—¿Qué endiablada criatura es ésa? —exclamó Chaverny—. Juraría que es hechicero. Tal vez adivine qué significa la ausencia del regente y por qué han redoblado la guardia. Preguntadle.

El jorobado contestó, balanceando su cabeza:

—Sí, sí, el misterio nos rodea. El regente está preocupado, la guardia ha sido reforzada.

Luego añadió, con una seca carcajada:
—¿Creéis en los aparecidos?
Algo como un hálito de frío estremeció a los presentes. El hombrecillo reía, pero su risa produjo un efecto extraño y hubo una indefinible y general sensación de malestar.
—¿Queréis explicaros de una vez, hermoso enmascarado? —exclamó uno de los cortesanos.
En torno al jorobado se había formado un círculo. Peiroles, oculto en la segunda fila, no perdía palabra.
—Señor duque —respondió el enano—, imaginaos: un muerto que levanta la piedra de su tumba después de veinte años.
Se interrumpió, para preguntar con una risilla falsa:
—¿Recuerdan en la corte a las personas muertas hace veinte años?
—¿Qué queréis decir? —inquirió Chaverny.
—No me dirijo a vos, señor marqués —repuso el hombrecillo—. Fué precisamente al año de vuestro nacimiento. Sois demasiado joven. Hablo a los que tienen los cabellos grises. A vos, señor de la Hunaudaye, que estarías durmiendo en Flandes bajo seis pies de tierra si el hombre de quien hablo no hubiese partido el cráneo al miguelete que os tenía bajo su rodilla.
El viejo barón se quedó boquiabierto y tan profundamente emocionado que no pudo contestar.
—A vos, señor de Marillac, pues sabéis que vuestra hija se recluyó en un convento porque le amaba sin esperanzas. A vos, señor de Rohan-Chabot, que por su causa temisteis perder a vuestra amada, la señorita de Feron. A vos, señor de La Vauguyón, porque la cicatriz de vuestro hombro os recuerda el golpe de aquella espada...
—¡Nevers! —exclamaron veinte voces a la vez—. Felipe de Nevers.
El jorobado se descubrió y dijo lentamente:
—Felipe de Lorena, duque de Nevers, asesinado en los fosos del



La hija del señor de Merillac había amado sin esperanzas a Nevers.

castillo de Caylus, el 24 de noviembre de 1697.
—Asesinado cobardemente por la espalda, según dicen —observó La Vauguyón.
—En una celada —añadió La Ferté.
Entre los jóvenes también se comentaba.
—Mi padre me ha hablado varias veces de esa tragedia —expresó Navailles.
—En cuanto a mi padre, era amigo del difunto duque de Nevers —declaró Chaverny.
Peiroles escuchaba, haciendo lo posible porque su presencia pasara inadvertida.
—Asesinado cobardemente por la espalda en una celada, todo eso es cierto, pero no es Caylus el nombre del culpable.
—¿Cómo se llamaba entonces? —oyóse exclamar.
El jorobado no respondió. Con acento ligero y burlón que rezumaba amargura, dijo:
—Aquello hizo ruido, señores, un gran ruido. Durante una semana no se habló de otro tema. Días después los comentarios disminuían, y al cabo de un breve tiempo ya nadie, o casi nadie, acordábase del nombre de Nevers.



El acento del jorobado rezumaba amargura.

—Su Alteza Real —interrumpió el señor de Rohan— intentó afanosamente descubrir al culpable.
—Sí, sí, no lo ignoro. Su Alteza Real era uno de los tres Felipes y quiso vengar a su mejor amigo. Pero... aquel castillo de Caylus está tan alejado de París. La noche del 24 de noviembre guardó bien su secreto. Ni qué decir tiene que el príncipe de Gonzaga... ¿No hay



El crimen cometido hacía veinte años revivía con fuerza en la mente de todos.

quí un digno servidor, el príncipe, que se llama Peiroles?

Dos jóvenes se apartaron para descubrir a Peiroles, que parecía confuso.

—Iba a deciros —prosiguió el jorobado— que también el señor de Gonzaga removió cielo y tierra para vengar a su amigo. Todo fué inútil. Ni un indicio, ni una prueba.

Peiroles pensaba alejarse para prevenir a Gonzaga. Pero deseaba, no obstante, ver hasta dónde llegaría aquel endiablado sujeto. Ante el recuerdo revivido de la noche del 24 de noviembre, experimentó la sensación de ser estrangulado. El jorobado dijo la verdad: la corte no tiene memoria. En la corte, una muerte que data de veinte años está esos veinte años olvidada. Pero concurría en este caso una extraña circunstancia completamente excepcional: el muerto formaba parte de una trinidad cuyos otros dos miembros vivían y eran todopoderosos: Felipe de Orleáns y Felipe de Gonzaga. Y se hubiera dicho, ante el interés revelado por todas las fisonomías, que se trataba de un crimen cometido la víspera.

—Ante la inutilidad de sus esfuerzos —prosiguió el enano—, el señor de Gonzaga dejó al tiempo, o mejor dicho, a Dios, la tarea de descubrir al culpable. Creedme, señores, es un recurso confiar al cielo la venganza, porque el cielo tiene mejores ojos que la policía. El cielo es paciente..., creédmelo. Pasan, pues, los días, pero llega la hora y...

Se detuvo. Su voz vibraba sordamente y todos se estremecieron, como si la amenaza gravitara sobre ellos. No habiendo allí más que un culpable, o más bien un cómplice, todos se sintieron angustiados.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO IX.—LA ESCALERA DE LA MUERTE





1. Los detectives Mario Laurenti y Pancho Baray, acompañados del guía Lahal, llegaron a las cercanías del templo de Badami. Enfocando sus anteojos de larga distancia, Mario divisó a un encantador de serpientes. Ya le había visto antes, en la Samodar. Baray también le reconoció.





2. "—Ese es el hombre que guarda sus víboras en un canasto de piedras preciosas —exclamó—. No puede negarse que regalonea a sus bichitos. Vamos a conversar con él." Pero cuando llegaron a las rocas donde minutos antes vieran al hindú, hallaron el sitio desierto y silencioso.





3. "—Desapareció con flauta y todo", gruñó Baray. Al salir del desfiladero, vieron un templo en ruinas. En la torre se delineaba la silueta de un guardia armado. "—Tratemos de introducirnos en el templo sin ser descubiertos —sugirió Mario—. Aquí hay una entrada."





4. Se deslizó por una especie de foso. Las tinieblas de aquel antro eran tan profundas, que el joven detective encendió su linterna. Siguió avanzando y de pronto se detuvo. Ante él se erguía una serpiente cobra. "—¡Mario! —llamó Pancho, alarmado por el silencio de su amigo—. ¿Estás en peligro?"

EL TEMPLO DE BADAMI





5. Bajó de un salto, sin temor a rebotar en las piedras. Al ver a la serpiente, extrajo su revólver, diciendo: "—Está en mi línea de fuego. Le volaré su maldita cabeza". Pero Lahal le impidió disparar. "—Espere, sahib —susurró—. La detonación alertaría a los guardias. Yo hipnotizaré a la cobra."





6. Suavemente se inclinó hasta que sus obscuras pupilas quedaron al nivel de los ojos verdes, que le miraban con fijeza. Pancho, desconfiado, no apartaba su vista del muchacho hindú y de su temible adversaria. Por fin Lahal se irguió, sonriente. La cobra permanecía rígida.





7. Instantáneamente Mario la ahogó entre sus manos. Baray cerró los ojos, espantado. "—Nunca tendría valor para coger a uno de esos reptiles. Tienen la sangre helada y yo soy muy friolento", declaró, antes de seguir a su amigo y al guía. Se detuvieron al pie de una escalera tallada en la roca.





8. "—La escalera de la muerte —anunció Pancho Baray, trágicamente—. ¿La subimos?" Mario sonrió ante las exageradas palabras de su compañero de aventuras. "—Por supuesto que subiremos", contestó. Baray, resignado, empezó a ascender y en cada peldaño lanzaba un suspiro.

(CONTINUARA)



EL GATO NEGRO Y MALVADO

Las huérfanas Rosana y Lidia vivían solas en un pequeño departamento situado en el sexto piso de un edificio. Rosana, la hermana mayor, trabajaba para sostener el hogar y educar a Lidia. Un tercer personaje completaba aquella familia: el gato Pierrot, que tenía la piel negra y lustrosa y unos ojos verdes que fosforecían en la obscuridad y eran, a la luz del día, una estrecha línea de misterio o de pereza.

Rosana heredó de su madre una gran habilidad para bordar. La clientela pagaba bien sus primorosas labores. Mientras la jovencita de dieciocho años se hallaba inclinada sobre el bastidor, o deslizaba su ágil aguja por la seda o el encaje, Lidia estudiaba y Pierrot dormitaba sobre el sillón.

En el departamento vecino vivía un joven llamado Claudio, que Lidia hallaba a veces en la escalera o el ascensor.

—Es un verdadero ermitaño —aseguraba la niña a Rosana—. Vive solo. El mismo se prepara sus comidas. ¿Oyes el chirrido de la sartén?

—Sí. Pero no es tan huraño como tú supones. A veces le oigo cantar —contestaba Rosana, sonriendo.

—Sí, canciones militares. Y por el estruendo que arma cuando lava los platos y las ollas parece que en el ejército era el que tocaba el bombo.

El tabique de separación no era muy grueso, de modo que las hermanas percibían hasta los pasos del vecino. Y lo que más las intrigaba era que todas las tardes, a una misma hora, se le oía gritar y maldecir enfurecido. ¿Contra quién vociferaba? Sin duda vivía solo. Nadie le visitaba. No tenía perro ni gato, según la mayordoma. Entonces, ¿a quién insultaba? ¿Quién despertaba sus iras?

—Debe ser un chiflado —comentaba Lidia.

A veces Rosana, al asomarse a su ventana, veía la cabeza despei-

nada del "ermitaño". Al principio lo saludaba, pero luego renunció a hacerlo, porque él, contestando con un gruñido, se apresuraba a desaparecer como un joven oso que penetra malhumorado a su caverna.

Muchas veces Rosana contenía sus deseos de acercarse a la ventana por temor a fastidiar al vecino. La jovencita vivía casi recluída, esclavizada por su trabajo. Lidia sólo salía para ir a la escuela. En cambio, Pierrot era un vagabundo incansable. Pasaba la mitad de su tiempo en el tejado. Cuando sus amas le veían saltar por la ventana, cerraban los ojos a causa del vértigo que sentían.

—Moriré de susto por culpa de ese acróbata —decía Lidia.

Nunca sabían dónde andaba el vagabundo gato. Pero un día lo supieron y con bastante alboroto.

Se disponían a sentarse a la mesa cuando al otro lado del tabique se elevó la voz del vecino, más atronadora que nunca. Casi en el mismo instante Pierrot apareció en el alféizar sosteniendo entre sus dientes un gran trozo de carne. Parecía asustado, pero no soltaba su presa. De dos saltos llegó a la cocina y allí empezó a devorar la apetitosa merienda.

—¡Al ladrón! —aullaba el vecino—. ¡Al ladrón!

Rosana y Lidia se miraron desconcertadas. Luego la hermana menor prorrumpió en carcajadas que se interrumpieron cuando sonó el timbre presionado por una mano furiosa.

—Viene a quejarse, como es natural —murmuró Rosana—. ¿Qué le diremos? No creía que Pierrot fuera tan mal educado.



Cuando Rosana saludaba al vecino, éste respondía con un gruñido.

Apenas abrió la puerta, Claudio se precipitó al interior, gritando:
—¿Dónde está ese miserable animal? Por fin lo sorprendí infraganti... Hacía mucho tiempo que me preguntaba qué sucedía con mi desayuno, con mis comidas, con mis jamones y mis sardinas. Era ese monstruo negro quien me los robaba. Entrando por la ventana, se ofrecía grandes banquetes en mi cocina.
—Por eso no probaba aquí la comida —observó Lidia.
—Naturalmente que no. ¿Para qué comer aquí si en mi despensa elegía sus manjares preferidos? —estalló el iracundo vecino—. Ese gato negro y mal[illegible] merecería ser ahorcado.
—¿S[illegible] —dijo Lidia, inocentemente.
Esta respue[illegible]a cólera del "ermitaño".
—Donde usted quiera, [illegible]. Donde haya una cuerda bastante resistente para ahogar las siete vidas de ese espantoso animal.
—Señor —contestó Lidia, con dignidad—. Pierrot puede ser un ladrón, pero no un espantoso animal. Es bonito y, además, muy cariñoso.
—Permítame que lo dude. Cariñoso, tal vez, con mis bisteques y mi cena. Pero basta de esta discusión inútil. Ustedes harían bien en mantener su ventana cerrada para que este delincuente no salga a hacer fechorías.
Rosana no había pronunciado una sola palabra. Intervino diciendo con dulzura:
—Nunca salgo a pasear. Mi única distracción es oír los rumores de la calle y aspirar el aire primaveral. Mire, desde aquí se divisa la plaza, con sus prados floridos. Supongo que no deseará privarme de mis sencillas alegrías. Quizás sea mejor que usted guarde sus alimentos en una alacena con llave.
La evocación de la primavera y de las flores pareció calmar al explosivo visitante. Miró por primera vez a Rosana y ella enrojeció ante su mirada intensa.
Claudio, turbado, perdió el uso de la palabra... y perdió también su capacidad de enfurecerse.
Lidia, hallando el clima propicio, preguntó:
—¿Perdona a Pierrot?
—¿Ah? —balbuceó Claudio—. Sí..., por cierto.
Luego se retiró, diciendo:
—Perdonen mi intrusión... No debí ser tan violento... Buenas tardes.
Al día siguiente del drama se presentó con un ramo de flores

para hacerse perdonar su arrebato de mal genio. Las hermanas advirtieron que el "ermitaño" había peinado sus cabellos y cepillado sus ropas. No ofrecía ya el aspecto de un habitante de las cavernas, ni de un oso enemigo de los saludos y de las visitas.

Al domingo siguiente, Rosana y Lidia le invitaron a almorzar, para compensar las cenas que le había robado Pierrot.

Las visitas fueron cada vez más frecuentes, hasta el día en que Lidia supo que sería dama de honor en la boda de su hermana con el joven vecino.

Y entre los invitados figuraba también Pierrot, quien, de todas maneras, aunque no lo hubieran tomado en cuenta, se había hecho presente en el festín, eligiendo de preferencia los platos de sardina y los bocados de jamón, que tanto le apetecían.

Y en su mente gatuna, seguramente se alegró de la boda de su ama, porque su nuevo amo sabía preparar platos muy sabrosos y dejarlos olvidados en una mesa, sobre la cual era muy fácil saltar.



LAS AVENTURAS DE TROMPITA





CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXIV.—EL TRAIDOR DESCUBIERTO





1. Una escolta de guerreros osages acompañaba a Solitario Bill, que llevaba un mensaje de paz a la tribu semínola. Bisonte Blanco rumiaba una venganza contra el joven a quien todos consideraban invencible. Pasarían la noche en una caverna y Bisonte Blanco se ofreció para vigilar la entrada.



2. Gamo Veloz le acompañó en la primera guardia. Sentados ante las hogueras, inmóviles y silenciosos, ambos indios semejaban estatuas de greda roja. "—¿Oíste un ruido sospechoso?", preguntó de súbito Bisonte Blanco. Solitario Bill dormía solo en la gruta más profunda. Gamo Veloz se incorporó, inquieto.





3. "—El rumor viene del valle —continuó el pérfido osage—. No quiero que te expongas al peligro. Bajaré, mientras tú continúas de guardia. Aquí estarás a resguardo." Gamo Veloz, ofendido por aquellas frases protectoras, contestó: "—Soy un guerrero y no una débil *squaw* (mujer). Bajaré yo, mientras tú vigilas".





4. Al quedar solo, Bisonte Blanco esgrimió el hacha que, según el hechicero Serpiente Astuta, era invencible. Alzando el arma, susurró: "—El rostro pálido que humilló a Bisonte Blanco ante su tribu morirá en las sombras. Cuando resplandece el sol, Solitario Bill es poderoso, pero ahora está indefenso".

SOLITARIO BILL





5. Se deslizó cautelosamente y luego pronunció en voz baja el nombre de Solitario Bill. "—No me oye —dijo, y una sonrisa crispó sus labios—. Duerme. Dejaré aquí la antorcha. Su fulgor podría despertarlo." Continuó avanzando en la penumbra y se detuvo junto a la figura inmóvil.





6. El legendario héroe de Texas parecía dormir. Bisonte Blanco alzó el hacha guerrera, pero no pudo asestar el traicionero golpe. Una mano vigorosa lo detuvo, mientras la voz de Solitario Bill preguntaba: "—¿Quieres mi cabellera, Bisonte Blanco? ¿Has olvidado que somos hermanos?"





7. "—¡Solitario Bill!", balbuceó el indio, con voz estrangulada de terror. "—Sí —repuso el joven—. No estaba durmiendo, ni soy ciego. En tus ojos veo la sombra de la muerte y tu corazón está envenenado de odio. Me suplicaste clemencia, pero en tu cinto llevabas el tomahawk de Serpiente Astuta."





8. "—Ningún hechicero confía su arma a un guerrero si no tiene una razón poderosa... y turbia. Antes te perdoné, Bisonte Blanco, intercedí por tu vida, pero ahora te denunciaré ante tus hermanos y recibirás el castigo que merecen los traidores. Ven y no te resistas."

(CONTINUARA)



En el destierro



CAPITULO XII y FINAL.—Completa felicidad.

Nadina Nepuskine, hija mayor del gran duque Sergio de Dalvacia, decidió visitar a la familia de su madre. Elena Girmont y su marido vivían en Bosquerosa.

Cuando la niña bajó del tren, en Kervelec, un campesino le indicó el sendero que debía seguir. El buen hombre había conocido a Lelia Lestroit, madre de Nadina, y dijo:

—Es usted la verdadera imagen de la señorita Lelia. Todos lamentamos mucho que se fuera al extranjero. Nunca regresó.

La tristeza ensombreció el rostro de Nadina.

—Perdóneme —suplicó el labrador—. No debí evocar tristes recuerdos.

La jovencita sonrió y luego de agradecer al campesino sus indicaciones, se alejó por el camino bordeado de castaños. No tardó en llegar a una espléndida mansión. Minutos después se hallaba en presencia de su tía Elena y de su tío Adrián Girmont. Ambos la abrazaron, profundamente conmovidos.

—Te pareces a Lelia, cuando ella tenía tu edad —murmuró Elena—. Y pensar que hace tantos años que estás en Francia y nosotros lo ignorábamos. Cuando recibimos la carta de la señorita Sofía no podíamos creer que habías sido desterrada y que tendríamos la oportunidad de conocerte. Después, como no contestabas a nuestra invitación, temí que se tratara de una impostura. Tiempo después supe que verdaderamente vivías en el país.

—¿Quién le confirmó esa noticia, tía?

—Un excelente amigo de la casa, Pablo Bernar. ¿Lo conoces?

—No, tía.

Una suave sonrisa se dibujó en los labios de Elena, mientras en sus claras pupilas fulguraba una expresión que Nadina no supo interpretar. Era una mirada irónica y tierna.

—Viene casi siempre a pasar los fines de semana con nosotros. Esperamos su visita para mañana.

Desconcertada por la reticencia de Elena, la niña guardó silencio. Nadina se adaptó fácilmente al apacible hogar de los Girmont. Era tratada como una hija preferida. Avidamente oyó los relatos sobre su madre y la evocación de su figura frácil y alegre, que un día desapareció de la campiña francesa para trasladarse a un país frío y nevado.

Esa noche, Nadina tardó en conciliar el sueño. Sentíase inundada de paz y felicidad. Había hallado vívido y resplandeciente el recuerdo de su madre. El telegrama en clave que le envió su padre, la libró de una dolorosa incertidumbre. Las dificultades que le creaba la egoísta condesa Sofía le parecían ahora más fáciles de sobrellevar. En cuanto a su hermano Dimitri, complicado con una banda de delincuentes infantiles, fué confiado a una educadora que le guiaría por el buen camino, inculcándole el sentido del deber y de la honradez.

Al evocar a Dimitri, surgió en su recuerdo la imagen del joven juez de menores. Tres veces lo había visto. Primero en el tren de Niza a París, en el cual viajara de incógnito la familia Nepuskine. Dos años más tarde, lo encontró en su camino, cerca del



Nadina recogía flores, cuando apareció Pablo Bernar.

taller de costura, y él se acercó para preguntarle su nombre. La tercera vez, se habían enfrentado en el tribunal. Ella tenía ya dieciocho años, y él, a pesar de su juventud, desempeñaba

una magistratura. En aquella ocasión, no demostró conocerla, y Nadina sentíase intrigada con esa actitud.

Al día siguiente estaba recogiendo flores, cuando una alta silueta se delineó junto a la verja. La niña alzó la mirada y vió al juez de menores.

—¡Usted! —murmuró, asombrada, mientras el rubor quemaba su rostro.

—Sí, señorita. Soy amigo de la casa.

—¿Usted es Pablo Bernar?

—Sí, Nadina. La llamé, en París, para darle noticias de su hermano, y supe que estaba aquí.

—¿Noticias de Dimitri? ¿Qué ha sucedido?

—No se alarme. Son noticias excelentes. Dimitri estuvo aquí, en Bosquerosa. Elena se encargó de él durante estos seis meses. Usted cumplió su palabra de no ver al niño, mientras atendíamos a la reforma de su carácter. Ahora lo hemos devuelto a su hogar y estoy seguro de que no le dará más preocupaciones.

—¡Qué extraño! Mi tía no me dijo que Dimitri estuvo aquí.

—Reservó esa noticia para que se la diera yo. Elena sabe...

Se detuvo, indeciso. Las azules pupilas de Nadina lo observaban interrogantes. Vió que el moreno semblante enrojecía. Para disimular su turbación, él invitó:

—¿Entremos? Elena y Adrián me esperan.

Aquel fin de semana fué inolvidable para Nadina. La gentileza y la ternura de Pablo la conmovían. En sus sueños pronunciaba el nombre del joven juez y al despertar eran sus ojos profundos y su serena sonrisa las que aparecían ante ella, junto con la clari-



Tres forasteros llegaron en el tren de Dieppe.



—¡Nadina! ¡Mi pequeña Nadina! —exclamó el gran duque Sergio.

dad del sol o el canto de las aves mañaneras.

Pablo Bernar, sobrino de Adrián Girmont, era muy niño cuando conoció a Lelia, la madre de Nadina. Deslumbrado por su belleza y alegría, la convirtió en el ídolo de su infancia. Cuando ella partió a tierras extranjeras, sufrió silenciosamente aquella separación. Pero siempre la recordaba y oía hablar de ella a sus tíos, que adoraban a la ausente.

Al ver por primera vez a Nadina, evocó a la maravillosa amiga de su niñez. Y presintió que aquella niña era hija de la inolvidable Lelia.

Cuando la encontró en el tribunal, sabía que ella debía ocultar su verdadero nombre y no la interrogó, ni demostró conocerla.

Nadina regresó finalmente a su hogar. Nika la informó:

—No hay novedades, mi ovejita. La casa está tranquila, aunque dos de sus habitantes forman a veces una gran algarabía.

—¿Quiénes?

—La condesa y... Dimitri.

La fiel sirvienta esperaba dar a su amita una sorpresa formidable y quedó estupefacta al ver que ella no daba señales de asombro.

—Dimitri está aquí —repitió.

—Lo sé, Nika. Pero, ¿por qué dices que provoca desórdenes?

—Discute con su tía. La condesa Sofía no se cansa de decir que vivirá como una reina en el palacio de los Girmont. Dimitri le

contesta que no irán allá, que no quiere abusar de la bondad de esos lejanos parientes.

Tres viajeros acababan de descender del tren en la estación de San Lázaro. Venían de Dieppe y eran evidentemente extranjeros. El más alto de ellos mostraba una expresión abstraída. Reconcentrado en sus pensamientos casi no oía las palabras respetuosas y persuasivas de sus acompañantes.

—No, estimado Boris —replicó por fin—, no deseo regresar a Dalvacia, aunque el rey Federico haya sido destronado. Se estableció una república libre, pero bajo ese gobierno, tampoco me sentiría seguro. La persecución a la familia Nepuskine tal vez no ha terminado. Federico temía que le arrebatara el trono. Los actuales patriotas pueden suponer que yo pretendo incitar al pueblo y a la nobleza para que restauren la monarquía.

—Es absurdo que ahora, que puedes triunfar, prefieras vivir ignorado en un país extranjero —protestó Boris.

—No es un país extranjero, sino la tierra natal de mi primera esposa, de Lelia, la madre de mi Nadina —contestó el gran duque—. No te enfurezcas, Boris. Y tú, Carlo, desarruga el ceño. Comprendo que se sientan defraudados, pero yo, honradamente, no tengo ambiciones, ni quiero alterar el nuevo régimen de mi patria. Dalvacia ha elegido la libertad y yo respeto su conquista. En estos tres años he tenido tiempo de meditar. Estuve prisionero, pero mis carceleros no eran verdugos, sino leales amigos. Si ustedes no me hubieran secuestrado, tal vez los espías de Federico habrían hallado mi rastro.

Sonrió al añadir:

—Y pensar que cuando me ordenaron subir al auto, intenté luchar contra ustedes. Ese rapto fué mi salvación.

Avanzaban ya por la calle de Tournois.

—Mi cabeza había sido puesta a precio, pero nadie pudo entregarme, porque yo había desaparecido de la faz de la tierra. Boris, Carlo, antes de separarnos, quiero expresarles mi profunda gratitud.

Al detenerse ante su casa, palideció de emoción.

Nika acudió a abrir y, sin reconocer a aquellos hombres y pensando que su aspecto era sospechoso, quiso cerrarles la puerta en las narices.



En una pequeña iglesia bretona se celebraron las bodas de Nadina y Pablo.

En ese instante vibró una voz juvenil:

—¿Quién es, Nika?

Reconociendo esa voz querida, el gran duque gritó:

—¡Nadina! ¡Mi pequeña Nadina!

La niña se lanzó a los brazos de su padre, llorando de alegría. Nika, incrédula y trastornada, contemplaba la emocionante escena. Valia y Dimitri abrazaron también a su padre, con exclamaciones de júbilo. Sofía Palotka no tardó en aparecer y quedó petrificada al reconocer a su cuñado y a los hombres que lo acompañaban.

—Boris y Carlo —balbuceó.

El gran duque asintió:

—Sí, ellos, a quienes me delataste, con tu imprudencia. Boris y Carlo me secuestraron, para impedir que los espías dalvacianos me dieran muerte.

Sofía, pálida de terror, parecía esperar una sentencia inexorable. Pero Sergio Nepuskine sonrió, diciendo:

—Ya no hay peligro. Dalvacia es hoy una república libre.

Desde ese día la familia Nepuskine no se vió obligada a ocultar su verdadero nombre ni a vivir furtivamente.

Sergio Nepuskine visitó a los Girmont, disculpándose por su antigua intransigencia.

Habían terminado para Nadina las angustias, el desamparo y las graves responsabilidades. Su padre era de nuevo el jefe de la familia.

La jovencita cedió a sus obreras el taller de costura y se trasladó a Kervelec. Allí, en una pequeña iglesia bretona, se celebraron sus bodas con Pablo Bernar.

Ponchito

por nato







EL HIJO DEL LOBO

CAPITULO IV — Dos sobrevivientes.

Hugo Letur, que se insubordinó contra el rey Arturo, había descubierto a los zapadores que cavaban galerías bajo su castillo, para derribar la fortaleza de los renegados.

Creyendo que aquellos hombres sumidos en el foso implorarían clemencia, amenazó con ahogarlos. Pero los zapadores estaban dirigidos por Ives, el Hijo del Lobo, que jamás se había rendido ante nadie. El doncel desafió al rebelde. Junto a él se erguía la estatura gigantesca del pastor Arven.

Letur gritó a sus hombres, que permanecían indecisos al borde del foso:

—¿Qué esperan, cobardes? ¡Síganme!

Los guardias, temiendo ser castigados si no combatían, se abalanzaron contra los sitiadores. Estos, rodeados por todas partes, cayeron abatidos bajo el número de sus adversarios. Sólo dos combatientes permanecían de pie: la silueta colosal de Arven y la esbelta y ágil figura de Ives, cuya espada fulguraba como un rayo. El pastor esgrimía un mangual, terrible arma de la Edad Media formada por cadenas de hierro que se enarbolaba como látigo.

Sobre los muros de la fortaleza resonaron después las broncas trompetas de guerra y los hombres de Arturo vieron rodar por la



Ives y Arven se mantenían uno junto al otro, desafiantes.

colina los cadáveres de sus zapadores. Al reconocerlos, se comprobó que faltaban dos de ellos: Ives y Arven.

La dolorosa noticia corrió por el campamento. Se suponía que ambos habían sucumbido también en la batalla subterránea. Pero Ives sólo estaba herido, y Arven rechazó con fiereza a los soldados que pretendían apoderarse del héroe para lanzarlo como una res muerta a los pies de Letur.

Cada giro del terrible mangual descalabraba a los atacantes. Luego Arven alzó en brazos a su amigo y desapareció por los obscuros túneles. Los guardias que no habían caído bajo los golpes del mangual, le persiguieron, pero el fugitivo no pudo ser hallado en las sombrías criptas.

Avanzando a ciegas por las galerías, Arven llegó a los canales. Prosiguió su marcha, hasta que la fuerza del agua le arrastró junto con Ives fuera de la fortaleza. Desde el campamento, los guerreros del rey Arturo vieron las dos sombras arrastradas por el torrente y acudieron a rescatarlas.

Cuando Letur supo que Ives el Lobo había logrado evadirse, su furia fué tan violenta, que dis-



Los zapadores cayeron bajo el alud de enemigos.



Sólo el pastor Arven y el Hijo del Lobo permanecían invencibles.

puso una salida contra las huestes sitiadoras.

El batallón se alineó bajo la mirada terrible de su caudillo. El gigante Horsa fijaba sus ojos de halcón en las filas enemigas y sus facciones se contrajeron en una expresión amenazante. Mientras tanto, en el campamento de los caballeros leales el fogoso Gauvain incitaba al asalto.

—Estamos perdiendo tiempo —gritó con impaciencia—. La fortaleza caerá bajo una embestida. Es inútil cavar galerías o esperar que los rebeldes desfallezcan de hambre y sed.

Guiscar partidario de sitiar la plaza por el hambre, gruñó:

—El agua de sus pozos y las vituallas de sus bodegas se terminarán. Entonces avanzaremos.



Arven rechazó a los atacantes.

Gauvain se contuvo con esfuerzo. Deseaba replicar al taciturno Guiscar. ¿Eran, acaso, hienas que buscan carroñas, buitres que vuelan en lentos círculos sobre un moribundo?

—¡Somos combatientes! —gritó, exasperado.

Guiscar dijo con pausada voz:

—Cuando es necesario guerrear, estamos dispuestos para la contienda. Pero ahora sólo se trata de esperar...

En ese instante, la hor-

da de Letur traspuso la puerta y avanzó hacia el campamento como un alud incontenible.

—¿Esperar? —repitió Gauvain, con acento mordaz—. ¿Esperar que la caballería de los bárbaros pase sobre nuestras cabezas?

En el primer instante se produjo el desconcierto. Cada cual requirió su escudo y su espada, pensando sólo en la defensa de su propia vida. El rechazo del enemigo no cruzó por sus mentes desorientadas. Pero se alzó la voz restallante de Ives el Lobo. Entonces le vieron en su caballo, con todas sus armas. Había olvidado su grave herida y dirigía a las mesnadas de Arturo.

Las hordas de Letur no hallaron un enemigo sorprendido y confuso, sino una hueste hábil que se abrió en un movimiento envolvente para encerrarlo en un cerco mortal.

(CONTINUARA)



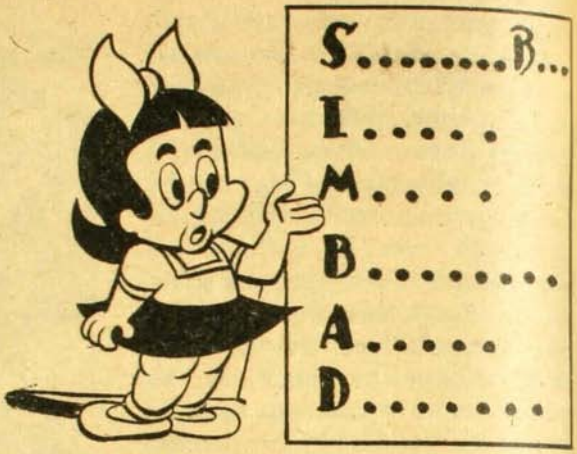
El torrente arrastró a los héroes.



Letur dispuso que sus huestes arremetieran contra los sitiadores.

Pelusita Prequntona

Pelusita desea que los lectores de "Simbad" solucionen este problema. Ella les ofrece la letra inicial de cada palabra. Ustedes deberán sustituir los puntos por letras, fijándose en las siguientes explicaciones:



S. Con esta inicial comienza el nombre de una serial favorita de "Simbad".
I. Nombre de un libro famoso, cuyo autor es Homero.
M. Nombre de la madre de Jesús.
B. Ciudad de España.
A. Ciudad de Grecia.
D. Piedra preciosa.

★ ★ ★ ★

SOLUCION AL CONCURSO N.º 247: La famosa estatua de David es obra del escultor Miguel Angel Buonarotti.

PREMIADOS CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Lucía Rocco, Santiago; Claudio Solar, Valparaíso; Raúl Díaz, Santiago; Nelson García, Concepción; Luis Silva Hernández, Concepción; Fernando Caviedes, San Antonio. UN PREMIO DE $ 20: Marco Antonio Arce, Santiago; Ximena Correa, Santiago; Carlos García, Concepción; Ruth Parra, Angol; Ramón Cabañas, Santiago; Beatriz de Moras, San Felipe; Andrés Lidal, Los Angeles; Verónica Illanes, Santiago; Rosa Planas, Linares; Karin Wenderoth, Temuco. UN LIBRO: Eliana Villalta, Chillán; Claudio Roa, Angol; Marcela L. R., Los Angeles; Iván Hernández, Concepción; Claudio Silva, Concepción; Pedro Bravo, Talca; Miriam Pineda, Lota Alto; Eduardo Herrera, Santa Bárbara; Nancy Pohlmann, Valparaíso, y Magdalena Quintanilla, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 249

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. "—Esta es una propiedad privada", añadió. Juan se adelantó para darle explicaciones. El buen hombre le oyó pacientemente y luego suspiró: "—¡Pobres chicos! Les llevaré a mi casa. Germana, mi mujer, les atenderá. Yo soy guardabosques y me llamo Daniel. Vamos, hijitos".





4. Germana tenía un corazón de oro y acogió bondadosamente a los pequeños vagabundos. Escuchó con una sonrisa el relato de su viaje por el río. "—¿No podríamos dragar el Sena para recuperar nuestro barco?", preguntó Mincho. En ese instante se oyó el rumor de un galope. Daniel se levantó, nervioso.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



$ 6.-

N.º 250

SIMBAD



EL JOROBADO

Juan y Juanita

CAPITULO XXVIII.—HIJA ADOPTIVA





1. Los tripulantes de la barcaza llamada pomposamente el "Aguila de los Mares", perdieron su navío en el río Sena. El guardabosque Daniel acogió a los náufragos, y su mujer, la buena Germana, los recibió con maternal cariño. La orgullosa señora Felisa se presentó intempestivamente.





2. Era la dueña de esas tierras, y al hallar la casa del guardabosque invadida de niños, dijo con sequedad: "—No quiero vagabundos en mi hacienda". Juanita protestó: "—No somos vagabundos". Por su parte, el travieso Tilín añadió: "—Somos turistas. Nuestro yate sufrió un accidente en el río".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

ÑO V — 16-VI-1954 — N.º 250

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Emsa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXXIV.—*El fantasma.*

jorobado, conocido con el nombre de Esopo II, había evocado asesinato de Felipe de Nevers, duque de Lorena. Cuando su nebrosa voz anunció que el cielo vengaría ese crimen, todos se tremecieron de angustia, aunque había presente sólo un culpae, o, mejor dicho, un cómplice: Peiroles, confidente del príncipe elipe de Gonzaga.

-Cuando llega la hora de la justicia —prosiguió el jorobado—, hombre, un mensajero del otro mundo, un fantasma sale de tierra porque Dios lo quiere. Ese hombre cumple, aún a pesar yo, su misión fatal. Si es fuerte, ataca. Si es débil como yo y brazo, como el mío, no resiste el peso de la espada, se desliza trepa..., a fin de susurrar en oídos todopoderosos. Entonces, voz baja o alta, el vengador, asombrado, oye, no se sabe de ónde, el nombre del asesino...

produjo un solemne silencio.

-¿Qué nombre es ése? —preguntó al fin el noble Rohan-Chabot.

-¿Le conocemos nosotros? —añadieron los jóvenes aristócratas availles y Chaverny.

hombrecillo replicó secamente:

-Si le conocéis, ¿qué importa? ¿Quiénes sois? ¿Cuál es vuestro



—El nombre del asesino os aterraría como el rayo —dijo el jorobado.

poder? El nombre de asesino os aterraría como un rayo. Pero allí arriba, en la más alta grada del trono hay un hombre. Hace un momento la voz del cielo ha dicho: "Alteza, el asesino está ahí", y el vengador se ha estremecido. "Alteza, entre esa multitud de gentiles hombres y señores está el asesino", y el vengador ha abierto los ojos para mirar a la muchedumbre que pasaba bajo sus ventanas. "Alteza, a vuestra mesa se sienta el asesino", y el vengador repasa en su memoria la lista de sus invitados. "Alteza, cada día el asesino os tiende su mano ensangrentada". Y el vengador se ha puesto de pie, diciendo: "¡Por Dios vivo!, se hará justicia".

En ese instante ocurrió una cosa extraña. Todos los circunstantes, todos ellos grandes, todos ellos nobles, se lanzaban miradas de desconfianza.

—He ahí, señores —añadió el hombrecillo con voz cortante— por qué el regente de Francia está preocupado esta noche y por qué la guardia de palacio ha sido reforzada.

Saludó y se dispuso a salir.

—¡Ese nombre! Decidnos ese nombre —exigió Chaverny.

—¿No veis —dijo Peiroles— que el bufón se burla de vosotros?

El jorobado, deteniéndose en la puerta, dijo con acento burlón:

—¡Diablos! Es curioso. No os atrevéis a acercaros unos a otros. Cada uno cree que el que está a su lado es el asesino. No os alarméis. En la corte del regente no abundan los asesinos y el que os preocupa no está aquí.

Y volviendo la espalda a los señores respetables, se dirigió a los jóvenes satélites de Gonzaga.

—¿Por qué tenéis esa expresión trágica? Ahora reiremos. Mi fan

ısma tiene buen humor y alterna el drama con la comedia. Os arantizo que no todos los sucesos de esta noche serán lúgubres.
se alejó, sonriendo. Minutos después extraía de su bolsillo un ergamino sellado con las armas reales y lo leyó: "Luis, por la racia de Dios, rey de Francia y de Navarra, etc. . . ." Al final ıs firmas del rey, del duque de Orleáns, del regente y las conaseñas del secretario de Estado y del teniente de policía.

–Es perfecto —exclamó el enano—. Por primera vez después de einte años alzaremos la cabeza, miraremos de frente a los demás diremos nuestro nombre a la cara de los que nos persiguen.

ntre el protocolo y las firmas, el documento sellado con las arıas de Francia contenía un salvoconducto concedido por el goierno al caballero Enrique de Lagardere para que transitara por odo el reino con la protección de la autoridad y saliera de él uando lo considerase necesario, sin la menor objeción de ningún aso.

–*En ningún caso* —repitió varias veces el jorobado—. Felipe de rleáns es hombre de palabra. ¡En ningún caso! Con esto Lagarere tiene carta blanca. Vamos a prepararle la entrada y quiera ios que maniobre con acierto.

espués de consultar su reloj se dirigió a la casita rústica del ortero Le Breant.

elipe de Gonzaga, canado de hacer antesala, ecidió recorrer los saıes. Peiroles, pálido y zorado, se acercó a él murmuró a su oído:

–El jorobado está aquí, n el baile.

–¡Pardiez! No me exraña, puesto que yo le i la invitación.

–Ha estado con el reente más de media hoa —añadió Peiroles, rágicamente.

–¿Con el regente? — xclamó Gonzaga, estufacto.



Felipe de Gonzaga, cansado de hacer antesala, decidió recorrer los salones.

El servidor refirió la escena reciente y, al terminar, miró asombrado a su amo. Gonzaga reía.

—Esos jorobados tienen mucho humor. No saben qué inventar para que se hable de ellos.

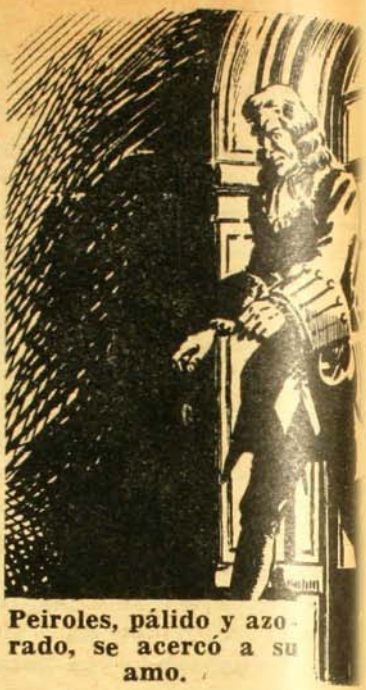
Después añadió:

—¿No comprendes que trabaja para nosotros? Por cierto que se ha anticipado a mi idea y eso me desagrada. El ha sugerido que el asesino de Nevers existe, ¿y quién más interesado que yo en capturarlo? El asesino de Nevers existe. Quisiera que toda la corte se hallara aquí para oírme.

—Y puesto que existe —continuó Gonzaga, con perfecta calma—, le encontraremos.

Se detuvo para mirar a su criado.

—¿Has comprendido? —preguntó.



Peiroles, pálido y azorado, se acercó a su amo.

—Comprendo que es jugar con fuego, monseñor —repuso Peiroles, tembloroso.

—La idea del jorobado es magnífica, a fe mía, pero ¿por qué mezcla en esto? Los talentos demasiado grandes están expuestos a una muerte precoz.

Con una silenciosa risa, continuó:

—Esta noche vendrá a la fiesta mi terrible enemigo, Enrique Lagardere. Le arrancaremos la máscara para acusarle diciendo "¡He aquí al asesino de Nevers!"

Peiroles temblaba violentamente. Sin embargo, preguntó:

—¿Y el hombrecillo giboso? ¿Puedo matarle esta noche? Has sugerido que tendrá una muerte precoz y yo puedo...

—No. Será más tarde.

El marquesito de Chaverny y su aristocrático amigo Navail observaban el paso de las beldades y se sintieron impresionados por una dominó rosa, de grácil figura.

—Es maravillosa —murmuró Chaverny—. No puede ocultar su turbación bajo el antifaz. No podemos dejarla sola y extraviada en estos intrincados jardines. Acerquémonos a ella.

los dos alocados jóvenes se disponían a cerrar el paso a la hermosa desconocida cuando advirtieron que era escoltada a distancia por dos individuos que marchaban apoyando la mano en la empuñadura de una espada de vara y media de longitud.

—Vayamos derechos, Pasepoil —dijo uno.

—Cocardase, mi noble amigo —respondió el otro—, decís bien, debemos ir derechos.

El diablo de jorobado se había dirigido a ellos en nombre de Lardere. Algo les decía que una mirada vigilante y severa no se apartaba de ellos. Iban, pues, graves y rígidos, como soldados de guardias.

Como los lectores suponen, la bella enmascarada era Aurora de Nevers. Hacía una hora que vagaba entre la muchedumbre, buscando en vano a Enrique.

—Señores —dijo Chaverny al grupo de jóvenes que le rodeaban—. No es nadie que conozcamos nosotros. A una burguesa le resultaría imposible obtener ese porte de reina. Una provinciana, aunque vendiera el alma al diablo, no conseguiría esa gracia de movimientos, y una dama de la corte, bien lo sabéis, no tiene por qué aparecer tan adorablemente turbada. Hago una proposición.



Los espadachines escoltaban a la bella enmascarada.

—Veamos —dijeron todos, apiñándose en torno al marquesito.

—Ella busca a alguien, ¿no es eso?

—Sin duda.

—Ese alguien es un afortunado truhán. Es injusto que una belleza semejante sea acaparada por un pillastre que no pertenece a nuestro grupo.

—¡Injusto! —gritaron todos—. ¡Inicuo! ¡Abusivo!

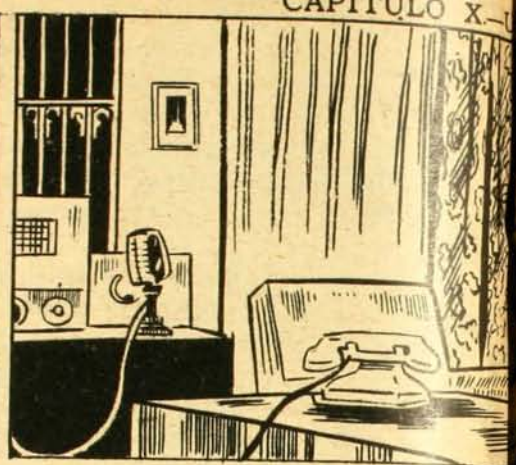
—Propongo, pues, que la bella no encuentre al que busca —concluyó Chaverny—. Y que, en cambio, encuentre a uno de nosotros.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO X.—TRAIDOR EN PALACIO





1. Subiendo por una escalera de piedra, que según Pancho Baray era la fatídica escalera de la muerte, los detectives y su guía Lahal llegaron hasta una reja, a través de la cual se veía un moderno escritorio dotado de teléfono y transmisor de radio. "—Veo que las cobras están muy civilizadas", observó Pancho.





2. Al recorrer con su linterna las paredes, buscando un dispositivo para abrir aquella puerta, Mario Laurenti descubrió un plano del templo. En ese instante Lahal susurró: "—Apague la luz. Alguien se acerca". Minutos después Max Barton y el chino Tang penetraban en el escritorio.



3. "—Fué un error trasladar a Ima hasta la posada —expresó Barton con brusquedad—. El mensaje de Sahor nos alarmó sin motivo. Ni el ejército ni la policía de Samodar siguen los rastros del príncipe. Se trata sólo de dos detectives idiotas y de un guía nativo. Encierren otra vez aquí a Ima."





4. Los secuaces de Barton obedecieron sus órdenes y el escritorio quedó de nuevo desierto, con las luces apagadas. Guiándose por el plano, Mario abrió la reja y, conectando el transmisor con el palacio del rajá, lo informó sobre sus pesquisas y le indicó el camino hacia el templo, mientras Lahal y Pancho vigilaban.

EL TEMPLO DE BADAMI



5. El rajá mandó ensillar veinte caballos, para salir de inmediato hacia Badami. "—¿Por qué tarda tanto el encargado de las caballerizas? —exclamó con impaciencia—. Traedlo a mi presencia." Cuando un servidor se presentó súbitamente en la cuadra, el palafrenero mayor trató de disimular su expresión culpable.





6. En la incertidumbre de haber sido descubierto, se inclinó ante el soberano y murmuró: "—Los caballos están ensillados, Alteza. Perdona la tardanza de tu humilde esclavo". Sin oír las serviles palabras del traidor, el rajá dispuso la partida. Cruzaban la selva cuando las cabalgaduras empezaron a cojear.



7. El príncipe hindú ordenó detenerse a la cabalgata y examinó a los caballos, descubriendo que una mano criminal había atado un cordón de seda a las patas traseras. Al hincharse las venas con el esfuerzo de la carrera, el hilo se había incrustado en la carne y el animal, lisiado, cojeaba lastimosamente.







8. "—¿Quién es el culpable de esta infamia?", gritó el rajá. Nadie respondió. El servidor que había visto al palafrenero mayor en una actitud sospechosa, quiso hablar, pero el traidor susurró a su oído: "—Si me denuncias, morirás". Instantes después se reanudaba la marcha con cuatro caballos menos.

(CONTINUARA)

Pedro Urdemales y el gigante

En una de sus correrías, la noche sorprendió a Pedro Urdemales en las montañas. Entró entonces en una gran caverna y se tendió a dormir. Cuando despertó, en la mañana, vió a su lado a un enorme gigante, que lo miraba con curiosidad.

—¿Quién eres tú? —le preguntó el gigante—. ¿Y quién te dio permiso para dormir en mi casa?

—Yo soy Pedro Urdemales, y para dormir aquí, le pedí permiso a mi cuerpo, que se sentía fatigado y necesitaba descanso.

—¿Con que tú eres el mentado Pedro Urdemales? Y es cierto que eres tan diablo como dicen?

—Tal vez no tanto, señor gigante; soy regularcito no más.

—Voy a probarte, para ver si la fama coincide con los hechos

—Cuando quiera, pues, señor, que estoy a sus órdenes.

—Bueno, vas a ser mi huésped y cada día haremos una apuesta el que gane recibirá mil pesos del perdedor por cada apuesta en que salga triunfante. Supongo que tendrás plata.

—¡Qué no iba a tener este niño! Es claro, pues, señor, y aquí tiene, para que vea —dijo Pedro.

—Entonces, mañana comenzaremos. Vamos a apostar primero quién dispara más alto una piedra.

Pedro Urdemales se levantó al otro día muy temprano, armó una trampa y poco después cazaba un pajarito de color gris, parecido a la diuca, que guardó en el bolsillo de la blusa.

Apenas lo divisó el gigante, le dijo:

—Ya es hora de hacer la apuesta.

Y el gigante, inclinándose, tomó del suelo un enorme peñasco y lo lanzó con tanta fuerza, que, a pesar de su tamaño, apenas se divisaba, y se demoró cerca de un cuarto de hora en caer.

—De veras que es bien forzudo usted —dijo Pedro—; pero ahora va a ver usted de qué es capaz un buen chileno. —Y sacando del bolsillo, oculto en la mano, el pajarillo que había cazado en la trampa, se inclinó a tierra, como para tomar un guijarro, enderezándose, fingió que lo disparaba, y el avecita, viéndose libre, se remontó a tanta altura, que se perdió de vista.

l gigante se quedó esperando que la piedra cayese, pero Urde-
ales sonriéndose, le decía:
-Espere no más; si la piedra todavía va subiendo, subiendo, y
o dejará de subir hasta que llegue a la luna.
l gigante tuvo que confesarse vencido, y pagó mil pesos a Pe-
ro Urdemales.
espués el gigante llevó a Pedro a unas canteras, y mostrándole
nas piedras blancas muy duras, le dijo que al otro día aposta-
an quién desharía entre sus manos una de esas piedras hasta
educirla a polvo.
-Dificililla está la cosa —dijo Pedro—, pero habrá que ten-
rla.
como la apuesta era para el día siguiente, le pidió permiso al
igante para ir al pueblo vecino. Volvió antes de obscurecerse,
al otro día, cuando el sol no aparecía aún, ya estaban en fa-
ha los apostadores. Pedro sugirió:
-Empiece usted, que es de aquí; después trabajaré yo, que soy
orastero.
ntonces el gigante tomó entre sus manazas una gran piedra
lanca, y, haciendo un pequeño esfuerzo, la redujo a finísimo
olvo.



...vió a su lado a un enorme gigante, que lo miraba con curiosidad...

—¡Bravo! —exclamó Pedro—; ahora vamos a ver cómo me porto yo.
Y sacando de la faltriquera unos quesillos (que para comprarlos había ido al pueblo), fingió tomar de la cantera una piedra blanca, y, apretándolos entre sus manos, comenzó a caer el agua que contenían, hasta dejarlos bien secos y molidos.
—Me la ganaste también —dijo el gigante—, porque por más que yo apreté la piedra, no pude sacar ni una gota de agua, y tú sacaste más de un litro.
Y le pagó otros mil pesos a Urdemales.
—Mañana vamos a apostar cuál de los dos se echa a la espalda una carga más grande de leña y la lleva más lejos —indicó el gigante.
Llegada la hora, el gigante, seguido de Pedro, se dirigió a un bosque cercano, y ya en el sitio se puso a despojar las ramas más gruesas de los árboles, y, cuando hubo reunido un montón enorme, lo ató con una cuerda, se lo echó al hombro, como quien se echa una pluma y lo llevó hasta la entrada de la caverna. Pedro Urdemales, que lo había seguido sin pronunciar palabra, tomó tres lazos muy largos que colgaban de un clavo, y atándolos uno con otro, se dirigió al bosque, tirándolos de una punta.
—¿Qué vas a hacer con esos lazos añadidos?
—Ya verá lo que voy a hacer.
Y atando al primer árbol la punta que llevaba cogida, siguió, rodeando el bosque, sin soltar los lazos añadidos, que escurría por entre las manos a medida que andaba. El gigante, que marchaba detrás de él, dijo de pronto:
—Pero sepamos qué vas a hacer, Pedro.
—Pues, amarrar todo el bosque para echármelo a la espalda y llevármelo a mi casa, porque pienso negociar en leña, por mayor. ¡Malito negocio voy a hacer ahora que el tiempo está tan frío y la leña tan cara!
—¡No seas diablo, Pedro! Me doy por vencido; toma los mil pesos y déjame la leña. Mañana sí que te gano: apostaremos quién dispara más lejos una lanza.
—Perfectamente —contestó Pedro.
Al otro día, en cuanto estuvieron en el sitio en que iba a tener lugar la apuesta, dijo Pedro:
—Dispare usted primero, ya que se tiene por tan forzudo.
Y aquel desaforado gigante se puso en facha, y casi sin hacer



se lo echó al hom-
o, como quien se
cha una pluma...

fuerzo, lanzó el rejón tan lejos, que cayó a más de diez cua-
as de distancia.

-No lo ha hecho mal —dijo Pedro—. Ahora yo... Pero, díga-
e, antes, ¿en dónde vive su señora madre?

-Muy lejos de aquí, pero muy lejos: en Francia. ¿Y se puede
ber para qué me lo preguntas?

-Para que esta lanza que tengo en mis manos, que va a llegar
lá en menos de quince minutos, le lleve memorias mías.

tomándola del medio, comenzó a balancearla, como para que
liera con fuerza, al mismo tiempo que decía:

-¡Lanza!, ¡lanza!, ¡lanza!, ándate para Francia, hasta donde
tá la madre del gigante, y atraviésale la panza!

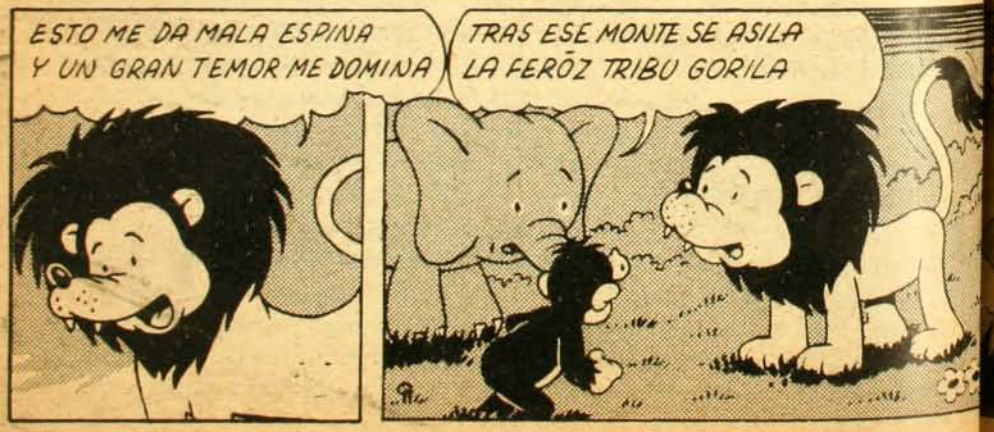
-¡Alto ahí! —gritó el gigante—; eso sí que no, que mi madre
sagrada. Me confieso vencido; toma los mil pesos; vete y no
uelvas más por acá.

nuestro Pedro Urdemales se fué contentísimo de haber enga-
ado al gigante y haberse embolsicado cuatro mil pesos con tan-
facilidad.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA



















CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXV—FLECHA VENGADORA



1. La voz potente de Solitario Bill, acusando a Bisonte Blanco, despertó a los indios osages. "—Bisonte Blanco se arrastró como una serpiente para atacar a traición —denunció el joven texano— Adivinando sus perversas intenciones fingí dormir y lo he sorprendido. Lo acuso de traidor y de cobarde."



2. Los osages asintieron con gravedad, mientras Solitario Bill continuaba implacable: "—Dos veces me lanzaste tus flechas y dos veces intentaste abatirme con el tomahawk. Has fracasado y ahora es mi turno. Empezaré con las flechas". Los osages, sin una palabra, se alinearon frente a Bisonte Blanco.





3. Los cuatro arcos se extendieron. El cómplice de Serpiente Astuta no retrocedió. Su mirada, en la cual refulgía un odio salvaje, no se apartaba del rostro impasible de Solitario Bill. La flecha silbó en el aire y el adorno de plumas que coronaba la cabeza del indio cayó cercenado.





4. "—Tu puntería es pésima —observó el osage con desdén—. Has fallado." El héroe de Texas replicó: "—No destruyo al hombre, sino al guerrero, que no merece llevar insignias de valor. Esas plumas cortadas representan tu cobardía. Mi segunda flecha va dirigida a tu corazón". "—¡Ah, no!", aulló Bisonte Blanco.

SOLITARIO BILL





5. Comprendiendo que sus hermanos de raza le despreciaban y no intervendrían para defenderlo, huyó. Con ágiles saltos traspuso los matorrales, hasta llegar al abismo. Sobre sus cabezas silbaron algunas flechas. Por fin se ocultó entre la espesura del bosque y contuvo el aliento.





6. Gamo Veloz, a quien Bisonte Blanco había engañado, incitándole a bajar al valle para explorar, percibió el movimiento del ramaje y se detuvo, con el arco tenso, mientras pensaba: "Allí se oculta una fiera. Que los espíritus de la noche guíen mi flecha, porque en las sombras no veo bien".





7. La flecha hendió el aire y después un grito de agonía resonó en el silencio. "—¡El Gran Manitú me proteja! —balbuceó Gamo Veloz, palideciendo—. Esa es una voz humana." Al apartar las ramas, descubrió el cuerpo inerte de Bisonte Blanco. Recogiendo sus amuletos, regresó a la caverna donde acampaban.





8. Turbado por su caza trágica, explicó a sus hermanos y a Solitario Bill: "—Creí que era un oso emboscado y disparé". Solitario Bill, comunicándole la traición de Bisonte Blanco, declaró: "—Recibió su castigo. Regresad ahora al campamento de Hijo del Trueno y devolved esta hacha a Serpiente Astuta".

(CONTINUARA)

LA MALDICIÓN DE LING~SA



CAPITULO I.—Dos niñas llamadas Lin.

La niña china parecía desorientada entre la muchedumbre. Las calles estaban engalanadas con banderas de seda y faroles de papel. El confuso vocerío, los gritos, la desacostumbrada rapidez de los pasos de sus compatriotas aumentaban la confusión de la jovencita oriental. Los chinos portaban enormes máscaras y dragones de cartón. Celebraban a sus dioses Feng y Shué (el viento y el agua).

Abriéndose paso entre la agitada multitud, la niña entró en un salón de té.

—Lin —llamó un chino, blandamente.

Ella se aproximó a Fan Tan, dueño del establecimiento. Sus pupilas amarillas como el topacio tenían una mirada vaga y plácida.

—Hay un cliente —indicó.

Lin se dirigió hacia la mesa donde un hombre aguardaba con impaciencia.

—¿Qué se sirve el honorable señor? —preguntó, inclinando su cabeza en un saludo ceremonioso. Sus manos permanecían juntas bajo las mangas y sus dedos se enlazaban con nerviosidad. Pero el suave rostro no denotaba inquietud.

El cliente pronunció unas rápidas palabras. Lin suplicó con suavidad:

—¿Quiere el ilustre visitante repetir su pedido?

—¿No comprendes el lenguaje del país? ¿O, tal vez, no eres china?

Sus ojos oblicuos examinaban a Lin con insistencia.

—Vengo de Macao y allí se hablan muchos dialectos. A veces mi torpe cerebro no comprende algunas palabras.

—Pues dile a Fan Tan que se busque una muchacha que no venga de Macao, ni sea estúpida.

La miraba con fijeza, espiando algún gesto de rebeldía. Pero ella aceptó con humildad aquella afrenta.

Fan Tan la llamó.

—Has ahuyentado a un parroquiano —dijo con impasible expresión.

—Perdóname, sublime amo.

—Vete a lavar. Tal vez esa tarea no te resulte tan complicada.

Minutos después Lin abandonaba la casa, llevando un gran cesto de ropa. Se internó por una calleja aislada y luego avanzó por las pedregosas riberas del río. Había cuatro o cinco mujeres lavando. Lin ordenó las ropas. Veíase indecisa y una sombra de temor obscureció sus pupilas.

Al advertir que era observada, sumergió la ropa. En ese instante una silueta silenciosa se deslizó junto a ella. Lin mantuvo la mi-



La niña china parecía desorientada entre la multitud.

rada baja, pero vió unos brazos marfileños y unas manos pequeñas que agitaban el agua.
De pronto una de las lavanderas gritó:
—¡Miren! ¡Las manos de ella! Son blancas...
Lin palideció bajo el amarillo tinte de su rostro.
—Sí, blancas, y luego cambiarán de color para ser moradas, a causa del frío. Sabes que el hielo te causa daño. Sentirás tus huesos triturados por el dolor. Te dije que yo podía lavar tu ropa junto con la mía.
La jovencita que había llegado recién, envolvió las manos de Lin en una tela abrigadora y seca, mientras seguía protestando:
—No te cuidas y luego pasas la noche quejándote. Vamos.
Alzó ambos canastos, con una fuerza increíble en una criatura tan frágil y caminó junto a Lin.
Cuando dieron vuelta a la esquina en la tortuosa callejuela, indicó:
—Lleva ahora tu canasto. Fan Tan se disgustará.
—Supongo que sí. No soy una empleada hábil. Creo que estoy desorientada, porque...
—...porque en Macao se hablan muchos dialectos y se observan distintas costumbres —completó la chinita desconocida.
Lin la miró, atemorizada. ¿Quién era aquella inesperada amiga? Dominada por una súbita duda se preguntó: ¿Era realmente una amiga? No podía saberlo. Vivía en la incertidumbre y el recelo. Aquel hombre a quien atendió en el salón de té no era tampoco, *realmente*, un parroquiano.
—¿Quién es usted? —preguntó, esforzándose para que la desconfianza no se trasluciera en su voz.
—Me llamo Lin.
—Ese es también mi nombre.
—Pero el mío es el verdadero —sugirió la otra Lin, con suavidad.
Lin se detuvo, aterrada. Siempre había pensado que era decidida y que en un momento de peligro sabría afrontarlo con valor. Pero en ese instante desfalleció. No se explicaba por qué aquella muchachita apagada y tranquila le infundía terror. No había temblado ante su perseguidor, el falso parroquiano, ni ante otros tenebrosos individuos a quienes conoció desde que emprendiera su difícil misión. Pero Lin, la suave, la dulce Lin le producía una aguda sensación de espanto.
—¿Hablemos con claridad? —propuso la *verdadera* Lin.



Fan Tan llamó a la aterrorizada Lin.

Como no obtuviera respuesta, añadió:
—Vamos a mi casa. Allí nadie nos oirá.
—¿Vives sola?
—Con mi anciana abuela. Ella, a esta hora, duerme y no la despertaría ni un temblor de tierra, ni una inundación, ni siquiera una revolución.
Sin saber resistirse a aquella voz susurrante, Lin siguió a la chinita hasta una vivienda modesta en apariencia. Al penetrar en su interior se descubría que era confortable y bien provista.
Lin, sentándose en un cojín con las piernas cruzadas, invitó:
—Debes ser sincera. No soy tu enemiga. ¿Cuál es tu nombre?
—Eliana Davis.
—¿Hija del doctor Davis?
—Sí. Busco a mi padre. Hace dos años que desapareció en Nankai.
—Lo sé.
Eliana se estremeció. ¿Por fin había hallado una pista? ¿La pequeña Lin la conduciría a donde estaba su padre... o la entregaría a sus enemigos?
—Yo también busco a mi padre —agregó Lin.
Eliana vió que los suaves rasgos de Lin se endurecían y en sus ojos pálidos se encendía un fulgor.

—¿Has encontrado algún rastro? —preguntó Eliana, vacilante.
—Sí.
—¿Dónde está?
—¿Quién? ¿El doctor Davis o mi padre?
—¿Están, acaso, juntos?
Lin asintió en silencio.
—Nos convertiremos en aliadas —propuso después—. Me permitirás que te instruya. Soy ignorante y débil, pero el anhelo de reunirme con mi padre, me dará valor y agudizará mi pobre inteligencia.
Por primera vez hablaba con la humildad característica de su raza.
—Confío en ti —declaró Eliana, impulsivamente—. Me sentía aterrorizada e indefensa. No comprendo la mentalidad oriental, no sé cómo conducirme. Tú serás para mí una amiga inapreciable.
Lin sonrió.
—He estado observándote, en estas dos semanas, desde que entraste al servicio de Fan Tan. Tienes un corazón valiente, pero te dejas dominar por la ansiedad y te desesperas. Tenemos que proceder con cautela.
Ambas niñas cruzaron sus miradas. En los ojos dorados de Eliana y en las pupilas ambarinas de Lin se leía igual expresión de amistad y confianza. Juntas emprenderían una tarea plagada de peligros.
La sensación de descanso que experimentó Eliana fué tan intensa y dulce, que cerró los ojos. Ya no estaba sola, ni desorientada.
Lin dijo suavemente:
—¡Pobre hermanita blanca!
Se levantó, retirándose en silencio. Eliana advirtió su ausencia porque, al pasar Lin, la cortina de finas cañas produjo un apagado rumor. Cuando la niña oriental reapareció, traía un cofre de laca.
—Transformaré tu rostro —explicó—. Y cubriré tu piel con una tintura indeleble. Así nadie podrá descubrirte.
La joven blanca no respondió. Aceptaba aquella transformación que alteraría, tal vez para siempre, sus rasgos y su color.
—El tinte puede borrarse con un líquido especial —añadió Lin, como si leyera los pensamientos de Eliana—. Recobrarás tus facciones naturales cuando lo desees.

El cofre contenía pequeñas botellas, cajas, pinceles, agujas y bisturíes.

—No temas. Tu hermana Lin no te causará dolor.

—Estoy tranquila, porque confío en ti, hermana.

Lin trabajó con lentitud, concentrada en su tarea. Esparció el tinte con sus dedos finos y ágiles. Con una aguja pequeñísima inyectó una solución cerca de las sienes de Eliana. Friccionó su cabellera, imprimiéndole un color negro azulado. Finalmente, corrigió su facciones con una pasta adhesiva y porosa aplicada al puente de la nariz y a las mejillas.

Cuando Eliana se contempló al espejo que le ofrecía Lin, brotó de sus labios una exclamación de asombro. ¡Su rostro era exactamente igual al de Lin, rasgo por rasgo!

—Lin —murmuró, dirigiendo a su amiga una mirada interrogante.

—¿Sí, Lin? —sonrió ella—. Elegiste mi nombre y te he dado también mi apariencia. Nuestra alianza, ahora, es completa.

(CONTINUARA)

Correspondencia

Nuevas seriales.— Pronto aparecerá una serial maravillosa, titulada "Maldición de Ling-Sai", novela de ambiente chino con intrigas detectivescas, y "Solak", preciosa historia de un perro detective. También aparecerá una serial cómica titulada "EL FANTASMITA".

Ricardo Pérez.— Lamento decirle que los números de "Simbad" que usted solicita están agotados. Si algún niño puede facilitar o vender los números 1 al 99 a este lector debe dirigirse a Ricardo Pérez, Correo San Felipe.

Julián del Valle, Tomás Zierer, María Hernández Erazo.— Agradecemos sus felicitaciones por las seriales "Juana de Arco", "Ponchito" y "Pelusita".

Lucy Campusano.— Nos complace que tanto le gusten las seriales en cuadros "El Templo de Badami" y "En el Destierro". Ya leerán ustedes los nuevos cuentos que las superan.

Ramón Fuentes Rojas.— Con cuarenta años a cuestas, es usted admirador de la pequeña gran revista infantil, a la cual otorga elogios que nos estimulan a superarnos cada vez más. Aceptamos la sugerencia que expone con criterio muy justo. Gracias por sus felicitaciones a redactores y dibujantes.

ROXANE.

Ponchito

por nato



RATO DESPUES





EL HIJO DEL LOBO

CAPITULO V.—Un mensajero del castillo.

Hugo Letur y su aliado Horsa se habían rebelado contra el rey Arturo. El monarca de Bretaña envió sus ejércitos para abatir a los insurrectos. En un asalto de las hordas de Letur, Ives el Hijo del Lobo mantuvo el valor de los sitiadores.

Un huracán de hierro parecía haberse desatado en el campo. La furiosa carga de la caballería enemiga hubiera devastado a las filas de Arturo, pero Ives convirtió en victoria la inminente derrota. Había montado a su caballo, aunque la fiebre latía en sus sienes y dos terribles heridas quemaban su cuerpo.

¿Qué fuerza lo sostenía sobre su cabalgadura? ¿Qué energía extraña lo impulsaba a blandir su espada y a despejar su camino de adversarios?

—Ives —murmuró Ogier, reconociéndolo, aunque el yelmo cubría el semblante del doncel—. ¡Qué imprudencia! Va cabalgando hacia la muerte.

—No —contestó el sombrío Guiscar—. La lleva en el arzón de su montura... y ¡ay! del que se cruce a su paso.

Hugo Letur, divisando a Ives, intentó acercarse a él, pero la confusión reinante le impedía avanzar.

Ives subió penosamente a su caballo.



El pastor Arven, desde su campamento, observaba con ansiedad la furiosa contienda.

—Ives no está en condiciones para combatir —dijo, mientras sus ojos se ensombrecían—. Debo impedir que se enfrente con el sanguinario Letur.

Sin vacilar soltó a la jauría de mastines armados de carlancas (collar de púas) y capas erizadas de puntas de hierro.

La embestida de esas fieras aulladoras sembró el desconcierto entre los jinetes, cuyos caballos huían espantados.

Los colmillos de los perros se clavaban con fiereza y era difícil desprenderse de ellos.

Ives, al advertir el desorden, se reunió con los pastores. Estos lanzaban gritos de entusiasmo al ver que el enemigo empezaba a retroceder ante la jauría. Letur asestó un hachazo a un mastín que le perseguía y ordenó la retirada.

Al caer la noche, el campamento se adormeció en el silencio. El Hijo del Lobo, luego de recorrer los puestos de los centinelas, se retiró a su tienda. No advirtió que una sombra lo seguía obstinadamente. De súbito, aquella sombra se esfumó.

Ives, vencido por la fatiga, se encaminó hacia su lecho. De pronto se detuvo y su mano se cerró sobre el puñal. Un desconocido lo aguardaba.



Letur trataba de acercarse al Hijo del Lobo.



Arven guió a la furiosa jauría.



Los pastores reían ante la derrota del enemigo.



Letur ordenó la retirada.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué te ocultas en la penumbra?

Sin pronunciar una sola palabra, el visitante avanzó, quitándose la amplia capa que ocultaba su cabeza y su cuerpo. Ante los ojos asombrados de Ives apareció un niño de doce años, que fijaba en él su mirada pensativa.

—¿Quién eres? —repitió el héroe, desconcertado.

—Soy Alí, hijo del califa Omar. Los hombres de Letur me cautivaron cuando cruzaba el mar para dirigirme a Alger.

—¿Has huído de la fortaleza? ¿Odias a Hugo Letur?

El niño vaciló. Sus ojos, intensamente negros, sostuvieron la mirada de Ives.

—No le odio —respondió con voz lenta.

—¿Por qué viniste, entonces, a nuestro campamento? ¿Eres un espía?

Alí se estremeció, como si hubiera sentido en su cuerpo un latigazo. Irguiéndose, replicó:

—El hijo de Omar no miente, ni es un delator o un vil espía. Vengo a suplicarte que respetes la ciudad sitiada.

Ante aquel inesperado ruego, el Hijo del Lobo no pudo contener un gesto de asombro.



—¿Quién eres? —interrogó Ives.

—¿Quién te envía? —interrogó.

—Nadie. He venido por mi voluntad y porque deseo proteger a la condesa Letur, que ha sido para mí una madre bondadosa y tierna —repuso Alí.

Los ojos intensamente negros de aquel príncipe de la lejana Asia interrogaban a Ives, que no pronunció una sola palabra.

—Si te facilito el camino para entrar en la ciudadela, ¿respetarás a la condesa Viviana? —inquirió Alí.

El Hijo del Lobo repuso:

—¿Cómo sabré que puedo penetrar al castillo?

—Verás flamear una bandera blanca y oro en la torre sur.

—Está bien. Acepto.

Alí, embozado de nuevo en su capa, se alejó, desapareciendo en las sombras nocturnas.

El sitio prosiguió durante semanas interminables. El ejército de Arturo empezó a disgregarse... y la prometida bandera blanca y oro no aparecía en la torre sur.

(CONTINUARA)



—Soy Alí, hijo del califa Omar.

Concurso Semanal



Ponchito te ofrece este sencillo problema para que ganes muchos premios. Ponchito, aunque es muy patriota, no puede recordar completa la frase de Manuel Rodríguez, que dice: "Aún tenemos.....
.....

Envía tu solución a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago, acompañada del cupón correspondiente.

SOLUCION AL CONCURSO 248: El verdadero nombre de La Quintrala fué doña Catalina de los Ríos y Lisperguer.
PREMIADOS CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Carmen Hoces, Peumo; Carlos Ravest, Valparaíso; Lucía Henríquez, Llay-Llay; Mario Jadué, San Javier; Ramón Camaño, Bulnes; Manuel Almuna, Victoria. PREMIADOS CON $ 20.—: Adelfa Quintana, Viña del Mar; Gonzalo Ruiz, Santiago; Leticia Vásquez, Linares; Magdalena Gómez, Santiago; Adriana Visconti, Cabildo; Juana Ríos, Santiago; Camilo Lobos, Valparaíso; Víctor Díaz, San Antonio; Luis Muñoz, Rancagua; Aída Morales, Santiago. PREMIADOS CON UN LIBRO: Pedro Gasc, Concepción; Raquel Lagos, Chillán; Carmen Caro, Los Andes; Luis Parra, San Carlos; Graciela Martínez, Talcahuano; Juan Luis Brunetti, Temuco; Viola Zegers, Concepción; Juan Casarello, Graneros; Carlos García, Concepción y Oscar Truán, Lautaro.
Los lectores del interior recibirán sus premios por correo. Los de Santiago deben pasar a retirarlos a Avenida Santa María 076, tercer piso.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 250

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





. Felisa les dirigió una mirada despreciativa, pero al ver a Juaita, palideció. Juan dijo: "—No la molestaremos, señorita. Amios, ya es hora de partir. Gracias, señor Daniel y señora Germana, or su bondad". Felisa, dominando su emoción, exclamó: "—¡Eseren un instante! No se vayan".





. Aquel brusco cambio causó general asombro. Llevando aparte Germana, Felisa murmuró: "—Es increíble el parecido de esta iña con mi inolvidable Lidia. Tú y Daniel han conquistado la ratitud de la pequeña. Quisiera adoptarla y te ruego que la convenzas".

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



LA BRUJA QUE QUERIA SILENCIO

$ 6.-

Simbad

N.º 251



Juan y Juanita

CAPITULO XXIX.—VIDA ERRANTE





1. La buena Germana, cumpliendo un deseo de Felisa Hermine, explicó a Juanita: "—Nuestra ama perdió a una hija muy querida, la niña Lidia. Tú eres muy parecida a ella y la señora desea adoptarte como hija". Juanita respondió: "—Nunca me separaré de mi hermano y de mis amigos".





2. "—¡Por favor, quédate conmigo! —suplicó la aristocrática dama, olvidando su orgullo—. Seré para ti una verdadera madre." Pero Juanita no cedió. Juan murmuró: "—Eres muy buena, hermanita, pero debes reflexionar. Junto a nosotros, vivirías siempre errante y sufriendo privaciones".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

:O V — 23-VI-1954 — N.º 251

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Em-sa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXXV.— "¡Aquí estoy!"

marquesito de Chaverny, viendo que una bella enmascarada scaba a alguien entre la muchedumbre, propuso a sus jóvenes nigos impedir que ella ubicara a "aquel pillastre afortunado", que, en cambio, hallara a uno de ellos.

-¡Bravo! —gritaron todos—. ¡Viva Chaverny!

punto estuvieron de levantarle en triunfo.

-Pero —objetó Navailles— ¿a quién de nosotros?

-¡A mí! ¡A mí! —clamaron veinte voces. Chaverny reclamó si-ncio.

-Señores, no discutamos antes de tiempo. Cuando hayamos rancado a la bella a sus guardianes, jugaremos lealmente a los ados, y el que gane tendrá el honor de acompañarla.

an sabia idea fué unánimemente acogida.

-¡Al asalto, pues! —exclamó el impulsivo Navailles.

-Un instante, señores —interrumpió Chaverny—, reclamo el rivilegio de dirigir la expedición. Busquemos otro dominó rosa, ual al de nuestra bella desconocida. Allí veo a Cidalisa. Llamad-, y organicemos el complot para separar a los guardianes de la isteriosa beldad.

uando Cocardase recibió el primer codazo, soltó un terrible

"¡Recuerno!", y echó mano a la espada, pero Pasepoil le dijo a oído:
—¡Vayamos con cuidado, amigo!
Cocardase se contuvo. Otro empujón hizo que Pasepoil vacilara sobre sus pies.
—¡Vayamos con cuidado, amigo! —le dijo a su vez Cocardase a ver que los ojos habitualmente apagados y mansos de su amigo se encendían de furia.
Lo mismo que se saludan los rudos penitentes de la Trapa con el estoico "¡Hermanos, morir habemos!", los dos espadachines se dijeron:
—¡Derecho, recuerno!
Un pesado taconazo dió en el tobillo del gascón, mientras el normando vaciló por segunda vez, porque le habían puesto una vaina entre las piernas.
Y las orejas de nuestros dos bravos estaban ya rojas como la sangre.
—Amigo mío —murmuró Cocardase a la cuarta provocación— creo que me veré obligado a enfadarme, ¡trueno del aire!
Pasepoil resoplaba como una foca. Nada repuso, pero cuando uno de los jóvenes imprudentes volvió a la carga, recibió una sonora bofetada. Cocardase lanzó un suspiro de consuelo. No era él quien inició, pero sí quien podía proseguir. De un solo golpe hizo rodar a un petimetre llamado Girone y a otro más.
Se produjo la confusión que era de esperarse. Duró sólo un instante, pero el segundo grupo conducido por Chaverny tuvo tiempo de rodear a Aurora y alejarla. Cuando Cocardase y Pasepoil hubieron puesto en fuga a los asaltantes, divisaron el dominó rosa en el mismo sitio. Pero aquélla no era Aurora, sino Cidalisa, la joven bailarina que había aceptado intervenir en la farsa.
Sin sospechar la suplantación, Cocardase y Pasepoil establecieron vigilancia sobre Cidalisa, repitiendo triunfalmente:
—¡Vayamos con cuidado!
Mientras tanto, Aurora, desorientada, sin ver a sus protectores se vió obligada a seguir los movimientos de los que la rodeaban. Cuando los conspiradores la llevaron a un lugar distante, cerca de la caseta de Le Breant, Chaverny adelantó la mano para arrebatarle el antifaz. Ella lanzó un gran grito al reconocer al joven de Madrid.
Al grito dado por Aurora, la puerta de la caseta se abrió. Un hom-

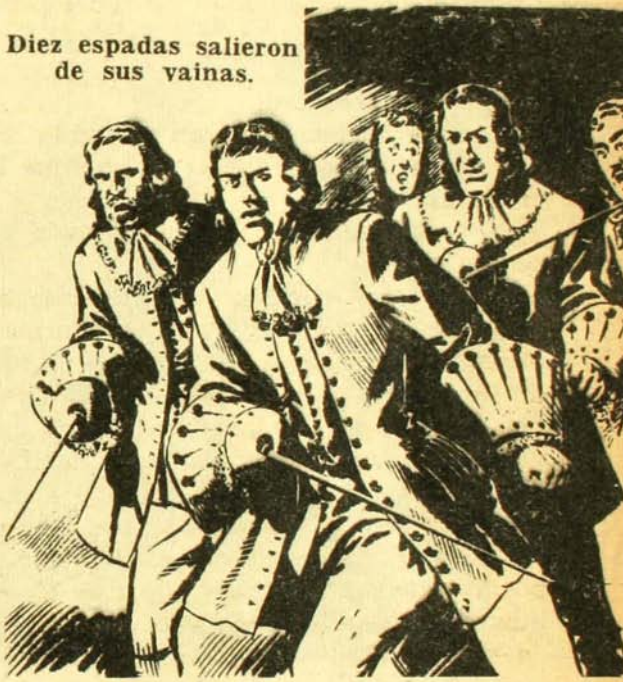
re de alta estatura, enmascarado y enteramente cubierto por un ominó negro, apareció en el umbral. Llevaba en la mano una spada desenvainada.

—No os asustéis, encantadora dama —dijo el marquesito—, estos eñores y yo somos vuestros fervientes y sumisos admiradores.

ntentó rodear con su brazo el talle de Aurora, mientras otro jo- en, Albret, cogía una de las blancas y temblorosas manos. Pero e pronto los dos, cogidos por una mano de hierro, fueron dispa- dos, uno tras otro, a ran distancia.

iez espadas salieron de us vainas. El hombre nmascarado, que ha- ia usado su diestra pa- a despedir por el aire los inoportunos gala- es, cogió de nuevo su spada y desarmó de os golpes a Girone y a océ, los más próxi- os. Oriol, olvidando l vez que era gentil- ombre, dió media vuel- a y huyó, gritando: ¡Ayudadnos!". Mon- ubert y Choisy carga- on contra el desconoci- o. El primero cayó de odillas al recibir un olpe plano en la oreja, Choisy, menos afortunado, obtuvo un arañazo en la mejilla. a guardia francesa acudía ya al ruido. Nuestros galanes, bastan- e mal parados, se dispersaron como una bandada de perdices sustadas, y los guardias no pudieron prender a nadie, porque la oven y el hombre del dominó habían desaparecido también como or encanto.

Diez espadas salieron de sus vainas.



—¡Cáspita! —exclamó Chaverny al reunirse de nuevo con Nailles—. ¡Vaya una aventura! Quisiera encontrarme otra vez con se bravo, aunque no sea más que para felicitarlo por la fuerza e su brazo.

Girone y Nocé llegaron cabizbajos. Choisy, en una esquina, se enjugaba con el pañuelo el rostro ensangrentado. Montaubert intentaba esconder del mejor modo posible su oreja aplastada. Otros cinco o seis más tenían algún desperfecto que disimular. Sólo Oriol se hallaba indemne.

Se miraron entre sí, bastante mohinos. ¿Quién podría ser aquel desconocido que había derrotado fácilmente a diez espadas? Un extranjero, sin duda. Se habló del duque de Nevers. Un esgrimista vivo como el pensamiento, de pie de acero y ojo de lince. Pero estaba muerto, y el dominó negro no era, precisamente, un fantasma. Hubo, no obstante, en los tiempos de Nevers un hombre más fuerte que Nevers mismo, un teniente de la caballería ligera del difunto rey, se llamaba Enrique de Lagardere... Pero ¿qué importaba el nombre del temible espadachín? Lo cierto es que los satélites de Gonzaga no estaban de suerte aquella noche. Primero el jorobado se permitió fustigarlos con su ironía mordaz, y después el enmascarado les castigó con la espada. Eran dos agravios que vengar.



—Yo diría a Su Alteza Real: "¡Ese es el asesino de Nevers!"

Si tristes estaban los vencidos, más dolientes que almas en pena se hallaban Cocardase y Pasepoil. Cidalisa, aprovechando un sendero emboscado, desapareció para no retornar.

Cocardase tendió trágicamente su mano a Pasepoil, diciendo:

—Nosotros vigilábamos bien, pero esta noche la suerte no nos favorece. Sea lo que Dios quiera.

Los jóvenes aristócratas se habían reunido con el príncipe Felipe de Gonzaga y lo informaron sobre la extraña conducta del jorobado Esopo II.

—Revivió un crimen cometido hace veinte años —dijo Chaverny—. En los fosos de Caylus, vuestro primo Felipe de Nevers fué asesinado. ¿Por quién? ¿Tenéis alguna sospecha?

—No. Es decir..., hay un hombre...

—¿Quién? ¡Decidnos su nombre!

—El caballero Enrique de Lagardere —fué la lenta respuesta del príncipe.

—¡Está aquí! —exclamó el marqués de Chaverny—. Es, seguramente, el hombre del dominó negro.



—¿Cómo? —preguntó Gonzaga—. ¿Le habéis visto?

—No conocemos a ese Lagardere, pero si por casualidad estuviera en este baile...

—Si estuviera en este baile —continuó Gonzaga—, ¡yo me encargaría de designar a Su Alteza Real al asesino de Felipe de Nevers!

—¡Aquí estoy! —pronunció tras él una voz varonil.

Al oírla, Felipe de Mantua se estremeció de tal modo que Nocé hubo de sostenerle.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO XI.—LA BELDA DE LA COBRA.



1. El rajá de Samodar y veinte de sus súbditos, entre los cuales iba el traidor Merut, palafrenero mayor de palacio, se dirigían hacia Badami. Cómplice de la secta de Siva, Merut ató un cordón de seda a las patas de los caballos a fin de lisiarlos. Descubierta esta infame estratagema, el rajá ordenó proseguir la cabalgata.





2. Los vigías apostados en los alrededores del templo avistaron a los jinetes. Cuando el siniestro Max Barton supo que el rajá de Samodar se aproximaba a Badami, ordenó reforzar la guardia, y luego aulló: "—¡Conduzcan a Ima a la torre de los buitres!" Los secuaces de Barton se apresuraron a obedecer.





3. La cruel orden fué oída por los detectives Mario Laurenti y Pancho Baray, y por el guía Lahal, que quedaron aterrados. "—Tenemos que salir de esta ratonera para salvar al príncipe", dijo Pancho, con denodado valor. Lahal descubrió un forado detrás de un cofre y se deslizó por allí.





4. Comprobó que se hallaba en una galería secreta. Avanzó con precaución y de pronto se detuvo, al percibir rumor de pasos. "Debo ocultarme", se dijo, retrocediendo, pero en ese instante una luz cegadora rasgó las tinieblas. Cuando Lahal pudo mirar, vió ante él a un chino que lo interrogó con aspereza.

EL TEMPLO DE BADAMI



5. "—¿Quién eres y qué haces aquí?", preguntó el oriental. Otro hombre surgió de las sombras—. "Te conduciremos a presencia del amo. El sabe castigar a los espías." En el otro lado del muro, Pancho Baray, dijo, precipitándose hacia la estrecha salida: "—Voy a salvar a Lahal."



6. Mario Laurenti alcanzó a detener a su impulsivo amigo. Mientras tanto, Lahal comparecía ante Max Barton. "—¿Un merodeador nativo que no habla? —pronunció el jefe de la banda—. Yo le obligaré a ser comunicativo y a decirme quién lo envía." Súbitamente resonó un agudo timbre.



7. Max Barton atendió el teléfono. Un vigía le anunciaba que ya los jinetes de Samodar rodeaban el templo, disponiéndose para el asalto. "—No perderé el tiempo con este paria —dijo Barton al aprehensor de Lahal—. Llévalo a la celda de la cobra y después ocupa tu puesto de combate."



8. Con las manos atadas a la espalda, Lahal fué conducido hasta la llamada "celda de la cobra". El carcelero precipitó al guía en el antro y cerró la puerta. Inesperadamente la expresión aterrorizada del joven hindú desapareció, mientras una sonrisa entreabría sus labios.

(CONTINUARA)

La bruja que quería silencio





Tranquilina era una bruja que quería estar sola y que detestaba los ruidos, su gato no aullaba ni aunque le pisaran la cola. Sus murciélagos estaban siempre callados. Las lechuzas también guardaban silencio y se entendían sólo con grandes miradas. Los ratones eran igualmente discretos, y ni siquiera a la vista de un queso prorrumpían en chillidos.

A Tranquilina le agradaba tanto el silencio que hasta caminaba en puntillas. Sus pasos jamás resonaban en la casa, pero a veces se oía un gran estruendo, porque la bruja se enredaba en sus cabellos y caía estrepitosamente. Porque han de saber, lectorcitos, que los cabellos de Tranquilina eran largos como un cuento de nunca acabar. Junto a ella, hasta Rapuncel hubiera parecido calva.

Ustedes ya empiezan a sospechar que a Tranquilina le agradaba vivir en la tranquilidad y el silencio; pero... lo malo del caso, es que no habitaba una caverna, sino una casa en plena ciudad, rodeada de edificios modernos, de teatros, frente a una plaza y al lado de una escuela. El bullicio era tremendo.

Los vendederos callejeros gritaban a todo pulmón; el teatro casi se derrumbaba con los aplausos; la plaza se llenaba de gente parlanchina; en el colegio se oía toda clase de ruidos, desde una risa hasta la explosión de un petardo.

Tranquilina estaba realmente aburrida.

Un día decidió:

—Esto no puede continuar. Tengo que idear un conjuro que me libre de esta gente alborotadora. Si los convierto en sapos, se pasarán croando el día entero.

Pensó y pensó, y de tanto pensar le dió sueño. Se dejó caer en su lecho con tanta brusquedad, que sus huesos crujieron.

—¡Chit! —susurró la lechuza.

La bruja se despertó al anochecer. Entonces se puso a trabajar en un conjuro. La magia marchaba maravillosamente, y Tranquilina, satisfecha, se frotó las manos, causando una nueva sonajera de huesos.

Y aquel sortilegio resultó en forma tan espléndida, que a la ma-

ñana siguiente la casa de la hechicera no estaba en la calle, sino suspendida en el aire.

—Ahora sí que tendré paz y tranquilidad —suspiró Tranquilina.

Pero se equivocaba. Rápidamente se congregó una gran muchedumbre que miraba hacia el cielo para ver la casa del espacio. Los niños gritaban y chillaban. Los policías hacían sonar sus pitos. Los automovilistas atronaban el aire con las bocinas. Un avión empezó a volar alrededor de la misteriosa casa.

Tranquilina gimió:

—Nunca he oído ruidos tan espantosos. Esto es aún peor que antes.

Se hundió el bonete hasta las orejas, cerró todas las ventanas, y, más furiosa que nunca, se dedicó a hacer otro sortilegio.

Pronto empezó a llover en forma torrencial.

La multitud se dispersó para buscar refugio en sus hogares. Estaban empapados, y, además, les dolía el cuello de tanto mirar para arriba.

Tranquilina exclamó con alegría:

—La lluvia me libró de ellos. Entonces debe seguir lloviendo.

Cayó tanta agua, que las tejas de muchos techos se rompieron, y las avenidas se convirtieron en ríos.

Por cierto, que todos adivinaron de dónde provenía aquel diluvio. Entonces una delegación de vecinos se elevó en un helicóptero hasta la casa suspendida, y llamó a la puerta.

—¿Qué desean? —gruñó Tranquilina.

—Suplicarle que haga cesar la lluvia.



La bruja Tranquilina odiaba los ruidos.

—¿Por qué he de complacerlos? Ustedes se han pasado la vida molestándome. Hacen tanto ruido que me ponen nerviosa y entonces mis sortilegios se echan a perder.
—Prometemos no turbar más su tranquilidad —ofreció el alcalde, tímidamente.
—Sí, señora bruja —asintió un niño.
—No gritaré más frente a su puerta —dijo el verdulero, en voz baja.
Tranquilina meditó un instante. Luego aceptó:
—Está bien.
Por arte de magia, cesó de llover, y la casa se depositó suavemente en la tierra.
Los vecinos cumplieron su promesa. El alcalde declaró zona de silencio el barrio donde vivía la bruja. Las gentes paseaban en puntillas por la plaza. La banda se fué con su música a otra parte. Los colegiales llegaban silenciosamente a la escuela y estudiaban en voz baja. El teatro se cerró.
Tanta quietud era deprimente. La bruja se sintió más nerviosa que antes. Equivocaba las cábalas en forma tan lamentable, que las lechuzas empezaron a murmurar de ella.
—¿Dónde se ha visto una bruja que confunde la magia negra con los cantos del mandandirum, dirum, dan? —decían escandalizadas.
Porque, en efecto, Tranquilina entonaba aquel canto infantil que ya no se oía en el patio de la escuela.

Pensó y pensó...





Un día Tranquilina gruñó:
—Quiero ver al alcalde.
Acudió el edil, muy asustado, creyendo que alguien había tosido muy fuerte, o dicho una palabra en voz alta, o caminado con pisadas fuertes. Grande fué su asombro cuando la bruja le ordenó:
—Quite de mi calle ese horrible cartel que dice "ZONA DE SILENCIO". No sé a quién se le ocurrió una disposición tan idiota.
Luego añadió confidencialmente:
—Los ruidos me ponen nerviosa, pero he descubierto que, mientras más nerviosa estoy, mejor me resultan los conjuros.
Y la ciudad adquirió de nuevo su clima de bullicio y su vida agitada. Tranquilina no volvió a quejarse.

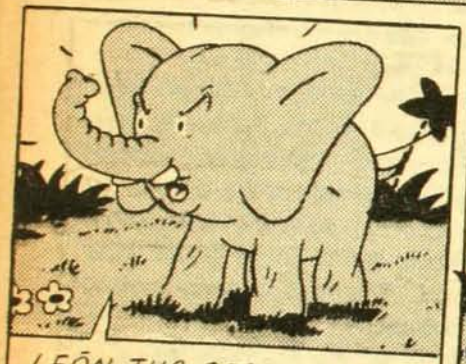
LAS AVENTURAS DE TROMPITA























SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXVI.—LA CRUELDAD DE LOS SEMINOLAS.





1. Bisonte Blanco, que intentó varias veces matar a traición a Solitario Bill, fué abatido por la flecha de Gamo Veloz. Despidiéndose de los indios osages que lo escoltaban, el joven texano indicó: "—Devolved esta hacha al hechicero Serpiente Astuta y decidle que mi magia es más poderosa."





2. Llevando en su diestra una antorcha, Solitario Bill espoleó a Tempestad. Caballo y jinete se alejaron velozmente, dejando tras sí una estela inflamada. En las tinieblas de la noche, los osages creían ver a un jinete fantasma, que de pronto desapareció, tal vez camino a las estrellas.





3. Rayaba el alba cuando Solitario Bill percibió el aullar de los coyotes. No tardó en distinguir el campamento semínola, en el cual ardían numerosas hogueras. El latir de su corazón se aceleró al pensar que pronto vería a la rubia Anita. "—¿Dónde está la niña blanca?", preguntó a los semínolas.





4. Advirtió, que los pieles rojas le miraban con hostilidad. Sin pronunciar una sola palabra, le condujeron a presencia de una india joven, de expresión soberbia y fría. "—Estrella Errante", murmuró, asombrado. Ella repuso: "—Mi nombre de reina es Altamaha. Mi padre, Gran Búfalo, yace en esta tumba."

SOLITARIO BILL



5. Solitario Bill exclamó: "—¿Gran Búfalo ha muerto? ¿Y dónde están la niña rostro pálido y mis amigos Pluma Blanca y Tex Montaña?" "—Son nuestros prisioneros —replicó Altamaha—. Sólo esperábamos tu regreso para sacrificarlos. Mi padre estaba herido, y tú le trajiste a esta región de la muerte.



6. "—Esa acusación es absurda —protestó el jinete de Texas—. La noble tribu semínola fué expulsada de sus tierras y perseguida. Yo la defendí y la guié hasta Arkansas para buscar la fuente de la vida y para que hallaran una nueva patria." Altamaha interrumpió fríamente: "—Basta de mentiras."



7. A un gesto de la reina semínola, los guerreros se precipitaron sobre Solitario Bill. Muy pronto descubrieron que era escurridizo como un pez y que tenía la fuerza de un huracán. "—Sean sensatos —gritó el joven—. Están engañados." Su voz se perdió entre un clamor de gemidos y maldiciones.



8. Comprendiendo que era imposible parlamentar, se apoderó de una lanza. Ante él se abrió una prudente brecha. Sin vacilar la atravesó, y cuando sus adversarios reaccionaron, ya el héroe estaba lejos. "—¡Se dirige hacia el totem!", vociferó el brujo Mano Seca.

(CONTINUARA)

LA MALDICIÓN DE LING-SAI



CAPITULO II.—La contraseña

Lin había terminado la maravillosa transformación de Eliana. Al verlas juntas, nadie hubiera sorprendido la menor diferencia entre aquellos semblantes exóticos. La niña blanca era un poco más alta. Un observador muy perspicaz hubiera advertido que el color de las pupilas era distinto. Por cierto que se trataba de una desigualdad muy leve, pues los ojos de Eliana eran castaños, con reflejos dorados, mientras los de Lin tenían el matiz del ámbar.

RESUMEN: *Eliana Davis, disfrazada de oriental, busca a su padre, desaparecido misteriosamente en Nankai. Una jovencita china llamada Lin descubre que Eliana pertenece a la raza blanca. Le propone que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis y también a su propio padre, cuyo nombre no revela.*

—Fan-Tan no me reconocerá —sugirió Eliana, mencionando a su amo.

—¿Por qué buscaste empleo en su casa de té? —preguntó Lin.

—Recibe muchas visitas clandestinas y pensé que esos parroquianos me proporcionarían algún indicio para encontrar a mi padre. Les oí mencionar un nombre que no olvidaré: **LING-SAI.**

Las manos de Lin temblaron visiblemente.

—¿Por qué se ha grabado ese nombre en tu mente? —indagó después, y en su voz no se advertía emoción alguna.

—La noche que mi padre desapareció, lo dejó escrito en la primera página de un libro.

—¿Cómo sabes que lo escribió precisamente esa noche?

—Porque yo ordenaba cada mañana los libros que él dejaba sobre su mesa de trabajo. Antes de colocarlos en su estante, los re-

visaba para dejar en una carpeta las hojas con anotaciones que mi padre olvidaba dentro de los libros.
Lin parecía meditar.
—Tu honorable padre se sentía seguramente orgulloso de tener una hija como tú.
Los ojos de Eliana se inundaron de lágrimas.
Lin dijo con suavidad:
—Te reunirás con él, hermanita. No desesperes.
—Perdona que sea tan débil. Prometo no desfallecer otra vez. ¿Cuáles son tus planes?
—Para combatir a nuestro enemigo, de nada vale trazar proyectos con anterioridad. Cuando llegue la ocasión, tenemos que pensar con rapidez y actuar sin vacilaciones.
—Tú dices "nuestro enemigo". ¿Es uno solo?
—Es el jefe de una banda. Nadie le conoce personalmente. Le llaman el Gran Uno.
El asombro se reflejó en el rostro de Eliana. Desde que inició la búsqueda del profesor Davis, se había sentido desorientada. Reunió varios indicios, pero no parecían tener ninguna relación entre sí. Eran como las piezas de un rompecabezas que jamás lograrían ajustarse.
—¿Mi padre está secuestrado? —aventuró, indecisa.
—Sí.
Lin se había sumido en sus reflexiones y parecía una pensativa estatuilla de marfil.
—Lin, si no regreso al salón de Fan-Tan, ¿dónde viviré?
—La casa contigua a ésta es mía. Puedes ocuparla. Tal vez debas permanecer bastante tiempo encerrada. Nadie debe vernos juntas.
Aunque había dicho que era inútil trazar planes anticipados, parecía haber dispuesto una organización perfecta.
—Eliana debe confiar en su humilde hermana —añadió—. Desapareceré por varios días y tú me reemplazarás.
—¿Qué dirá tu abuelita? Podemos engañar a mucha gente, pero ella descubrirá que soy una impostora.
Lin sonrió, mientras un fulgor irónico se encendía en sus pupilas ambarinas.
—Aunque mi honorable abuela es muy sagaz, su nieta la aventaja. Tu transformación es perfecta. Sólo mi padre no podría ser engañado con esta superchería. Espera aquí un instante. Es la

hora en que mi ilustre antepasada despierta de su sueño. Vendr
a buscarte.
Y, antes de que la aterrorizada Eliana pudiera detenerla, desap
reció. Los quince minutos que transcurrieron fueron eternos p
ra la jovencita, que no se atrevía a moverse. Contuvo el alien
al percibir suaves pasos. Luego la cortina fué apartada por un
mano pequeña y rugosa de largas uñas. Una ancianita avanz
Su bordado traje parecía susurrar con cada paso. Eliana la com
paró, mentalmente, con una emperatriz en decadencia. Engala
naba su vejez con rasos y sedas rutilantes, lucía las uñas dorada
y los alfileres que sostenían su cabello gris eran sin duda valio
sos. Con voz cascada preguntó:
—¿Qué esperas, Lin, para prepararme mi té?
Eliana, con la garganta seca de angustia, se inclinó en una reve
rencia.
—Siempre lo olvidas —refunfuñó la anciana—. Ven y observa
Es la última vez que te doy esta lección.
Extrajo de un armario unas tacitas frágiles y transparentes que
depositó en una bandeja de laca. Luego preparó el té como si
cumpliera un lento ritual. Invitó a Eliana a sentarse y probaron
la bebida que tenía aroma sutil.
—Soy como tú —confesó de pronto la anciana—. La tradición
de nuestros antepasados no nos impide cumplir nuestra voluntad
Si quiero, me encierro en mis habitaciones y no me ves durante
largo tiempo. Tú sales y entras en la casa, sin consultarme. Am
bas somos voluntariosas, pero estoy segura de que nuestros ante
pasados no nos maldicen, ni se avergüenzan de nosotras. "Así es
la pequeña Lin", dirán, "y así es la madre Yao".
Sonrió plácidamente.
—Lava y guarda las tazas, hija de mi hijo —ordenó antes de
retirarse.
Eliana permaneció inmóvil y perpleja. La madre Yao no había
sospechado de ella. Creyó que estaba hablando con su nieta, la
verdadera Lin.
Cuando reapareció la joven china, dijo sonriendo:
—¿Ves? No te desconoció.
Después dijo:
—Lleva el canasto de ropa a Fan-Tan y explícale tu desapari
ción. Di que te viste obligada a regresar a Macao, porque tus
parientes te llamaron.

espués insinuó:
-Cuando salgas, si alguien se acerca a ti, no demuestres asom-
ro. Oye en silencio. Si algún mendigo te da un derrotero, sí-
uelo sin vacilar, pero procura dejar un mensaje para mí.
-¿Existe una contraseña?
-Sí, "pagoda". Las palabras que anteceden a ésta dan el sentido
el mensaje. Buena suerte, hermanita.
Iedia hora más tarde Eliana se dirigía a la casa de Fan-Tan,



En el interior de aquel coche viajaba Lin.

uando un automóvil pasó por la calle. Un rostro marfileño se aso-
ó por la ventanilla trasera.
-¡Lin! —murmuró Eliana.
in la saludó, alzando su mano. Pronto el veloz coche desapareció
n la distancia.
)esconcertada, Eliana prosiguió su camino. ¿A dónde iba Lin?
'iajaba en un moderno automóvil guiado por un chófer. Dispo-
ía de recursos, y, según sus propias palabras, tenía aliados se-
retos.
'an-Tan escuchó con soñolienta expresión las explicaciones de la

falsa Lin. No concedió la menor importancia a la desaparición de su empleada y se limitó a decir:
—Buscaré otra muchacha y procuraré que no venga de Macao. Esa isla es un nido de malditos extranjeros. Los chinos pierden allí las virtudes de su raza.
Fatigado por su largo discurso, se reclinó en el sillón y entrecerró los ojos para seguir fumando.
Eliana abandonó el salón. Al cruzar la calle, un mendigo se aproximó a ella tendiendo su mano sucia:
—Una limosna para llevarla a la pagoda amarilla.
Eliana se detuvo, con el corazón palpitante.
—He caminado sin descanso por las ásperas piedras de la ribera. Mira mis zapatos destrozados por una marcha de largas horas. Antes que caiga la noche quiero llevar mi ofrenda a la pagoda. Compadécete y no me obligues a seguir buscando un alma caritativa.
Eliana se apartó del mendigo y apresuró el paso para llegar pronto a su casa. Allí trató de interpretar el mensaje. "Pagoda amarilla", "ásperas piedras de la ribera". Eso significaban las márgenes del Hoang-Ho, el Río Amarillo. "Marcha de largas horas", "antes que caiga la noche".
Debía ponerse en camino sin tardanza. Escribiendo un breve mensaje para Lin, volvió a salir. La madre Yao dormía tal vez o estaba recluída en sus habitaciones. No advirtió que "su nieta" se ausentaba.
Eliana arrendó un *ricksha* para salir de la ciudad. Cuando se halló en las afueras, pagó al coolí y continuó a pie, bordeando el río. Llevaba un puñal oculto en su casaca.
Atardecía. En la distancia divisó la bahía poblada de sampanes. Después, aquella visión se perdió en la lejanía.
Una voz vociferante aulló en el silencio:
—¡Alto!
Eliana se vió rodeada de chinos armados. Parecían bandidos montañeses. Hablaban atropelladamente un lenguaje confuso.
—¿Cuál es tu nombre?
—Lin.
Sin otra interrogación la llevaron a lomo de mula hasta un apartado refugio. Allí un chino, que vestía como un mandarín inquirió:
—¿Eres Lin?



¿Tú eres Lin? —interrogó el chino.

-Sí —repuso Eliana, con voz segura, aunque el temor la domiaba.

-Por fin hemos logrado hallarte. Has causado mucha inquietud indigno y humilde Wung.

liana permaneció en silencio. Era difícil interpretar la verdadea intención de aquellas palabras. Expresaban humildad, y, sin mbargo, su acento era incisivo.

Vung se inclinaba ante la sublime Lin.

ajó levemente su cabeza, pero sus ojos oblicuos seguían miránola, y esta vez la incertidumbre de Eliana se desvaneció. Aquea mirada fría transparentaba un odio implacable.

hora el mísero Wung tiene en su poder a la gloriosa Lin.

a hija del profesor Davis pensó rápidamente. ¿Cómo hubiera acıado la verdadera Lin? Sin duda no habría demostrado temor, sumisión. Eliana reunió todo su valor y una sutil sonrisa curvó ıs labios. Las doradas pupilas escrutaron con tal intensidad a Vung, que éste desvió la mirada, mientras su amarillo semblante contraía.

¿Wung está seguro de que tiene en su poder a la inofensiva Lin? preguntó Eliana, con lentitud, y advirtió asombrada que los homres que la rodeaban contenían un movimiento de retroceso.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato







CAPITULO VI.—La señal.

Alí, hijo del califa Omar, cautivo en el castillo de Letur, había traspasado las líneas enemigas para pactar con Ives el Lobo.

—Si tú respetas la vida de la condesa Viviana, prometo entregarte la fortaleza —dijo el príncipe moro.

Viviana, esposa de Letur, no compartía la crueldad del renegado, cuya mala sombra era Horsa, el bárbaro sajón. La vagarosa y dorada figura de Viviana no parecía pertenecer a aquel castillo donde imperaba un clima de violencia y odio.

—Las crueldades de la guerra no deben herirla —insistió Alí—. ¿Me prometes defenderla cuando tus huestes invadan la ciudadela?

—Prometido —contestó Ives.

Alí se inclinó en una profunda reverencia. Luego, señalando la torre sur dijo:

—Allí verás flamear la bandera blanca y oro. Será la señal para iniciar el asalto.

En seguida, embozado en su capa cruzó el campamento enemigo, sin ser detenido. Caminaba con absoluta calma y no atrajo la atención de los centinelas. Y de pronto la silueta esbelta y silenciosa se esfumó, per

Alí se inclinó en una profunda reverencia.





—Allí verás flamear la bandera blanco y oro.

diéndose en las sombras nocturnas. Con igual sigilo penetró en el castillo, sin que los vigías percibieran rumor alguno en el agua del foso ni en el muro. Sólo por un instante se dibujó una sombra en el vano de una almena. Pero fué tan vaga y rápida, que el guardia pensó que una nube había interceptado tal vez el reflejo de la luna.

Transcurrieron las semanas, y el desaliento se extendió entre los sitiadores.

Uno tras otro se marchaban los escuderos, los honderos, la infantería. Eran campesinos que volvían a sus campos de labranza, guardabosques que retornaban a sus chozas, pastores que regresaban junto a sus abandonados rebaños.

—La fortaleza no caerá —decían con escepticismo.

Los pálidos ojos de Guiscar observaban con fría cólera a los desertores. Ives procuraba detenerlos.



Los hombres de armas abandonaban el campo.

—¿Qué hacemos aquí? —respondían los soldados—. Esta vida nos aburre. Los hombres de Letur, que montan guardia en las torres, no nos dejan divertirnos lanzándoles alguna flecha. Se ocultan o nos envían una granizada poco grata. Los sitiados no se rendirán por el hambre. Al contrario, seremos nosotros quienes terminaremos por comer hierba, como los rumiantes.

También en la tienda de los caballeros se hablaba de retirada.

—Volvamos a Camelot —dijo Gauvain, entre dientes, furioso por la inútil campaña.

Ives protestó, airado:

—¡Sería indigno que abandonáramos el campo! No aceptaré jamás que se levante el sitio, ni aunque me quede yo solo delante de los muros.

Los caballeros del rey Arturo conocían el espíritu encendido del joven prócer. Ninguna voz se alzó para contrariarlo. Sólo el tétrico semblante de Guiscar pareció ensombrecerse aún más. Ogier asintió:



—¡No aceptaré jamás que se levante el sitio!

—Ives tiene razón. Yo también continuaré el sitio.

Las huestes seguían disgregándose. El Hijo del Lobo, sombrío, pensaba en Alí. ¿Mantendría su palabra?

El gigantesco pastor Arven, instalado sobre una máquina de guerra, vigilaba las torres, aguardando la señal prometida.

Aquella espera consumía de impaciencia a los sitiadores. Hubieran preferido un asalto a las murallas, aunque

resultaran maltrechos y diezmados.

Por fin, un día, al atardecer, fué izado en la torre sur el pabellón blanco y oro. Un hálito de excitación recorrió a las huestes de Arturo.

Arven descendió ágilmente de su atalaya.

—Estamos preparados, hermano —dijo a Ives.— Mis hombres, los que aún quedan en el campo, están ansiosos de cruzar esos muros y terminar el sitio.

El Hijo del Lobo asintió en silencio. También él deseaba tomar aquella fortaleza y emprender otra aventura.

Sentía nostalgia por sus antiguas andanzas.

En un castillo sumergido, en un misterioso bosque o en un palacio poblado de silencio y conjuros le aguardaba, quizás una aventura distinta.

—También tú deseas que esta campaña termine —añadió Arven—. Vencer a Hugo Letur será sin duda una proeza, pero ese renegado es un enemigo demasiado pequeño para Ives el Lobo.

(CONTINUARA)

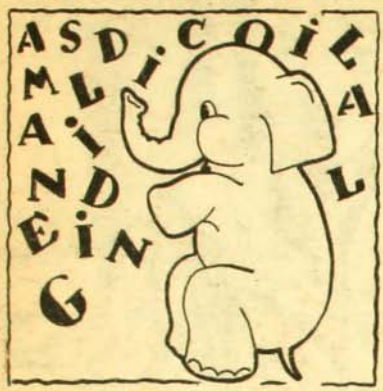


El Hijo del Lobo, sombrío, pensaba en Alí.

En la torre sur flameaba la señal prometida.



Concurso Semanal



La mamá del simpático elefante envió a su hijo a buscar el título de una nueva serial de "Simbad", que muy pronto será la favorita de los lectores.

El travieso Trompita, por jugar en el camino, dejó caer el título, y las letras se dispersaron. ¿Puedes ayudarle, amigo lector? Reúne cuidadosamente todas las letras, y forma el título de la serial. Así la mamá no retará a Trompita.

SOLUCION A "SIMBAD" 249: Solitario Bill - Ilíada - María - Barcelona - Atenas - Diamante.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas se sortearon los siguientes nombres. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Juana Quiroz, San Javier; Bernarda Riveros, Rengo; Jorge Campos, Valparaíso; Luis Muñoz, Rancagua; Arnaldo Castro, Talca; Guillermo Alarcón, Lota Bajo. CON $ 20.— Carlos Muñoz, Santiago; Ramón Chacón, Los Andes; Lolita Oñate, Temuco; María Torres, Lota Bajo; Nelson Soto, Angol; Camilo Lagos, Lota Alto; Mireya León, Santa Cruz; María Eugenia Miranda, Molina; Juana John, Santiago; Santiago Guerra, Santiago. CON UN LIBRO: Patricia Nilo, Rengo; Ruth Parra, Angol; Iris Sol, Rengo; Teresa Espinoza, Linares; Jacinto Pantoja, Concepción; Margarita Selva Quillota; Margarita Gatica, Parral; Rebeca Ribera, Coronel; Reinaldo Cancino, Lota Alto; Demófilo Gálvez, los Andes. Envía tu solución a casilla 84-D, Santiago. Los lectores premiados de la capital pueden cobrar sus premios en Avenida Santa María 076, y los del interior, recibirán sus obsequios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 251

Correspondencia

Modesta Salinas Arce.— Su solución al N.º 245 de "Simbad" llegó atrasada. Sería conveniente que todos nuestros lectores se apresuraran a enviar sus soluciones apenas reciban la revista, a fin de participar en el sorteo de los premios. Hemos solicitado de la Empresa Zig-Zag que aumente el número de ejemplares de "Simbad", para que no les falte a nuestros gentiles admiradores.

Rosa Roling, Lucía Venegas, Berta Reichart.— Gracias por los elogios que hacen de esta pequeña gran revista. Trataremos de superar el interés de las seriales, a fin de que el éxito de "Simbad" sea siempre mayor, como lo desean ustedes.

ROXANE.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





"—¡Pero tendría tu cariño!", repuso la niña, sin poder contener
s lágrimas. Juan la abrazó con fuerza, mientras todos sus ami-
os, incluso el impertérrito Escorpión, hacían esfuerzos por no
orar. Felisa, comprendiendo, balbuceó: "—Perdonen mi egois-
o. Sólo pensé en mi propia felicidad".





Los niños viajeros se dispusieron a partir. Agradecieron a Ger-
ana y a Daniel su bondad y recogieron su humilde equipaje, al
al Germana añadió bolsas con alimentos. Los ojos de la buena
ujer se nublaron de lágrimas cuando vió perderse a lo lejos las
equeñas siluetas.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



$ 6.-

Simbad

UNA AVENTURA DE MARCO POLO

N.º 252



Juan y Juanita

CAPITULO XXX.—LOS VAGABUNDOS EN UN PALACIO





1. Juanita rehusó ser adoptada por Felisa Hermine, una dama que había perdido a Lidia, su única hija. La niña prefirió la vida errante y el destino incierto, antes que separarse de su hermano Juan. Reanudaron la marcha, y al atardecer se detuvieron para descansar en el borde del camino.





2. "—¿Qué haremos?", murmuró uno de los niños, desalentado. Juan respondió: "—Caminemos hasta la costa. Allí trabajaremos en el muelle para ganar algún dinero con el cual podamos rescatar al "Aguila de los Mares", que se hundió en el Sena". Mincho gritó en ese instante: "—¡Miren! ¡Un auto!"

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 30-VI-1954 — N.º 252

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXXVI.— *Una madre ansiosa.*

Cuando el príncipe Felipe de Gonzaga declaró que si veía a Lagardere le acusaría de asesino, una voz firme resonó tras él:

—"¡Aquí estoy!"

La impresión que experimentó Gonzaga fué tan violenta, que todos le vieron vacilar y un cortesano obsequioso se apresuró a sostenerlo.

El joven marqués de Chaverny, al observar la turbación de su primo, frunció las cejas. Luego preguntó:

—¿Es este hombre el que se llama Lagardere?

Gonzaga se volvió al fin y pudo ver a su temido enemigo. Estaba de pie, firme, inmóvil, cruzados los brazos sobre el pecho. Tenía descubierto el rostro.

—¡Sí, es él!

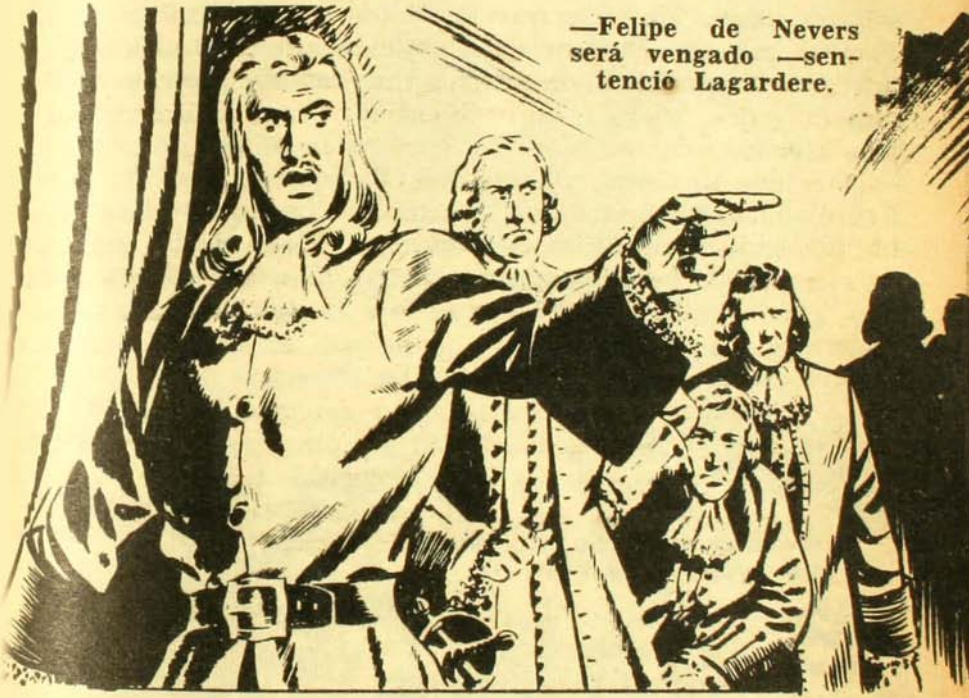
Lagardere llevaba un traje de corte confeccionado en raso blanco con bordados de plata. Seguía siendo el hermoso y apuesto Lagardere. Su figura, sin haber perdido su esbeltez, había adquirido amplitud y majestad. Una inteligencia viril, una noble voluntad brillaban en su faz. Y atemperaba el fuego de sus ojos una indefinible tristeza. El dolor favorece a las almas grandes y aquélla era una gran alma que había sufrido. Un alma grande en un cuerpo de bronce.

La princesa de Gonzaga, que se hallaba abstraída en sus pensamientos, al nombre de Lagardere pareció despertar. Desde ese instante escuchó atentamente, pero sin atreverse a acercarse.
El vengador, cogiendo a Gonzaga del brazo derecho, le llevó aparte. Gonzaga no opuso resistencia.
Pero el solícito Peiroles murmuró en voz baja a los amigos de su amo:
—Señores, estad preparados.
Como Lagardere no pronunciara palabra, Gonzaga preguntó con voz alterada:
—¿Qué deseáis de mí, señor?
Estaban bajo una lámpara que iluminaba por igual vivamente sus dos rostros pálidos. Chocaron sus miradas. El príncipe bajó sus ojos fatigados. Luego trató de libertar su brazo, diciendo por segunda vez:
—¿Qué deseáis de mí, señor?
Era de acero la diestra que le retenía. Y no sólo le fué imposible desasirse, sino aún más: Lagardere, sin perder su impasibilidad, empezó a oprimirle la mano. El puño de Gonzaga se contrajo.
—¡Me hacéis daño! —exclamó, mientras el sudor inundaba su frente.
Enrique, siempre silencioso, presionó con más fuerza. El dolor arrancó al príncipe un grito ahogado. A pesar suyo, los dedos crispados de su mano derecha se extendieron. Entonces Lagardere, siempre frío, sin decir una palabra, le arrebató el guante.
—¿Habremos de sufrir esto, señores? —rugió Chaverny, que dió un paso, la espada en alto.
—Decid a vuestros hombres que permanezcan quietos —ordenó Lagardere.
Gonzaga dijo entredientes:
—Señores, os ruego que no intervengáis.
Su mano estaba descubierta. El índice de Lagardere se detuvo sobre una cicatriz que tenía en el nacimiento del puño.
—¡Fuí yo quién os herí! —murmuró con profunda emoción—. Es la primera vez que nos vemos frente a frente, señor de Gonzaga y no será la última. Sólo tenía sospechas y necesitaba la certeza. ¡Vos sois el asesino de Nevers!
La respuesta de Gonzaga fué una risa convulsiva. Después expresó en voz baja, pero levantando la cabeza:

—Soy el príncipe Felipe de Mantua, poseo millones suficientes para comprar toda la justicia que queda en la tierra y el regente no ve más que por mis ojos. No tenéis más que un recurso contra mí, señor, la espada. ¡Desenvainad! ¡Os desafío!

Y deslizó una mirada hacia sus guardias.

—Señor de Gonzaga —repuso Lagardere—, vuestra hora no ha sonado. Escogeré el lugar y el momento. Una vez os dije: "Si vos no venís a Lagardere, Lagardere irá a vos". Vos no habéis venido. Yo estoy aquí. Dios es justo; Felipe de Nevers será vengado.



—Felipe de Nevers será vengado —sentenció Lagardere.

Soltó entonces el puño de Gonzaga que retrocedió varios pasos. Lagardere había terminado con él. Volvióse hacia la princesa y la saludó respetuosamente.

—Señora, estoy a vuestras órdenes.

La princesa se acercó a su marido, diciéndole al oído:

—Si intentáis algo contra este hombre, me encontraréis en vuestro camino.

Después, acercándose a Lagardere, le tendió su mano.

Gongaza era lo suficientemente fuerte para disimular la ira que ardía en su sangre.

La princesa y Lagardere salieron a los jardines y cuando avanzaban por una alameda de setos, lejos de oídos indiscretos, ella murmuró:

—Señor, después de veinte años, vuestra voz ha despertado en mí un punzante recuerdo. Fuisteis vos, estoy segura, quien recibió en sus brazos a mi hija en el castillo de Caylus.

—En efecto.

—¿Por qué habéis tardado tanto en devolvérmela?

—Perdonadme. Vacilé en traeros a vuestra hija porque en mi destierro oí una extraña noticia que me negué a creer. ¡La viuda de Nevers había cambiado de nombre y se llamaba princesa de Gonzaga!

Ella bajó los ojos, mientras sus mejillas se teñían de púrpura.

—¡La viuda de Nevers! —repitió Enrique—. Señora, cuando acepté la noticia como cierta, me dije: "¿La hija de Nevers tendrá por asilo la mansión de Gonzaga?" Conociendo mejor que vos el poder de los enemigos de vuestra hija, hube de interrogarme: "¿Cómo podrá defender a su hija la que no ha habido defenderse a sí misma?"

La princesa se cubrió el rostro con las manos.



Gonzaga ocultó la ira que ardía en su sangre.



—Vos no sabéis qué hombre inflexible era mi padre —balbució la princesa.

-Señor, señor —excla-
ó con voz entrecorta-
por los sollozos—,
ıe destrozáis el cora-
n! Vos no sabéis qué
ombre inflexible era
i padre. Vos ignoráis
s torturas de mi ais-
miento, las amenazas
ıe emplearon...
-Señora, cedisteis a la
olencia. Vuestra debi-
lad me convenció de
ıe sólo yo podía pro-
ger a Aurora. Yo, que
ınca me he doblegado
ıte la fuerza. Yo, que
esde muy joven en-
enté a la violencia en todas sus formas, dispuesto a combatirla
on la espada en la mano.
a princesa le miró durante un momento con verdadero espanto.
-¿Qué significan vuestras palabras? —murmuró con voz estre-
ecida—. ¿Vais a negarme a mi hija?
-No, señora, no os la negaré. He recorrido cuatrocientas leguas,
rriesgando varias veces mi vida para traérosla. Pero tengo traza-
a mi línea de conducta. Hace dieciocho años que defiendo a
uestra hija. Su vida me pertenece diez veces, porque diez veces
he salvado.
-Señor, señor —gimió la pobre madre—. ¿Qué deseáis de mí?
Deberé amaros o tal vez odiaros? Mi corazón va hacia vos y lo
echazáis. Habéis defendido y salvado la vida de mi hija.
-Y la defenderé —interrumpió él, fríamente.
-¿Hasta contra su madre? —balbuceó la princesa.
-Quizá. Eso, señora, depende de su madre misma.
n relámpago de resentimiento pasó por los ojos de ella.
-¿Cuál es vuestro derecho para desafiarme? —dijo con frialdad.
-¿Mi derecho? —repuso Lagardere—. Dieciocho años de mi vi-
a entregados a otro ser. Dieciochos años en que he dormido con
espada al alcance de mi mano.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO XII—CARRERAS MORTALES





1. Cuando Lahal fué lanzado a la "celda de la cobra", su expresión atemorizada desapareció al descubrir que se había reunido con los detectives Pancho Baray y Mario Laurenti. Pancho, al saber el nombre de la celda, casi se desmayó. "—Eso quiere decir que hay aquí uno de esos reptiles", murmuró en voz baja.





2. Para tranquilizarlo, Mario inspeccionó el recinto, sin hallar cobras escondidas. Lahal dijo después: "—El sahib malo, Max Barton, ordenó electrificar las alambradas, para que el rajá no llegue al templo de Badami". En efecto, el monarca de Samodar se vió obligado a detenerse.





3. El primer jinete, presintiendo el peligro, sofrenó al caballo, que sólo recibió una leve descarga. El rajá dispuso que se diera descanso a las cabalgaduras y luego traspusieron de un salto la barrera. El traidor Merut aprovechó aquel instante para evadirse. Pensaba reunirse con sus cómplices.





4. Un vigía anunció al cuartel general de Barton que el rajá había cruzado la alambrada. El bandido ordenó entonces: "—Accionen el Fuego Tres". Los jinetes de Samodar se internaban entre las ruinas, cuando un voraz incendio estalló detrás de ellos, encerrándolos en un cerco de fuego.

EL TEMPLO DE BADAMI



5. Las llamas se propagaron por la selva. Enloquecidos por el espanto, huían los elefantes, tigres, panteras, aves de plumaje multicolor. El aire se pobló de rugidos y gritos. "—El jefe de la secta de Siva es Chetán (el diablo), en persona", murmuró el rajá, escudriñando la jungla en busca de un camino.





6. Como si una fuerza protectora quisiera intervenir, cayó de pronto una copiosa lluvia. El incendio se extinguió y la selva quedó convertida en un inmenso pantano. El rajá reanudó el avance y minutos después él y sus jinetes atravesaban una zona minada. Los explosivos estallaban con estruendo.





7. Enfurecido por la obstinación del rajá, a quien no logró detener con la electricidad, con el fuego, ni con las minas, Max Barton convocó a sus secuaces: "—Reúnanse todos en la sala de la pitón negra". Mario y Pancho, mientras tanto, se deslizaban hacia la sala de radio para enviar un mensaje.





8. "—Han desaparecido todos —observó Pancho—. Mientras yo vigilo, pide auxilio". Mario, comunicándose con el aeródromo de Bombay, explicó la situación, solicitando un helicóptero para el rescate del príncipe Ima, y a fin de proteger al rajá y a sus fieles súbditos contra las emboscadas de sus enemigos.

(CONTINUARA)



UNA AVENTURA de MARCO POLO

La flota de catorce juncos se mecía perezosamente en el mar. No soplaba el viento y la escuadra, que llevaba la bandera del Gran Khan, el Señor de la Tartaria, permanecía inmóvil entre la costa oriental de la China y las Filipinas.

A bordo de la nave capitana iba maese Marco Polo. Con él viajaba la bella princesa Yatra, que iba a Persia para desposarse con el rey Argun.

El capitán Yi-Huen se presentó ante Marco Polo:

—En mi barco hay treinta y siete muertos, almirante. Sus cuerpos están ahora completamente negros.

El aventurero veneciano pidió informes sobre aquellas extrañas muertes y luego murmuró:

—Es la peste.

Recordó que su abuelo le había hablado sobre la peste que asoló a Irlanda en 1204. La gente moría por millares. Se incendiaron las casas, las aldeas, las ciudades, para detener el flagelo. Pero allí, en pleno mar, ¿qué podía hacerse?

—¿Han sepultado a las víctimas? —preguntó.

Yi-Huen le miró espantado.

—Almirante..., usted sabe..., es imposible.

El culto de los antepasados exigía que los muertos fueran enterrados cerca de su casa natal.

Marco Polo conocía esta tradición. Sin embargo, insistió:

—Es una orden, capitán. Deben ser lanzados al mar. Además, queme sus ropas y objetos. Encienda braseros en las cabinas y queme en ellos incienso y alcanfor. Haga impregnar la nave con aceite de piedra (petróleo).

Yi-Huen hizo el número reglamentario de reverencias y se retiró. Marco le acompañó hasta la escala y después ordenó esparcir polvo de alcanfor en el camino recorrido por el capitán. Desde la toldilla observó el barco infestado, que se balanceaba dulcemente. Vió trepar al capitán Yi-Huen y luego se produjo una gran agitación a bordo. Más tarde unos bultos fueron lanzados al agua. Marco Polo contó cuarenta y tres.

—Seis más desde esta mañana —murmuró sombríamente.

En los días siguientes continuó la siniestra calma. Ni la más ligera brisa acariciaba las velas inmóviles. La peste se había declarado en otros barcos y la cantidad de víctimas sobrepasaba los doscientos.

La hostilidad contra Marco Polo crecía entre la tripulación. Lo culpaban de la epidemia y de haber provocado la ira de sus antepasados.

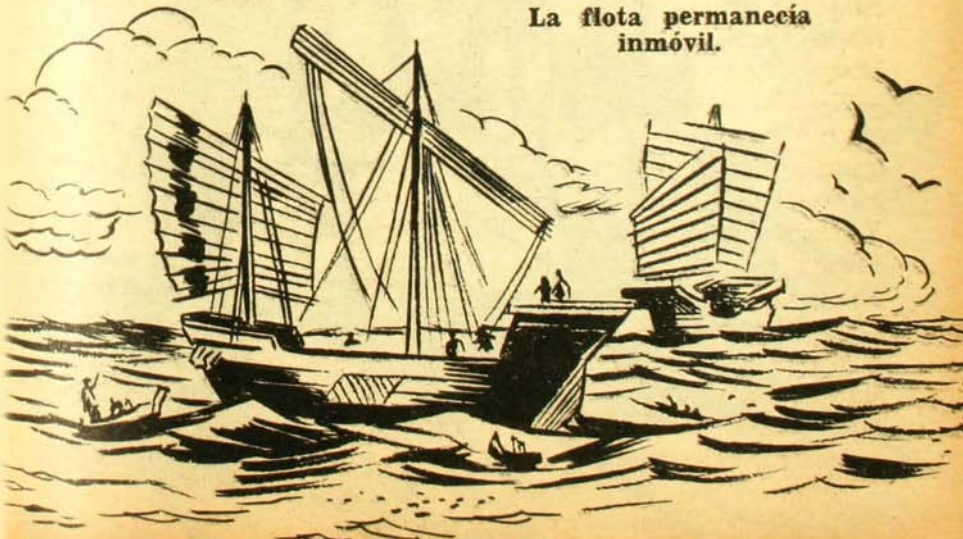
El veneciano espiaba el cielo sin nubes y vigilaba también a los barcos. Observó que Yi-Huen visitaba a los demás capitanes. Entonces reunió a su tripulación.

—Amigos —pronunció—, hemos viajado mucho y conozco vuestro valor y lealtad. Yi-Huen ha visitado a los demás barcos, pero no se ha acercado al mío. Considero que esa actitud es sospechosa.

Su penetrante mirada escudriñaba los semblantes asiáticos, de cerrada expresión. Los hombres escuchaban en silencio.

—Presumo que seremos atacados por toda la escuadra. Quiero saber si ustedes se mantendrán leales. Aquellos que lo deseen, pueden abandonarme. Los demás, den un paso adelante.

Transcurrió un minuto interminable. Después toda la tripulación avanzó un paso. Casi en ese mismo instante una bandera se izó en el barco apestado. Ostentaba la palabra "chou", que quiere decir: "Al asalto". La misma señal apareció en los mástiles de las demás naves. Se soltaron las canoas, tripuladas por hombres armados hasta los dientes y se formó un círculo amenazante en torno al barco de Marco Polo.



La flota permanecía inmóvil.



—Quiero saber quiénes se mantendrán leales —dijo Marco Polo.

Cada marinero ocupó su lugar, dispuesto a la defensa.
De pronto el cielo se cubrió de nubes. Hacia el norte, el horizonte se obscureció. El mar se tornó gris.
—¡El viento, por fin! ¡Estamos salvados!
El viento arreció. Las velas palpitaban con fuerza y los cordajes vibraron. Muy pronto el barco de Marco Polo se distanció de sus atacantes.
Diez días más tarde anclaron en Sma Langa para abastecerse y luego prosiguieron viaje hacia el oeste.
Los juncos con su tripulación apestada se perdieron en el inmenso océano y jamás se tuvo noticias de ellos.
Marco Polo enrumbó hacia Persia. La princesa Yatra, instalada en cubierta, oía hablar al forastero amigo de Kublai Khan y meditaba.
—Quiero regresar —dijo un día, con su voz dulce y, sin embargo, imperiosa.
Marco Polo la miró asombrado.
—Cumplo órdenes del Gran Khan —repuso—. Debo llevaros a Persia.
Durante la trágica aventura en alta mar, cuando se vió rodeada de naves que llevaban la muerte a bordo, cuando vió las canoas repletas de hombres feroces que esgrimían sus bogaranes (cuchillo de dos filos), Yatra permaneció impasible.
No la atemorizó tampoco el peligro de contraer la peste. Su belleza de marfil habría desaparecido bajo la marca negra, pero ella no tembló. Ahora, sin embargo, ante la idea de no ver más al veneciano, sentía temor y angustia.
—Quiero volver a Catay (China) —repitió con ansiedad.
Marco Polo, sin comprender, asintió:
—Está bien, princesa.
Después sonrió:
—Espero que los Oriat (casta de soldados de Kublai Khan) no se encarguen de cortarme la cabeza, por no haber cumplido mi misión.
Pero la princesa Yatra era sagaz, y no sólo convenció al Gran Khan, sino que por medio de hábiles mensajeros hizo creer a Argun que ella no era hermosa ni de dulce carácter y el rey no insistió en la boda. En esta forma se evitó quizás una guerra o un resquemor entre los soberanos de Persia y Catay.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA









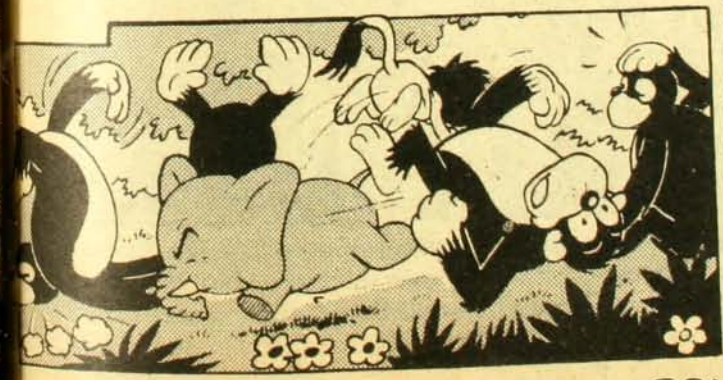






ESTA ES LA DANZA GORILA,
QUE ESTREMECE Y HORRIPILA





CAE UN MONO
Y OTRO RUEDA...
¡CORRA Y SÁL-
VESE QUIEN
PUEDA!

CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXVI

HIJA DEL CIELO



1. A fin de asegurarse de que no sería atacado por la espalda, Solitario Bill se situó delante de un gigantesco totem. Estaba solo contra un centenar de indios enfurecidos. El hechicero Mano Seca indicó: "—Deja esa lanza, rostro pálido, o la niña blanca y tus amigos morirán".





2. Altamaha, la reina de los semínolas, añadió: "—Es inútil que te resistas". El jinete solitario dejó caer el arma. No sentía temor por sí mismo, sino por los prisioneros. Se entregó, pensando: "No puedo creer que el corazón de Altamaha se haya endurecido tanto. Hay otro enemigo oculto".



3. Solitario Bill fué conducido a una tienda y atado entre su amigo indio Pluma Blanca y el voluminoso Tex Montaña, que dijo con voz quejumbrosa: "—Cuando desaparezcamos nosotros, ya no quedarán héroes en Texas. ¿Qué mosca les ha picado a estos semínolas? Antes eran nuestros aliados".





4. El joven dijo a la impasible Altamaha: "—Te obedecí, reina semínola. Me he entregado sin combatir, pero quiero que respondas a una pregunta: ¿Qué le ha sucedido a Anita?" La bella india repuso: "—Está herida, pero aún vive". Luego se alejó, acompañada del hechicero.

SOLITARIO BILL





5. "—Ese Mano Seca no me gusta —gruñó Tex—. Le llaman así porque se quemó la mano en una hoguera. Tal vez preparaba una de sus brujerías o estaba asando un murciélago." Pluma Blanca dijo con tristeza: "—Un espíritu maléfico ha transformado a Altamaha. Ya no es la hija de *Tirawa* (el Cielo)".





6. "—Nos culpan de la muerte de Gran Búfalo. El hechicero Mano Seca ha encendido el odio entre los semínolas —continuó Pluma Blanca—. No me importa morir bajo las flechas de guerreros hostiles, o torturado por un maldito hechicero, pero no..." En ese instante un cuchillo rasgó la tela de la tienda.





7. Por la abertura se deslizó la esbelta figura de Altamaha. Pluma Blanca, palideciendo, terminó: "—Pero no quiero caer bajo el puñal de una mujer. El espíritu de Pluma Blanca vagaría avergonzado por las praderas eternas". Altamaha, sin pronunciar una palabra, cortó las ligaduras de los prisioneros.





8. "—¡Altamaha!", susurró el joven indio. Ella explicó rápidamente: "—Mano Seca domina a la tribu y yo debo simular que apruebo sus ideas. Para vencerlo tendría que demostrar ante la tribu que es un malvado. Los caballos están preparados para la fuga. Mi hermanita blanca irá con ustedes".

(CONTINUARA)

LA MALDICIÓN DE LING-SA



RESUMEN: Eliana Davis, disfrazada de oriental, busca a su padre, desaparecido misteriosamente en Nakai. Una jovencita china llamada Lin descubre que Eliana pertenece a la raza blanca. Le propone que se conviertan en aliadas, para buscar al doctor Davis y también a su propio padre, cuyo nombre no revela. Lin, con una habilidad maravillosa, transforma a Eliana Davis, convirtiéndola en la perfecta imagen de ella misma. Nadie es capaz de distinguir cuál es la niña china y cuál la blanca, disfrazada de oriental. Eliana cae en poder de Wung, jefe de una cuadrilla de bandidos montañeses...

CAPITULO III.—El mensaje de Lin.

Eliana sostuvo con irónico desafío la mirada venenosa y turbia de Wung.

—¿El sagaz Wung cree realmente que me tiene en su poder?

Wung, rumiando su furia, entró en la casa.

Los bandidos montañeses, con un movimiento de su fusil, indicaron a Lin que siguiera al oriental. Sentado ante un escritorio de madera labrada, Wung interrogó a su prisionera:

—¿Qué has logrado descubrir? ¿Has hablado con el GRAN UNO?

Eliana seguía desorientada. No sabía quién era Wung ni qué fin perseguía. Ignoraba la relación que existía entre aquel chino que rezumaba odio y la desconcertante Lin.

—¿No temes la venganza de Wung? —prosiguió él con voz silbante—. ¿No te sorprende haber descubierto que soy tu enemigo?

—Wung es un gran actor, pero no logró engañar a Lin.

Eliana hablaba con lentitud y despreciativamente, pero se sentía como una ciega que avanza en las sombras, sin saber en qué momento se abrirá a sus pies un abismo.

—Tal vez la temeridad de Lin cause daño a su honorable padre —insinuó Wung—. Tal vez Wung sabe dónde está él, desde que desapareció de Nanking.

La niña se estremeció, pero su respuesta fué tranquila:
—Tal vez.
Temblaba de angustia. En Nanking desapareció también su padre, el doctor Davis. Hacía seis años que vivían en la antigua ciudad china. Desde la edad de diez años, Eliana había recorrido las retorcidas calles, en las cuales se agrupaban las casas grises y bajas.
Pensaba que aquella feliz época de su vida estaba muy lejana. A veces dudaba de que pudiera haber vivido alegremente en la amurallada Nanking. Sus excursiones por los exóticos barrios y por la Colina de Púrpura le parecían un sueño perdido.
—¿Desprecias a Wung, verdad? —continuó el asiático, y su voz grave interrumpió las meditaciones de Eliana—. Tu honorable padre es sabio y se rodeaba de hombres de otra raza, aparentemente eruditos. ¿Pero qué saben ellos de la verdadera China y de su alma secreta? Sus amigos de Nanking sabían sin duda que la Gran Muralla fué construída por el emperador Huang-Ti. ¿Es eso suficiente para enorgullecerse y para pretender que se conoce nuestro país? Wung, a pesar de su ignorancia y de su humildad, sabe más que esos sabios y creará una nación invencible.
Eliana Davis no respondió.
—Un día te humillarás a mis pies —rugió Wung, interpretando aquel silencio como una señal de desprecio.
Con un gesto de sus dedos afilados llamó a dos de sus sirvientes.
—Enciérrenla —ordenó—. En la soledad podrá meditar y comprenderá que está en mi poder.
Antes que Eliana se alejara, vigilada por los secuaces de Wung, éste agregó:
—La paciencia de Wung puede agotarse y entonces el silencio voluntario de Lin se convertirá en silencio eterno.
Lin fué recluída en una celda. Sólidos barrotes se entrecruzaban en la ventana.
Un duro camastro y una escudilla, destinada seguramente para vaciar la comida, eran los únicos objetos que se veían en aquel encierro.
Eliana se tendió en la yacija y cerró los ojos. Estaba cansada por la larga caminata. Procuró calmar sus nervios, tensos por el esfuerzo que debió hacer para simular indiferencia ante los agudos ojos de Wung.
No comprendía los recientes sucesos. Cuando se reuniera con Lin

la interrogaría. De súbito una idea terrible golpeó su corazón. ¿Se encontraría de nuevo con la jovencita china? Tal vez Wung daría orden de ejecutarla. Sus bandidos montañeses no vacilarían en abatir con sus fusiles a la prisionera. Además..., ¿por qué Lin la envió a aquella guarida?

Se incorporó. Un intenso temor ensombrecía sus pupilas. Quizás Lin le había tendido una celada.

Le dijo que si un mendigo se aproximaba a ella, obedeciera a su



—¡Enciérrenla! —ordenó Wung furiosamente a sus sirvientes.

onsigna. La clave era la palabra "pagoda". Traducido el mensaje, liana dedujo que debía alejarse por la ribera del Huang-Ho. ntonces los hombres de Wung la capturaron.
in sospechaba sin duda que sería secuestrada por su enemigo. ransformó a Eliana, convirtiéndola en una perfecta réplica de lla. Así Wung se engañaría y ordenaría darle muerte, sin sospehar la impostura. Lin, haciéndose pasar por muerta, podría acuar sin que nadie dificultara sus pasos.
Este torbellino de ideas sacudió rudamente a Eliana. Su corazón latía con tal fuerza que se sintió ahogada. Vacilante, se acercó a la ventana y se aferró a los barrotes. Aquella celda no estaba situada en el interior del edificio, sino en una esquina. Desde allí se divisaban las montañas. El sol se había ocultado y sus últimos reflejos flotaban como una niebla de color violeta.
Llegó la noche y Eliana, inquieta, no pudo conciliar el sueño. Sólo en las primeras horas del alba, cerró sus párpados. Pero cuando empezaba a sumirse en un pesado sopor, un extraño rumor la despertó. No supo definir en el primer instante de dónde provenía aquel ruido. En la penumbra se recortaba claramente el rectángulo de la ventana. Allí divisó una sombra pequeña y movediza. Luego percibió de nuevo el rumor. Era un roce rápido contra el hierro de los barrotes. Comprendió que era ése el ruido que la desveló, precedido por un suave aletear.
Acercándose a la ventana, pudo ver a una paloma. Permanecía inmóvil, en actitud de espera y no huyó cuando la mano de Eliana rozó sus suaves plumas.
—¿De dónde vienes? —susurró ella.
El sueño nublaba su mente. Las prolongadas horas de insomnio y angustia le producían una especie de letargo. Maquinalmente siguió acariciando a la paloma y advirtió que ésta se mostraba desasosegada.
—¿Qué ocurre? —musitó.
De pronto, sus dedos rozaron un anillo que rodeaba la pata de la paloma, sujetando un papel doblado.
La inconsciencia que adormecía a Eliana desapareció bruscamente.
—Es una paloma mensajera —murmuró.
Desplegando el mensaje, leyó:

No temas. Lin

Eran sólo tres palabras, pero le devolvieron la esperanza de sal-



Una paloma mensajera se posó en la ventana de la celda.

varse y la fe en su amiga. Se sintió avergonzada de haber dudado.
—Lin está cerca —exclamó—. Estoy segura de que podrá rescatarme. Ahora comprendo por qué Wung demostraba temor y recelo. El conoce mejor a Lin y sabe que ella no es una prisionera débil, ni inofensiva. Hice bien en fingir altivez y en sonreír como sonríe Lin, con una sutil ironía.
Confiada, se recostó de nuevo y esta vez se durmió profundamente. Al despertar, la luz del sol inundaba su prisión. En el

exterior se oían las voces de los bandidos y el resonar de sus pasos.

La falsa Lin, abandonando su camastro, extendió su dolorido cuerpo. Ya no se sentía fatigada.

La puerta de la celda se abrió con un estridor de goznes. Una mujer dejó en el suelo una jarra de agua y se llevó la escudilla. Regresó minutos después con una fuente de arroz, en el cual venían ensartados los palillos. Eliana sabía usarlos y se sirvió aquel alimento.

La guardiana se retiró. Luego Eliana fué llamada a presencia de Wung. Este, observándola malignamente, declaró:

—No me vencerás.

Ella se mantuvo impasible.

Nuevamente empezaría el duelo verbal entre ella y Wung. Recordó sus palabras falsamente humildes: *"Wung se inclina ante la sublime Lin . Ahora el mísero Wung tiene en su poder a la gloriosa Lin"*.

Hablaba con aparente sumisión, pero en sus ojos se retorcía una llamarada de odio.

—¿Qué más tienes que añadir, Wung? —dijo Eliana, con lánguida fatiga—. ¿No te bastó la entrevista anterior? Eres demasiado débil y pequeño para intimidarme. No diré una sola palabra que no desee pronunciar.

La cólera desfiguró el semblante del oriental. Aquella muchacha que lo desafiaba tranquilamente destruía su confianza. Estaba seguro de doblegarla y de pronto la incertidumbre lo asaltaba.

Resistiendo el dominio de las pupilas doradas, indicó:

—Esta vez no triunfarás, Lin.

El hermoso rostro de marfil continuó inalterable. Ya había oído antes esa afirmación y no creía en ella.

Pero Wung se había recobrado y dijo sarcásticamente:

—Mis centinelas me dicen que estamos rodeados. Vienen a rescatarte, pero no han pensado, tal vez, que yo les devolveré voluntariamente a su capitana.

Una sonrisa vagó por los labios de Wung, descubriendo sus dientes amarillentos.

—Ya ves que no soy intransigente.

Esperó un instante y como Lin no replicara, añadió:

—Sí, les devolveré a su capitana... muerta.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato

















EL HIJO DEL LOBO

CAPITULO VII.— Motín a bordo.

Ali, hijo del califa Omar, ofreció entregar la fortaleza de Hugo Letur si Ives el Lobo prometía respetar la vida de la castellana.

Cuando la señal prometida apareció en la torre sur, los sitiadores se aprestaron al asalto. Al caer la noche, Ives ordenó encender un fanal a la entrada de su tienda y esperó a Ali.

Cuando el doncel moro apareció, sin que sus pasos despertaran ecos en la noche, dijo:

—Traigo un mensaje del conde y de Horsa. Pensaba entregar la ciudadela, pero mi bienhechora Viviana me despreciaría por traidor. Le confié mis proyectos y ella disuadió al conde de seguir esta lucha estéril. Horsa y Letur proponen que veinticinco caballeros de cada bando combatan para definir quién es el vencedor.

Cuando Ives comunicó el desafío, éste fué aceptado. A los caballeros del rey Arturo, que eran sólo cinco, se agregaron veinte hombres de armas, entre los cuales Ives eligió al pastor Arven.



Ives ordenó encender un fanal.

El encuentro entre los combatientes fué terrible. Las espadas relampagueaban. Los héroes de Arturo vencieron. El conde Letur cayó para siempre y el gigantesco Horsa fué abatido por Arven.

Los moradores de la fortaleza entregaron las llaves a los vencedores. La condesa Viviana, con el rostro velado, recibió a Ives y le dijo:

—Procuré impedir esta guerra, pero mis ruegos fueron inútiles. Sóis un vencedor noble y justo. Llevaos a Ali. Yo le devuelvo la libertad. Sé que, aunque me profesa la ternura de un hijo, siente nostalgia por su país.

Cuando el ejército regresó triunfante a Camelot, el rey distribuyó feudos, condados y señoríos entre los caballeros. Ives y Arven rechazaron



—Traigo un mensaje del conde —anunció Ali.

Ives y Arven rechazaron las tierras que les ofrecía el rey.





El Hijo del Lobo y Ali estaban encerrados.

esas recompensas, diciendo:

—Las tierras pertenecen a quienes las cultivan.

La mirada del rey de Bretaña se detuvo en Ali. El Hijo del Lobo dijo entonces:

—A él se debe la victoria de tus huestes. La recompensa a que aspira es volver a su patria, junto a su padre el califa Omar.

El monarca accedió y dijo:

—Tú, Ives, le llevarás. Elige la nave que quieras.

Días más tarde, Ives y su protegido subían a bordo del "Pendragón". El Hijo del Lobo, advirtió que el maestro gaviero lanzaba penetrantes miradas a Ali. Se inició la travesía, y una mañana los viajeros trataron en vano de abrir la puerta de su camarote.

—Estamos encerrados —observó Ives, intrigado—. ¿Qué significa esto?

Las cerraduras eran sólidas, y fué inútil tratar de descerrajarlas. Dos horas más tarde se abrió la puerta y en el umbral apareció Aldrico, el gaviero.

—Participé en la captura de este joven moro —declaró—. No puedo volver a su país sin peligro de morir. Mi tripulación tampoco quiere arriesgarse.

—¿Tú tripulación? —interrogó Ives fríamente.

—Sí, el capitán y el piloto están prisioneros en la bodega. Si no quieres reunirte con ellos, no te muestres arrogante.

Ives contuvo su ira para no exponer a Ali.

—Serán desembarcados en el primer puerto —anunció Aldrico.

Al anochecer se desencadenó una violenta tempestad. La vela mayor se precipitó sobre cubierta. Crujía el barco, sacudido por la furia del huracán. Las olas barrían el puente, arrastrando a los tripulantes. Ali consiguió llegar a la escotilla y bajó a la bodega inundada. Allí libertó rápidamente al capitán y al piloto. Este se apresuró a hacerse cargo de la barra, mientras el capitán se trababa en desaforado combate con Aldrico.

Ives se aprestaba a intervenir en defensa del capitán, cuando vió que éste alzaba en sus formidables brazos a Aldrico y lo lanzaba por sobre la borda. El jefe de los amotinados desapareció, engullido por el mar.

—¡Todos a sus puestos! —rugió el capitán.

Los marineros obedecieron con prontitud, debido a que él surgía con la fuerza de un hombre acostumbrado a dominar y a hacerse obedecer.

(CONTINUARA)



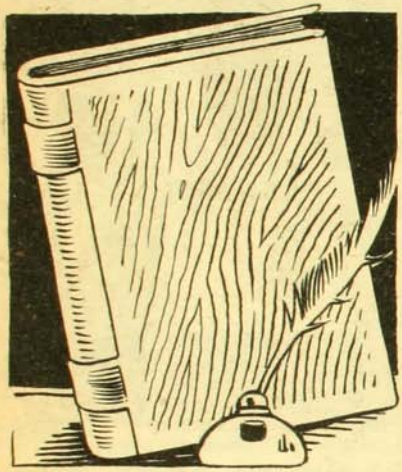
El capitán y el piloto yacían prisioneros.



Aldrico fué lanzado por sobre la borda.

Concurso Semanal

¿QUIEN SOY?



Soy un gran libro, un gran poema épico, escrito por uno de los conquistadores españoles que llegaron a Chile. Soy famoso en el mundo entero. Canto a las glorias del pueblo araucano, a la valentía de Caupolicán; a la bravura e inteligencia de Lautaro. Gracias a mí se conocen los rasgos y virtudes de la primitiva raza chilena.

¿Quién soy?

Envía tu respuesta a Casilla 84-D, revista "Simbad", Santiago, acompañada del correspondiente cupón.

SOLUCION A "SIMBAD" 250: La frase del patriota Manuel Rodríguez que Ponchito no podía recordar es: "Aun tenemos patria, ciudadanos".

PREMIADOS CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Alcides Zambrano, Chillán; Daniel Córdoba Lontué; Rodolfo Muster, Purén; Natividad Ojeda, Quilpué; Sonia Araya, San Fernando; Carlos Pérez, Viña del Mar. *CON $ 20:* Pedro Lacoste, Santiago, Sonia Mendoza, Chillán; Lucía Olguín, Talagante; Magdalena Mendoza, Santiago; René Avila, Concepción María de la L. Alonso, Viña del Mar; Clorinda Pino, San Fernando Juan López, Santiago; Carlos García, Valparaíso; Alvaro Morales Santiago. *CON UN LIBRO:* Patricio Cortés, San Fco. de Limache Ramón Armijo, Cartagena; Víctor Daniel Alarcón, Chillán; Alejandro Castro, Los Angeles; Claudio Venegas, Coronel; Edith Godoy, Viña del Mar; Demófilo Gálvez, Los Andes; M. Gabriela Pérez, Temuco; Elizabeth Chahnan, Loncoche; Alicia Ramírez, Santiago.

Los lectores del interior recibirán sus premios por correo; los de Santiago deben cobrarlos en Avda. Santa María 076 3er. piso, revista "Simbad".

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 252

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. En el coche venía el guardabosque Daniel. Al reconocerlo, los niños brincaron de alegría. Daniel explicó: "—La señora Felisa quiere que regresen. Adopta a Juanita, aceptándola con todos sus hermanos"." Esta formidable noticia causó gran júbilo a los caminantes.





4. Mincho aplaudió: "—¡Espléndido! Me dolían los pies y ahora viajaré en auto". Fué el primero en subir y el último en bajar. Pronto llegaron ante una suntuosa residencia. La señora Felisa les recibió, invitándoles a entrar. "—Bien venidos", dijo, con una gentil sonrisa.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



$ 6.-

SIMBAD

N.º 253

SOLITARIO BILL



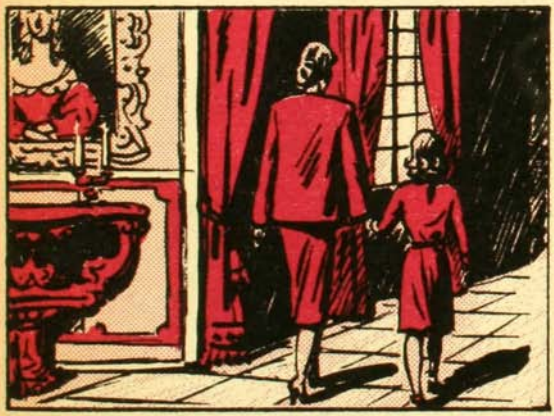
Juan y Juanita

CAPITULO XXXI.—UN MAYORDOMO DESAGRADABLE





1. Juan, Juanita y sus amigos entraron tímidamente en el palacio donde vivía la señora Felisa Hermine. Esta dama, que se había demostrado indiferente y dura con los pequeños vagabundos, cambió de actitud al advertir que Juanita se parecía extraordinariamente a una hija que había perdido.





2. Juan exclamó impulsivamente: "No queremos abusar de su bondad, señora, ni vivir a sus expensas, como parásitos. Dénos trabajo". Felisa Hermine sonrió: "Está bien. Todos tendrán una tarea que cumplir. Hija mía, te llevaré a tu habitación". Cuando ellas salieron, Mincho se instaló en un sillón estupendo.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 7-VII-1954 — N.º 253

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XXXVII.—*Sombras de traición.*

Aurora Caylus, princesa de Gonzaga, protestó con vehemencia:

—¿Creéis que no sabría defender a mi hija porque en mi juventud cedí a las amenazas de mi padre y me casé con el príncipe Felipe de Mantua?

—Señora —contestó Enrique de Lagardere—. En el tribunal de familia dijísteis: "Si mi hija hubiese olvidado por un solo instante la altivez de su raza, yo, velando mi rostro, diría: "¡Nevers ha muerto hasta en mi recuerdo!" No habíais visto aún a vuestra hija única, pero el orgullo habló más alto que el amor. Yo buscaba un corazón de madre y sólo hallé el escudo de la gran dama. Tengo miedo, señora, porque yo comprendo de otro modo el amor de madre...

La princesa lloraba, pero su soberbia no le permitía dejar ver sus lágrimas.

—Me juzgáis sin conocerme —dijo.

—En efecto, señora, os juzgo por una frase. Perdonadme que no pueda esperar a juzgaros de otro modo. Se trata de ella, no de mí, y no tengo tiempo de esperar. En una casa donde no sois el ama, ¿cuál sería el destino de esa criatura? ¿Qué garantías podéis darme respecto a vuestro marido y hasta respecto de vos misma?

Hablad. Son preguntas que os dirijo. ¿Qué vida le habéis prepa-
rado? ¿Qué dicha a cambio de la dicha que va a perder? Ser
rica, ocupará la más elevada posición, tendrá honores, pero, ¿todo
eso habrá de compensarla? No es eso lo que venimos buscando.
Todas las grandezas, todos los homenajes los daríamos por una
palabra brotada del corazón y esa palabra aún estamos esperán-
dola. ¿Dónde está vuestro amor? Vuestra altivez hace enmudecer
vuestro corazón. Tengo miedo, ¿entendéis? Tengo miedo más
que del señor de Gonzaga de vos misma. El peligro está ahí, lo
adivino y si no sé defender a la hija de Nevers de ese peligro
como la he defendido de otros, no he hecho nada, ¡soy un per-
juro!

Se detuvo, esperando una respuesta, pero ella guardó silencio.

—Señora —continuó, esforzándose por aparecer tranquilo—, mi
deber me exige imponeros condiciones. Quiero que Aurora sea di-
chosa y libre y antes que verla sometida...

—¡Señor, os ruego que concluyáis! —dijo la princesa, reprimien-
do su cólera. Después le lanzó estas palabras, que le dejaron es-
tupefacto—: La señorita de Nevers es la más rica heredera de
Francia. Cuando se cree tener una presa semejante entre las ma-
nos, es natural defenderla. En cuanto os vi sospeché vuestras in-
tenciones. Sois joven y apuesto, no tenéis familia y vuestra for-
tuna son las aventuras.



**"Con mi espada de-
fendí a la hija de
Nevers."**

—¡Señora! —murmuró
él—, Dios es testigo de
vuestras ofensas.

—¡Atreveos a negar
que habéis concebido
ese sueño insensato! —
exclamó con voz trému-
la la princesa.

Se produjo un largo si-
lencio. La viuda de Ne-
vers desafiaba a Enri-
que con la mirada. El,
pálido, permanecía en
una actitud indecisa.
Luego, con una voz pro-
funda y grave, repuso:

—No soy más que un



"Aurora era mi hija."

bre gentilhombre. ¿Lo
y siquiera? Mi nom-
e procede de los de-
idos muros donde
rigué mis noches de
ño abandonado. Ayer
a un proscrito y, no
stante, habéis dicho
en, señora, he conce-
do ese sueño, no un
eño insensato, sino un
eño radiante. Vuestras
labras me revelaron
te sueño. Lo ignora-
a...

a princesa sonrió con
onía.

-¡Señora! —prosiguió
agardere—, ¡os lo juro por mi dicha y por mi honor!
ronunció con fuerza las últimas palabras. La princesa le dirigió
na mirada de odio.

-Aún ayer —continuó Enrique—, no tenía más que un pensa-
iento: entregaros a vuestra hija. Digo la verdad, y poco me
mporta ser o no creído. ¿En tantos días de fatiga y de lucha,
ubiera tenido tiempo de interrogar a mi alma? Aurora era mi
ija. Cuando salí de Madrid para venir hacia vos no experi-
nenté ninguna tristeza. Supuse que la madre de Aurora habría
e recibirme con los brazos abiertos. Pero durante el camino, a
nedida que se aproximaba la hora, sentí en mi pecho como una
erida que se agrandaba. Mi boca intentó aún decir: "¡Mi hija!".
Mi boca mentía. Aurora no era ya mi hija. Al mirarla, mis ojos
e llenaban de lágrimas. Ella me sonreía con ternura, sin compren-
er mi emoción.

La princesa, agitando su abanico, murmuró entre sus dientes apre-
ados:

—Vuestro propósito es decirme que ella os ama.

—¡Si no lo esperase así —repuso Lagardere—, querría morir en
ste instante!

Aurora de Caylus se detuvo, para sentarse sobre uno de los ban-

cos de la alameda. Temblaba de ira y resentimiento. ¡Lagarde era el raptor de su hija!

—¿Sabe Aurora el nombre de su familia? —interrogó.

—Se cree una pobre niña abandonada. De mí tan sólo sabe que la he criado —replicó Enrique, sin vacilar.

Y como la princesa levantara involuntariamente la cabeza, añadió:

—Eso os da una esperanza, ¿no es así? Respiráis ahora pensando que cuando ella sepa la distancia que hay entre los dos...

—¿Pero la sabrá? —inquirió con desconfianza la viuda de Nevers.

—Sí, señora. Deseando que sea libre a vuestro lado, ¿he de querer encadenarla al mío? Decidme: "Por la memoria de Nevers mi hija vivirá cerca de mí, libre y en completa seguridad". Decidme eso y os la entregaré.

La princesa no esperaba aquella oferta. Supuso alguna estratagema y quiso oponer la astucia a la astucia. Tendiendo su mano, suplicó:

—Perdonad a una pobre mujer que no ha tenido más que enemigos perversos a su alrededor. Si me he equivocado, señor de Lagardere, de rodillas repararé mi falta.

—¡Señora!...

—Confieso que no era así como debíamos habernos visto. Debí deciros en seguida que las palabras dichas por mí en el consejo de familia fueron provocadas por el aspecto de aquella joven que me presentaron como la señorita de Nevers. En vez de daros esa explicación, me he irritado, pero es que el sufrimiento agria el carácter, y yo he sufrido tanto...



"Cuando salí de Madrid."

—Oiros hablar así es una alegría, señora.

—¿Me creísteis un corazón de mármol? Verla solamente es lo que quiero. Sé cuanto os debo, caballero de Lagar-

lere, y prometo no olvidarlo. Devolvedme a mi hija y accederé a todo, por el nombre de Nevers.

Una sombra de tristeza nubló el semblante de Lagardere.

—No os pido más que el tiempo de advertirla y prepararla. Nos veremos en la glorieta de Diana, dentro de una hora.

La princesa se alejó, pero en cuanto hubo salido de la alameda desapareció su sonrisa.



La princesa desconfió de la joven que le presentaron como señorita de Nevers.

—Tendré a mi hija —exclamaba enloquecida, corriendo a través de los jardines—. ¡La tendré y no volverá a ver a ese hombre! Se dirigió hacia el pabellón del regente. Lagardere se encaminó hacia la caseta del portero Le Bréant. Aurora, que se encontraba allí, se apartó de la ventana y dijo:

—¿Quién era esa mujer?

—¿Qué mujer? —inquirió él a su vez extrañado.

—Esa que estaba hace unos instantes con vos. Es vuestra enemiga, Enrique, ¿verdad? Vuestra mortal enemiga.

El, pensativo, preguntó:

—¿Por qué suponéis que ella es mi enemiga? ¿Iba sola cuando pasó por aquí?

—No, iba con un gentilhombre. Pronunció vuestro nombre. La mujer parecía muy irritada y dijo: "Monseñor".

—¡Monseñor! —repitió Lagardere en voz baja.

—..."Si Vuestra Alteza Real no viene en mi auxilio"...

—Era el regente —dijo Lagardere, estremeciéndose.

—La oí decir también: "Sólo la fuerza podrá reducir esa voluntad indomable".

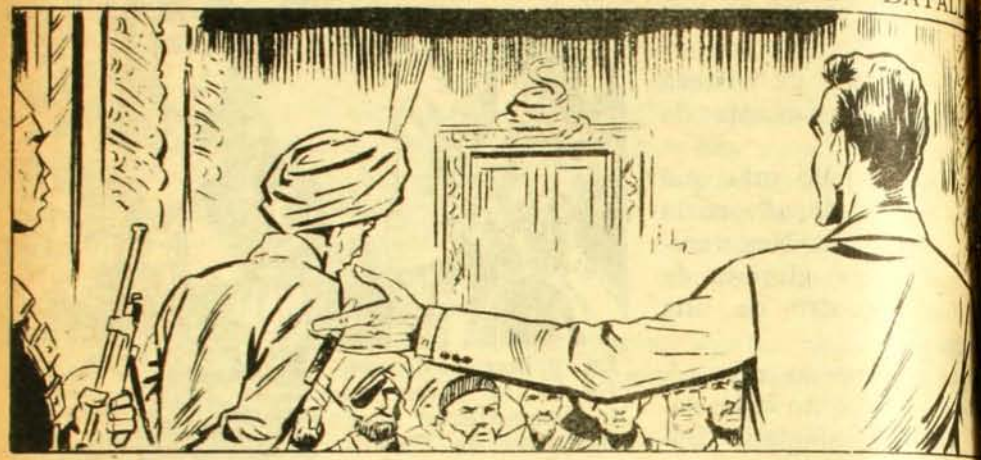
—¡Ah! ¿Fué eso lo que dijo?

—Sí; ¡pero qué pálido estáis, Enrique!

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO XIII.— BATALLA EN LA OSCURIDAD



1. Max Barton, enfurecido porque no pudo evitar que el rajá de Samodar penetrara en su guarida, reunió a sus secuaces en la sala del pitón negra y les dijo: "—Vigilen todas las entradas del templo. Prepárense para combatir". Después añadió con una siniestra sonrisa: "—Yo subiré a la torre con el príncipe Ima".





2. "—¿Dónde está el nativo que fué aprisionado hace algunos minutos?", preguntó a un oriental. Este replicó: "—En la sala de la cobra, tal como tú ordenaste, gran amo". Barton dijo: "—Tráiganlo a mi presencia". Pero cuando el secuaz llegó a la celda, no encontró a Lahal, sino a un extranjero de rostro burlesco.





3. "—¿Quién eres?", preguntó el chino antes de ser golpeado con violencia. Retrocedió vacilante y Pancho Baray, amenazándole con su revólver, advirtió: "—Si das un paso más, te quemo". El forajido repuso: "—No necesito acercarme a ti para matarte, perro blanco". Y un puñal silbó en el aire.





4. Pancho, escabulléndose por los sombríos corredores, gruñó: "—Es imposible conversar amigablemente con estos granujas". Un rumor de pasos lo obligó a esconderse. No tardó en aparecer Max Barton. Detrás de él caminaban dos nativos, llevando prisionero al heredero de Samodar. Baray decidió salvarlo.

EL TEMPLO DE BADAMI



5. "—Hablarás con tu padre, que está ante los muros de Badami —dijo Max Barton—. Si no le dices que se retire, tú morirás en la torre de los buitres. ¿Has comprendido?" Ima asintió en silencio. Luego pronunció ante el micrófono: "—Padre, la secta de Siva no pretende hacerme daño. Regresa tranquilo a Samodar".



6. Ima advirtió que los servidores hindúes de Max Barton se habían retirado y entonces añadió, en idioma gujerati: "Padre, he mentido". El sombrío rostro del monarca de Samodar se iluminó al oír aquellas palabras. "—Síganme —ordenó a sus guerreros—. Mi hijo confía en nosotros."



7. Max Barton sonreía satisfecho, cuando un vocerío que provenía de los sótanos borró la sonrisa de sus labios. "—¿Qué significan esos gritos?", exclamó, desconcertado. Bajó las escaleras de piedra y se halló en medio de una batalla campal. Pancho y Mario zarandeaban a la secta.



8. El jefe de la banda enfocó su linterna. Un certero disparo apagó la luz, mientras continuaba en la obscuridad el concierto de lamentos y golpes. "—¿Cuántos son los atacantes?", se preguntaban los magullados secuaces de Barton. Minutos después Ima oía una voz que pronunciaba su nombre.

(CONTINUARA)

El falso policía



Jim Egan penetró en el bar. No había un solo parroquiano y ni siquiera estaba Tom el cantinero. Detrás de sí oyó el chirrido de las puertas, que oscilaban desde que él las apartó para pasar. Jim sentíase fatigado y tenía la garganta seca. El polvo de la cabalgata ardía en sus ojos. Dejó sobre el mostrador el saquito de oro y observó de nuevo las mesas vacías. Finalmente apoyó su alto cuerpo en el mesón. Entonces, por el espejo manchado y trizado que había frente a él, vió a un hombre que había entrado cautelosamente. Las puertas no rechinaron ni se balanceaban detrás de él. Jim advirtió la expresión de sus ojos. Tenían una mirada que había visto muchas veces en otros semblantes, la mirada de un asesino.

Cuando la pistola apareció en la curtida mano del desconocido, Jim reaccionó instantáneamente. Sin abandonar su posición de displicente cansancio y casi sin moverse, hizo los puntos por el espejo y disparó. El hombre dió un brusco paso hacia adelante, su arma rebotó en el piso y después el cuerpo cayó pesadamente y permaneció inmóvil.

Jim cogió su saco de oro y sosteniendo aún en su diestra el revólver humeante, se inclinó sobre el hombre. Comprobó que estaba muerto. Una sombra se extendió sobre la cabeza inmóvil. Levantando la mirada, Jim vió a un individuo de severas facciones.

—¿Lo conoce? ¿Quién es? —preguntó.
—Joe Colling, el vecino más apreciado de este distrito. Hijo, estás en una condenada situación. La muerte de Joe levantará polvareda.
—Se trataba de él o de mí. Por el espejo le vi coger el revólver. Fuí más rápido que él.
—Nadie te creerá. Por cierto que Joe era un poco huraño, pero nunca dió motivos para que se dudara de su honradez. Además, acostumbraba pagar sus bebidas con polvo de oro. Todos supondrán que tú le arrebataste el oro antes de liquidarlo. Te lo repito, nadie creerá tu versión.
—He dicho la verdad.
—Quizás sí, pero los habitantes de Wolfsburg siempre tienen prisa. No te darán tiempo de explicarte y no serías tú el primer hombre a quien cuelgan del árbol más cercano.
Pareció meditar un instante y luego sugirió:
—Te ayudaré a escapar. Díme dónde dejaste tu caballo. Sale por la puerta trasera y allí me encontrarás.
Minutos después ambos cabalgaban hacia un desfiladero.
—Mi nombre es Bernabé Corvin —declaró el inesperado amigo de Jim—. Tengo aquí cerca mi cabaña. Soy vendedor de caballos.
Media hora más tarde se encontraban en un abrigado retiro. Corvin sirvió café.
—¿Conoces este uniforme? —preguntó después.
—Sí, es de la policía montada —repuso el joven—. ¿Por qué lo guarda usted?
—No tiene importancia. ¿Te agradaría usarlo?
Jim sonrió:
—Soy un fugitivo, ¿verdad?, el menos indicado para llevar ese uniforme.
—Escúchame, Jim. Sabes que soy comerciante en caballos. Los rancheros jamás venden un caballo malo al ejército. Vestido de policía podrás obtener los mejores animales. ¿Comprendes mi plan?
—Sí, y me niego a secundarlo. Usurpar el nombre y el uniforme de la policía es un delito.
—Un delito menos grave que matar a un hombre —pronunció Corvin, lentamente. Por primera vez Jim vió reflejadas la astucia y la maldad en aquel rostro.

—Estás en mi poder —añadió Corvin—. Si no obedeces, te denunciaré como asesino prófugo de Joe Colling.

* * *

Vistiendo el uniforme de la policía montada, Jim había comprado espléndidos caballos en los ranchos cercanos al río Wyoming. Bernabé Corvin no mintió cuando dijo que los rancheros reservaban los mejores animales para la caballería.

Aunque evitaba encontrarse con otros policías, una tarde fué abordado por un hombre alto, de recia apostura.

—Buenas tardes, teniente —le saludó—. ¿Cómo está el viejo comandante Parson?

—Bien, muy bien —balbuceó Jim, deseando clavar las espuelas a su caballo.

—Soy el sargento Sammie —continuó el otro.

A fin de evitar nuevas preguntas, Jim se refirió a la posible guerra con los indios cheyenes.

—He visto señales de humo. Nube Roja es agresivo y no tardará en atacar. Sus guerreros tienen el rostro tatuado con pinturas de guerra.

Sammie guardó silencio. De pronto, emergiendo como demonios, una partida de pieles rojas se lanzó sobre ellos. Estaban emboscados y los policías no presintieron el peligro.

Minutos después se hallaban ante el jefe indio. Este interrogó a Jim.

—Tú hablarás, rostro pálido. Un destacamento de soldados acampa en estas tierras y se prepara a atacarnos. ¿Dónde está?

Jim lo sabía. En su constante preocupación por eludir a "sus compañeros de armas", sabía mejor que ninguno dónde acampaba cada uno de ellos.

—No hablaré —contestó irguiéndose.

—El joven rostro pálido es insensato. Será sometido a torturas y entonces confesará —dijo Nube Roja.

Los prisioneros quedaron vigilados por un indio, mientras se preparaba el poste de los suplicios. Sammie gruñó:

—Menos mal que no sabes la ubicación del ejército. Si no, lo traicionarías, maldito granuja.

Ante la mirada de asombro de Jim, agregó:

—No soy tan estúpido. Sospechaba de ti y, por diversos detalles, he comprobado que eres un impostor.

—Es verdad. Llevo un uniforme que no me pertenece. Pero no



-Nos traicionarás, aldito impostor — ruñó el sargento Sammie.

deshonraré. Sé dónde está el campamento, pero no se lo revelaré a Nube Roja —contestó Jim.

l semblante de Sammie se contrajo.

-¿Lo sabes? —susurró—. Mira, muchacho, nadie resiste a las rturas de los pieles rojas. Hablarás, aunque trates de imponerte lencio. El dolor y la fiebre te traicionarán. ¡Condenada suerte!

m comprendió aterrorizado que Sammie tenía razón. Impulsado or la desesperación, se esforzó por soltar las amarras de sus anos. La soga penetró en su carne, pero él persistió en su into. Por fin pudo librar sus manos. Silenciosamente desató a ammie. Después ambos cayeron sobre el centinela y Jim se apoeró del rifle. Cubriendo la retirada de su compañero, llegaron asta donde estaban los caballos y huyeron.

ronto la distancia apagó los aullidos de los indios y el resonar e los cascos de sus caballos. Cuando ambos fugitivos estuvieron bastante lejos para dejar que sus cabalgaduras avanzaran a aso calmado, Jim refirió su historia a Sammie. Al oír el nombre e Joe Colling, el sargento exclamó:

-Era un ladrón de caballos y un asesino perseguido por la ley. olvin te engañó, para obligarte a que le obedecieras. Nadie te riticará por haber limpiado el distrito de una peste como Colng. En cuanto a Colvin, sería bueno meterlo en la cárcel.

así fué cómo Jim Egan, joven buscador de oro, se vió libre e una falsa acusación.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA





CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXVIII.—EL RAPTO DE LA REINA





1. Altamaha, reina de los semínolas, fingía ser enemiga de Solitario Bill y de sus amigos, pero les ayudó a huir. El hechicero Mano Seca dominaba a la tribu y era un enemigo temible y traicionero. "—Deja salir a la niña blanca", ordenó Altamaha a una vieja india.





2. Sostenida por los nudosos brazos de la india, apareció la grácil figura de Anita, nimbada por su cabellera de oro. Al ver a Solitario Bill, la palidez de su rostro desapareció. El héroe de Texas la abrazó, murmurando: "—¡Anita! ¿Cómo te sientes? ¿Tendrás fuerza para cruzar la pradera?"



3. "—Contigo puedo ir al fin del mundo", contestó ella, con voz suave. Solitario Bill la alzó en sus brazos y siguió a Altamaha, que les condujo al sitio donde pastaban los caballos. "—Ven con nosotros, reina Altamaha", invitó el joven texano. Ella rehusó: "—Debo permanecer con mi pueblo".





4. El rostro de Pluma Blanca se endureció al oír aquella respuesta. Su mirada intensa observaba a la bella india. Su arrogancia de reina no lograba ocultar su tristeza. Pluma Blanca, sin pronunciar una sola palabra, saltó a su caballo. Altamaha murmuró: "—¡El Gran Manitú les guíe!"

SOLITARIO BILL





5. Los jinetes se alejaron. Solitario Bill dijo a Pluma Blanca: "—¿Has olvidado cómo procede un guerrero piel roja cuando quiere que una doncella sea su esposa? Le pregunta: "¿Quieres ser la reina de mi *wigwam* (vivienda)?" Pluma Blanca, aún silencioso, torció bridas.



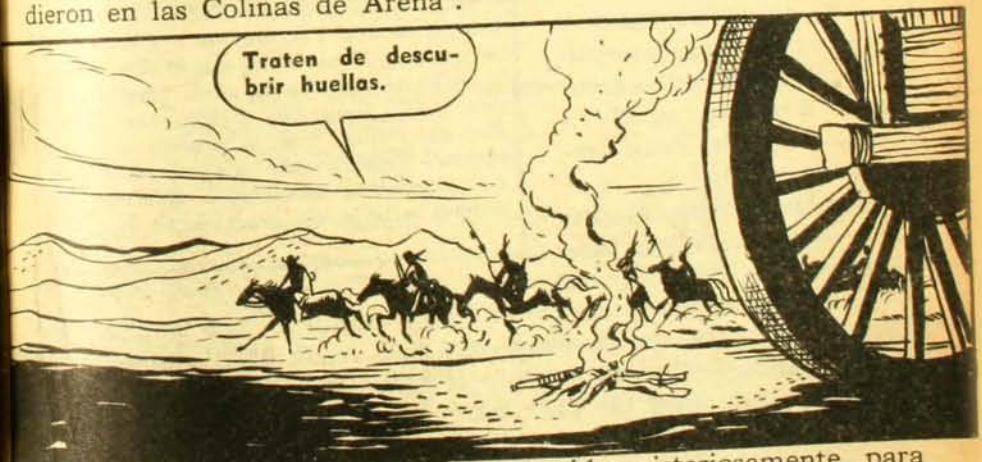


6. Cabalgó velozmente hacia donde Altamaha permanecía inmóvil. Sin detener su desenfrenada carrera cogió a la joven india y luego, llevándola oprimida contra su corazón, se unió a los otros jinetes. Sólo entonces éstos emprendieron la fuga. En ese instante, el hechicero Mano Seca despertó alarmado.





7. "—¡Los prisioneros huyeron!", anunció un semínola. El brujo se precipitó en busca de Altamaha, descubriendo que también ella había desaparecido. Furioso, interrogó a la vieja guardiana, que balbucía aterrorizada: "—La reina y los prisioneros se perdieron en las Colinas de Arena".



8. Quería decir que habían desaparecido misteriosamente, para siempre, por voluntad del Gran Espíritu. Mano Seca derribó de un golpe a la anciana india y luego dispuso la persecución de los fugitivos. Dividió a los jinetes en grupos. Aquel que hallara rastros, enviaría señales de humo.

(CONTINUARA)

LA MALDICION DE LING~SA



CAPITULO IV.—El desafío de la madre Yao.

Wung repitió con lentitud:

—Cuando tus aliados te rescaten, sublime Lin, te hallarán muerta.

Eliana Davis sonrió vagamente. Representaba a Lin ante aquel asiático dominado por el odio. ¿Qué arma podía esgrimir ante él, sino la indiferencia y el desprecio a sus amenazas? Imploraba en secreto para que Lin acudiera pronto. Aquella farsa minaba sus nervios.

—¿Qué respondes, gloriosa? —insistió Wung, malignamente.

RESUMEN: Eliana Davis busca a su padre, desaparecido misteriosamente en Nanking. Conoce a una jovencita china, Lin, quien le propone que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis y también a su propio padre, cuyo nombre no revela. Transforma a Eliana hasta asemejarla por completo a ella. Nadie podría distinguir cuál es la verdadera y cuál es la falsa Lin. Eliana cae en poder de Wung, que le profesa un odio mortal. Cuando sabe que los aliados de Lin acuden a rescatarla, amenaza de muerte a la prisionera.

En ese instante se produjo un gran tumulto. Los montañeses, alarmados, corrían en demanda de sus armas. Una algarabía de voces agudas, de chillidos, pobló el aire. Wung abandonó la sala y Eliana quedó sola. De pronto una voz suave murmuró junto a ella:

—Desaparece por esa puerta.

Los ojos de la niña se dilataron de asombro al reconocer a Lin. Esta insistió:

—¡Rápido!

Sin vacilar, Eliana se dirigió a la puerta señalada, penetrando en un sombrío corredor. Percibió en la obscuridad el rumor de una cortina de bambú. Una mano huesuda la cogió para guiarla en la sombra. Minutos después bajaban unas gradas y luego de caminar en completo silencio, salieron al exterior. Estaban lejos del cuartel de Wung.

Mientras tanto, el jefe de la banda regresaba a la sala donde había abandonado a su prisionera y dijo entredientes:

—Falsa alarma.

Lin sonrió. Algo indefinible en aquella sonrisa estremeció a Wung. El temor del cual se creía libre, lo apresó de nuevo, como una garra invisible.

—Ni uno solo de tus hombres ha penetrado en mi refugio —pronunció con firmeza.

—¿Estás seguro, Wung?

Era la misma voz que le había preguntado antes: "¿Wung está seguro de que tiene en su poder a la inofensiva Lin?" Pero esta vez el oriental retrocedió, aterrado.

—Mis servidores pueden rodearte y tú no los ves —continuó Lin implacable—. Si yo lo ordenara, un puñal se clavaría en tu espalda, sin que presintieras el peligro.

El rostro de Lin era una máscara blanca y sólo sus ojos parecían tener vida.

Wung temblaba.

—Si el mísero Wung no se postra a mis pies pidiendo perdón, se reunirá con sus antepasados.

El chino se inclinó, murmurando:

—No quise ofenderte, sublime Lin.

Los ojos de ámbar continuaban fijos en el contraído semblante de Wung.

—La muerte lenta será tu castigo si te cruzas otra vez en mi camino.

Luego de pronunciar estas palabras, Lin retrocedió y minutos después desaparecía por la misma puerta secreta, por donde hubiera Eliana. Wung, aterrado, sólo vió que se desvanecía en la penumbra. Después, reaccionando, llamó a gritos a sus sirvientes. Estos registraron la habitación, sin hallar rastros de Lin.

La extraña jovencita se reunió con Eliana y con un chino de descarnada figura. Su piel amarillenta sólo parecía recubrir huesos.

—Vamos, Ti-Huen —indicó Lin.

En dos mulas de paciente trote emprendieron el regreso a ciudad. Cerca de la desembocadura del río, Lin descabalgó, junco que parecía estar esperándola, se acercó a la ribera. A b do apareció la voluminosa figura de un oriental. Con un p bamboleante, acentuado por el vaivén de la embarcación, atra só una tabla colocada a manera de puente. Inclinándose en re tidas reverencias ante Lin, murmuró:
—Que Kuan-Yin, la dulce diosa de los "Cien Brazos", te b diga.
Lin no replicó una sola palabra. Con un imperceptible adem despidió a Ti-Huen.
En seguida se alejó en dirección a su casa. Eliana la seguía silencio.
Cuando estuvieron en la apacible y acogedora vivienda, Lin p paró comida, dispuso un baño para Eliana y ordenó el lecho.
—Necesitas descanso. Me imagino que habrás pasado una noc horrorosa en la pocilga de Wung.
—¿Por qué Wung te odia tanto? —interrogó Eliana.
—Después te lo diré. No tiene importancia.
La hija del doctor Davis hubiera deseado expresar todas las pr guntas que acudían a sus labios. Lin era desconcertante y estab rodeada de misterio.
—Wung sugirió que sabía dónde estaba tu padre —declaró.
Lin, sin inmutarse, repuso:
—Wung miente. Es un ciego que quiere apoderarse de una li terna, sin comprender que esa luz sería inútil para sus ojos.
Cuando Eliana estuvo abrigada en el lecho, le sirvió el almuerz y después indicó:
—Duerme, hermanita menor.
Inconscientemente, Eliana se sumió en un profundo sueño. Dur mió hasta el día siguiente. Al abrir los ojos, vió junto a ella l silueta desvaída de la madre Yao.
—¿Cómo te sientes, Lin? —preguntó la anciana, con su voz fin y cautelosa.
El corazón de Eliana latió con fuerza. De nuevo enfrentaba aque lla mirada vaga y dulce. Temió que esta vez la anciana descu briera que no era en realidad su nieta Lin, sino una impostora.
—Has dormido mucho —continuó ella, apaciblemente—. Te pre pararé una taza de té.
Se percibió en el exterior el roce de las ruedas de un riska. Elia-



—No quise ofenderte, sublime Lin —murmuró Wung.

na, deseando huir de la madre Yao, ansió hallarse en esas calles que conocía tan bien, con sus vagabundos muertos de hambre y la fanfarria de los vendedores callejeros.

—Alguien viene —susurró la madre Yao—. Levántate, Lin.

La niña obedeció presurosa. Un visitante cruzaba después el umbral de la casa. Era un chino de estatura gigantesca y mirada penetrante.

—Chien te saluda, honorable Lin —dijo, inclinándose.

Eliana, temblorosa, inclinó levemente su cabeza.

—Dije que te visitaría para disipar las dudas de mi espíritu.

Sin comprender, sin saber cómo conducirse, Eliana continuó inmóvil, sin despegar los labios.

—Lin desconcierta a sus enemigos... y a sus amigos —agregó Chien.

En ese instante, la breve mano de la madre Yao apartó la cortina.

Se acercó a Lin, deslizándose como una figura etérea que parecía surgir del pasado. Vagamente Eliana pensó que se desvanecería como un fantasma y por primera vez deseó que la madre Yao se mantuviera junto a ella. Se sentía protegida y sólo entonces

su mirada se cruzó con la de Chien. Descubrió que el chino e
taba desconcertado.
—Si Chien desea interrogar a Lin, puede hacerlo —dijo Elian
El visitante se inclinó en silencio.
—¿Chien no ha oído a la hija de mi hijo? —inquirió la madr
Yao, impaciente—. Chien se presentó con el propósito de int
rrogar y ahora sus labios están sellados. ¿Por qué?
La dulzura de la anciana desapareció bruscamente. Ahora se ve
agresiva y amenazante. Era pequeña y delgada, una figurilla d
marfil opaco, desgastada por los años. Y, sin embargo, imponí
respeto y temor en aquel instante. Su actitud evocó en Eliana e
recuerdo de Lin. Sin duda tenían la misma sangre en sus vena
y el mismo poder en su mirada y en su voz.
La estatura gigantesca de Chien parecía haberse reducido.
—¿Chien continúa en silencio? —insistió la madre Yao—. ¿No
es un amigo, un aliado, sino una carroña ambulante? Chien es
un gran jefe ante los hombres, pero antes dos mujeres humilde
se inclina y permanece mudo. Su conciencia no está tranquila.
Chien miente. Su mirada no es recta.
—Madre Yao, no seas cruel.
—Kuan Yin, la diosa de la Piedad, sería clemente con tu cora-
zón falso.
El rostro del oriental se crispó, mientras sus ojos oblicuos refle-
jaban la alarma.
La anciana continuó:
—Esta noche es la reunión de los Cien.
Vagamente Eliana relacionó aquellas palabras: Kuan-Yin...cien.
En la mañana las había pronunciado el chino del junco. Ahora
la madre Yao las repetía como si encerraran una consigna... o
una amenaza.
"Sí, es una amenaza secreta —reflexionó la niña—, de otro mo-
do, Chien no estaría tan espantado."
—En la reunión de los Cien no podrás mentir —observó la an-
ciana—. Entonces te interrogaré. ¿Tendrás valor para oír mi voz,
para sostener la mirada de mis ojos? Te desafío a enfrentarme
entonces. Las preguntas no surgirán de tu boca, sino de la mía.
¿Irás?
—Sí, madre Yao. Iré.
Inclinándose en repetidas reverencias, Chien retrocedió hasta la
puerta. Después se oyó otra vez el roce de las ruedas del riska
contra el empedrado, esta vez alejándose.



no de los juncos se proximó a la ribera.

—¿Estás fatigada aún, hija de mi hijo? —preguntó la madre Yao a Eliana—. Vuelve a tu lecho de descanso ahora que el impertinente Chien se ha ido.

Eliana había descansado bastante, pero decidió acostarse de nuevo. Así se apartaría de la inquietante abuela Yao. La ausencia de Chien la convertía de nuevo en un peligro.

"Me protegió de Chien, pero ahora, ¿quién me defenderá de ella?", pensó, estremeciéndose.

Temía ser descubierta. Por cierto que la verdadera Lin daría explicaciones, pero en ese momento no se hallaba en la casa. No podía aplacar la ira de su honorable abuela.

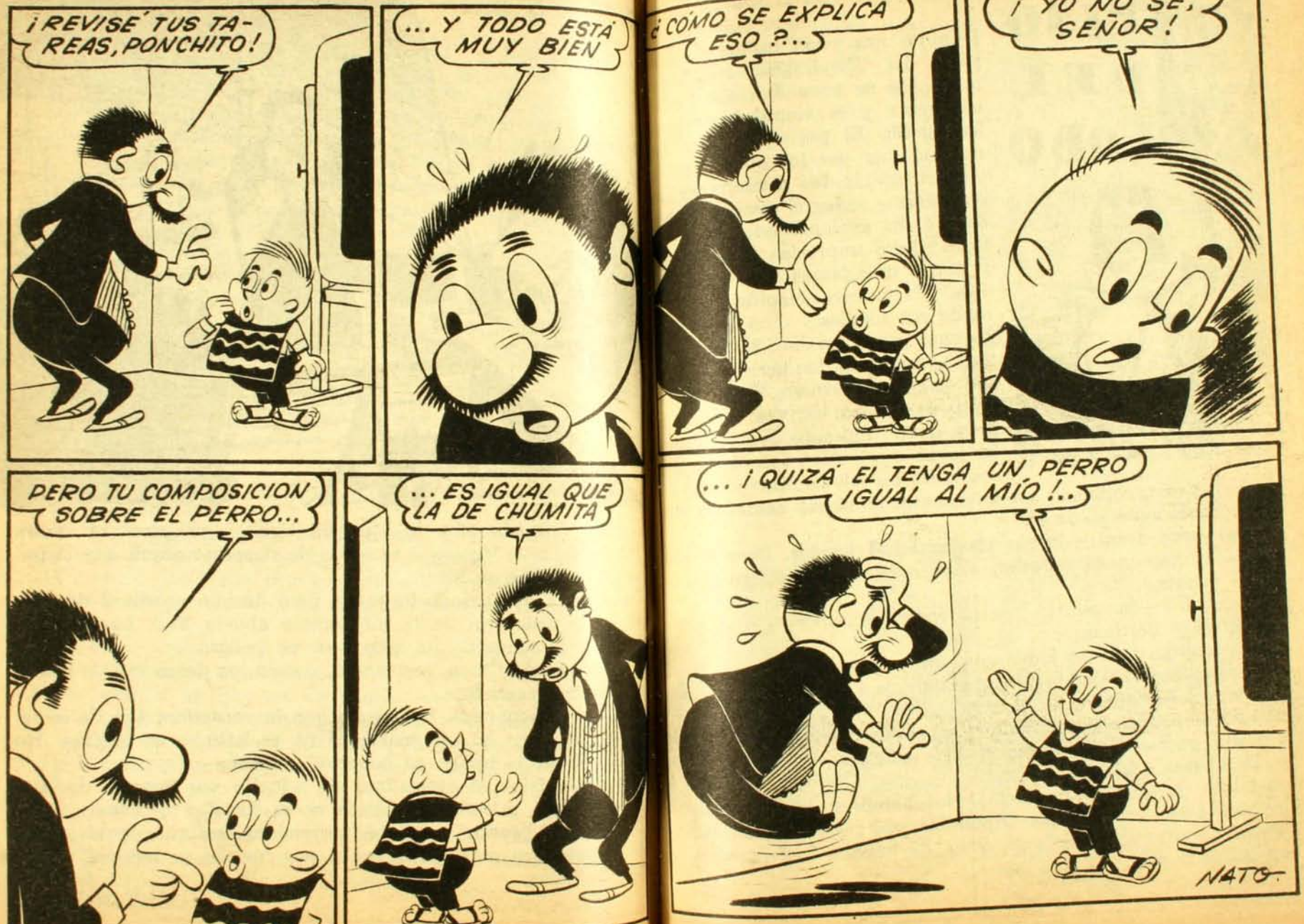
Recordó la frialdad aterradora de aquella voz cuando decía a Chien: "Chien miente. Su mirada no es recta".

"Lin, regresa pronto", imploró, ansiando el retorno de la jovencita, quizás con más vehemencia que cuando se hallaba prisionera de Wung.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato





CAPITULO VIII.—Persecución en el mar.

Durante una recia tormenta, el capitán del "Pendragón" recuperó el mando de su nave. Las olas barrían el puente y el viento hacía gemir las jarcias. El gaviero Aldrico, lanzado al mar por los poderosos brazos del capitán, fué devuelto por una ola enorme y logró asirse a la borda. En las profundidades había visto el rostro impreciso de la muerte y pensó que jamás retornaría a la vida. Permaneció inmóvil, recuperando sus fuerzas.

La tempestad amainó. Los tripulantes, fatigados, se tendieron a descansar. Algunos dormían. Entonces Aldrico se deslizó hacia el castillo de proa, donde reposaba Ives el Lobo. El joven moro Ali observó con desconfianza los felinos movimientos del gaviero. Comprendiendo sus intenciones, lo siguió cautelosamente y de pronto saltó sobre él.

—¡Despierta, Ives! —gritó, reteniendo al traidor. Pero el Hijo del Lobo continuaba dormido. Algunos hombres se irguieron sobre el puente.

—Es Aldrico —susurraron con supersticioso temor—. Aldrico que ha regresado del mar.

Entonces el gaviero les habló con voz tonante:

—El caballero del rey Arturo nos conduce a un país maldito. Regresemos a Bretaña.

De nuevo recuperaba su dominio sobre los bretones, incitándoles al motín, pero en ese instante el vigía anunció:

—*¡Drakkares* a la vista!

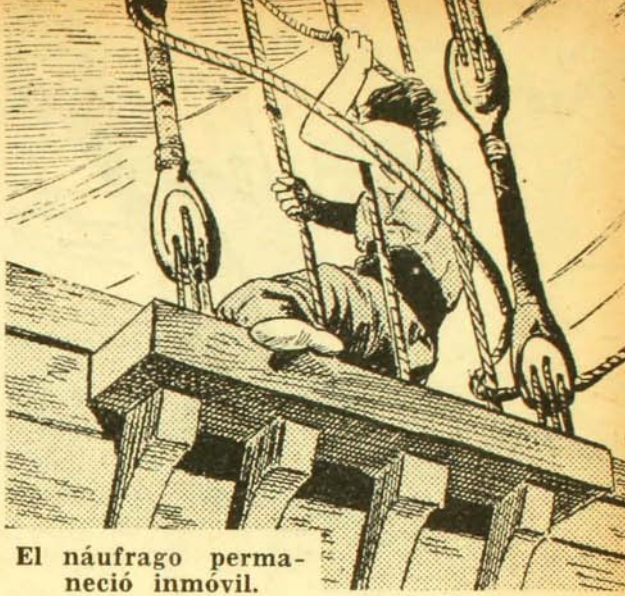
Un hálito de terror estremeció a los hombres del "Pendragón". Las *drakkares* eran barcas tripuladas por piratas escandinavos. Cuatro de ellas avanzaban en línea de batalla. Los remos volaban sobre el mar.

Olvidando su resentimiento, Aldrico exclamó:

—¡Preparad la defensa!

Ives se había incorporado y observaba la flota enemiga. Conocía a los normandos, su afición por el peligro, su desprecio a la muerte y la avasalladora fuerza de sus asaltos. Incursionaban por las costas de Bretaña y Francia.

El combate era inevitable. Los garfios de abordaje hendieron el aire.



El náufrago permaneció inmóvil.

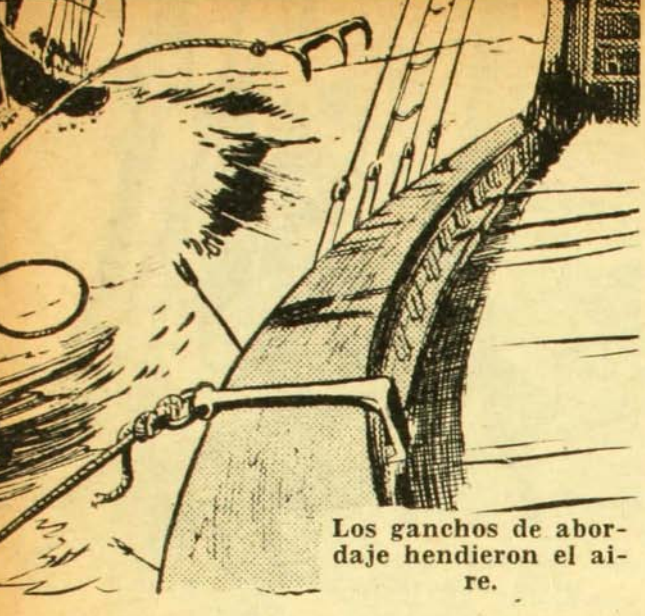
Ambas tripulaciones se trabaron en denodada lucha. Sorprendidos por la resistencia de los bretones, los atacantes empezaron a replegarse, y por fin decidieron huir, llevando prisioneros a Ali y a Aldrico. La ligereza de sus barcas les permitió distanciarse antes que a bordo del "Pendragón" se descubriera el rapto.

—Debemos perseguir a los *drakkares* —ordenó Ives.

El navío, vacilando sobre la cresta de las olas, corría en seguimiento de las veloces embarcaciones normandas. El sol se ocultó



Impulsadas por sus remos, cuatro DRAKKARES se acercaban en línea de batalla.



Los ganchos de abordaje hendieron el aire.

en el horizonte. Cuando alumbró de nuevo, aún el "Pendragón" seguía la ruta.

Ives, sin apartarse del timonel, midió la altura del sol.

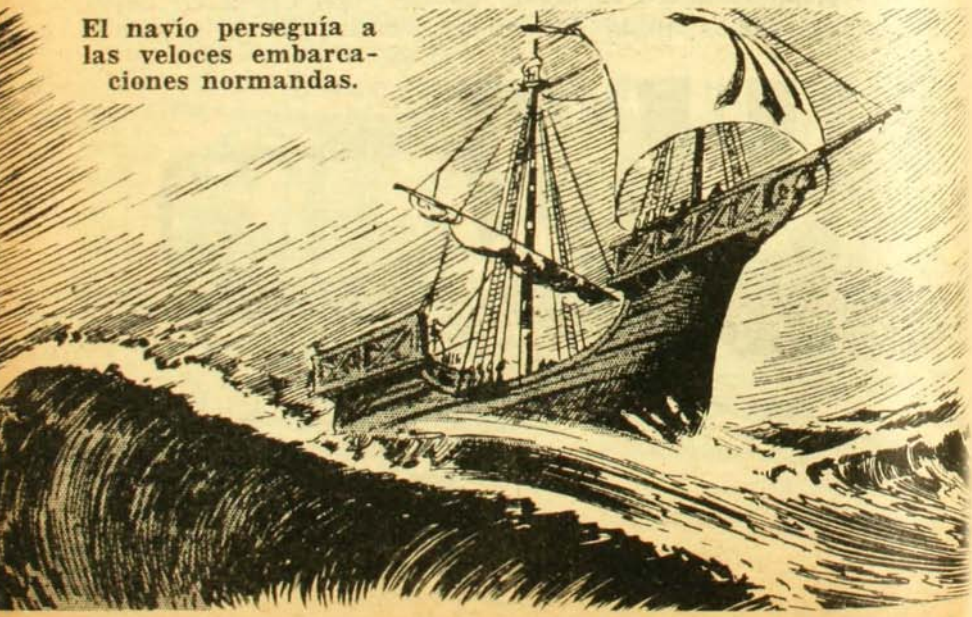
El barco navegaba rumbo al norte. A mediodía se avistó una isla rodeada de arrecifes. En la distancia se perfilaban dos *drakkares*. Ives ordenó soltar todas las velas. La maniobra era peligrosa, a causa de la fuerza del viento, pero los marineros eran hábiles. Crujió la nave al ser embestida por la ráfaga, inclinándose a estribor. Luego recuperó el equilibrio.

—¡A toda vela! —gritó Ives.

Sin embargo, era difícil alcanzar a la barca escandinava.

—Ali y Aldrico van a bordo —observó el joven héroe—. Es preciso detener a esa embarcación.

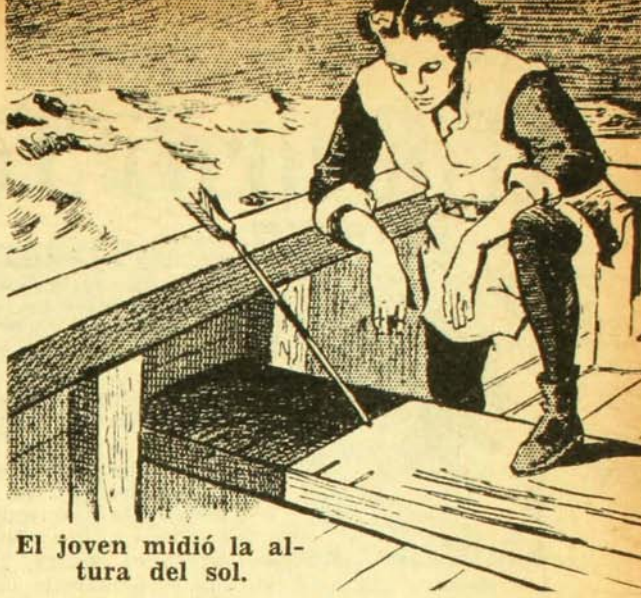
El navío perseguía a las veloces embarcaciones normandas.



e dirigió con rapidez su cabina, reapare-iendo con un arco norme. Ante la mirada tónita de los bretones, justó una flecha de uatro puntas.

—No comprendo su in-ención —susurr a b a n os marineros—. ¿Pien-a que las barcas son enados? Estamos en el nar, pero él se cree en leno bosque.

Aquella arma de caza-lor les intrigaba. ¿Cómo detendría al veloz *drakkar*? Sin advertir el estupor de los bretones, Ives dirigió la flecha hacia la vela normanda. El dardo silbó en el aire, clavándose en la tela. Después los cuatro piques abiertos fueron desgarrados por la fuerza del viento. Entonces la embarcación pirata se detuvo con brusquedad, girando sobre sí misma.



El joven midió la altura del sol.

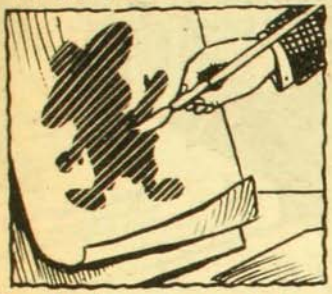
(CONTINUARA)



Ives ajustó una flecha de cuatro puntas.

Concurso Semanal

EL RETRATO HABLADO



Cuando los detectives desean apresar a un bandido, buscan a los testigos que puedan dar algunos datos sobre su aspecto físico. Un retratista va dibujando los rasgos del delincuente conforme a las descripciones. Nosotros solicitamos de nuestros lectores que nos ayuden a averiguar quién es una personita, muy popular en "SIMBAD", a quien se le acusa de no haber asistido a clases. Este es su retrato hablado: tiene ojos grandes y redondos; usa sombrero alón; vive con su abuelita; no compra zapatos en tienda: los que se pone son de confección casera; y, por último, jamás anda con abrigo, sino con manta. ¿Quién será?

Los lectores que acierten con el personaje de este retrato hablado deben enviar su respuesta a "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" 251: El título era LA MALDICION DE LING-SAI.

Entre los lectores que enviaron respuestas acertadas, se premió a los siguientes: CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Erich Pérez, Penco; Carmen González, Rancagua; Zirpa San Martín, Purén; Federico Villagra, Angol; Luis A. Blas, Curicó; Emilia Lolas Gómez, San Felipe. CON $ 20: Pedro Forbech, Santiago; Patricio Ríos, Freire; Iris Medina, San Carlos; Sergio Segal Tíger, Santiago; Isabel F., Ovalle, Teno; Gastón Wüthrich, Santiago; Delia Cerna, Talcahuano; Rose Marie Rudge, Santiago; Cristina Nazal, Santiago; Tomás Zierer, Santiago. CON UN LIBRO: Néstor Ruiz, Quilpué; Margarita Gatica, Parral; Heraldo Valencia, Lota Alto; Fernando J. Castillo, Santiago; Juan Erazo, Valparaíso; Luis Valenzuela, Santiago; Alejandro Jorge, Angol; Eduardo Arriagada, Santiago; Ana Reichelt, Concepción; Berta Villagrán, Molina.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 253

Correspondencia

ALFONSO TAPIA, BRUNILDA OPAZO, MARTA MENDEZ.— Simpáticos lectores sureños, siempre fieles a la pequeña gran revista "Simbad", que es su preferida, aplauden las seriales "Maldición de Ling-Sai", "Solitario Bill" y "El Hijo del Lobo". Agradecemos sus elogiosos conceptos.

MARIA REBECA ARANCIBIA, NORA CARDENAS SOTO, SONIA CONTRERAS.— Trataremos de complacerlas, pero los cuentos que ustedes desean ver publicados en "Simbad" se dieron anteriormente. En breve habrá otras novedades.

ROXANE

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. "—Yo siempre pensé que había nacido para vivir en un castillo", declaró, acariciando los brazos del sillón, tapizados de raso. Pero las impresiones de gran señor que estaba experimentando Mincho, terminaron bruscamente con la aparición de un estirado mayordomo, que les invitó: "—Síganme, pelusas".





4. "—Vamos siguiéndote, Frankestein", contestó Mincho. Minutos después, el mayordomo les señalaba dos amplios dormitorios. "—Aquí dormirán y por cierto que no como angelitos", comentó con agria ironía. Juan respondió: "—Si le desagrada nuestra presencia, dígalo con franqueza".

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



S AVENTURAS DE TROMPITA

SIMBAD

N.º 254



$ 6.-

Juan y Juanita

CAPITULO XXXII.— Un pérfido enemigo.





1. La señora Felisa Hermine, que poseía una gran fortuna, suplicó a Juanita que permaneciera en su casa, porque la recordaba a su perdida hijita Lidia. Junto con la niña, fueron hospedados su hermano Juan y sus amigos. El mayordomo Roque acogió con hostilidad a los huérfanos.





2. "—Esto se ha convertido en un asilo —refunfuñaba—. Haré que esos vagabundos se vayan." El pérfido individuo colocó un valioso jarrón ante la puerta de la habitación ocupada por Juan y sus compañeros. Cuando éstos salieron, uno de ellos volcó el jarrón, que se quebró.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 14-VII-1954 — N.º 254

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10



El jorobado

CAPITULO XXXVIII.—*Dos corazones.*

Cuando Aurora declaró que había oído hablar con el regente de Francia a una mujer desconocida, Enrique de Lagardere palideció. Aquella mujer era la princesa de Gonzaga que, luego de mostrarse cordial e incluso humilde ante él, recurría a Felipe de Orleáns.

—¡La violencia! —exclamó Enrique, reprimiendo su ira—. ¡La violencia después de la astucia! ¡Egoísmo! ¡Perversidad de corazón! Me engañó. Lo comprendo ahora. Desean cercarme, separarnos...

—¿Separarnos? —repitió Aurora, estremeciéndose—. ¿Quién es esa miserable mujer?

—Aurora —murmuró él—, no hay que decir nada contra ella.

La expresión de su rostro era tan extraña, que Aurora retrocedió espantada.

—¡En nombre del cielo! —gritó—. ¿Qué ocurre?

El, dominado por la desesperación, pronunciaba frases incoherentes:

—¡Mi conciencia! ¡Qué terrible sufrimiento entre mi deber y mi amor! ¿Tiene derechos esa mujer? ¿Pero no los tengo yo también?

—¡Enrique! ¡Enrique! —suplicó Aurora—. Calmaos y explicadme.

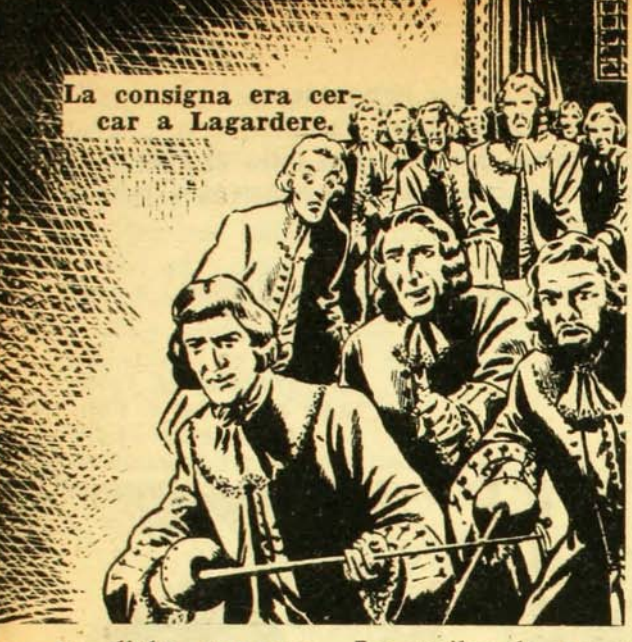
—Soy un insensato. ¿Quién me dice que seríais dichosa a mi lado?... ¡Pero estáis llorando!
—Lloro por veros así —balbuceó la pobre niña.
—¿Lloráis ahora? Más tarde, si os viese llorar, moriría.
—¿Por qué habría de llorar?
—¿Lo sé, acaso, Aurora? ¡Dios mío! ¿Sé siquiera si me amáis?
Enrique la contemplaba con ansiedad.
—¿Me preguntáis si os amo, Enrique? ¿Vos...?
Lagardere le puso la mano sobre la boca. Ella le besó y él se apresuró a retirarla, como si temiera la ardorosa proximidad de sus labios.
—Perdonadme —repuso—. Estoy trastornado. Y, sin embargo, es preciso que sepa la verdad. Reflexionad bien. Respondedme os lo ruego, con vuestra conciencia, con vuestro corazón.
—Os responderé como a mi padre, Enrique.
El se puso pálido y cerró los ojos.
—No me deis ese nombre —murmuró tan débilmente, que Aurora apenas pudo oírle. Después añadió—: Cuando yo era niño los hombres de treinta años me parecían viejos.
Su voz temblaba cuando preguntó:
—¿Qué edad me suponéis?
—¿Qué me importa vuestra edad, Enrique?
—Quiero saberlo.
Y permanecía como un culpable que espera su sentencia.
—No sé vuestra edad, pero ese nombre de padre que hace un momento os daba, ¿he podido pronunciarlo alguna vez sin sonreír?
—Cuando vos vinísteis al mundo, yo era ya un hombre.
—Cierto —respondió ella—, puesto que pudísteis tenerme en una mano mientras manejabais la espada con la otra.
—Os lo ruego, no me miréis a través de vuestra gratitud, vedme tal cual soy...
Ella, colocando sus manos temblorosas sobre los hombros de él y mirándole profundamente, susurró:
—No hay para mí en el mundo nada mejor, más hermoso y más noble que vos, Enrique.
Lagardere la estrechó contra su corazón. Hubo un largo silencio. Sus labios no se rozaron.
—¡Gracias, Aurora! ¡Gracias! ¿Podré creer...?
—Podrás creer que te amo —repuso Aurora, ahogando el sonido de su voz en el hombro inclinado sobre ella.

—Soy muy dichoso. Espero que nunca lamentes...
—¿Qué he de lamentar, estando a tu lado?
—Hoy has visto algo de la corte, del lujo, has oído el rumor de la fiesta. Has visto a las damas que pasaban sonrientes porque tienen castillos, palacios, familia...
—Mi familia eres tú.
Lagardere, deseando la prueba completa, hizo un llamado a todo su valor y sugirió:



La princesa de Gonzaga recurría a Felipe de Orleans para vencer a Lagardere.

—Esas mujeres tienen madre...
Aurora palideció intensamente. A través de sus párpados cerrados brilló una lágrima.
—¡Una madre! Después de vos, es en mi madre en quien más pienso, Enrique.
En sus bellos ojos se leía una ardiente plegaria.
—¡Oh, si tuviera también aquí a mi madre! Si la oyese llamarte "hijo mío", ¿no sería eso el paraíso? Pero si me viera obligada a escoger entre ella y vos...



La consigna era cercar a Lagardere.

Respiraba agitadamen y en su semblante reflejaba una hond tristeza. Lagardere, a sioso, aguardaba.

—Quizás esté mal que voy a decir —ar culó ella, con dificu tad—, pero si tuvie que elegir entre mi m dre y vos...

No pudo terminar y c yó en los brazos de E rique, estremecida. El sostuvo, exclamando:

—¡Dios mío que no juzgáis! Vos me dais es ta dicha suprema. La recibo de vos y juro que será dichosa.

El cielo era testigo de aquel gran amor.

Lagardere se cubrió de nuevo con su dominó negro y Auror ocultó su rostro con el antifaz rosa. Al salir, vieron a dos hom bres sentados en las gradas. Reconociendo a Pasepoil y Cocardas Lagardere ordenó:

—¡En pie!

Ambos espadachines brincaron. La noche era obscura. Ya no que daban faroles en el jardín. Distinguiendo los mosquetes de lo guardias franceses en el extremo de la avenida, Enrique preguntó

—¿Qué significa eso?

—Intentan cercaros —gimió Pasepoil.

—¿Estáis de mi parte? —preguntó Lagardere a sus antiguo maestros de esgrima.

—¡A vida y muerte! —contestaron en dúo.

—¿Han relevado la guardia de las puertas?

—Han puesto doble número de guardias.

Un ruido sordo se produjo entre el follaje, como si de todos la dos fueran aproximándose los hombres con precaución. Lagarder y sus compañeros no podían ver en aquellas densas tinieblas.

—Escuchadme. Tenemos que arriesgar el todo por el todo. No o ocupéis de mí. Tengo un disfraz con el que podré engañar a mis perseguidores. Llevaos a esta joven. Entrad con ella en la an

cámara del regente. La puerta de maese Le Breant está al fi-
l del primer corredor. Después de llegar enmascarados, le di-
is: "De parte del que está en el jardín en vuestra caseta..."
s abrirá la puerta de la calle e iréis a esperarme detrás del ora-
rio del Louvre.
esando la mano de Aurora, susurró:
-¡Valor! Esta es nuestra última prueba.
lla se alejó, escoltada por los dos valientes.
-¡Eh! —prorrumpió un soldado—. Habéis tardado en hallar el
mino de salida. Esto es sospechoso.
-Amigos —dijo Cocardase—, es una señorita del cuerpo de
ile.
partó tranquilamente a los que se hallaban ante él y añadió con
scaro:
-¡Su Alteza Real nos espera!
os soldados se echaron a reír y abrieron paso.
ocardase y Pasepoil no sospecharon que les acechaba otro peli-
o. Ocultos en la arboleda, había dos hombres en acecho: Gon-
ga y Peiroles. El príncipe murmuró algunas palabras al oído de
confidente y éste, seguido de media docena de canallas, se
nzó tras los pasos de ambos espadachines.
e Breant no puso inconveniente para abrir la puerta. En realidad
abrió dos veces: la primera para Aurora y su escolta y la se-
unda para Peiroles y
us cómplices.
agardere se había des-
izado hasta el extremo
el sendero para ver si
urora llegaba sin tro-
iezo al pabellón. Cuan-
o quiso regresar, ad-
irtió que un piquete de
uardias franceses ce-
raba la avenida. El ca-
itán, con la voz alte-
ada por el temor, gritó:
-¡Alto, señor caballe-
o! No hagáis resisten-
ia, porque os rodean
or todas partes.

(CONTINUARA)



Cocardase y Pasepoil ofrecieron sus espadas a Enrique.

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO XI

SALVAMENTO





1. Ima, príncipe heredero de Samodar, se encontraba en la torre de los buitres cuando Mario Laurenti, Pancho Baray y el guía Lahal llegaron a salvarle. Ambos detectives dejaron fuera de combate a los secuaces de Max Barton. Lahal se arrodilló ante su príncipe, mientras Mario le desataba las manos.





2. Ima cogió de nuevo el micrófono y anunció a su padre: "—Tus amigos blancos me libertaron. Pero estamos bloqueados en la torre. Ven pronto con tus guerreros". Los sitiados alzaron sus brazos para que el rajá viera realmente que no se trataba de una emboscada. "—¡A la carga!", ordenó el monarca hindú.





3. Mientras tanto Max Barton golpeaba furiosamente la puerta de acceso a la torre. Baray la había cerrado y sopesando en su mano la enorme llave, respondió: "—No entres, amigo Barton. En esta terraza hay muchas corrientes de aire y puedes resfriarte. Quédate tranquilo".





4. En ese instante se oyó el ronquido de un motor. "—¡El helicóptero que envían de Bombay! —exclamó Pancho—. Ese mosquito nos llevará por el aire." Súbitamente resonaron varias detonaciones. "—Max Barton intenta descerrajar la puerta a balazos —indicó Mario—. ¡Protéjanse!"

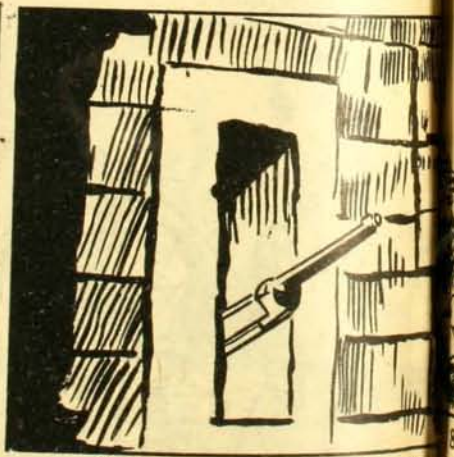
EL TEMPLO DE BADAMI





5. Lahal cayó herido. El helicóptero planeaba sobre la torre y dejó caer una resistente soga. Mario indicó a Ima: "—Su Alteza será izado primero". Pero el príncipe contestó: "—Lahal necesita atención médica. Debe ser ascendido antes que nadie". Un enfermero recibió al joven guía.





6. En seguida los detectives ataron sólidamente al heredero de Samodar. La cuerda fué recogida por segunda vez y el esbelto cuerpo de Ima se balanceó en el espacio. El cañón de un rifle asomó siniestramente por una ventana. Max Barton no se resignaba a ser derrotado.





7. El proyectil cortó la cuerda y el príncipe se precipitó en el vacío, cayendo en un lago. Ante la trágica escena, el rajá desfalleció de terror. Sus servidores que con un ariete intentaban derribar la puerta baja, detuvieron su faena, espantados. Sólo Mario conservó la calma.





8. Sin vacilar se lanzó desde la torre, sumergiéndose en las aguas. Rescató a Ima y lo entregó al rajá, que balbuceó emocionado: "—Sahib, mi gratitud es eterna". Barton, ignorando aquel salvamento, dijo: "—Ahora ajustaré cuentas con los detectives entrometidos. Merut, ven conmigo. Tú sabes disparar".

(CONTINUARA)

El vengador invisible



—Te encontré un empleo, hijo —anunció Pablo Román—. Serás el ayudante del señor Julio Brandón.

—¿Es un detective, papá? —interrogó Tito, ansiosamente.

El padre contuvo un ademán de impaciencia. Su esposa intervino con dulzura:

—Niño, ¿por qué no renuncias a tal idea? Esa es profesión para hombres experimentados. Te verías sin defensa ante el peligro.

—Bien, ¿qué empleo es? —murmuró Tito, con desaliento.

—En una oficina de seguros de incendios.

El día lunes, Tito se presentó a su ocupación. En su rostro no se leía el menor entusiasmo. La secretaria, como si no advirtiera el aburrimiento reflejado en aquel semblante infantil, sonrió y dijo:

—¿Es usted el nuevo ayudante del jefe? El señor Pruner lo recibirá.

El señor Pruner estaba parapetado tras enormes montañas de polizas de seguros y de informes. Era un hombrecillo de faz amarillenta y ademanes nerviosos. Sin embargo, estrechó con gesto cordial la mano de Tito.

—Espera aquí al patrón, coleguita.

La voz afectuosa de Pruner disipó un poco el desaliento de Tito. Y más tarde, cuando conoció personalmente a Julio Brandon empezó a sentirse mejor.

—Tenemos faena —dijo Brandon—. Vamos.

Minutos después se detenían ante un edificio que antes había sido un gran almacén. Ahora parecía un esqueleto de fierros negros y retorcidos. Brandon avanzó entre las humeantes cenizas, subió

caleras medio destruídas e investigó entre los escombros. Al observar la actitud de su jefe, el corazón de Tito latió aceleradamente. Aquello se asemejaba a la requisa de un detective. Sherlock Holmes también hubiera buscado así huellas e indicios.

Los policías y bomberos reunidos en el sitio del siniestro saludaban respetuosamente a Julio Brandon. Tito se sintió de pronto muy importante. Y cuando Brandon extrajo una lupa, a fin de examinar las tablas quemadas de un piso, el niño casi estalló de satisfacción.

—¿Opinas igual que yo, muchacho? Observa esta pequeña mancha grasosa. Es sebo de vela. En edificios modernos como éste, no se necesitan velas para el alumbrado. En cambio, son usadas por los badulaques que provocan incendios para cobrar el seguro.

Reflexionó un instante, mientras Tito lo contemplaba con reverencia.

—Sospecho de Nick Olsen, el incendiario más tunante que conozco. Nunca hemos podido probarle nada. Es una anguila para escabullirse, pero un día esa anguila se verá asada en su propio fuego.

Las facciones de Brandon denotaban bondad y calma, pero en ese instante se habían endurecido.

—No sólo provoca incendios que le pagan comerciantes inescrupulosos, sino por venganza o para hacerse pagar una "cuota de protección". Su banda es temible.

Esa noche, Tito habló locuazmente sobre su faena detectivesca y puso por las nubes a su jefe, diciendo que era superior a Holmes, a Hércules Poirot, al padre Brown y a cuantos detectives han pasado por el mundo.

Brandon reunió indicios que revelaban la culpabilidad de Olsen, pero esas pruebas no tenían valor ante un tribunal.

Tito le seguía, como una sombra, en sus investigaciones.

Mientras tanto en la oficina, también ocurrían sucesos. Pruner, cada día más pálido y sobresaltado, se ausentó por una semana, a fin de cuidar a su esposa enferma.

—¡Pobre flaco! —exclamó Brandon—. Quisiera ayudarlo, pero cuando le pregunto por la salud de su mujer, cree que le reprocho sus faltas a la oficina y se disculpa nerviosamente.

Una tarde, el investigador de incendios halló un pequeño error de suma en los libros y dijo con tono jovial:

—Dos más dos no son cuatro, según mi contador.

Pruner, con el rostro pálido y los labios temblorosos, gritó:
—¡Lo presentía! Usted insinúa que he hecho adulteraciones en los libros, para ocultar mis robos. Lo he visto espiándome, siguiéndome como un sabueso, y ahora trata de implicarme en una estafa. No soporto insultos y presento mi renuncia.
Abrió con brusquedad la puerta y antes de salir, añadió con voz estridente:
—Tendrá noticias mías. ¡Me vengaré! Juro que me vengaré.
El golpe de la puerta resonó como un trueno. Brandon, desconcertado, murmuró:
—¡Pobre Pruner! Está enfermo de los nervios.
En ese instante entró Doris, que dijo, turbada:
—Había un señor esperándole en la antesala, pero cuando vió salir a Pruner convertido en una furia, se retiró antes que yo pudiera preguntarle qué deseaba.
—Descríbame su aspecto, Doris.
Cuando la joven obedeció, Brandon se incorporó, agitado.
—Esas señales corresponden al "Araña", un cómplice de Olsen. La primera tentativa de asesinato ocurrió dos días más tarde. El tren en que viajaba el detective llegaba a la estación, cuando Tito se abalanzó sobre su jefe, haciéndole caer sobre un asiento. Casi en el mismo instante, un cuchillo se clavó en la madera del vagón, sobre su cabeza. Un mensaje venía atado al arma. Decía: *Si este golpe falla, el próximo será más certero. El Vengador Invisible. A. P.*
Esas iniciales correspondían a Arnoldo Pruner.
Guardando el mensaje, Brandon dijo:
—Olvida esto, muchacho.
El segundo atentado ocurrió cuando Brandon y Tito investigaban otro incendio.
Súbitamente cayó desde la altura un alud de ladrillos.
Preocupado, Brandon indicó:
—También tú estás en peligro, muchacho. Debo informar a la policía.
A la mañana siguiente, los diarios anunciaban en grandes titulares: "El Vengador Invisible amenaza de muerte a detective. Se conoce su nombre: Arnoldo Pruner. ¿Le ha visto usted? Denúncielo, porque es un maniático peligroso".
Brandon se enfureció al leer tales noticias.
—¿Esos idiotas quieren trastornar aún más a Pruner? —protestó—. ¿Quién daría esta primicia a los diarios?

De pronto su mirada se iluminó. Precipitándose al teléfono, llamó a la casa de Pruner. Su esposa le contestó que él estaba ausente hacía más de una semana.

—Es decir, desde que salió de mi oficina. Ha desaparecido. Oyeme, muchacho, hasta ahora hemos jugado a los detectives. ¿Qué tal si actuamos ahora de pistoleros?

Y antes que el asombrado Tito respondiera, lo arrastró hacia un café que era regentado por Nick Olsen.

—Subiré a las habitaciones del bandido. Tú me esperarás abajo. Toma este silbato de policía. Cuando yo grite, sopla con todas tus fuerzas.

Con el cuello del abrigo levantado y el sombrero hundido hasta las orejas, Brandon parecía un tipo sospechoso. Penetró en la guarida y cuando alguien intentó detenerlo, lo tumbó de un golpe de puño. Abrió una puerta utilizando su ganzúa y se encontró ante Nick, el "Araña" y otros dos individuos. En una silla, atado y amordazado, vió a Pruner.

—¡Ahora, Tito! —gritó, mientras embestía contra los maleantes. El silbato resonó agudamente. La manzana estaba rodeada y la policía acudió al llamado. Brandon había preparado bien la captura y esta vez Nick Olsen no pudo escabullirse.

Pruner gimió:

—Yo no pensaba cumplir mis amenazas contra usted, señor Brandon. Estoy enfermo y los nervios me traicionaron. El "Araña" oyó mi amenaza y entonces me secuestró, para usar mi nombre en los ataques de que usted fué víctima. Pensaban eliminarlo y después liquidarme a mí. El dió también la información a los diarios.

Y éste fué el primer caso solucionado por el novel detective Tito.



Tito Brandon denunció los atentados del Vengador Invisible.

LAS AVENTURAS DE TROMPITA





SOLITARIO BILL

CAPITULO XXXIX.— DANDO A LOS VAMPIROS





1. El brujo Mano Seca y los guerreros semínolas seguían las huellas de Solitario Bill, que huía con la reina Altamaha, Pluma Blanca, Tex Montaña y Anita Cantrel. "—¡Aquí hay rastros!", anunció un indio. Mano Seca ordenó entonces que todos los jinetes encendieran antorchas.



2. Aquellos fuegos ondulantes atrajeron a las demás partidas de guerreros. "—Estamos en territorio osage —anunció Mano Seca—. Si traspasamos este límite, provocaríamos la guerra. Avanzaré sin armas, acompañado de cuatro hombres. Preparen el signo de la alianza y de la paz."





3. Una guirnalda de conchas blancas y negras fué atada al mango de una lanza sin punta. Aquél era el símbolo de la paz, que llevaría el hechicero. Mientras tanto, Solitario Bill era recibido respetuosamente por los osages, que le creían el protegido del dios Manitú.





4. "—La niña blanca está herida —explicó el joven—. La llevaré a la fuente de la vida, que descubrí en mis exploraciones." Hijo del Trueno, jefe de los osages, contestó: "—Es peligroso bajar a la gruta, pero tú eres hijo del Gran Manitú". El brujo Serpiente Astuta se acercó después al héroe de Texas.

SOLITARIO BILL





5. "—Me devolviste el tomahawk embrujado —murmuró el hechicero—. Me enviaste un mensaje, diciendo que tu magia era más poderosa que la mía. Pero no denunciaste mi traición al gran jefe Hijo del Trueno. Estoy agradecido y te advierto que no bajes a la profundidad de la tierra."





6. "—Te encontrarás con los vampiros de Quimera, que dan la muerte —añadió sombríamente—. Así lo dice la leyenda, que se ha transmitido de hechicero a hechicero y que yo te revelo porque eres mi hermano." Sin embargo, Solitario Bill no podía retroceder y descendió al foso, ayudado por Pluma Blanca.





7. Avanzó con Anita por las riberas del río azufroso. La niña dijo: "—Gran Búfalo hablaba de Quimera, la ciudad de oro. ¿Es la misma que ha mencionado Serpiente Astuta y que está poblada de vampiros?" El contestó: "—No es una ciudad, sino un cementerio de jefes indios".





8. "—Yacen en sus tumbas recubiertos de oro —agregó Solitario Bill—. Ahí dejé al mestizo Miguel y a Tex Montaña, hermano gemelo del que se reunió con ustedes en el campamento semínola." Habían llegado al surtidor termal, donde la herida de Anita cicatrizaría.

(CONTINUARA)

LA MALDICION DE LING~SA



CAPITULO V.—La reunión de los Cien.

RESUMEN: Eliana Davis busca a su padre, desaparecido misteriosamente en Nanking. Conoce a una jovencita china, Lin, quie le propone que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis y también a su propio padre, cuyo nombre no revela. Transforma a Eliana hasta asemejarla por completo a ella. Nadie podría distinguir cual es la verdadera y cuál es la falsa Lin. Eliana cae en poder de Wung, que le profesa un odio mortal. Cuando sabe que los aliados de Lin acuden a rescatarla, amenaza de muerte a la prisionera. Pero la verdadera Lin se enfrenta con Wung, aterrorizándolo.

Eliana Davis procuraba ocultar su temor de ser descubierta. Pero la madre Yao no parecía sospechar de ella.

—Duerme, hija de mi hijo —aconsejó la anciana—. Vendré a buscarte después. Tenemos que hablar.

Estas palabras turbaron profundamente a Eliana. Cuando la madre Yao regresara, ¿podría sostener su mirada, responder a sus interrogaciones, comprender sus palabras? La niña dominaba perfectamente el idioma chino. Conocía incluso los dialectos. Pero al atemorizarse, olvidaba sus conocimientos.

—Me descubrirá —susurró—. Entonces no sabré explicarle por qué suplanto a su nieta. La madre Yao no es la dulce anciana que aparenta ser. Tengo miedo.

Su cuerpo estaba rígido y en su mente se desató un caos de funestos presentimientos. Se durmió, atenazada por aquel vago espanto. La idea de eludir un nuevo encuentro, con la madre Yao se clavó en su cerebro. Al despertar, temblaba convulsivamente y, en un gesto instintivo, se dirigió hacia la salida. Sintió que sus

fuerzas la abandonaban. Había sufrido pruebas muy duras. Primero enfrentó el odio salvaje de Wung, simulando indiferencia e incluso desafiándolo. Después soportó las miradas inquisidoras de Chien. La cercanía de la madre Yao le producía un temor agudo. Además, ignoraba dónde estaba prisionero su padre, si aún vivía. Para hallarlo, desafiaba a enemigos poderosos e invisibles. No conocía sus rostros, ni su corazón corrompido. Sólo había llegado hasta ella el eco de dos nombres: EL GRAN UNO y LING-SAI. ¿Quiénes eran? ¿Y por qué habían secuestrado al doctor Davis y al padre de Lin?

Las sombras se abatieron súbitamente sobre ella, apagando el latir de su sangre. Recobró la conciencia cuando unas manos suaves la ayudaron a levantarse, mientras una voz tierna murmuraba:

—Hermanita menor, ¿qué ha sucedido?

—¡Lin! —exclamó—. Lin, eres tú, por fin has regresado.

—Por cierto, hermana. ¿Qué temías?

—Me espantaba la idea de que la madre Yao descubriera que soy una impostora.



—Hermanita menor, ¿qué ha sucedido? —preguntó Lin, levantando a Eliana.

—Debes desechar esos temores. Te he dicho que nunca sospechará. La conozco bien.
La ayudó a entrar y entonces Eliana le refirió la visita de Chien y el desafío de la madre Yao.
—Sabía que tú recibiste un mensaje en el Hoang-Ho.
—Antes de salir hablé con mi honorable abuela —respondió Lin—. Es sagaz y poderosa. Muy bien puede atemorizar hasta al Tigre Volante.
—¿El Tigre Volante?
—Sí, ése es el nombre de Chien.
—¿Irás también a la reunión de los Cien? —preguntó la hija del doctor Davis—. ¿O acudirá solamente la madre Yao?
La sutil sonrisa de ironía que Eliana había visto tantas veces en aquel semblante enigmático, apareció en los labios de Lin.
—Irás tú con ella —decidió.
El corazón de Eliana latió con fuerza.
—¡No, por favor! —suplicó—. Cerca de ti me siento segura, pero junto a ella...
Una luz de ironía danzó en los ojos ambarinos.
—No temas a mi honorable abuela. Puedes estar segura de que te protegerá contra cualquier peligro.
—Lo sé —asintió Eliana—. Lo demostró en presencia de Chien. Pero...
—Hermanita menor —interrumpió la joven china—, la libertad y hasta la vida de tu padre y del mío dependen del valor que demuestres, ¿por qué vacilas y te muestras débil?
—Perdóname —balbuceó Eliana.
Durante el día no volvieron a mencionar la reunión secreta, ni la inquietante personalidad de la madre Yao. Por lo demás, ella permaneció invisible y ni siquiera se oyó el rumor de su paso leve, ni la cascada cadencia de su voz.
Celebrábase aquel día el "Tung Cheh" o festival de las linternas. Las calles se veían adornadas de farolas de papel de todas formas. Las tiendas se engalanaban con flores de plata y oro y cuernos transparentes. Comparsas de jóvenes disfrazados recorrían los barrios, lanzando al aire los sones de sus instrumentos musicales. Al llegar la noche se encendieron miles de linternas. Eliana observaba pensativa las rojas luminarias y sus ojos se nublaron de lágrimas.
Su padre le había explicado una vez el origen de aquel festival, según una versión taoísta.



Jóvenes disfrazados recorrían las calles, en el festival de las linternas.

"Hace miles de años, el Señor del Cielo, disgustado por la maldad de los hombres, decidió destruir la tierra por medio del fuego. Pero un emisario celestial, compadecido de la suerte que esperaba a los hombres, descendió a la tierra y fué por campos y ciudades anunciando aquella desgracia. A fin de librarlos del castigo, les aconsejó encender fogatas y cohetes en la fecha que el dios había fijado para la destrucción. Volvió después al Cielo y cuando llegó el día señalado, habló al dios de esta manera:

"—¿Lo veis, Señor?... La destrucción de la tierra que Vos habíais planeado por el fuego se ha realizado espontáneamente. Toda la tierra arde y se destruye por sí misma. Es innecesario que os molestéis en ocuparos más de esto...

"Cuéntase que el dios miró hacia abajo detenidamente y vió que toda la tierra ardía y crepitaba por sus cuatro costados.

"—En efecto —dijo—, tan grande es mi poder que los hechos se ciñen a mi voluntad apenas expresada. No es necesario que me dé el trabajo de incendiar la tierra... Ya mi justicia se ha cumplido...

"Así escaparon los hombres, por una vez, de su destrucción. Pero por temor de que el dios descubra el engaño, cada año, en la misma fecha, cubren la tierra de llamas. Este es el origen del festival de las linternas..."

Eliana recordaba palabra por palabra aquella narración y creyó escuchar la voz profunda y bondadosa de su padre.
—¿Estás lista?
Lin interrumpió la evocación.
—Sí —respondió Eliana, con voz firme. Estaba decidida a rescatar a su padre y se prometió a sí misma no desfallecer.
—Mi honorable abuela se reunirá pronto contigo. Ten valor.
La habitación estaba en penumbra. Eliana sólo distinguió vagamente la silueta de Lin, que se retiraba. Minutos después apareció en el umbral la madre Yao.
—¿Estás lista, hija de mi hijo?
—Sí, honorable madre.
—Vamos.
Salieron a las calles profusamente iluminadas. Eliana caminaba en silencio.
—Te advierto que en la reunión también guardes silencio.
Esas fueron las únicas palabras de la anciana.
Entraron en un templo sumido en la sombra y aparentemente desierto. Una puerta disimulada en el muro se abrió ante ellas. Descendieron varias gradas de piedra. Una ráfaga de aire húmedo azotó el rostro de Eliana. La incierta luz de dos antorchas surgió al final del túnel. Se hallaban ahora en una sala circular.
Eliana vislumbró una multitud de figuras inmóviles. Aquellos eran, tal vez, los Cien que debían reunirse. ¿Quién los convocaba? ¿Y cuál era el objeto de ese cónclave secreto?
La gigantesca figura de Chien se destacaba entre los asistentes. Era muy difícil distinguir facciones en la densa penumbra. Eliana reconoció instintivamente a algunos chinos: al obeso mandarín del junco y al esquelético Ti-Huen.
Un oriental que usaba anteojos ocupó una especie de estrado y preguntó:
—¿Estáis todos presentes?
Un murmullo recorrió al grupo sumido en las sombras. "Los Cien estamos presentes", repetían confusamente.
—Hasta en los lugares más sombríos brilla el gran astro Yang —pronunció el chino, y aquélla parecía ser una frase sacramental para iniciar la sesión.
Los ojos de Eliana se habían habituado ya a la obscuridad. Advirtió un trono vacío, envuelto en el incienso que despedían varios pebeteros.
—El GRAN UNO está descontento —anunció el orador.



—¿Estáis todos presentes?

Todos se inclinaron en tres reverencias temerosas. Sólo permaneció erguida y rígida la madre Yao. Al observar su actitud, Eliana también se mantuvo erecta.

Una luz fué proyectada sobre el trono y en la atmósfera tensa pareció que ese rayo adquiría vida propia. Era como un personaje sin cuerpo y que, sin embargo, poseía una voluntad dominante.

—Ling-Sai, el que maldijo las nueve pagodas de oro, ha muerto. La voz del que hablaba era inexpresiva. La violenta luz que brillaba a sus espaldas, traspasaba el cristal de sus lentes y con ese fulgor, los ojos oblicuos aparecían metálicos y fríos como los de un reptil. Esa mirada ejercía tal vez en los asistentes un efecto hipnotizador.

Al oír la noticia, la madre Yao se estremeció. Avanzó decidida y enfrentándose con su compatriota, pronunció:

—¡Mientes!

Un murmullo de desconcierto recorrió la sala subterránea. Alguien protestó:

—*Chung nan Ching nú* (Hombres primero, mujeres después).

Retrocedió espantado cuando la madre Yao se aproximó a él. Quizás no la había reconocido antes en la penumbra y ahora, bajo su mirada implacable, se inclinó medrosamente.

—¿Qué has dicho, miserable perro?

—Perdóname, virtuosa madre Yao —murmuró él.

El rayo proyectado sobre el trono se agitó, demostrando impaciencia.

—Esta es una reunión importante —declaró la anciana china, como si interpretara el significado de aquel movimiento luminoso—. Y nadie debe mentir. Hemos oído las falsas palabras de Meng y después hablará la engañosa lengua de Chien, el Tigre Volante. Exijo que se acerque y responda a mis preguntas.

(CONTINUARA)

Ponchito



por nato





CAPITULO IX.—El desembarco en Bayona.

En una embarcación de piratas escandinavos yacían prisioneros el joven moro Alí y el gaviero Aldrico. Impulsada por el viento, la barca volaba sobre los olas. Parecía imposible que el "Pendragón" pudiera darle alcance. Ives el Lobo ajustó en su gigantesco arco una flecha de cuatro puntas y la dirigió contra la vela normanda.

Las agudas puntas se hundieron en la tela y entonces la fuerza del viento la desgarró con violencia. Minutos después la vela pendía a lo largo del mástil y la *drakkar*, perdiendo el gobierno, giró sobre sí misma.

El oleaje reunió a las dos naves, y entonces Ives, seguido por los bretones, se dejó caer sobre la barca pirata. El combate fué rudo. Los normandos contestaban golpe por golpe, lanzando salvajes gritos. Entre aquella vorágine de espadas, puñales y hachas, los prisioneros vieron la muerte de cerca. Permanecían inmóviles entre el desatado furor. La esbelta figura de Alí veíase tensa junto al tosco cuerpo del gaviero. Su rostro fino, de grandes ojos, aparecía aún más infantil y desamparado, en contraste con la ceñuda expresión de Aldrico.

Comprendiendo el peligro que les amenazaba, el Hijo del Lobo se lanzó al mar, y, nadando entre dos aguas, alcanzó la proa.

Cuando los normandos advirtieron su presencia, ya era tarde para impedirle que protegiera a los prisioneros.

Antes de hacer frente a los enfurecidos piratas, dejó caer su puñal cerca de Aldrico y le ordenó:

—Corta tus ligaduras y liberta a Alí.

Sobre él se lanzó una turba de enemigos, pero su espada tenía el poder de un rayo.

ronto los normandos depusieon sus armas y el jefe viking ntregó su espada, en señal de misión.

–¡Dejen de luchar! —ordenó ves con voz vibrante—. Grala para los vencidos.

)bedeciendo esa orden, los breones envainaron sus aceros y yudaron a curar a los heridos. Aldrico estrechó con fuerza la nano de Ives, declarando:

–Os ofrezco mi lealtad absouta. El temor y la codicia enenenaban mi corazón. Pero hora soy un hombre agradecilo.

–Dad una vela y víveres a los nórdicos, bajo la condición de que su barca enrumbe hacia su país —decidió Ives.

Los normandos aceptaron y minutos después la embarcación pirata singlaba hacia las brumosas islas del norte.

–Que el dios Odín proteja vuestro viaje —gritaron desde la lejanía.

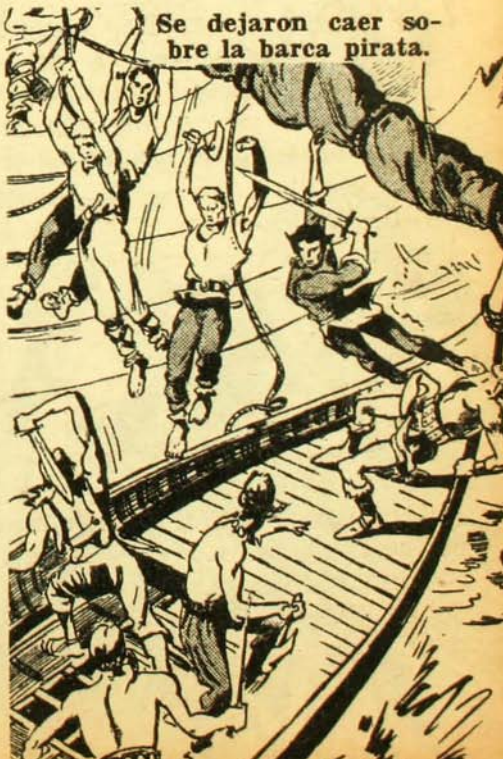
El "Pendragón" retomó su rumbo.

–¿Dónde queréis desembarcar? —preguntó el capitán a Ives.

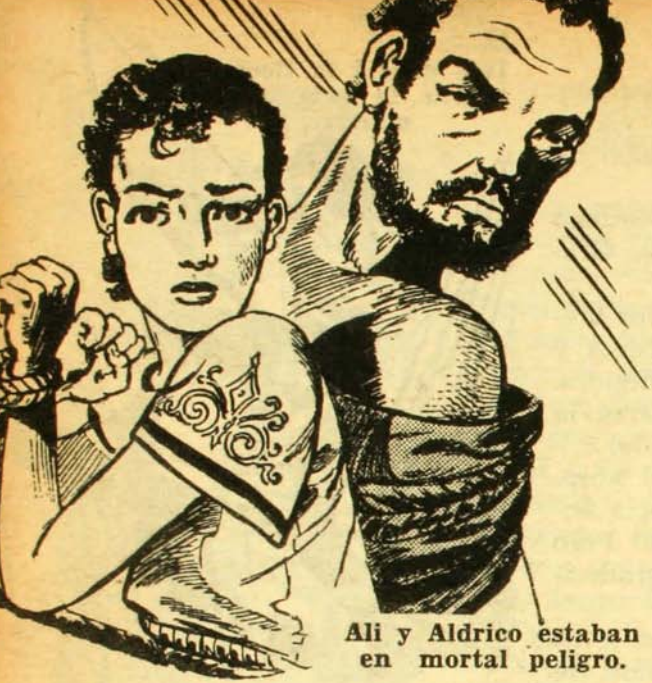
–Dejadnos en el puerto de Bayona —respondió el caballero del rey Arturo—. Quedaremos cerca de España y así la tripulación no se arriesgará a caer en poder del califa Omar. Aldrico teme su venganza, por el secuestro de Alí.



Ives dirigió la flecha contra la vela normanda.



Se dejaron caer sobre la barca pirata.



Ali y Aldrico estaban en mortal peligro.

Días más tarde el navío ancló en Bayona, puerto fortificado que guardaba el paso hacia los Pirineos.

Aldrico se despidió con tristeza de Ives y de su protegido.

—Es doloroso apartarse de un héroe —confesó—. Además, aunque he sido rudo, he llegado a sentir un paternal cariño por este joven morisco.

Cuando los viajeros entraron en la ciudad, advirtieron una gran agitación. Centenares de peregrinos se aglomeraban en Bayona, camino hacia Compostela.

Ives y Alí se hospedaron en la posada "El Cerdo Sabroso". El hostelero les acogió servilmente.

El comedor estaba atestado de huéspedes. Un hombre de tosca figura apareció de pronto en el umbral y dirigió una mirada circular, buscando una mesa. Luego tronó:



El joven héroe alcanzó la proa.

—¡Eh, peregrinos y trotamundos! Quiero un lugar para mí y para mi compañero.

El dueño de la posada temió un altercado y deseando aplacar al inesperado huésped, lo saludó con una reverencia humilde. Pero ninguno de los comensales se levantó ni alzó la nariz de su plato de estaño.

irigiéndose a la mesa
e Ives, el bravucón la
olpeó con el puño y
ıgió:
—¡Fuera de aquí! Ten-
o hambre.
ves se levantó calma-
amente y dijo:
—¿Tienes hambre, ca-
allero Bravata? Aquí
ienes, ¡come!
Cogió un asador en cu-
o extremo estaba en-
artada una gallina y lo
cercó a la boca crispa-
la de furia.
Al oír aquella voz bur-
ona, todos interrumpie-



Ives se interpuso entre los normandos y sus prisioneros.

ron su afanosa cena y se dispusieron a presenciar una escena divertida, o un duelo, entre el soldadote y aquel joven y audaz caballero.

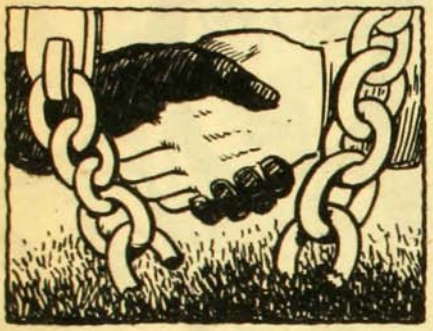
(CONTINUARA)



Los nórdicos se rindieron.

Concurso Semanal

¿QUIEN FUE ESTE GRAN HOMBRE?



Fué un héroe de la libertad. Ansiaba que todos los hombres, sin diferencia de color ni de raza, fueran iguales. Gracias a su encendida palabra, se abolió la esclavitud en Estados Unidos. Era un gran amigo de los niños y de los oprimidos. En su juventud fué leñador... Murió víctima de una bala que un fanático esclavista le disparó en el teatro. ¿Cómo se llama?

Envía tu solución a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago. Tu respuesta no será válida si no va acompañada del correspondiente cupón.

SOLUCION A "SIMBAD" 252: Soy el gran poema épico LA ARAUCANA, escrito por don Alonso de Ercilla y Zúñiga.

Entre las soluciones correctas, se sortearon los siguientes lectores: Premiados CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Rodrigo Ercilla, Peumo; Ramón Miranda, Talca; Dimitri León, Concepción; Giuliano Mazza, Talca; Manuel Contreras, Bulnes; Patricio Lastiga, Lontué. CON $ 20: Luis Tuteleers, Santiago; Waldo Coruncho, Concepción; Nancy Rex Mucich, Santiago; Rosita Alcayaga, Talcahuano; Erika Rojas, Santiago; Luis Jiménez, Loncoche; Patricia Dufour. Santiago; Marina Godoy, Santiago; Rodolfo Suárez, Santiago; Eugenio Díaz, Santiago. CON UN LIBRO: Pato Maraboli, Constitución; Ana García, Santiago; Laura Cifuentes, Lirquén; Silvia López, Viña del Mar; Pituquito Fuentes, Penco; Rubén Contreras, Linares; Arnaldo Aguilera, Cauquenes; Marcial Farías, Valparaíso; Marcela Correa, Temuco; Hernán Barriga, Talcahuano.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 254

Correspondencia

WALLY ANGELICA TORRES.— Roxane agradece los votos que hace por su salud, y por el creciente éxito de "Simbad". Nos complace saber que en la ciudad de Los Angeles esta revista es la más popular entre la infancia.

BERTA SALAZAR.— De Chiguayante nos llegan sus entusiastas felicitaciones a nombre de todos sus compañeros. Gracias a todos por los augurios de éxito eterno que nos envían.

PATRICIO DROGUET, MARIA ANGELICA URBAN SEITZ, MARCIAL FARIAS.— Nos agradan mucho sus entusiastas conceptos sobre esta pequeña gran revista. Transmitiremos sus felicitaciones a Nato y Elena Poirier.

ROXANE

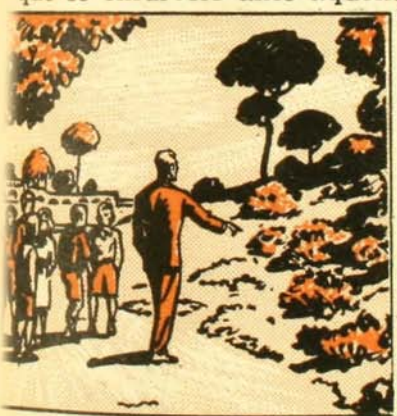
Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. Por cierto que Roque informó a su ama sobre aquel desastre. "—¡Qué pena! —murmuró Felisa—. Es un objeto de arte que apreciaba mucho. Espero, niños, que tengan más cuidado en el futuro. Ahora, pasen al comedor. El almuerzo está servido." Roque se enfureció ante aquella bondad.





4. Más tarde, obedeciendo órdenes de su señora, mostró a los niños el extenso parque. "—Hay serpientes y arañas venenosas entre los matorrales —anunció—. Espero que reciban alguna mordedura de esos animalitos." Tilín respondió: "—Ya recibimos la mordedura de un reptil llamado Roque."

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO














SIMBAD
N.º 255
MALDICION
E LING-SAI
ELENA POIRIER
$ 6.-

Juan y Juanita

CAPITULO XXXIII.— ¿Castillo o guarida?





1. El mayordomo Roque insultó a los niños que hospedaba su ama, Felisa Hermine. Tilín respondió a aquella provocación llamando reptil al perverso individuo. Este, furioso, golpeó al muchachito. Juan y los demás, se indignaron, y Roque, temiendo que se lanzaran sobre él, cogió un palo.





2. "—Si se mueven, les romperé sus condenadas cabezas", gruñó Roque, y después se alejó presuroso. Al quedar solos, los pequeños huérfanos decidieron explorar el parque. "—Viviríamos muy bien aquí —suspiró Mincho—. Lástima que el Roque Alfandoque no es muy amable con nosotros."

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 21-VII-1954 — N.º 255

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10



El jorobado

CAPITULO XXXIX.— *"Se hará justicia".*

Después que Aurora se alejó, escoltada por los espadachines Cocardase y Pasepoil, Enrique de Lagardere fué capturado en el palacio del regente. Sesenta hombres lo rodeaban, emboscados y con la mirada alerta. El joven ni siquiera desenvainó la espada y fué conducido a las habitaciones de Felipe de Orleáns.

Allí estaban reunidos los grandes señores de la corte y una sola mujer: la princesa de Gonzaga, que ocupaba un asiento a la derecha del regente. Este preguntó:

—¿Dónde está la señorita de Nevers?

—Lo ignoro —fué la respuesta de Lagardere.

—¡Miente! —exclamó con ímpetu la princesa.

—No, señora. He prometido más allá de mi poder; eso es todo.

Hubo en la sala un murmullo de desaprobación. Elevando la voz, Enrique prosiguió:

—No conozco a la señorita de Nevers.

—¡Qué cinismo! —dijo el duque de Tremes, gobernador de París.

—Monseñor —exclamó la princesa, retorciéndose las manos—, ¿no veis que me roba a mi hija? La tiene, estoy segura. Fué a él a quien la entregué la noche del crimen. ¡Lo juro, lo juro!

Un imperceptible movimiento agitó las sienes de Lagardere. Sin embargo, repuso sin que se alterase su calma:

—La señora princesa se equivoca.
Mientras tanto Gonzaga aguardaba con impaciencia en la ant sala. Cuando Aurora de Nevers abandonó el palacio, el princi ordenó a Peiroles que la siguiera. El confidente de Gonzaga r gresó por fin y susurró al oído de su amo:
—¡Ella está en nuestro poder! También tenemos los papeles.
Un relámpago de triunfo cruzó por los ojos de Gonzaga, que sól entonces se atrevió a entrar en la sala. El regente decía en es instante:
—Este engaño es indigno de un gentilhombre. Os castigo con l vergüenza y el deshonor, Enrique de Lagardere. ¡Entregad la es pada! No estamos ya en los tiempos en que solíase quebrar e acero de los caballeros convictos de felonía. Pero la nobleza exis te, a Dios gracias, y la degradación es la pena más cruel qu puede infligirse a un soldado. Separaos, señores, y dad paso a este hombre que no es digno de respirar el mismo aire que res piráis.
Por un instante el rostro de Lagardere expresó una cólera tan te rrible que los que estaban próximos a él se apartaron, más por temor que por obediencia a la orden del regente. Pero muy pron to la angustia sucedió a la cólera y después aquel semblante va ronil sólo mostró una inexpresiva frialdad.
—Monseñor —dijo inclinándose—, acepto la sentencia de Vues tra Alteza.
El amor de Aurora lo esperaba. ¿No valía ella esa humillación? Se dirigió hacia la puerta en medio de un silencio absoluto. Pero Gonzaga se interpuso, diciendo:
—Alteza, tengo que impedir el paso de este hombre. La degra dación de nobleza no es el castigo que conviene a los asesinos.
Había colocado su espada sobre el hombro de Lagardere. Este riendo, separó el arma y asió el puño de Gonzaga con tal fuerza, que la espada se desprendió de su mano. Condujo a Gonzaga, o más bien lo arrastró hasta la mesa y exhibiendo aquella mano que el dolor tenía abierta, dijo, poniendo un dedo sobre la ex tensa cicatriz:
—¡Mi marca! ¡Reconozco mi marca!
La mirada del regente era sombría. Los circunstantes habían con tenido la respiración.
—¡Gonzaga está perdido! —murmuró Chaverny.
Pero Gonzaga dijo con audacia:

–Alteza, hace dieciocho años que esperaba esto. Felipe, nuestro ermano, va a ser vengado. Esta herida la recibí defendiendo la ida de Nevers.

agardere, atónito, dejó libre a Gonzaga, mientras en la sala se levaba un gran grito:

–¡El asesino de Nevers! ¡El asesino de Nevers!

a princesa, después de cubrirse el rostro con las manos en un esto de horror, se quedó inmóvil. Había perdido el conocimiento. uando la guardia le rodeó, Lagardere pareció despertar.

–¡Infame! —rugió—. ¡Infame!

echazó al capitán de la guardia y agregó con voz de trueno:

–¡Fuera de aquí! ¡Muerte a quien me toque!

Y dirigiéndose a Felipe de Orleáns, añadió:

–Monseñor, tengo salvoconducto de Vuestra Alteza Real.

Desplegó un pergamino, agregando:

–¡Lo habéis firmado!

–Sí, reconozco mi firma. Tenéis cuarenta y ocho horas para cruzar la frontera.

Lagardere no se movió.

–Ya me habéis oído —dijo Felipe de Orleáns con severidad—. ¡Salid!



–Os castigo con la ergüenza y el deshonor, Enrique de Lagardere —sentenció el regente.

Lagardere, por toda respuesta, rasgó el pergamino, cuyos trozos lanzó a los pies del regente.

—Monseñor, no me conocéis. Os devuelvo vuestra palabra. De la libertad que me concedéis sólo me tomaré veinticuatro horas. Por mi nombre, por el honor de Enrique de Lagardere, que vale tanto como el de todos los presentes, prometo y juro que mañana a esta misma hora. la princesa

de Gonzaga tendrá a su hija y Nevers estará vengado o yo m constituiré en prisionero de Vuestra Alteza. ¡Podéis convocar lo jueces!

Saludó al regente, y con la mano hizo extensivo el saludo a lo que le rodeaban, diciendo:

—Dejadme salir. Estoy en mi derecho.

Gonzaga había desaparecido.

—Paso, señores —ordenó Felipe de Orleáns—. Mañana a esta horas compareceréis ante los jueces y, por Dios, que se hará justicia.

Lagardere bajó solo y sin armas la escalera del pabellón. En la antesala vió a los cómplices de Gonzaga. Este lo detuvo, cruzando ante él su espada.

—No tengáis tanta prisa, señor de Lagardere. Tenemos que hablar. Todas las salidas están cerradas y nadie nos oye, excepto mis amigos. Podemos, pues, tener una conversación.

Y reía, con una risa maligna.

—El regente os abre las puertas, pero yo os las cierro. También yo me considero amigo de Nevers y también yo tengo derecho a vengar su muerte. No me llaméis infame —se apresuró a decir—, es trabajo perdido. Ya sabemos que en el juego el que pierde injuria siempre. Señor de Lagardere, ¿queréis que os diga algo que limpiará vuestra conciencia de una supuesta mentira? Cuando dijisteis que Aurora no estaba en vuestro poder...

La fisonomía de Lagardere se alteró.

—Pues bien —prosiguió Gonzaga disfrutando con crueldad de su triunfo—, no habéis mentido. Aurora, en verdad, NO ESTA en vuestro poder...

Lagardere dobló las piernas como para saltar sobre él, pero Gon-



—Esta herida la recibí defendiendo la vida de Nevers —dijo Gonzaga.



—¡Muerte a quien me toque! —gritó Lagardere.

aga le puso la espada entre los ojos y murmuró:
—¡Atención, a mí!
Y continuó, siempre en tono de burla:
—Os he ganado la partida esta vez. Aurora está en poder mío.
—¡Aurora! —dijo Lagardere en un gemido.
—Aurora y ciertos documentos...
A estas palabras, el joven se estremeció y embistió contra Gonaga, que cayó pesadamente. De un salto pudo Lagardere pasar obre su cuerpo y desaparecer en el jardín. Gonzaga se levantó onriendo.
—¿No hay salida? —preguntó a Peiroles.
—No.
—¿Cuántos son?
—Cinco.
—Suficientes, puesto que él no tiene espada.
Ambos salieron para prestar oído. Sólo se oía el viento otoñal.
—¿Dónde dejasteis a la muchacha? —preguntó Gonzaga.
—En la calle del Chantre. La acompañaban dos hombres que emprendieron la huída cuando les dijimos que Lagardere había caído ya. No pude reconocerlos porque iban enmascarados.
—¿Y los documentos dónde estaban?
Peiroles no tuvo tiempo de responder. Un grito de agonía llegó hasta ellos. Los cabellos de Gonzaga se erizaron.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO XV.— BARAY NIEGA A SER HEROE



1. Max Barton descerrajó a tiros la puerta de entrada a la torre y descubrió enfurecido que los detectives y el guía Lahal habían escapado. Un helicóptero les izó en el aire. "—Todavía hay uno suspendido. ¡Disparen contra él!", rugió Barton. El pobre Pancho Baray tembló como un ave con frío.





2. "—Ahora sé cómo se siente una perdiz cazada en pleno vuelo", gimió, mientras las balas silbaban. Logró, sin embargo, llegar a la cabina. Casi en el mismo instante fueron atacados por una bandada de aves de rapiña. "—Buitres, cuervos gigantes —refunfuñó Baray—. Menos mal que la hélice los deja para la historia".





3. En efecto, las afiladas y rápidas aspas derribaban a los alados atacantes. Cuando el helicóptero aterrizó, el rajá felicitó a Pancho Baray por su valor y le dijo que contaba con él para apoderarse del templo de Badami. La alegría del encuentro de ambos detectives hizo olvidar a Baray aquella propuesta.





4. Pero cuando la recordó, se lamentó ante Mario Laurenti: "—¿Atacar ese nido de malhechores? ¿No comprende el rajá que es muy peligroso? ¿No he sufrido ya bastante? El príncipe está salvado, ¿qué más hacemos en este lugar infecto?" Mario contestó: "—Esa torre debe ser abatida. No acobardes ahora".

EL TEMPLO DE BADAMI



5. El rajá disponía el asalto cuando el joven detective propuso: "—Conviene que el príncipe Ima y el guía Lahal, que está herido, sean trasladados a sitio seguro. Envíelos en el helicóptero a Samodar o a Bombay". El monarca hindú asintió: "—Tiene razón, sahib. Esperaremos el regreso del helicóptero para atacar".



6. Max Barton, por su parte, impartió órdenes a sus secuaces: "—La consigna es resistir hasta la muerte. No tolero cobardías". El traidor Merut observó después con recelo y temor: "—Has dicho "resistir hasta la muerte". ¿Es que estamos realmente en peligro mortal? No quiero caer en manos del rajá".



7. "—¿Crees que dejaré que ese rajá imbécil me derrote? —contestó Barton, lanzando una carcajada—. Soy poderoso, y no renuncio a apoderarme nuevamente de Ima para realizar mi plan. En cuanto a ti, me importa un bledo que recibas el castigo de los traidores". Merut quedó anonadado.



8. Descubriendo más tarde que los secuaces de Barton preparaban una revuelta ante el temor de caer prisioneros del rajá, Merut decidió huir. Montando a un caballo dijo a los guardias: "—Ordenes de Siva. Voy a parlamentar con el rajá". Había decidido una nueva intriga para salvarse.

(CONTINUARA)

DOS PISTOLAS



En aquellos años el general Hsu Tao estaba acuartelado en la ciudad de Ling Pu, lo cual significaba que los habitantes de ese lugar debían andarse con mucho cuidado o se encontraban de pronto sin cabeza.

El pequeño Wung Fu, un chinito de diez años, vino un día a la ciudad para hacer varias compras que le ordenó su honorable padre. Terminaba de proveerse de té y arroz, cuando vió unos nísperos. Esta fruta le evocó el recuerdo de su amigo Ko Lang, que vivía en las afueras de Ling Pu, en una humilde choza.

—A Ko Lang deben agradarle los nísperos —dijo sonriendo, y sin pensarlo más los compró, depositándolos en su canasta.

Ocurrió que dos bandidos, Chen Sha y Lao Feng, bajaban por la calle cuando advirtieron que eran seguidos por varios soldados del general. Este, a fin de impedir revueltas, había prohibido que los ciudadanos cargaran armas. Los bandidos, naturalmente, iban armados porque usaban sus pistolas para realizar sus asaltos y fechorías.

Se miraron aterrorizados. Si la guardia les registraba, hallaría las armas, y sin someterlos a juicio ni interrogatorios, les condenaría a muerte.

—¡El muchacho! —susurró Chen Sha, indicando a Wung Fu—. ¡En la canasta. ¡Rápido!

El niño se encontró de pronto inmovilizado contra la pared, frente a dos fisonomías feroces. Reconoció a los bandoleros y se preparó a partir hacia la mágica región de las "Nueve Fuentes", lo cual en nuestro idioma significa morir.

Pero los bandidos se alejaron con la misma brusquedad con que lo abordaron. Wung Fu abrió un ojo. Luego el otro. Se encontraba solo. Respiró aliviado, sin sospechar que uno de los atacantes había deslizado furtivamente dos pistolas en el cesto de nísperos.

Minutos después se reunía con el anciano Ko Lang, cuyo arrugado rostro se iluminó de alegría al verlo.

—Te traigo un regalo, Ko Lan. Mira, ¡nísperos!

El anciano continuó sonriendo con apacible dicha. La verdad es que los nísperos no le apetecían, ni siquiera cuando estaban maduros. Y aquellos veíanse un poco verdes. Pero el buen viejo nunca permitiría que su pequeño amigo sospechara la verdad.

Wung Fu se despidió, seguro de haber proporcionado una verdadera alegría al solitario anciano. Instantes después una partida de soldados se acercó a la pobre choza.

—Danos de beber, vieja tortuga —ordenó uno de ellos, con rudeza.

Entraron como amos a la cabaña y lanzaron en torno una mirada desdeñosa. Existía allí tal miseria que hasta era dudoso que hubiera un mendrugo, una porción de arroz añejo, o un sorbo de agua. Al ver el canasto de nísperos, se apoderaron de él. Una mano tras otra extrajo una fruta, hasta que unos dedos ávidos se encogieron con recelo al sentir el frío del metal.

—¿Qué hay en este canasto endemoniado?

El capitán descubrió las dos pistolas y sin oír las llorosas protestas del anciano, lo arrestó.



—¡Oh excelso, demando justicia! —gritó Wung Fu.

Al día siguiente, cuando Wung Fu supo aquel lamentable acciden
te corrió a la cárcel y explicó al centinela que había sido él quie
llevó la desgracia a la humilde vivienda de Ko Lang.
—¿Será decapitado? —preguntó, anhelante.
—Sí, mañana al amanecer, con otros cuatro hombres —fué l
dura respuesta.
Cegado por las lágrimas, Wung Fu abandonó la prisión. Una ide
desesperada lo dominaba: entrevistarse con el temible genera
Hsu Tao para defender a su anciano amigo, sentenciado injus
tamente.
Sabía que el señor de la guerra vivía en un palacio de mármol, en
la Colina Púrpura.
Por cierto, que un centinela lo detuvo. En ese instante Wung Fu
vió a Hsu Tao que descendía las gradas de la escalinata. Embis
tió entonces ciegamente contra el guardia, y, pasando por entre
sus piernas combadas, se lanzó al encuentro del general, gritando:
—¡Excelencia! ¡Oh, excelso y noble Hsu Tao, demando justicia!
La zarpa del guardia lo cogió de la coleta y ya lo levantaba en el
aire para llevárselo, cuando Hsu Tao preguntó:
—¿Quién es ese muchacho? ¿Qué desea?
Desprendiéndose del centinela, Wung Fu cayó a los pies del gene
ral y proclamó la inocencia de Ko Lang, diciendo que conocía a
los verdaderos culpables.
—Niño —contestó Hsu Tao—, la amistad es bella y tú demues
tras que eres un fiel amigo de Ko Lang. Postergaré la ejecución
del anciano por cinco días para darte tiempo a encontrar a esos
bandidos y si pruebas que ellos son realmente los dueños de las
pistolas, Ko Lang quedará libre. En caso contrario, morirá.
Wung Fu dió las gracias sollozando. Sentía el corazón aliviado
Pero después, al reflexionar, comprendió que su tarea era muy
difícil. ¿Dónde encontraría a los bandidos? ¿Y cómo probaría su
culpabilidad?
Se dedicó a recorrer la calle donde vió la última vez a Chen Sha
y Lao Feng. Al cuarto día, cuando empezaba a perder las espe-
ranzas, los divisó. ¡Y venían caminando directamente hacia él! Los
bandoleros ignoraban el arresto de Ko Lang o, al menos, el motivo
de su prisión. Todos los días eran arrestados varios hombres, y es-
to no sorprendía a nadie. Chen Sha y Lao Feng querían recobrar
sus pistolas. Wun Fu, dirigiendo miradas inquietas a su alrededor,
como si temiera ser espiado, dijo:

-Sé que las pistolas
n de ustedes. Las en-
ntré en mi canasto.
Cuánto me pagarán si
s digo dónde las es-
ondí?
-¿Cuál es tu precio,
equeño?
-Tres dólares de Hong
Kong.
-¿Estás loco?, —pro-
estó Lao Feng.
Empezaron a regatear,
y por fin los bandidos
accedieron a pagar dos
dólares y medio.



Los bandidos fueron arrestados.

—Se las entregaré esta noche —prometió el niño.

Llegada la hora de la cita, les guió a la ribera y empezó a cavar al pie de unos altos bambúes. Extrajo un saco, del cual cogió las dos pistolas.

—Y ahora, el dinero.

—¿Dinero? —contestó Chen Sha con una risa aguda—. Agradece que no te degollamos.

Rechazó al niño con brutal fuerza y cuando él y su cómplice se volvieron para alejarse... se encontraron ante el general Hsu Tao y cinco de sus soldados.

—Arresten a estos hombres —ordenó el señor de la guerra—. Asistiré mañana personalmente a su ejecución. Pongan en libertad al anciano y dénle treinta tales de plata. Y en cuanto a este pequeño, sin duda merece una gran recompensa. Dénle cien tales. Su plan fué hábil y valiente.

Ko Lang salió en libertad y ante la luz del sol sus débiles ojos parpadearon incrédulos. Wung Fu, cogiéndolo de la mano, lo llevó fuera de la ciudad, hacia su choza.

—Gracias, Wung Fu —dijo el anciano—. Y cuando vengas a visitarme, no me traigas nísperos.

El niño se lo prometió y Ko Lang se sintió feliz, no sólo porque alejaba el peligro de hallar pistolas, sino también porque nunca le habían gustado los nísperos.

FIN

LAS AVENTURAS DE TROMPITA





SOLITARIO BILL

CAPITULO XL... POZO MALDITO





1. Solitario Bill llevó a Anita Cantrel a una fuente termal que los pieles rojas conocían con el nombre de "fuente de la vida". Mientras la niña lavaba su herida, Solitario Bill buscó a Tex Montaña y le halló inerte. El mestizo Miguel había desaparecido, sin dejar huellas.





2. Al descubrir horrorizado que más de diez vampiros habían mordido a su amigo, Solitario Bill lo trasladó junto al manantial milagroso. Sus aguas cerraron las pequeñas heridas y Tex Montaña recuperó la conciencia: "—¿Qué demonios ha pasado?", gruñó. "—Espérame aquí y no te duermas", dijo Solitario Bill.





3. Había advertido, inquieto, la ausencia de Anita Cantrel "—Recuerdo que tenía sed —murmuró—. Se ha alejado en busca de un manantial de agua fresca". No tardó en hallar un foso junto al cual había una piedra con signos indios. La mano hacia abajo significaba "maldición", y la flecha quebrada "peligro".





4. La frente del joven se ensombreció. Pensativamente, susurró: "—Sospecho que éste es el camino que siguieron Anita y el mestizo Miguel. Ambos están en peligro". Ató con rapidez su lazo a un grueso árbol y se dispuso a bajar. Al acercarse al borde, se abrió un abismo a sus pies.

SOLITARIO BILL





5. Como estaba sostenido del lazo, no cayó al vacío. Distinguiendo en la penumbra las gradas de una larga escalera, asentó el pie en un peldaño. Mientras descendía, llamaba a Anita, sin recibir respuesta. Finalmente, la encontró en el fondo del pozo, inmóvil sobre la fina arena.





6. La alzó con ansiedad en sus brazos. Sintiendo en su rostro el suave aliento de la niña, exclamó: "—¡Vive!". Una profunda alegría latió en su corazón. Su penetrante mirada descubrió una galería. Decidió explorarla más tarde. Ahora debía subir la escalera, con su preciosa carga.





7. Tex Montaña, al ver a Anita inmóvil y pálida, gritó: "—¿La mordieron también los malditos vampiros?". Solitario Bill le explicó el accidente. "—No encontré al mestizo Miguel", añadió. Tex dijo: "—Espero que no vuelva. El también parece un vampiro, con su capa negra y sus ojos encendidos".





8. En ese momento Anita recobró la conciencia: "—¡Solitario Bill! —susurró—. Caí a un abismo". El joven respondió: "—Sí, Annie. Olvida ese mal momento. Volveremos junto a los osages. Tex Montaña se reunirá con su hermano". Al oírlo, Tex dió un respingo.

(CONTINUARA)

LA MALDICIÓN DE LING-SA



CAPITULO VI — Un gong en la noche.

Eliana Davis asistía, desorientada, a una reunión de cien orientales en la sala subterránea de un templo budista.

La madre Yao, desconcertante anciana, abuela de Lin, atraía la atención de todos los concurrentes con su voz que por lo general parecía el débil susurro de la brisa, pero que ahora vibraba poderosa y dominante.

—No pronuncien palabras falsas —exigió—, no mientan en presencia del Gran Uno. Tenemos el mismo propósito, ambicionamos el mismo fin. No ocultéis, entonces, vuestros verdaderos rostros.

En seguida llamó:

—¡Chien!

El gigantesco chino avanzó.

—Un demonio maligno te aconseja perversamente —pronunció la anciana—. Hasta ahora has sido leal y debes continuar siéndolo. Declaro ante la asamblea que nada ni nadie aún puede hacerte perder la cara (avergonzarte). No emprendas el mal camino, no

RESUMEN: Eliana Davis busca a su padre, desaparecido misteriosamente en Nanking. Conoce a una jovencita china, Lin, quien le propone que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis y también a su propio padre, cuyo nombre no revela. Transforma a Eliana hasta asemejarla por completo a ella. Nadie podría distinguir cuál es la verdadera y cuál es la falsa Lin. Eliana cae en poder de Wung, que le profesa un odio mortal. Cuando sabe que los aliados de Lin acuden a rescatarla, amenaza de muerte a la prisionera. Pero la verdadera Lin se enfrenta con Wung, aterrorizándolo. Rescata a su amiga blanca, regresando con ella a la ciudad. Allí la deja al cuidado de la madre Yao, una anciana inquietante, a quien Eliana teme. Esa noche se celebra la reunión de los Cien.

ntentes perder a quienes son tus aliados, no espíes a tus hermanos. Si persistes en traicionar, te verás cercado de enemigos, te verás frente a una enemiga implacable.

El Tigre Volante, lívido de furia, contestó:

—¿Acaso la madre Yao no intriga también? ¿Acaso no tiene dos rostros?

Eliana nunca supo qué fuerza la impulsó a avanzar y colocarse junto a su supuesta pariente. Al verla, el rostro de Chien se contrajo. En la densa penumbra, las finas siluetas de las dos mujeres se veían rodeadas de un indefinible poder.

—Expresa claramente tu acusación —invitó la madre Yao fríamente.

Chien retrocedió. Con una reverencia que denotaba su total sumisión y su derrota, se mezcló al inmóvil grupo de convocados.

—También debo mencionar a Wung —prosiguió la anciana china—. Habla de establecer una nación libre, pero su ambición es convertirse en un señor de la guerra, que domine por las armas y el terror. Wung, debe justificarse ante los Cien.

Se produjo un movimiento agitado entre la asistencia. Tal vez abrían paso al acusado, pero éste no se presentó.

Luego de un prolongado silencio, la madre Yao dijo:



El oriental anunció que la madre Yao permanecería prisionera en el templo.

—Mis palabras están dichas. ¿Alguien quiere interrogarme? Ninguna voz se elevó. La luz enfocada sobre el trono vacío se apagó lentamente. ¿También el Gran Uno rehusaba enfrentarse con la madre Yao?

Cuando una difusa claridad ahuyentó las tinieblas, un oriental que vestía una túnica escarlata ocupó el sitio de Meng, el primer orador. Un gran dragón negro adornaba su casaca. El semblante del asiático tenía una expresión impenetrable. Sus ojos sesgados fijaban en los concurrentes una mirada inmóvil y fría. En el amarillo rostro se delineaban, intensamente negras, las cejas oblicuas y las guías de los bigotes, largas y ralas.

—El Gran Uno les citó para anunciarles la muerte de Ling-Sai. La noticia no estaba comprobada y, atendiendo a la afirmación de la madre Yao, se harán investigaciones. De todos modos, las tres primeras pagodas de oro están en poder del Gran Uno. Mientras se verifica la noticia ya mencionada, la madre Yao permanecerá en el templo.

Eliana advirtió el temblor que estremecía a la anciana. Comprendió que debía actuar con rapidez para evitar que la retuvieran prisionera. Como una sombra se deslizó junto al muro circular, buscando la salida. Vió de pronto un gong de enorme tamaño.

"Están celebrando una reunión secreta —discurrió la niña—. Si hago sonar con todas mis fuerzas ese gong, sus ecos vibrarán en el dormido templo, despertando a los monjes y a los vecinos. Vendrán a investigar la causa del llamado y la secta, antes de ser sorprendida, se escabullirá."

Sin pensarlo más cogió la vara metálica y golpeó el gong. Un eco profundo, intenso, se esparció en el silencio. La calma nocturna se estremeció. Aun no se apagaba el eco del primer sonido, cuando Eliana batió de nuevo el gong.

Era tan poderosa aquella vibración que, sin duda, había ascendido hasta el templo, extendiéndose por la ciudad.

Eliana presenció la confusa fuga de los Cien. Se precipitaban hacia las salidas, acicateados por el temor de ser descubiertos. Una mano impaciente cogió la de Eliana, haciéndola abandonar la vara, y la condujo hacia el exterior, por una pequeña puerta.

En un instante, como si hubiera caído un relámpago en el templo, la reunión de los Cien se dispersó.

Por los atrios y corredores del templo corrían los bonzos de túni-



Eliana golpeó el gong con todas sus fuerzas.

cas amarillas y los fieles que habían acudido para saber el origen de aquel eco en la noche.

La madre Yao conocía perfectamente el camino más directo hacia la calle. Seguida de Eliana, llegó a su casa.

Entraron en silencio. La anciana encendió la lámpara de su habitación y luego, observando con orgullo a su nieta dijo:

—Eres la digna hija de mi hijo.

Eliana, confusa, no respondió. ¿Qué diría la anciana al saber que no fué su verdadera nieta, sino una extranjera quien la salvó?

La madre Yao preparó en seguida el aromático té, acompañado de pepas de melón y semillas de loto, y mientras lo bebían, comentó:

—No sé por cuánto tiempo estaré libre. Hoy logré escapar, gracias a ti. Pero ellos saben dónde pueden encontrarme.

—¿Por qué quieren retenerte prisionera, honorable madre? Si Ling-Sai ha muerto, ¿qué sucederá?

—No ha muerto —pronunció la anciana con firmeza.

Se levantó, agitada.

—Si él ha muerto, yo seguiría tal vez viviendo, pero como un cuerpo sin alma.

Pareció aterrorizada de haber dejado traslucir sus sentimientos. Cerró los párpados rugosos, ocultando el intenso fuego de sus pupilas de ámbar.

—¿Quién es Ling-Sai? —preguntó Eliana.

La madre Yao no respondió.

Con sus ademanes suaves, recogió las tazas y llevando en sus manos la frágil bandeja se retiró. Eliana la vió desaparecer, pequeña, delicada, con su paso tan leve que en vez de caminar parecía flotar sobre el suelo.

—¡Venerable madre de mi virtuoso padre! —llamó la niña, con ansiedad.

No había podido contenerse y formuló aquella pregunta que podía delatarla:

"¿Quién es Ling-Sai?" Por cierto que la verdadera Lin debía saberlo.

Un agudo temor la dominó. ¿Volvería a ver a la anciana? Había perdido quizás su confianza y ya no podría acercarse a ella, ni protegerla.

A la mañana siguiente, la población amaneció revolucionada con la noticia del misterioso gong que resonó en la noche. Nadie pudo explicar aquel suceso, ni ubicar el gong. Por cierto que en el templo había gran número de esos instrumentos, pero ninguno tenía los ecos profundos y penetrantes del que había vibrado a medianoche.

Se buscaron puertas secretas, sótanos desconocidos, sin hallarlos. La idea de un llamado sobrenatural se apoderó de las mentes supersticiosas.

Los fieles, temiendo el anuncio de una aflicción para el mundo, concurrieron al templo a fin de ofrecer tributos y oraciones a las divinidades. Se invocó en especial a Kuan Yin, la diosa de la Misericordia, la diosa de los Cien Brazos, La que Mira Hacia Abajo, la "que guía con una cuerda el destino de los hombres".

En sus altares se depositaron ofrendas, se quemaron varillas de incienso y papeles de oro y plata.

Una procesión salió a las calles para pedir la protección de Kuan Yin.

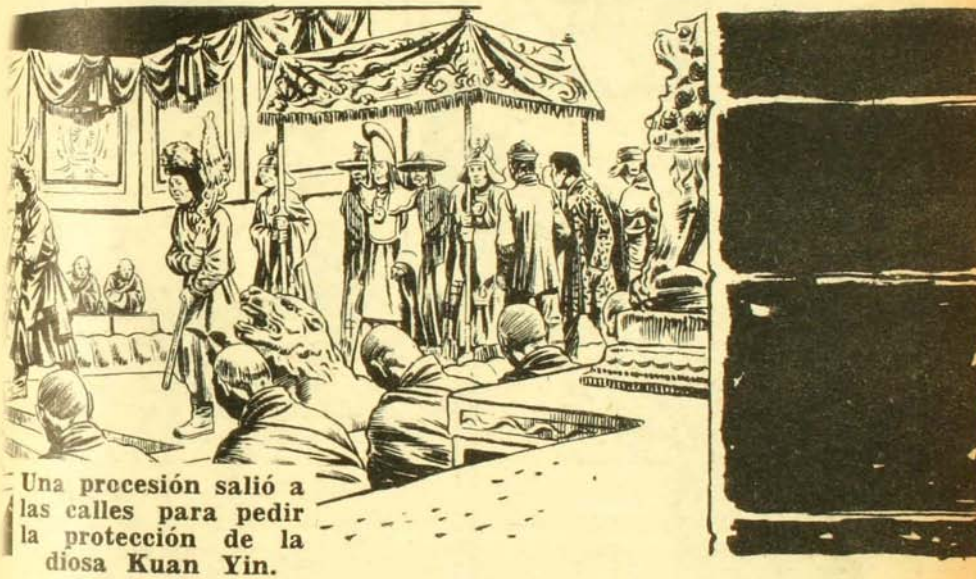
En ese día de fatales augurios, corrió la noticia de que se había visto un dragón en los bancos arenosos del Hoang-Ho. Exhalaba un fuerte olor a sal marina, y con sus prominentes ojos miraba bondadosamente a quienes lo contemplaban desde la ribera.

—¡"Lung"! (el dragón).

El nombre se susurró de boca en boca y los espíritus se tranquilizaron, porque el dragón es en China un ser benéfico.

Eliana jamás hubiera imaginado que su gesto de la víspera desataría aquel despligue de devoción, de temor y de leyendas.

Lin se reunió con ella y dijo sonriendo:
—Has sacudido el cielo y la tierra.
Eliana estaba demasiado nerviosa y preocupada para sonreír. Indecisa, murmuró:
—Creo que cometí un estúpido error. Pregunté a tu abuelita quién es Ling-Sai.
Los labios de Lin, que tenían el suave color del coral, se inmovilizaron en un gesto de ansiedad y desconcierto.
—¿Quién es Ling-Sai? —inquirió Elena, impetuosamente—. ¿No



Una procesión salió a las calles para pedir la protección de la diosa Kuan Yin.

crees que debo saberlo? Estoy actuando a ciegas, camino en la obscuridad. Si te suplanto, si aún ante la madre Yao soy Lin, su nieta, ¿por qué me mantienes en la ignorancia? Sólo sé que Ling-Sai maldijo las nueve pagodas de oro. ¿Por qué y quiénes han caído bajo esa maldición?
Lin permanecía silenciosa. Sus rasgos se endurecieron y todo vestigio de color desapareció de su rostro. Eliana la comparó con un ídolo de jade blanco, un ídolo bello y maligno que medita sobre la destrucción y la muerte.
—¡Lin! —exclamó aterrorizada.

(CONTINUARA)

Ponchito



por nato





EL HIJO DEL LOBO

CAPITULO X.—El castellano misterioso.

Ives el Lobo y su protegido el joven moro Alí se detuvieron en una posada de Bayona. Un soldadote provocó a Ives, exigiéndole que le cediera la mesa. El joven le ofreció burlonamente una gallina ensartada en un asador, ante las risas de los que presenciaban aquella escena.

Con su ancho semblante desfigurado por la cólera, el hombre desenvainó su espada, gritando:

—¡Insolente mancebo! Verás lo que Manfredo va a hacer con tus orejas.

Ives fué más rápido y la gallina golpeó en pleno rostro al enemigo. Los huéspedes reían a gritos. Jamás habían presenciado un duelo más bizarro.

—¿Por qué perder el tiempo en cortar orejas, Manfredo? —sonrió Ives—. Saborea mejor la gallina.

El vencido, con el rostro y el jubón manchados de grasa, vió que aún no habían cesado sus penurias. Ives, con un simple gesto de su mano hizo saltar la espada y luego, punzándole los riñones con el asador, como si pica-



La gallina golpeó en pleno rostro a Manfredo.

ara a un buey remo-
n, lo obligó a caminar
sta la puerta.
abía terminado el in-
dente y los comensa-
s volvieron a sus pla-
s de estaño.
n joven de noble apa-
encia invitó a Ives:
—El posadero me sirvió
n gran asado de vena-
o. Dignaos compartir
i mesa.
l héroe aceptó, y
ientras cenaban refi-
ó sus recientes aven-
uras.
—Voy a Zaragoza, don-
e Alí se reunirá con su
adre.
Al oír el nombre de
quella ciudad, el des-
onocido se irguió, di-
iendo con voz altera-
da:
—No emprendáis ese
camino. En Zaragoza
están ocurriendo graves
sucesos.
En seguida, lanzando
sobre la mesa un puña-
do de escudos, abando-
nó la posada, sin añadir
otra palabra.



—Dignaos compartir mi cena —invitó el caballero desconocido.

Sorprendido por aquella brusca despedida, Ives lo vió alejarse con el rostro sombrío y los labios crispados en un gesto de dureza.

El joven no alcanzó a expresar su asombro. En ese instante irrumpieron diez o doce hombres. Eran sin duda malandrines para quienes no existían las leyes ni el miedo. Al reconocer al capitán



Se alejó, sombrío, sin añadir otra palabra.

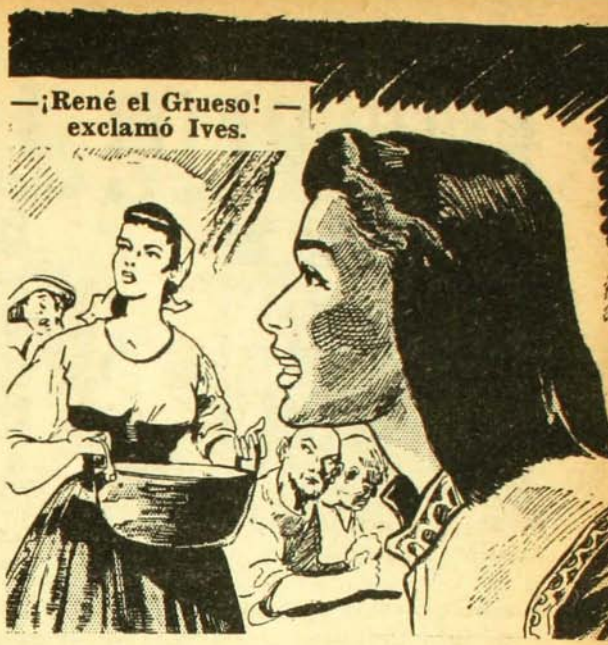
de ese grupo, Ives lanzó una exclamación:
—¡René el Grueso!
Era, en efecto, el corpulento leñador, compañero de su niñez y de su primera juventud en los bosques de Brocelandia. El recuerdo de Barto, su fiel perro lobo le hirió el corazón. En ese instante René el Grueso lo abrazó con la fuerza de un oso.
—¡Ives el Lobo! —gritó con estruendosa emoción.

Sus hombres le miraban asombrados. Tal vez nunca habían visto a su jefe dominado por un sentimiento tierno.
—Me cansé de vivir como un esclavo, con el peso del hacha en mi mano y el peso de las injusticias en mi espalda —explicó René el Grueso—. Los señores feudales sólo saben tratar con el látigo y la altanería. Preferí la vida libre y ahora soy contrabandista.
Ives explicó el motivo de su viaje. Al saber que un caballero desconocido le había aconsejado no proseguir la jornada, René el Grueso inquirió:
—¿Qué aspecto tenía?
Ives lo describió.
—Lo conozco, Ives. Es un extraordinario hombre de guerra, con quien tengo una cuenta pendiente.
Después ofreció:
—Puedo servirte de guía a través de los Pirineos.
Horas después escalaban los primeros contrafuertes montañosos. Por senderos solitarios, entre los altos abetos que aferraban sus raíces a las pendientes, los contrabandistas escoltaron a Ives y Alí. Al atardecer llegaron a una posada construída al borde de un abismo. El hostelero, un hombre taciturno, les condujo a una sala de techo bajo. Cuando los viajeros terminaron de consumir el pan negro y el jamón ahumado, el montañés dijo a René el Grueso:

—Antes que vosotros pasó un jinete cabalgando veloz como el viento. En su sobrevesta llevaba como insignia un castillo.

—Es él —gruñó René. Se encerró en un hosco mutismo. Ives, intrigado, no formuló preguntas sobre el misterioso castellano.

Empezaba a caer una tupida nevazón. Alí se durmió junto al fuego. Los contrabandistas y el joven caballero también se sumieron en el sueño. Al rayar el alba, cuando Ives abrió el postigo, vió que un batallón de soldados ascendía a las pendientes nevadas. El refugio de los contrabandistas había sido descubierto.



—¡René el Grueso! —exclamó Ives.

—¡Todos al bosque! —ordenó René el Grueso.

Sólo quedaron dentro de la cabaña Ives el Lobo, Alí y el posadero. Sobre el techo se instaló el capitán contrabandista, con su arco en bandolera. Cuando los guardias ibéricos estuvieron a tiro, disparó con mano rápida y segura una flecha tras otra, lanzando al viento su risa estruendosa y desafiante.

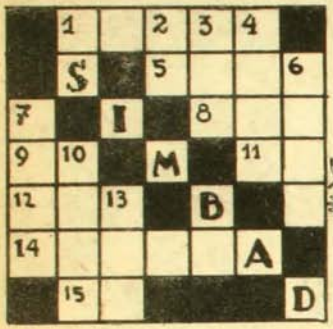
(CONTINUARA)



El misterioso caballero había pasado antes que ellos.

Concurso Semanal

PUZZLE DE LA BUENA SUERTE





Como todos los lectores de "Simbad" son muy inteligentes, les ofrecemos ahora este puzzle que tiene boquiabiertos y cabizbajos a los sabios del mundo entero. No dudamos de que vamos a recibir muchísimas soluciones.

HORIZONTALES: 1.—Provista de alas (femenino). 5.—Te sirve para sostener el lápiz indicar algo o meterlo en la nariz (aunque no se debe hacer). 8.—Artículo definido, plural, femenino. 9.—Afirmación en lengua provenzal. 11.—Negación. 12.—Nivel de las cosas. 14.—Planta cuyo tallo se come en ensaladas. 15.—Terminación verbal. **VERTICALES:** 1.—Carta del naipe. 2.—Arturo y Dora (Inic.). 3.—Contracción de una preposición y un artículo. 4.—Primer hombre de la Creación. 6.—Mamífero plantígrado (plural). 7.—Parte de tiempo que consta de sesenta minutos. 10.—Prenda de vestir. 13.—Título nobiliario inglés.

Enviar las soluciones a Casilla 84-D, Santiago, revista "Simbad", acompañadas del correspondiente cupón.

SOLUCION A "SIMBAD" 253. El retrato hablado identificaba a Ponchito.

Efectuado el sorteo entre las soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes lectores: **CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL:** Raúl Sepúlveda, Valparaíso; Leonor Ibáñez, Los Andes; Arturo Arrau, Santiago; Geraldina Villasante, San Francisco de Mostazal; Héctor Snieh, Santa Cruz; Manuel Rozas, Chillán. **CON $ 20:** Julio Puga Santiago; M. E. Mahn, Valparaíso; E. Betancourt, Santiago; Miriam López, Santiago; Isabel Ovalle, Talcahuano; Enrique Haquim, Santiago; Saúl Mandler, Santiago; Carmen Hernández, Santiago; Carlos Morán, Santiago; Arturo Schonffeldt, Santiago. **CON UN LIBRO:** Gloria González, Valparaíso; Enrique Castro, Lota Alto; Sandalio San Juan, Correo Itahue; Eliana Leiva, Lontué; Omar Carrillo, La Granja. Los Paltos; María Teresa Rodríguez, Santiago; Benjamín Contreras, Linares; Adelita Rodríguez, Talca; Marta Gómez, Rancagua; Graciela Boza, Viña del Mar.

Los lectores de provincia recibirán sus premios por correo; los de Santiago, deben retirarlos en Avenida Santa María, tercer piso, revista "Simbad".

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 255

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. Al oír el ruido de un motor, se ocultaron detrás de los árboles y vieron un lujoso automóvil, en el cual viajaban la señora Felisa y Juanita. "—¿A dónde llevará a mi hermana?", susurró Juan. "Esto me parece sospechoso", dictaminó Mincho—. A lo mejor no sólo Roque es un villano."





4. Estas palabras estremecieron al grupo de niños: ¿Habían llegado, tal vez, a una guarida de forajidos? "—Vigilen el camino —decidió Juan—. Yo y Tilín regresaremos a la casa, a fin de investigar. Si viene alguien, agiten un pañuelo, para avisarnos que hay peligro."

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NAT

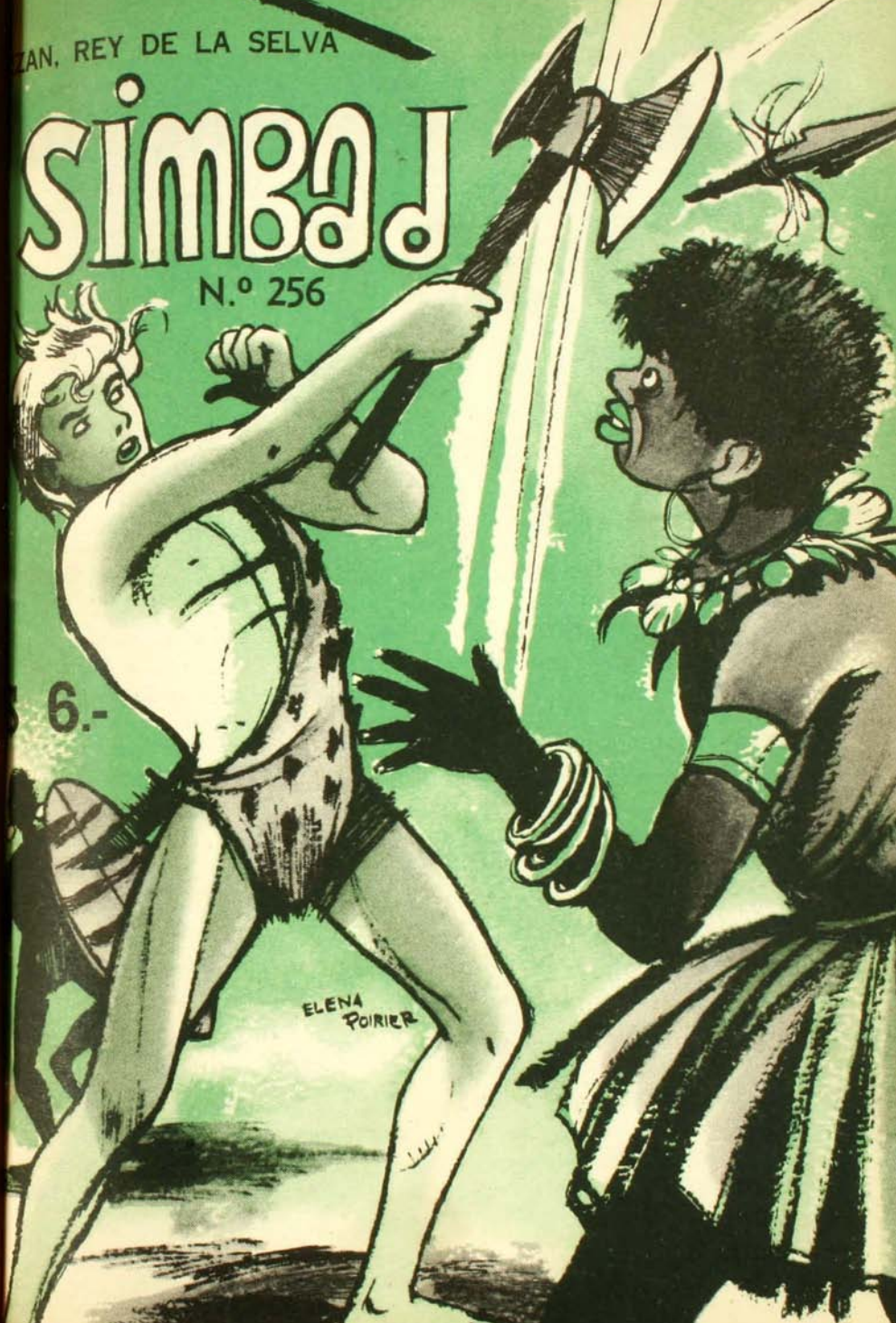


ZAN, REY DE LA SELVA

SIMBAD

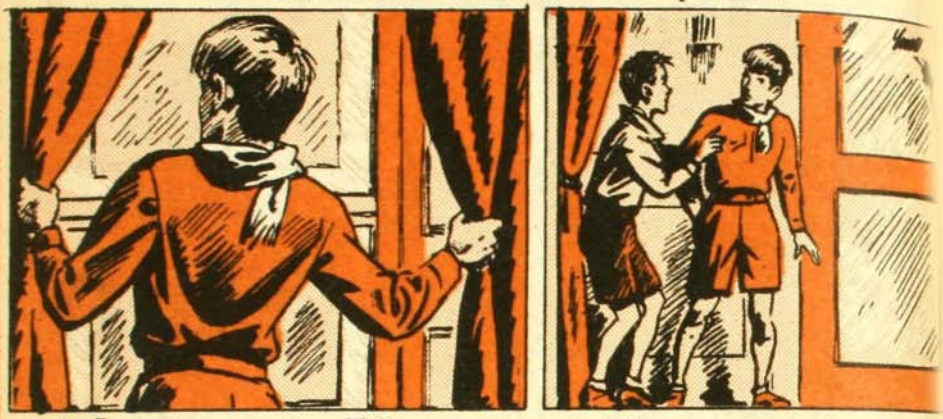
N.º 256

6.-



Juan y Juanita

CAPITULO XXXIV.— Sospechas.



1. Juan y su amigo Tilín penetraron sigilosamente en la casa de Felisa Hermine. Vieron que la dama se llevaba en su auto a Juanita, y esta actitud les pareció sospechosa. De pronto oyeron pasos. "—Es el mayordomo Roque. Escondámonos antes que nos sorprenda."



2. Abrieron la puerta más cercana. "—Es la habitación privada de la señora Felisa —dijo Tilín—. ¡Mira! Allí hay un gran retrato de Juanita." Juan respondió: "—No es mi hermana, debe ser Lidia, la hija que perdió la señora Hermine. Cualquiera diría que son gemelas".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 28-VII-1954 — N.º 256

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".



El jorobado

CAPITULO XL.—*El secreto del basural.*

El príncipe de Gonzaga y su confidente Peiroles aguardaban en la penumbra que Enrique de Lagardere cayera bajo las espadas asesinas. Un grito de agonía estremeció a los conjurados.

—Es él —murmuró Gonzaga, con voz trémula. Una intensa palidez cubría sus facciones. Peiroles temblaba convulsivamente.

—Unas angarillas y dos hombres —pidió uno de los asesinos, acercándose en la sombra.

A una señal de Gonzaga se acercaron Montaubert y Oriol, dos de los jóvenes aristócratas que esperaban en la antecámara. Estaban pálidos de espanto. Los dientes de Oriol chocaban hasta romperse. Al verles vacilantes, Felipe de Mantua dijo con dureza:

—Todos somos culpables de esa muerte, puesto que a todos beneficia.

Montaubert y Oriol, indignados pero silenciosos, cogieron las angarillas. Estaban al servicio de Gonzaga y no se atrevían a afrontar su cólera.

El cuerpo no se hallaba en el sitio donde cayó.

—Se habrá arrastrado para ir a morir un poco más lejos.

Oriol se sintió desfallecer.

Encontraron el cadáver tendido cerca de un arbusto. Cuando los

dos aterrados jóvenes ascendían la escala, con su fúnebre carg percibieron tras ellos un débil rumor de pasos. Reprimieron impulso de huir. El que les seguía era el jorobado. Muy pálid parecía sostenerse con esfuerzo, pero veíasele reír con su ris aguda y estridente. Dirigiéndose a Gonzaga, que no advirtió la a teración de su voz, dijo:

—¿Qué? ¿Ha venido?

Y señalaba con un dedo convulsivo el cadáver cubierto con un capa. Gonzaga le dió un amistoso golpe en el hombro, que lo hiz tambalearse.

Las cuatro de la mañana habían sonado ya. Al salir de palacio los acólitos de Gonzaga se dispersaron. El príncipe se dirigió su morada, con Peiroles. Oriol y Montaubert debían llevar el ca dáver al Sena. Les faltó valor para lanzarlo al río de sombría aguas y lo dejaron sobre un haz de basuras. Al rayar el día, e "cadáver" despertó e hizo una mueca de desagrado al encontrar se en un sitio tan insalubre. No se trataba de Enrique de Lagar dere, sino de un invitado que bebió más de la cuenta y había caído en los jardines reales.

* * *



El cofre estaba vacío.

El último en salir fué el hombrecillo giboso. Desde el patio de las Fontanas a la calle de Saint-Honoré se detuvo varias veces para sentarse en los quicios de las puertas. Al levantarse, un gemido se escapaba de sus labios crispados.

Cuando llegó finalmente a la calle del Chantre, subió arrastrándose la escalera que conducía a la habitación de maese Luis. La puerta de este aposento estaba



Alguien lanzó por la ventana aquel papel.

orzada y abierta de par n par. El jorobado en- ró en la primera pieza. a puerta de la segun- la, donde nadie entrara unca, había sido derri- ada. El jorobado in- entó llamar a Francis- a y a su nieto, pero no udo. Cayó de rodillas y sólo con un esfuerzo upremo se acercó al ofre donde guardaba el aquete sellado, con los documentos del nacimiento de Aurora. Al comprobar que éstos habían desaparecido, se abatió, como un prisionero que recibe el golpe mortal.

En el oratorio de Louvre dieron las cinco de la mañana. Empezaba a amanecer. Con toda lentitud, el hombrecillo se incorporó. Una vez desabrochada su casaca de lana negra, pudo quitarse otra de raso blanco horriblemente teñida de sangre.

Gimiendo lavó aquella herida que ensangrentaba su ropa. La casaca de raso blanco era de Lagardere, pero la herida sangrante veíase en el hombro del jorobado.

Bebió después un sorbo de agua.

—¡Bien! —murmuró—. Me quitaron todo: las armas y el corazón.

Durante unos minutos permaneció meditando, con la cabeza entre las manos. Luego se irguió para decir:

—¡Ayudadme, Dios mío! Tengo veinticuatro horas para rehacer la obra de dieciocho años.

* * *

Al despertarse aquella mañana, Peiroles pensó tal vez que sus problemas y zozobras habían terminado para siempre. Pero cuando vió el rostro alterado de su amo y sus ojos que despedían rayos de furia, sus temores renacieron.

—Oriol y Montaubert me engañaron —dijo Gonzaga—. No lanzaron a Lagardere al Sena.

Un frío de muerte recorrió el cuerpo de Peiroles.

—¿Por qué lo dudáis, monseñor? Ellos son vuestros amigos y os obedecen.

—Mis amigos —repitió Felipe de Mantua—. Necesito encadenarlos, comprometerlos en tal forma que si caigo yo, los arrastre en mi caída. Sólo así estaré seguro de su fidelidad. Lee esto.

Peiroles leyó ávidamente la lista escrita por Lagardere, con el nombre de los asesinos de Nevers. Los siete primeros estaban escritos con tinta negra y tenían trazada una cruz roja. Los dos últimos, Peiroles y Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, veíanse escritos con tinta roja, quizás con sangre.



Gonzaga no supo quién envió la inquietante lista de nombres.

Peiroles temblaba como la hoja de un árbol.

—¿Cuándo habéis recibido esto? —balbuceó.

—Esta mañana. Lo lanzaron atado a una piedra, por esa ventana. Puedes ver el cristal quebrado.

Conteniendo su cólera, añadió:

—Hice confesar a Montaubert y Oriol que abandonaron el cadáver en un basural de la calle de Pierre-Lescot. Envié a Pasepoil y a Cocardase a investigar.

—¿Os fiáis de ellos, monseñor?

—No me fío de nadie, ni aún de ti —replicó Gonzaga agriamente—. Pero esos ganapanes me temen y removerán cielo y tierra hasta saber si el maldito Lagardere ha escapado otra vez.

* * *

El jorobado Esopo II, que había comprado la casilla del perro en el palacio de Gonzaga, la amobló esa mañana con una silla,

un cofre, un colchón y una almohada. Por lo visto, veníase a vivir a su original morada.

La fiebre de la especulación poseía a todos los compradores de barracas en ese palacio, convertido por el príncipe en la casa de oro donde en un instante se ganaban o perdían grandes fortunas. El jorobado servía de escritorio a los comerciantes. Su espalda estaba permanentemente ocupada y los doblones caían en su faltriquera de cuero.

Oriol dijo con desprecio:

—Pensar que este demonio que tanto nos intrigó anoche no es más que un pupitre ambulante.

—Que habla, piensa y escucha —rectificó el jorobado, subrayando las palabras.

Después de saludar, sonrió y se alejó.

El rumor de que las acciones subirían produjo una locura general. Todos compraban ávidamente. Esopo II, sin cesar de reír con sorna, prestaba su espalda para las firmas de aquellas febriles transacciones.



El jorobado servía de escritorio a los comerciantes.

Gonzaga y Peiroles aparecieron en el mercado. El príncipe llevaba en la mano un sobre del cual pendían tres sellos al final de su cinta de seda. Cuando el jorobado vió aquel sobre, sus ojos se abrieron y la sangre acudió con violencia a sus pálidas mejillas. Siguió prestando sus servicios, pero sin perder de vista a Gonzaga y a Peiroles.

—Ahora nos reuniremos con nuestra prisionera —dijo Felipe de Mantua—. Su presencia en el palacio debe guardarse en el más absoluto secreto. Si la viera la princesa de Gonzaga, todo estaría perdido.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO XVI.—EL TESORO DE BARTON.





1. El traidor Merut huyó del templo de Badami. Por un instante pensó acudir al rajá, inventando alguna mentira para justificar su desaparición. Luego dijo: "Recibiré cien palos en la planta de los pies. Es mejor que escape a todo correr". Pancho Baray decidió perseguirlo.





2. Mientras tanto Max Barton daba órdenes inútilmente. Observando el tablero de control, descubrió que los centinelas habían abandonado sus puestos y que la puerta B estaba abierta. Enfurecido, sin saber qué sucedía, bajó al sótano, donde sus secuaces estaban reunidos. "—¿Qué hacen aquí?", vociferó.





3. "—Esperamos la respuesta del rajá", contestó uno de los hombres. "—¿Qué historia es ésa?", gruñó el pistolero con expresión siniestra. "—No es una historia, sahib. Tú enviaste a Merut a parlamentar con el rajá. Le dejamos salir porque dijo: "Orden de Siva"." Barton rugió: "—¡Perro traidor!"





4. Después ordenó: "—Todos a sus puestos". Como ninguno se moviera, lanzó una carcajada burlona. "—¿Mis tigrecillos se resisten a obedecer? —dijo, mordiendo su cigarro, sin dejar de sonreír—. Tal vez necesiten algo que les devuelva la fiereza. No sé si les daré latigazos... o un tesoro."

EL TEMPLO DE BADAMI





5. Los hombres de la banda permanecían desconcertados, sin saber si en aquella voz vibraba la amenaza, la burla o el soborno. "—Para empezar, les daré una piedra preciosa a cada uno —ofreció Max Barton—. Levanten la mano aquellos que me serán fieles." Una tras otra se alzaron las manos ávidas.





6. "—Por fin se vuelven razonables", observó Max Barton sarcásticamente. Acercándose al muro, hizo girar una piedra, descubriendo un cofre secreto. Lo abrió con la mano izquierda, manteniendo su diestra en el bolsillo, donde guardaba su arma. No confiaba en aquella ralea de codiciosos.





7. Entregó diamantes, esmeraldas, perlas fabulosas. Las manos se cerraban convulsivas sobre las gemas. La risa brotaba de las bocas desdentadas, de los labios teñidos de betel. "—Y ahora a sus puestos —ordenó Barton con voz dura—. Y combatan como demonios. La riqueza es el premio."





8. La persecución de Merut continuaba. Súbitamente, de una rama elevada se descolgó una forma verdosa y ondulante. Una serpiente pitón enlazó el cuello de Merut, quien, perdiendo los estribos, cayó al suelo. La víbora lo envolvió en sus anillos mortales. Baray decidió salvar al traidor.

(CONTINUARA)



ARZAN, rey de la selva

Arzán despertó, alerta. No supo qué ruido interrumpió su sueño, pero sabía que algo extraño estaba sucediendo. Abandonó cautelosamente su choza, construída en la copa de un árbol. Sus dedos se cerraron sobre el cuchillo de caza. Detrás de él se deslizó otra figura, gigantesca y de movimientos felinos. Era el zulú Igano, fiel amigo de Arzán.

—Sólo has oído el rumor del río —dijo Igano, vacilante.

Arzán, sin responder, continuó avanzando. Bajo su piel bronceada por el sol africano, sus músculos denotaban agilidad y fuerza. Cuando la luz de la luna atravesaba la densa maraña, fugaces reflejos de oro bruñido iluminaban la cabeza rubia o se deslizaban sobre su vestidura de piel de leopardo.

El ruido resonó de nuevo, esta vez más cercano y potente. Era como el eco de un tambor, con vibraciones metálicas. Igano sintió que la sangre se enfriaba en sus venas.

Se detuvieron en la ribera y pudieron ver algo que flotaba sobre las sombrías aguas. Era voluminoso y una especie de pupila refulgía a intervalos como el ojo rojizo de una bestia.

—Es un demonio del agua —susurró Igano, aterrorizado—. Tenemos que destruirlo antes de que se abalance contra nosotros. No temo a los espíritus de la noche y del mal.

Temblaba, sin embargo, cuando levantó su lanza. Sus rodillas se entrechocaban, sacudiendo los collares de plumas de avestruz que adornaban sus piernas. Dominando su temor, se mantuvo rígido para no estremecerse y luego dirigió el arma contra el demonio del río. Retumbó un sonido más estruendoso que los anteriores y la lanza retornó a la ribera, con un impulso violento.

—¡Magia negra! —gimió Igano.
Las azules pupilas de Arzán se estrecharon. Después, de un salto, se sumergió en el río, con el cuchillo de caza entre los dientes. Nadó velozmente. Un rayo de luna iluminó al "demonio", y entonces Igano oyó la sonora risa de Arzán.
El monstruo no era más que un gran tambor con franjas de cobre en sus extremos. Los destellos de este metal simulaban el ojo rojizo del demonio. Su caja, al chocar contra las rocas o los leños flotantes, producía el aterrador eco.
En ese instante, tres siluetas oscuras se lanzaron al río, nadando hacia el tambor. Arzán reconoció a los guerreros bangas. Sonriendo burlonamente, impulsó el tam-tam hacia el banco de arena donde estaba Igano.
Los bangas habían llegado a la ribera y avanzaban agazapados, con sus negras manos crispadas.
—¡Cuidado, amo blanco! —advirtió Igano.
La sonrisa no desapareció de los labios de Arzán; pero sus brazos actuaron con rapidez, mientras sus piernas se flexionaban. Sin moverse de su sitio, lanzó lejos de sí a sus tres atacantes. Estos se levantaron, maltrechos y gruñendo.
—¿Qué significa este ataque, chacales bangas?
La mirada de Arzán se detuvo en las inscripciones del tambor y descubrió que pertenecían a la tribu wasili.
—Ahora comprendo. ¿Robaron este tambor, chacales bangas?
Uno de los negros contestó rabiosamente:
—El secreto de la fuerza de los wasili reside en ese tambor mágico. Ahora pertenece a nuestro clan y los bangas dominarán en la selva. No lo tendrás mucho tiempo en tu poder, mangani (hombre blanco).
Y con esta amenaza, desaparecieron los tres bangas. Igano, preocupado, musitó:
—Los bangas son traicioneros como una víbora.
—Nos cuidaremos de ellos, Igano. Ahora debemos llevar este tambor a la tierra de los wasili, para impedir una masacre. Cuando descubran que les ha sido robado, arrasarán la selva.
Se pusieron en camino. Igano gemía bajo el peso del tambor. De pronto vaciló y el tam-tam rodó por el sendero, tropezando en las raíces y lianas. El africano lanzó una mirada temerosa a Arzán, temiendo que lo riñera por su descuido; pero vió que él sonreía.

—Igano, acabas de descubrirme una magia. El tambor nos llevará a nosotros.
Lo colocó sobre un costado y subió a él, haciéndolo girar con un equilibrio perfecto. Los ojos de Igano blanqueaban de asombro. Pero de pronto cincuenta guerreros bangas aparecieron ante el alegre equilibrista. El entonces imprimió mayor velocidad al gigantesco y pesado tambor, que pasó como un bólido entre los guerreros. Los que no huyeron a tiempo quedaron contusos y turbados.
Arzán saltó a un árbol, y el tambor, estrellándose contra unos matorrales, se detuvo. Inmediatamente los bangas le rodearon. Igano corría para reunirse con su amo. Una lanza hendió el aire. Pero, con la fulmínea rapidez con que cae un rayo del cielo, Arzán tocó la tierra con sus pies, arrebató el hacha de la diestra del zulú y partió en el aire la lanza que iba recta a clavarse en la espalda de Igano.
—¡Corre, Igano!
El joven selvático y su fiel servidor desaparecieron en la densa jungla, sin que los bangas pudieran encontrar sus huellas.
Lejos del sitio en que los guerreros rastreaban obstinadamente, Arzán ordenó a Igano:
—Ve a la tierra de los wasili y diles que yo, Arzán, les devolveré su tambor antes de que el sol salga de nuevo.
Luego Arzán se dirigió al kraal de los bangas. Desde un árbol observó a los guerreros que celebraban la captura del tambor wasili. Junto a las hogueras balanceaban rítmicamente sus cuerpos, blandiendo sus lanzas. Un canto monótono y acompasado surgía de los gruesos labios.
"Debo salvar a estas estúpidas criaturas que se alegran de haberse apoderado del tambor, sin comprender que los wasili les destrozarían como a una colonia de hormigas", murmuró Arzán.
Su tarea era difícil. El tambor no se veía en parte alguna; pero Arzán comprendió que debía estar en la choza del jefe. Silencioso como una sombra, pasó de un árbol a otro. En su ruta aérea, no desprendió una sola hoja ni rozó las lianas colgantes. Cuando estuvo sobre la cabaña principal se inclinó para abrir con su cuchillo un resquicio. Al mirar por él vió el tambor, cubierto de guirnaldas floridas. Ensanchó entonces la abertura y se dejó caer suavemente. Los centinelas percibieron tal vez algún rumor y entraron al mismo tiempo. Dos brazos poderosos les rodearon el

cuello y ambas cabezas motudas fueron chocadas con violencia. Arzán depositó en tierra los desmayados guardias y luego con su cuchillo desprendió en un extremo la franja de cobre, que sostenía el parche lateral del tambor. Alzó entonces el tam-tam sobre su cabeza y lo deslizó hasta el suelo, quedando oculto por completo. Arzán era alto, pero las grandes dimensiones del tambor eran suficientes para cubrirle.

Más tarde, un grito estridente anunció la extraña magia:

—¡El tambor wasili camina!

El terror se apoderó de los bangas.

—¡Pertenece a los wasili y se niega a quedarse en nuestro kraal! ¡Estamos malditos!

—¡Fuera de mi camino, chacales ladrones!

Al oír esa voz cavernosa que surgía del tam-tam, el pánico aumentó.

—¡El tambor habla!

En la oscuridad más absoluta, Arzán se orientaba por las voces de los bangas y se dirigió hacia la puerta de la empalizada. ¿Acertaría con la salida? Si se estrellaba, corría el riesgo de ser descubierto. Un tambor mágico, que camina y habla, no puede equivocar el camino.

Afortunadamente, logró salir sin tropiezos. Ningún banga se atrevió a seguirlo. Todos permanecían con el rostro hundido en el polvo, pidiendo misericordia. Más tarde supieron que el tambor también tenía brazos invisibles y que su fuerza era demoledora. De ello eran testigos los dos centinelas. Cuando estuvo lejos de los bangas, en la selva profunda, Arzán llamó a Rami, el elefante, para que lo llevara a la tierra de los wasili, junto con el tambor.

FIN

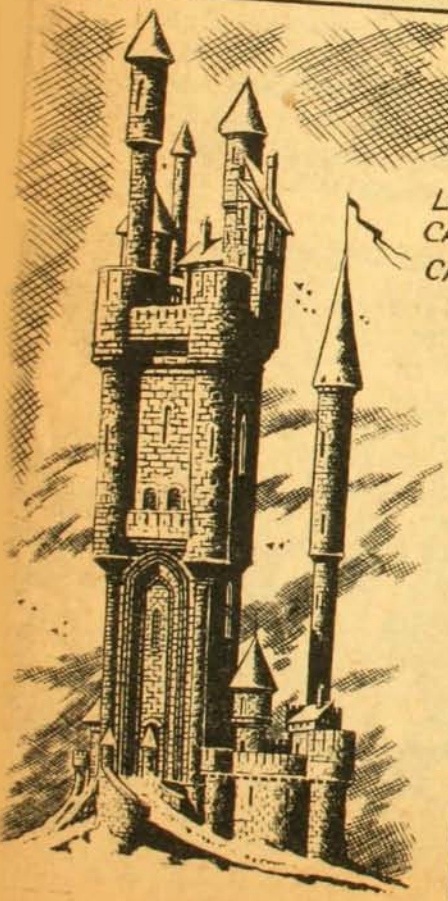


Arzán quebró la lanza en el aire.

La fantasmita



EN EL PAÍS DE NINGUNA PARTE, EL BARÓN BALO SALE A CAZAR.



LOS GUARDIAS DEL CASTILLO SE DEDICAN A BEBER

SI HAY ALGO QUE NO PUEDO SOPORTAR SON LOS BORRACHOS

ZZZ



ESTE CASTILLO NECESITA UNA LIMPIEZA



MIENTRAS TANTO, MAMÁ FANTASMA TEJE UNA SABANITA



MI HIJO PONDRÁ ORDEN AQUÍ



¡AGÚ!

MIRA QUE LINDO E INVISIBLE ES NUESTRO HIJITO

CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XLI.—MA[illegible] ES DESPRECIADO.





1. Pluma Blanca no había acompañado a Solitario Bill al cementerio osage por temor a la maldición de los jefes indios que yacían sepultados en oro. Sin embargo, se reunió después con el joven, diciendo: "—La maldición de los osages me perseguirá hasta la séptima generación; pero vengo a anunciarte un peligro"



2. Mostrando una insignia, añadió: "—Los semínolas enviaron este símbolo de paz y amistad a los osages. Piden que la reina Altamaha les sea entregada. Si se niegan, vendrán esta noche cuatro guerreros a lanzar al campamento de los osages una clava pintada de rojo. Eso significa guerra".





3. "—Debo impedirlo —decidió Solitario Bill—. Anita y Tex Montaña están muy débiles para regresar apresuradamente. Deseo que te quedes aquí a protegerlos, Pluma Blanca." El joven indio palideció. Comprendiendo su temor supersticioso, el héroe texano agregó: "—Los osages muertos no te maldecirán".





4. "—Tu presencia en este lugar no es una profanación —continuó Solitario Bill—. Servirá para impedir una guerra, y por esta causa las almas de los osages te perdonarán desde las praderas eternamente verdes del Gran Espíritu." Y con estas palabras desapareció entre las nubes de humo azufroso.

SOLITARIO BILL





5. Intervino en la conferencia de los indios osages y semínolas y declaró: "—La reina Altamaha ha venido por su propia voluntad, para ser la esposa de Pluma Blanca. El pagará la dote de costumbre: cien caballos, cien bueyes y cien medidas de cebada". El brujo Mano Seca rugió: "—¡La tienes prisionera, perro blanco!"





6. Hijo del Trueno rebatió: "—Mi hermano blanco no miente. La reina Altamaha está voluntariamente entre nuestras *squaws* (mujeres). Llamadla para que declare". Al ver a Altamaha, Mano Seca dijo, clavando su mirada en las bellas y obscuras pupilas: "—Estás destinada a ser mi esposa y debes seguirme".



7. La reina india, sosteniendo con serenidad aquella mirada que pretendía dominarla, respondió con voz clara: "—Ya no tienes poder sobre mí, porque he dejado de pertenecer al pueblo semínola. Mi tribu es ahora la de los navajos, que es la de Pluma Blanca, mi dueño y señor. Espero no verte más, Mano Seca".



8. Con el rostro deformado por la ira, Mano Seca dijo: "—Gran jefe Hijo del Trueno y tú, Serpiente Astuta, hechicero de los osages, les ofrezco el signo de la paz. ¿O debo desenterrar el hacha de la guerra?" Hijo del Trueno repuso: "—Altamaha está bajo nuestra protección. Puedes marcharte, Mano Seca".

(CONTINUARA)

LA MALDICIÓN DE LING-SAI



CAPITULO VII.— La celada.

Eliana Davis contemplaba aterrorizada a Lin. La dulce jovencita china parecía haberse transformado en un ído maligno. Su rostro marfileño se endureció. Sus ojos de ámb transparentaban un odio frío e implacable.

—¡Lin! —susurró, desfalleciente—. ¡Oh Lin!

La niña asiática pareció despertar de un mal sueño. Sus pupil se dulcificaron de nuevo y los rasgos tensos se suavizaron.

—Hermanita menor —dijo—, no tengas miedo.

Eliana temblaba aún.

—¿Qué te ocurrió, Lin? ¿Te ofendí, acaso? Debes perdonarm porque me siento desorientada.

Bajo las amplias mangas sus manos se enlazaron con fuerza. Pr curaba dominar su desesperación.

RESUMEN: Eliana Davis busca a su padre, desaparecido misteriosamente en Nanking. Conoce a una jovencita china, Lin, quien le propone que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis, y también a su propio padre, cuyo nombre no revela. Transforma a Eliana hasta semejarla por completo a ella. Nadie podría distinguir cuál es la verdadera y cuál es la falsa Lin. Eliana cae en poder de Wung, que le profesa un odio mortal. Cuando sabe que los aliados de Lin acuden a rescatarla, amenaza de muerte a la prisionera. Pero la verdadera Lin se enfrenta con Wung, aterrorizándolo. Rescata a su amiga blanca, regresando con ella a la ciudad. Allí la deja al cuidado de la madre Yao, una anciana inquietante, a quien Eliana teme. Esa noche se celebra la reunión de los Cien. El Gran Uno, misterioso jefe de la secta, anuncia, por medio de sus servidores, que Ling Sai ha muerto. La madre Yao desmiente aquella noticia. Mientras se verifica si es verídica o no, la anciana deberá permanecer prisionera en el templo. Eliana la salva, haciendo resonar un gong. La secta se dispersa, por temor a ser descubierta en el sótano del templo.

—Lin, no poseo tu voluntad ni tu valor. A veces creo que moiré de angustia. Las ideas más negras asaltan mi mente. Pienso que nunca lograré reunirme con mi padre...; creo que él... ha desaparecido para siempre.

Su voz se quebró y las lágrimas se desbordaron de sus ojos alargados. Sintió su roce ardiente en el rostro.

—Perdóname, Lin —repitió, desolada.

La joven china la abrazó, murmurando:

—Tranquilízate, hermanita menor.

Permaneció un instante en silencio y luego dijo, cautelosa:

—No ha llegado aún el instante de las revelaciones. Más tarde comprenderás por qué debo guardar silencio.

De pronto pareció decidirse. Mirando intensamente a Eliana, declaró:

—Ling Sai es mi padre.

El corazón de Eliana se detuvo.

—Lin, ¿lo saben los demás? Es decir..., tus enemigos, la secta de los Cien, el Gran Uno, Wung y Chien...

Hablaba precipitadamente, mientras el terror palpitaba en su sangre.



—¿Estás cansada, sublime? —preguntó Hsu.

—Mis enemigos no lo saben —repuso la joven china—. Ni siquiera lo sospechan.

Inclinó su cabeza. La pálida luz del día brilló con reflejos azules en la cabellera obscura.

Cuando Lin alzó el rostro, Eliana advirtió que había recobrado su expresión tranquila, matizada sólo por un destello irónico.

—Nadie lo sabe —confirmó—. Y quizás el más desorientado es el Gran Uno.

Eliana lanzó un gemido. Lin preguntó inquieta:

—¿Qué sucede?

—Recuerdo que le pregunté a la madre Yao quién es Ling Sai.

Lin sugirió:

—No te preocupes. Mi honorable abuela está sumida en hondos pensamientos, y lo más probable es que no oyera tu pregunta. Y si la oyó, la olvidará. O pensará que su nieta ha perdido la poca inteligencia que tiene. Y te aseguro que tal tragedia no la turbará en lo más mínimo. La madre Yao es muy distraída. Vive en un mundo que no existe.

Eliana preguntó con vehemencia:

—¿Estás segura? Cuando la encuentre de nuevo, ¿no recordará mi estúpida pregunta?

—La habrá olvidado por completo, hermanita menor. No te angusties.

Transcurrieron varios días. Una tarde Lin dijo a su amiga blanca:

—Debes suplantarme, para probar la lealtad de uno de mis hombres: Hsu.

—¿Qué debo hacer?

—Reunirte con él junto al Templo de la Meditación. Lo reconocerás porque te entregará un durazno.

—Esa fruta es el símbolo de la inmortalidad en China —observó Eliana.

—Sí. Te conducirá fuera de la ciudad, a una vivienda ruinosa. Dice que probará la deslealtad de Wung a la secta de los Cien. Ignoro si se trata de una celada.

Pensativa, añadió:

—No te expones a un verdadero peligro. Velaré por ti y te rescataré si es preciso. Quizás pienses que soy egoísta; pero no puedo arriesgarme a caer prisionera. Mi rescate es difícil. Nadie actuaría como puedo actuar yo en tu defensa.

—¿Y la madre Yao? ¿Crees que no acudiría en tu auxilio? Nunca he conocido a una anciana tan decidida.

Lin sonrió.

—Sí; mi honorable abuela es un huracán cuando se resuelve a vivir en el presente, y un viejo aroma del pasado cuando se encierra en su habitación a soñar.

La sonrisa se borró de sus labios.

—¿Verás a Hsu? ¿O temes caer en la emboscada?

—No tengo miedo, Lin. Sé que aparecerás cuando te necesite.

Así fué cómo aquella tarde Eliana conoció a Hsu. Era un oriental de elevada estatura. A pesar de sus gestos reposados, se advertía que su esbelto cuerpo podía ser ágil y rápido. La mirada de sus ojos sesgados era recta y firme.

minaron en silencio.

Seguí las huellas de
n Chi (diente de oro)
-declaró él—. Mira,
blime, aun se ven
uí.

liana examinó la tierra.
ra muy leve el rastro.
¿Estás cansada, su-
lime? —preguntó Hsu
n su voz profunda y
lida—. Reposa un
stante. Aun no ano-
hece.

a niña accedió, sin
ronunciar una palabra.
ercibía la mirada atenta de Hsu, y se estremeció al pensar que
uizás él sospechara.

Cuando las sombras se extendieron, más densas, prosiguieron la
archa. Eliana sabía que tras ellos, invisible y alerta, avanzaba
in. Esta certeza le infundía valor.

Miró a Hsu, detallando sus facciones bellamente modeladas, su
oca fina, las cejas oblicuas, la línea del mentón que revelaba
n carácter sin vacilaciones. ¿Demostraría ser leal o traidor? Va-
amente Eliana deseó que el joven oriental atravesara con éxito
aquella prueba. Si se descubría su perfidia, ¿cuál sería el casti-
go que recibiría? La niña recordó cuánta crueldad podían tras-
lucir los ambarinos ojos de Lin.

—Hsu —murmuró involuntariamente.

El se detuvo, tenso.

—Ordena a tu siervo, oh sublime —dijo en un susurro.

Ella no respondió. ¿Por qué le había nombrado? ¿Tal vez para prevenirlo contra el peligro? Aquel impulso era absurdo.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—Sólo algunos pasos —repuso él, y, por su acento desilusionado, Eliana comprendió que él esperaba otra pregunta, otras palabras.

Cruzaron una arcada de piedra y entraron en una habitación desierta. Un rumor de pasos resonó en el exterior. Eliana advirtió la rigidez que adquiría la silueta de Hsu. Vió relampaguear sus ojos en la penumbra. Después él salió, con su puñal en la



Eliana vió aterrorizada cómo surgían las amenazantes sombras.

diestra. Desde la ventana de piedra la niña vió aterrorizada cómo surgían varias sombras, desprendiéndose de los árboles de los muros derruídos.

—¡Malditos! Nos rodean —murmuró Hsu.

La voz de Wung vibró triunfante:

—La gloriosa Lin no huirá esta vez.

Llamando a dos servidores, les dijo:

—Quedará prisionera aquí. Responden con sus vidas si la dejan escapar.



—Responderán con sus vidas si la prisionera se escapa —dijo Wung.

Eliana percibió la mirada ansiosa de Hsu y la desesperación que distendía sus rasgos. Aún esgrimía la daga y se replegó contra el muro. Los secuaces de Wung vacilaron. Varias sombras se deslizaban, cercando las ruinas. Otras siluetas avanzaron hacia la puerta. De un salto, Hsu les interceptó el paso. En la obscuridad se oyó el rumor de lucha y de respiraciones jadeantes. Un grito ahogado, un rugido y después el silencio.

—¿Mataron a ese perro sarnoso? —preguntó Wung.

No obtuvo respuesta. Las sombras continuaron desplazándose con sigilo y de pronto una mano huesuda cogió la de Eliana.

Vagamente la niña recordó aquel contacto. Esa misma mano desarnada la rescató en otra ocasión, también entre tinieblas.

—El paso de su guía no resonaba sobre las piedras. Este otro detalle convenció a Eliana de que aquél era Ti-Huen.

Traspusieron una puerta que no estaba vigilada y, pasando a breve distancia de confusos grupos que luchaban en la sombra, se alejaron. Lin se reunió con ellos.

—¿Todo bien? —preguntó con voz cortante.

—Sí —repuso Ti-Huen, sin dirigir la mirada ni a Lin ni a la extraordinaria jovencita que era la perfecta imagen de su ama. Sólo él las había visto juntas. Cuando el chino del junco, en las riberas del Hoang-Ho transmitió a Lin la contraseña, Ti-Huen había ocultado a Eliana con su angulosa figura.

—¿Te vió alguien atravesar el campo?

—Sí, algunos de tus esclavos, y también varios de esos sucios perros que obedecen a Wung. Y todos se inclinaron, sepultando el rostro en la tierra.

—Vamos, pronto —urgió la misteriosa capitana.

(CONTINUARA)

Correspondencia

LUIS AURELIO OVALLE, SONIA ARAYA.— No hay necesidad de romper una página para participar en el concurso. Basta enviar el cupón.

TERESA SALAZAR, PEDRO BRAVO ALFARO.— Nos mueve a superarnos la idea de que el mayor placer de ustedes es la lectura de la pequeña gran revista "Simbad".

NATIVIDAD OJEDA, HEDY HILARSCHENKE.— La directora de esta revista es Elvira Santa Cruz, cuyo seudónimo es Roxane. Fué directora de "El Peneca" durante treinta años. Agradecemos sus elogios y los compartimos con Elena Poirier, Nato y Atria.

ALCIDES ZAMBRANO, DANIEL CORDOVA, JUAN CASSANELLO.— Muy hermosas sus observaciones sobre esta pequeña gran revista llamada "Simbad". Nos agrada saber que es la favorita de todos ustedes.

EVA KAIRATH, Valdivia.— Se recibió su cheque y se le empezó a enviar la revista desde el número 251. Los números anteriores estaban agotados. Solamente le remitimos el 146 y 147.

RODOLFO MUSTER LEAL.— La alegría también es para nosotros al comprobar el entusiasmo de nuestros lectores por esta pequeña gran revista, que es como un nieto regalón de Roxane.

ROXANE.

Ponchito

por nato





CAPITULO XI.—Los hermanos de la montaña.

René el Grueso lanzaba entre carcajadas sus certeras flechas. Los soldados ibéricos huyeron del terrible quero, buscando refugio en el bosq Allí fueron desbandados por los co trabandistas. El camino quedó lib —Ahora debes seguir solo, Ives dijo René el Grueso—. Ahí está ruta de España.

Estrechó con energía la mano d joven héroe y dió en el fino homb de Alí unos golpes que le hicier vacilar.

—Buena suerte, amiguito. Adi Ives.

El contrabandista se reunió con s hombres, mientras Ives y Alí se i ternaban entre los abetos nevados "Siempre hacia el sur", les había d cho René el Grueso. Atravesaron u región combatida por la nieve y el viento. Las rocas se alzab como negras torres al borde de los precipicios, en cuya profu didad rugían los torrentes.

Avistando una caverna, Ives se dirigió hacia ella. De pronto A retrocedió espantado. Ojos de fuego lo miraban desde la penum bra y unas rojas fauces se abrieron. Blanqueaban los colmillo como cuchillos degolladores.

—¡Lobos! —exclamó Alí, temblando de terror.

Ives sonrió. Inclinándose, habló a las fieras mediante sonido breves y roncos. Los lobos respondieron con gruñidos que pr mero eran desconfiados y luego se tornaron sumisos. Alí oía co estupor aquel diálogo increíble.

La mano de Ives se posó sobre la cabeza del jefe de la horda El pacto de amistad estaba sellado entre el héroe y los grande lobos de la montaña.

Alí debía presenciar aún otra escena fantástica. Ives encendi una hoguera y se situó ante ella. Los lobos se alinearon frente



Ojos de fuego refulgían en la penumbra.

s llamas. Sus ojos se fijaban a veces en el fuego, a veces en quel hombre extraño que pertenecía a la manada.
lí se durmió y los lobos también. Sólo permanecieron despiertos ves y el jefe de la horda.
l rayar el alba, el lobo despertó a su manada y salieron a cazar. us aullidos resonaron en los valles. Cuando reaparecieron, el jefe raía entre sus poderosas mandíbulas un gallo, que depositó a los ies de Ives.



unto a la hoguera e reunieron los lobos y el héroe.

—Gracias, hermano —sonrió el joven, y una sombra de nostalg cruzó por sus ojos al recordar al fiel Barto.

El ave, asada en la hoguera, calmó el hambre de Ives y de A Cuando el sol enrojeció las cumbres montañosas, los viajer prosiguieron su marcha.

No lejos de allí, el caballero castellano les preparaba una ru emboscada.

Los lobos habían demostrado ser leales y generosos. El hombr en cambio, acechaba oculto, para atacar a traición.

Los viajeros cruzaban un puente de leños suspendido sobre u abismo, cuando una flecha se clavó a escasos pasos de Ives otra pasó rozando el hombro del niño sarraceno.

Dos grupos de hombres armados se situaron en ambos extremo del puente y el señor castellan apareció con la espada desenva nada. Ives dirigió su mano a l empuñadura de su acero. El ca ballero de Castilla advirtió:

—Tengo la misión de conduciro a Zaragoza, con vuestro acompa ñante.

Ives envainó de nuevo; pero aún temía una celada. El castellano, luego de ofrecerles dos caballos, dió orden de partir. Se adelantó en seguida para cabalgar a la vanguardia.

Después de una jornada de tres días, avistaron los muros de Zaragoza. En la torre más alta flameaba el estandarte de Castilla. En esos convulsionados tiempos en que los moros y los cristianos batallaban sin tregua, las ciudades cambiaban de dueño de la noche a la mañana. Tan pronto se enarbolaban las banderas hispanas como la enseña de la media luna. Ahora, Zaragoza era otra vez una villa española.



Al rayar el alba, los lobos salieron a cazar.



Apareció el castellano con la espada en la diestra.

Cuando el caballero castellano avanzó por las calles, todos se inclinaban a su paso. Deteniéndose ante un palacio, dijo al oficial de guardia:

—Dile a mi padre que le traigo como esclavo al hijo del califa de Granada.

Ives saltó como un tigre a la grupa del caballo. Rodeando con el brazo izquierdo el cuerpo de su enemigo, empuñó en la diestra su daga y, dirigiendo la afilada punta hacia aquel corazón pérfido, gritó con voz terrible:

—¡Llamad al gobernador de Zaragoza! La vida de su hijo responde por la de Alí.

Sofocado por la ira y por la presión de aquel brazo de hierro, el castellano dijo:

—¡Desarmen a este villano, imbéciles!

En seguida ahogó un grito de dolor. El puñal había penetrado unos centímetros en su flanco.

—¡Atrás! Llamen a mi señor padre.

Los soldados se apresuraron a obedecer aquella contraorden. Una fría sonrisa plegó los labios de Ives el Lobo.

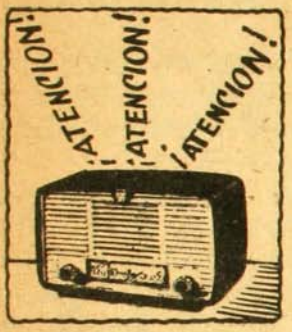
(CONTINUARA)



¡Llamad al gobernador de Zaragoza! — ordenó Ives.

Concurso Semana

¡UUUUUY! ¡QUE MIEDO!...



Atención, lectores..., atención, radiopatrull de todo el país... Se ha colado en las págin de "Simbad" un nuevo personaje..., chiqui muy blanco, que asusta a todos cuantos e cuentra... Dicen que es oriundo del país Ninguna Parte. Su característica es usar s banas en lugar de vestidos... Si alguno ustedes logra identificarlo, comunique s tardanza la noticia a Casilla 84-D, revis "Simbad". Necesitamos saber su nombre. ¡U gente! ¡Atención, lectores..., atención, radi patrullas de todo el país...!

La respuesta no será válida si no viene acom pañada del correspondiente cupón.

SOLUCION A SIMBAD 254: El gran patriota norteamericano qu abolió la esclavitud fué Abraham Lincoln.

Efectuado el sorteo de las respuestas acertadas, resultaron favore cidos los siguientes lectores: CON UNA SUSCRIPCION TRIMES TRAL: José Severino, Llay-Llay; Pedro Bravo, Talca; Carlos Sán chez, Peumo; Rosa María Fierro, Talcahuano; Luis Contrera Rancagua a Sewell; Anita Kröyer, Talcahuano. CON $ 20.—: Bris Fariña, Cartagena; Blanca Gautier, Santiago; Cecilia de la Maz Cauquenes; Ana García, Santiago; Mario Díaz, Los Andes; Carme Ibarra, Villa Alemana; Patricia del Campo, Santiago; Sergio Ebre ro, Valparaíso; Juanito Padilla, Santiago; Alicia Marchant, San tiago. CON UN LIBRO: Lucía Araya, Loncoche; Alejandro Sánche Chimbarongo; Eugenia Rodríguez, Santa Cruz; Cecilia Coiri, Li mache; Fernando Fuenzalida, San Felipe; Carlos Alonso, Viña de Mar; Ramón Vera, Temuco; Graciel Boza, Viña del Mar; Marisabel Bagig nan, Limache, y Sergio Torres, Talca huano.

CUPON DEL CONCURSO Semana

SIMBAD N.º 256

Los lectores de Santiago deben cobra sus premios en Avenida Santa María 076, 3er. piso, revista "Simbad". Los de interior recibirán sus obsequios por co rreo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. De pronto, su mirada se fijó en un papel que había sobre un escritorio. En forma inconsciente lo leyó. Era un telegrama, y decía: "Iré a París, con Lidia" "—No comprendo —balbuceó—. ¿Por qué dice que llevará a Lidia, si... —Un ruido de pasos lo interrumpió—. Escondámonos", dijo a su amigo.





4. Apresuradamente se ocultaron en un ropero. La puerta se abrió, para dar paso al mayordomo Roque, a quien acompañaba un hombre de aspecto pusilánime, el que declaró: "—He venido apenas recibí la carta de Felisa. El negocio me parece arriesgado." Roque protestó: "Oh, no tema, señor Felipe."

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



SIMBAD

N.º 257

6.-



Juan y Juanita

CAPITULO XXXV.— La trampa.



1. El mayordomo Roque y Felipe, hermano de la señora Felis Hermine, hablaban sobre un "negocio" arriesgado. Ocultos en e ropero, Juan y su amigo Tilín encuchaban, con los nervios ten sos. "—El parecido entre la señorita Lidia y esa Juanita es asom broso —dijo Roque—. El notario no sospechará el engaño."



2. En ese instante, aunque hizo esfuerzos desesperados por evitar lo, Tilín estornudó en su escondite. Por cierto que los conspira dores oyeron claramente aquel ruido delator. "—Alguien se oculta en el ropero —dijo Felipe, alarmado—. Un espía. Nos denuncia rá a la policía."

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 4-VIII-1954 — N.° 257

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

El jorobado



CAPITULO XLI.—*La extraña confesión del jorobado.*

Felipe de Mantua susurró:

—Si la princesa de Gonzaga viera a su hija, todo estaría perdido. ¿Te acuerdas de Nevers?

—Sí —contestó Peiroles.

—Su hija tiene la misma mirada, la misma sonrisa, y es bella como un ángel. Está con la joven doña Cruz, que la consuela. Se conocían de antes.

Reflexionó un instante y luego añadió:

—Por supuesto que la verdadera hija de Nevers no sospecha que su amiga de la infancia la suplantará. Presentando este sobre con el sello de Nevers y el de la capilla parroquial de Caylus, el consejo reconocerá a "nuestra" heredera, sin sospechar que sólo se trata de una gitana errabunda a quien recogí en Madrid.

—Monseñor —dijo Peiroles—, ¿qué haremos de la joven que tiene la mirada y la sonrisa de Nevers?

—¡Diablo de jorobado! —exclamó en ese momento el comerciante, que estaba firmando sobre la espalda de Esopo II—. ¿Por qué te mueves así?

En efecto, el jorobado había hecho un movimiento para aproximarse a Gonzaga. Este preguntó pensativamente:

—¿Cuál de mis satélites está en más desesperada situación?

—Chaverny —contestó Peiroles, sin vacilar.
—¡Quédate quieto, jorobado! —hubo de exclamar un nue cliente.
—Chaverny —repitió Gonzaga, cuyo rostro se iluminó—. No qu ro mal al marquesito, pero me molesta. Va a proporcionarme ah ra un servicio y me libraré de él.
Cualquiera que oyese aquella conversación, no habría sabido i terpretarla. Ambos conspiradores parecían hablar en clave. Pe el jorobado comprendió que Aurora estaba en peligro y que Ch verny acababa de ser elegido para compartir su aciago destino.
Terminaban apresuradamente las negociaciones, porque ya ata decía. El hombrecillo giboso, instalado frente a su casilla, contab con visible satisfacción las monedas que había ganado. Después s dispuso a entrar en su vivienda.
—¿Es que piensas dormir aquí? —le preguntó un guarda.
—Sí, amigo mío. He traído lo necesario para ello.
El guarda lanzó una carcajada. Los aliados de Gonzaga le imita ron, pero el príncipe contrajo el ceño.
—¡Vamos, anda! —ordenó el guardián.
El jorobado le cerró la puerta en las narices.
Y como el hombre, enfurecido, empezara a dar puntapiés en l casilla, Esopo II asomó la cabeza por una ventana que había e el tejado, e imploró:
—¡Justicia, monseñor!
—¡Justicia, monseñor! —repitieron alegremente los satélites.
—Nadie debe permanecer aquí después del toque de la campa na —dijo Gonzaga.
—Monseñor —argumentó el jorobado—, considerad que no me encuentro en el caso de los demás. Yo he alquilado la casilla de vuestro perro.
—¿Qué prueba eso?
—Decidme, ¿no dormía el perro en su casilla?
—¡Tiene razón! ¡Tiene razón! —clamaron varias voces.
—Si el perro dormía aquí, yo, que lo he substituído pagando treinta mil libras, tengo derecho a sus privilegios.
Gonzaga no pudo contener una sonrisa. Despidiendo al guardián con un gesto, llamó al hombrecillo:
—Ven.
Esopo II salió de la casilla del perro y se acercó, saludando respetuosamente.

onzaga le puso la mano en el hombro. El jorobado lanzó un pe-ueño grito de dolor.

–¿Qué te ocurre? —preguntó con extrañeza el príncipe.

–Un recuerdo del baile, monseñor. Una distensión.

–Bailó demasiado —rieron los satélites.

onzaga volvió hacia ellos una mirada desdeñosa.

–Os estáis burlando, señores, y quizá yo también. Pero hacemos nal porque muy bien pudiera ser que este hombre se burlara de osotros.

–¡Ah, monseñor! —di-o Esopo II, con humil-lad.

–Además, él ha sido nás útil que todos vos-otros. Nos prometió que Lagardere acudiría al baile del regente y así sucedió.

Todas las miradas le in-terrogaron.

–Podemos hablar — dijo Gonzaga—, tengo confianza en este hom-bre.

Al oír estas palabras, el jorobado se esponjó de orgullo. El príncipe pro-siguió:

–Si Lagardere no ha muerto, todos estamos en peligro.



—¡Diablo de jorobado! —gruñó el comerciante—. ¿Por qué te mueves?

Hubo un silencio. Esopo II expresaba en su rostro el mayor asombro.

–¿Le dejasteis escapar? —preguntó.

–No sé. Mis enviados tardan. Estoy inquieto.

–A Dios gracias —dijo Navailles—, estamos reunidos y somos fuertes. Si Lagardere ataca...

–Deseo que nadie retroceda —exigió Gonzaga.

Se elevaron voces de protesta.

–¡Por Dios, monseñor! Todos estamos a vuestras órdenes...

—Lo sé, amigos míos; lo sé perfectamente —repuso el prínci con acritud.
Si alguno quedó descontento con esta respuesta, ello no fué a vertido.
—Entretanto —prosiguió Gonzaga—, Esopo II nos ha hecho u gran servicio.
—Nada vale eso, monseñor.
—Dejad la modestia, os lo ruego. Habéis trabajado, tenéis der cho a vuestro salario.
El jorobado tenía aú en su mano la bolsa d cuero llena de doblon y la retorció nerviosa mente.
—En verdad, no val la pena.
—Es que quieres un recompensa importante entonces.
El hombrecillo le mir frente a frente, sin res ponder.
—No acepto favores — declaró Gonzaga, impa ciente—. Un servicio gratuito suele ocultar una traición. Pide, pues
—Si monseñor lo exige —dijo Esopo II, con creciente turbación— pero, ¿cómo atreverme? Monseñor se burlará de mí.



—Mis enviados tardan. Estoy inquieto.

—¡Cien luises a que nuestro amigo Esopo II está enamorado! — gritó Navailles.
Estalló una risa general. Gonzaga y el jorobado fueron los únicos que no participaron en aquella explosión de alegría.
—¿Por qué no puede haberse enamorado? —contestó el príncipe, que deseaba adueñarse de aquel extraño aliado, conquistando para siempre su fidelidad—. Si lo está y depende de mí, juro que podrá sentirse dichoso.
—Monseñor —balbució el contrahecho—, os doy las gracias. Amor

ambición, curiosidad, ¿sé yo acaso el nombre de la pasión que me atormenta? Estos señores ríen, yo sufro.

Gonzaga le tendió la mano. Los labios del jorobado se estremecieron al besarla, y prosiguió hablando con una voz tan extraña, que los cortesanos cesaron de reír.

—El hombre es pequeño, pero puede gobernar el mundo. Yo soy pequeño también, pero soy hombre. ¿Me está acaso negado el amor? Ya no soy joven y me encontráis feo, ¿verdad? Pero, hay algo peor que la fealdad: la pobreza, el abandono. He sido pobre mucho tiempo y no tengo familia. A veces pienso que mi padre y mi madre se avergonzaron de mí desde mi nacimiento y me abandonaron. Desde que abrí los ojos, el cielo fué para mí siempre gris. Mis primeras sensaciones fueron los golpes con que se me castigara. Mi cama eran las piedras de la calle y mi comida, lo que los perros desdeñaban. ¡Buena escuela, señores, buena escuela! Así transcurrieron los años, endureciendo mi corazón. Forzosamente tuve que ser malo y lo fui... Todos le escuchaban en silencio. Los satélites habían perdido su sonrisa burlona. Gonzaga oía con atención y asombro.

—Si depende de mí que el jorobado sea dichoso, lo será — prometió Gonzaga.



—Desde que comprendí que estaba solo contra todo, y que era débil porque no me temían, decidí hacerme rico y poderoso. El oro abre aún las puertas más cerradas. El poder humilla la frente de nuestros enemigos. Durante un largo tiempo, mis ojos sólo veían las monedas relucientes que caían una a una en mi cofre. Y un día descubrí que era rico, más de cuanto había soñado, y me dispuse a cumplir mi propósito. Mi joroba era ahora de oro y no me sentía humillado por ella. (CONTINUARA)

EL TEMPLO DE BADAMI

CAPITULO XVII.—ATAQUE POR AIRE Y POR TIERRA





1. El traidor Merut huía para escapar de la justicia del rajá y de la venganza de Max Barton, cuando una serpiente lo cogió en su abrazo mortal. El detective Pancho Baray, que perseguía al fugitivo, disparó cuidadosamente a la cabeza del reptil. "—Estoy salvado —balbució Merut, incrédulo—. Gracias, sahib."





2. "—No me des las gracias —contestó Baray—. Te llevaré de un ala ante el rajá de Samodar. Dicen que lo has traicionado." Ante el soberano, Merut cayó de rodillas, clamando: "—¡Misericordia! No soy malo, me vi obligado a ingresar a la secta de Siva." El monarca ordenó: "—Maten a esta alimaña."





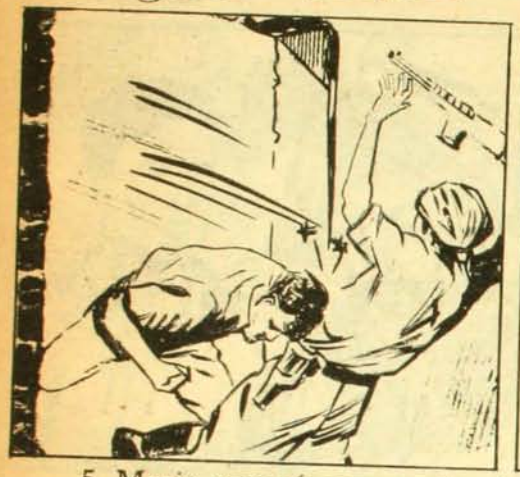
3. Mario Laurenti intervino: "—Señor, hazle merced de la vida, si nos conduce al interior del templo." Merut gritó: "—¡Sí, sí! Yo conozco todas las entradas." El rajá lo fulminó con una mirada de desprecio. Vacilaba en aceptar a aquel cobarde aliado. "—Nunca he atacado a mansalva", protestó.





4. "—Estamos frente a un enemigo a quien no es posible combatir lealmente —repuso Mario—. Barton debe ser vencido como una fiera dañina." Como aún viera dudar al monarca hindú, añadió: "—No entraremos clandestinamente. Pediremos una tregua para parlamentar". Este plan fué aprobado.

EL TEMPLO DE BADAMI





5. Mario avanzó con una bandera blanca. Le acompañaba un súbdito del rajá y el traidor Merut. Este anunció: "—El rajá quiere parlamentar." Apenas el guardia abrió la puerta, el detective lo embistió. "—¡Adelante, Samodar!" —gritó en seguida, llamando a los guerreros reales.



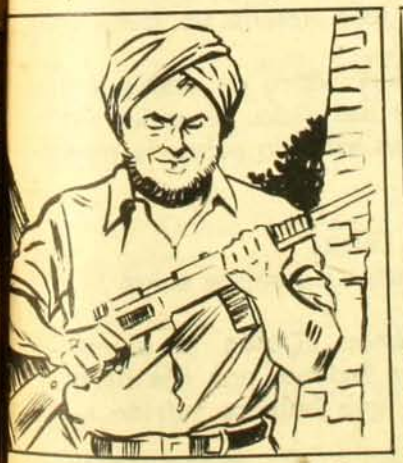


6. Los soldados, que permanecían camuflados entre la espesura, acudieron, amartillando sus rifles. En el turbante llevaban aún las hojas y ramas que les sirvieron para ocultarse. Pancho Baray corría a la vanguardia. "—Con tantas carreras y agitación, perderé lo menos cincuenta kilos", decía sofocado.





7. Cuando entró en el fuerte, ya no se divisaban los guerreros. Baray sólo vió al centinela que empezaba a recobrar la conciencia. "—Oiga, amiguito, usted está mejor durmiendo —advirtió Pancho—. Le daré un golpe "soñado". Luego de cumplir su amenaza, ató al hindú y se apoderó de su fusil ametralladora.





8. "—Un arma espléndida —observó, examinando el fusil—. Mientras los hombres del rajá operan bajo tierra, yo me situaré en la torre." El helicóptero había regresado ya y Baray dijo al piloto: "—Lléveme en su mosquito hasta la torre, quiero ensayar mi puntería."

(CONCLUIRA)



El vaquero sonriente

Jim Gall era más conocido como el "Vaquero Sonriente", porque siempre lucía un gesto alegre en sus labios. Por cierto que también había en sus puños un golpe contundente y en sus cartucheras unos revólveres que volaban a sus manos a la menor provocación, pero este detalle no tiene nada que ver con su nombre de "sonriente".

Un día encontró entre las rocas del desfiladero un diario australiano. Era del año anterior y se sintió intrigado. ¿A quién pertenecía? Olvidó este problema al leer un artículo sobre la manera de tallar un bumerang.

—Haré uno —decidió.

Al terminar el arma, dijo a su amigo Buck:

—Anda a buscar unas diez botellas vacías y pónelas sobre la empalizada. Las derribaré una por una.

Buck lo miró con un gesto de compasión. ¿Quién, en el rancho "Doble Diamante", no podía derribar a balazos una fila de botellas? Temió que Jim tuviera fiebre o que hubiera sufrido algún golpe que desequilibró sus sesos.

—Muévete, Buck. Ensayaré la puntería con este bumerang.

El desconfiado vaquero, luego de mirar aquella madera insignificante, obedeció. Venía con las botellas cuando algo pasó silbando ante él, le rozó la nariz, dió la vuelta en torno a su cabeza y

regresó a manos de Jim, que prorrumpió en carcajadas. Los demás hombres del rancho también reían.

—Tengo que ir a buscar más botellas —dijo Buck, desconcertado, mirando la siembra de vidrios que dejó al ser cogido de sorpresa por el bumerang.

En seguida Jim ensayó, recogiendo en cada tiro el arma.

—¿Quieres probar, Buck? —preguntó.

Le lanzó el bumerang. Buck trató inútilmente de cogerlo y Jim lo recibió de vuelta.

—¿Lo quieres o no? —preguntó el Vaquero Sonriente—. Esto me recuerda un cuento australiano. Un nativo de esas tierras recibió un día de regalo un bumerang nuevo. Creo que hasta ahora está tratando de lanzar lejos el viejo.

El cuento fué celebrado con sonoras carcajadas.

—A ver si puedo tirar ese endemoniado palo —gruñó Buck.

Con todas sus fuerzas lo impulsó y el bumerang surcó el aire, volvió hacia Buck, le dejó una oreja zumbando, describió aún otros círculos en el espacio y finalmente voló directo hacia... Martín, el dueño del rancho, que llegaba en ese momento con el dinero para pagar el salario de la semana.

—¡Cuidado! —gritaron los vaqueros—. Patrón, agáchese. Alerta con el bolsón del dinero. ¡Ojo, patrón!

El bumerang golpeó el sombrero de Martín, deslizándoselo hasta los ojos, y luego desapareció en un arbusto. En ese preciso instante, sobrevino otro incidente. Por el camino que orillaba el río, aparecieron cuatro jinetes enmascarados. Amenazando a Martín, cogieron el bolsón y luego se alejaron veloces como una ráfaga.

El asalto fué tan inesperado, que nadie pudo evitarlo. El desorden causado por el bumerang contribuyó a desorientar a los hombres del "Doble Diamante". Además, estaban desarmados. Martín fué el primero en hablar:

—¡No se queden como ovejas muertas! Hagan algo. Si no hubiera sido por ese maldito bumerang, esos salteadores no nos hubieran encontrado desprevenidos. Si veo otra vez a uno de mis hombres con ese estúpido juguete en sus manos, lo colgaré de las orejas.

Jim, sintiéndose culpable, se juró atrapar a los bandoleros.

—¿Quién lanzó ese bumerang?

—Yo..., yo, jefecito —balbuceó Buck.

—Si no te conociera, diría que estás de acuerdo con los bandidos. Me desarmaste, haciendo caer mi revólver.

Buck abrió enormes ojos. ¿Era posible? El vió que el bumeran volteó el sombrero del patrón, pero no había rozado siquiera e cinturón. Sus compañeros también eran testigos. Jim sugirió:
—Tal vez alguien lanzó "otro" bumerang.
Recordó el diario australiano. Alguien lo había perdido, alguie que también sabía fabricar el arma.
—Es un cómplice de los cuatro jinetes enmascarados —añadió— Estaba emboscado. Busquemos sus huellas.
En efecto, no tardaron en descubrir rastros de pisadas entre lo matorrales. Recogiendo su bumerang, Jim decidió:
—Saldré a cazar a esos coyotes.
Otros vaqueros le acompañaron hasta el desfiladero. Allí, entre las rocas, descubrieron un paso secreto. En la arena se distinguían pisadas y marca de herraduras. No tardaron en avistar cinco caballos, pero de los bandidos no había señales. Jim continuó explorando y halló una caverna. Súbitamente los ecos del desfiladero estallaron agudamente, prolongando la detonación de las balas. Los vaqueros buscaron refugio y respondieron al fuego. Estaban en desventaja, porque los bandidos disparaban desde la altura.
—¿Son asaltantes voladores? —preguntó Buck.
Jim dijo:
—Están arriba, en una especie de chimenea que forman las rocas. Subiré con mi lazo y, acercándome por otra caverna, llegaré junto a ellos. Espérenme aquí.
Avanzaba por la obscura gruta cuando de pronto brilló una luz cegadora. Sobre la cabeza del vaquero se había encendido un foco eléctrico. Evidentemente los forajidos tenían allí su cuartel, instalado con modernos elementos.
—Te esperábamos —dijo Pete.
El Vaquero Sonriente recordó que aquel hombre había vivido un tiempo en Australia. El era, sin duda, el jefe de la banda.
—Manos arriba.
Jim obedeció lentamente. Pero de pronto, con la rapidez del relámpago, su mano izquierda bajó hasta el borde de su bota, extrajo el bumerang y éste golpeó con fulmínea fuerza el mentón de Pete. El bandido cayó inerte y Jim se encargó de abatir a los cómplices.
Cuando la voz ansiosa de Buck le llamó desde abajo, el Vaquero Sonriente gritó:

-No suban, amigos. Yo les enviaré uno por uno a estos fulanos. ntarán una linda colección.

ajó primero al australiano. Al reconocerlo, Buck gruñó:

-Ahora caigo. Este bandido tenía el otro bumerang. Es austra- ano.

n vaquero rubio que siempre estaba rumiando una goma de ascar, dijo:

-Como ingresará a la cárcel, no podrá regresar a Australia por ucho tiempo. Los cangurús lo van a echar de menos.

os otros cuatro componentes de la banda descendieron atados n el lazo del Vaquero Sonriente.

-Este parece un teatro de títeres —comentó Buck, descolgando l último foragido—. Lo único malo es que los muñecos se que- aron dormidos.

os valientes vaqueros llegaron con sus cautivos al rancho "Do- le Diamante".

-Déles un vistazo, patrón, antes de llevarlos a la cárcel —sugirió im—. Y aquí tiene el bolsón con el oro.

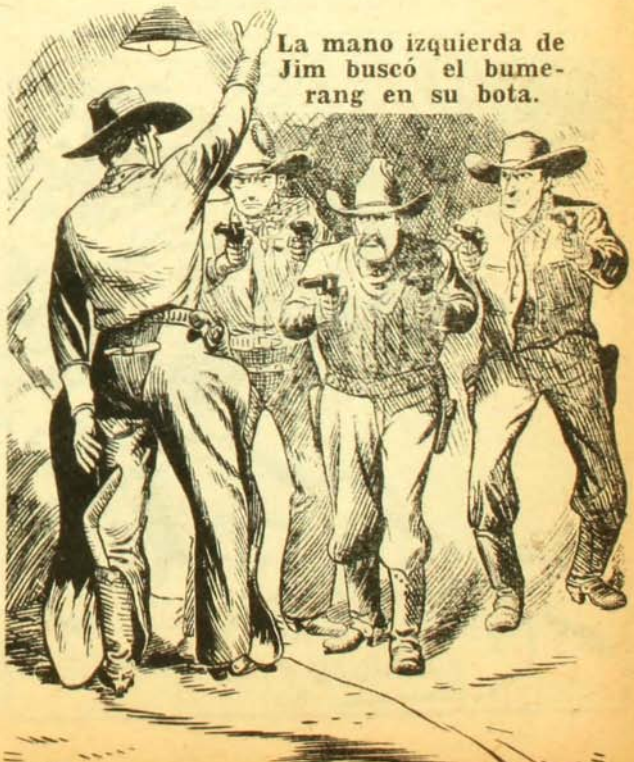
uego de entregar el valioso rescate, añadió:

-También quise de- nostrar, patrón, que el umerang no es un es- úpido juguete. ¿Puedo onservar el mío, sin ue me cuelgue de las rejas?

Con una carcajada, Martín repuso:

-Retiro mis palabras obre tu bumerang. Puedes quedarte con él. Así, el arma australiana udo ser usada en el ancho. Todos apren- dieron a manejarla, me- os Buck, que cada vez ue lo lanzaba, debía scapar a todo correr ara no ser alcanzado.

FIN



La mano izquierda de Jim buscó el bumerang en su bota.

El fantasmita

















SOLITARIO BILL

CAPITULO XLII.—"TE[illegible]ON" Y "TEX FINURAS"



1. Mano Seca blandía enfurecido el signo de la paz ante el rostro impasible de Hijo del Trueno. "—El pueblo semínola declara la guerra al pueblo osage", gritó antes de alejarse. Solitario Bill dijo: "—Una guerra entre hermanos de raza ofendería a los totems de la caverna sagrada".



2. "—Si confías en mí, Hijo del Trueno, no se verteré sangre de los nobles guerreros osages", continuó el héroe de Texas. El jefe osage respondió: "—Eres el protegido del Gran Manitú y confío en ti." Aquella noche, cuatro guerreros semínolas lanzaron al campamento osage la clava pintada de rojo.



3. Las hostilidades estaban iniciadas. En torno a una gran hoguera, los indios danzaron, lanzando aullidos estridentes. En elevados postes colocaron sus armas, dirigidas hacia el campamento enemigo. Solitario Bill dijo a Tex Montaña: "—Los preparativos durarán dos días. Iré a ver a Anita y a tu hermano."



4. "—Lleva a Tex Ciclón mis más finos saludos", suplicó Tex. Solitario Bill sonrió. Eran extraños aquellos gemelos. La madre les bautizó con el mismo nombre, pero ellos se nombraban "Tex Ciclón", al más aventurero y "Tex Finuras", al que se vestía con elegancia, aunque su lenguaje sólo a veces era refinado.

SOLITARIO BILL



5. "—Permanece aquí, vigilando a Serpiente Astuta —indicó Solitario Bill—. Ha jurado ser mi hermano, pero aún no me inspira confianza." Tex repuso: "—Ve tranquilo y si a tu regreso encuentras al brujo un poco maltrecho, es porque lo he "vigilado" demasiado." El joven se reunía después con sus amigos.



6. La rubia niña, el voluminoso Tex y Pluma Blanca lo recibieron con alegría. "—Cuando bajé al pozo, en busca de Annie, vi una galería que deseo explorar —declaró Solitario Bill—. Algo me dice que puede servirnos en el futuro. Seguiré ese camino para volver al campamento osage. Hasta pronto."



7. Mientras descendía la escalera del pozo, el joven meditaba: "—Este camino fué construído seguramente para los jefes indios que venían a morir a Quimera. Por sus heridas o su edad, no podían seguir el sendero del torrente, que es más largo y fatigoso. Los siglos han acumulado arena en el fondo del pozo."



8. "—Gracias a eso, la caída de Anita no fué mortal." Seguía cavilando Solitario Bill. Observó que en los muros ya no aparecían los signos que representaan la vida, lo cual indicaba que la ciudad de los muertos estaba cercana. A la salida del túnel se veía un extraño monumento.

(CONTINUARA)

LA MALDICIÓN DE LING-SAI



CAPITULO VIII.— La madre Yao reniega de Lin.

La batalla que se desarrollaba en la sombra era encarnizada y sin cuartel. Los aliados de Lin se deslizaban hacia la casa en ruinas. Era un verdadero ejército, que reptaba entre las rocas, acercándose como una marea incontenible. Aquellos hombres que aparecían silenciosamente y luego vociferaban como demonios, vencieron a los secuaces de Wung.

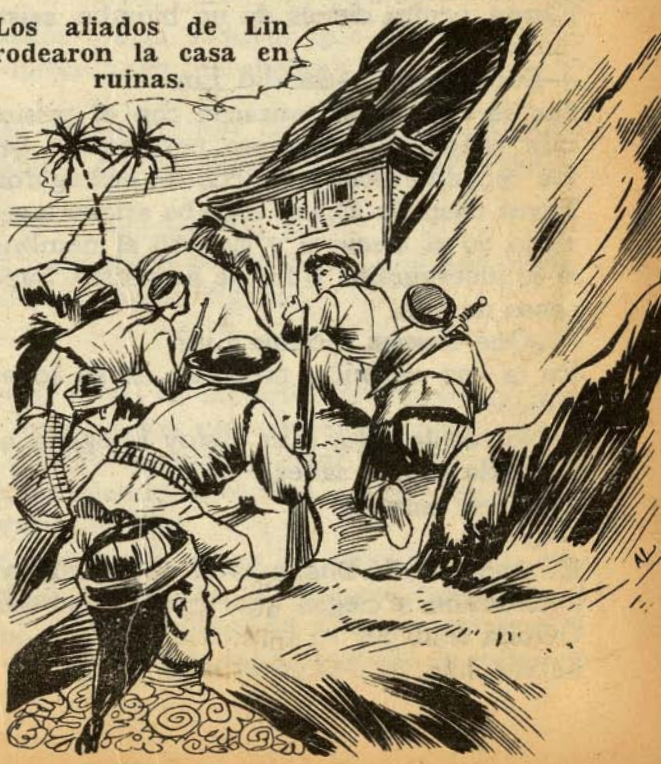
Lin, Eliana y el inexpresivo Ti-Huen ya habían entrado en las calles de la ciudad, hasta donde no llegaba el rumor de aquella lucha.

—Quiero que me traigan a Hsu vivo o muerto —dijo Lin, antes de despedir a Ti-Huen.

Eliana se estremeció. Había presentido que Lin daría aquella orden. El apuesto Hsu enfrentaría aquella mirada implacable, vería cómo los suaves labios de coral se endurecerían en un gesto de crueldad, oiría la voz de su ama pronunciando una sentencia quizás fatal. Eliana sabía que Lin podía transformarse en una muchacha inconmovible.

RESUMEN: El padre de Eliana Davis ha desaparecido misteriosamente en Nanking. La niña conoce a una jovencita china, Lin, quien le propone que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis y también a su propio padre, Ling-Sai. Transforma a Eliana hasta asemejarla por completo a ella. Nadie podría distinguir cuál es la verdadera y cuál es la falsa Lin. La niña china posee una enigmática personalidad. Es temida y venerada aún por sus enemigos.

Al quedar solas, la hija del doctor Davis sugirió:
—No condenes a Hsu. Creo que fué traicionado, que le tendieron una celada.
Lin repuso:
—¿Quién pudo engañarlo? ¿Culpas, acaso, a Kin Chi (diente de oro)?
Era la segunda vez que Eliana oía aquel nombre, y por supuesto ignoraba quién era aquel personaje.
—No sé quién es Kin Chi —confesó.
—¿Insinúas, entonces, que Wung lo atrajo a una trampa? Hsu conoce a Wung y no se fiaría de él.
—Sólo sospechas de Hsu —observó Eliana.
—¿No fué él quien te llevó a la casa en ruinas? Recibí su mensaje y, como desconfiaba, te envié en mi lugar.
Los ojos de ámbar se habían obscurecido.
—Recibirá el castigo que merecen los traidores —añadió con voz metálica.
Eliana comprendió que era inútil resistir. Desde ese instante se mantuvo alerta, vigilando los movimientos de Lin. No cruzó por su mente la idea de traicionarla, pero estaba decidida a impedir una injusticia. No sabía por qué, pero sentíase segura de la inocencia de Hsu. Recordaba su mirada ansiosa, la desesperación que crispó sus facciones.


Los aliados de Lin rodearon la casa en ruinas.

Transcurrieron tres días. Los enviados de Lin recorrían la ciudad y sus alrededaños, buscando el rastro de Hsu. Se comprobó que Wung no lo tenía prisionero. Kin Chi, un chinito de expresión alegre, que reía constantemente con una

risilla aguda, ostentando el diente dorado que le dió su nombr confesó que nada sabía de Hsu. Los coolíes investigaban en tie das, teatros y fumaderos. Las cortinas de bambú se bajaban di cretamente durante aquellas entrevistas y muchas puertas era abiertas y cerradas con tanta brusquedad, que la campanilla s tuada sobre ellas quedaba resonando largamente.

Por fin a la tercera noche, dos coolíes trajeron a Hsu. Estab herido. En la palidez de su semblante, los ojos sesgados ardía de fiebre. Al ver a Lin, su faz resplandeció y el gesto de dolo que contraía sus labios se atenuó, hasta desaparecer en una e presión plácida.

—Sublime, te has salvado —murmuró.

—Sí, a pesar de tu perfidia.

Hsu se estremeció, como si hubiera recibido un golpe brutal. Su pupilas se estrecharon y el dolor reapareció en sus rasgos. Par ció que por un fugaz instante había estado bajo los efectos de u sedante maravilloso y que luego el sufrimiento se posesionab otra vez de él, con mayor intensidad. Al verle vacilar, los coolíe lo sostuvieron. El, con un esfuerzo supremo, los apartó de sí y s irguió, manteniéndose rígido. Esperaba su sentencia.

Eliana, oculta detrás de un biombo, asistía desfalleciente a aqu juicio.

—Enciérrenlo —decidió Lin.

Sus servidores se retiraron con el prisionero. Había una habit ción sólida, que siempre permanecía cerrada. En aquella celd fué recluído Hsu y los coolíes entregaron la llave a Lin.

Horas después Eliana lograba apoderarse de la llave. Penetró co sigilo en el encierro y susurró el nombre del oriental. Sintió qu él se incorporaba, a fin de acercarse. Supo que se detenía a poc pasos de ella.

—¿Qué deseas, sublime Lin?

En la voz varonil y profunda no se advertía ira ni rencor. Elian indicó:

—No hables alto, Hsu. Estoy obligada a mostrarme cruel y de confiada. Tú lo sabes.

El joven asintió:

—Lo sé.

El corazón de Eliana latía desordenadamente. Una vez más s aventuraba a ciegas, procurando representar a la verdadera Li Guiada sólo por su intuición, hablaba como suponía que pudie hablar Lin, su desconcertante amiga.



—Hsu recibirá el castigo que merecen los traidores —dijo Lin.

Hsu interrogó:
—¿Qué debo hacer, oh hija del Dragón?
Eliana agradeció que estuvieran sumidos en la más densa obscuridad. El gesto de asombro que no pudo contener la hubiera delatado. Aquel tratamiento "hija o hijo del Dragón" sólo se daba a las familias imperiales. ¿Lin era acaso una emperatriz china? Evocó la figura de la madre Yao. La primera vez que la vió, la había comparado con una anciana emperatriz que de su antiguo esplendor sólo guarda sedas viejas y joyas que lucen extrañamente sobre un cuerpo apagado, en la cabellera gris, en las manos rugosas.
—¿Sufres mucho a causa de tu herida? —preguntó—. ¿Puedes caminar, correr si es preciso? ¿Defenderte si mis enviados intentan capturarte de nuevo?
—Puedo huir, gloriosa Lin, y rechazar un asalto.
—Bien. Vete entonces y permanece oculto hasta que esta situación se aclare. ¿Tienes algún refugio seguro?
—Sí, magnífica Lin.
—Sígueme.
Lo condujo hasta la puerta. Antes de alejarse, Hsu la saludó con una reverencia. Por un instante sus ojos se encontraron con la mirada de Eliana y una sombra de estupor cruzó por sus pupilas. Ella permaneció erguida, simulando serenidad, aunque temía haber despertado las sospechas de Hsu.
La alta silueta del oriental se perdió entre las tinieblas de la noche. Regresaba Eliana a su habitación, cuando distinguió en la penumbra a la pequeña y frágil madre Yao. La hija del doctor Davis, antes de dirigirse a la puerta de calle, depositó la llave en

el lugar de donde la había tomado. Ahora esa llave estaba en la mano de la abuela de Lin. La introdujo en la cerradura y sus dedos afilados y pálidos la hicieron girar.

—Hsu.

El nombre del joven vibró en el silencio. La madre Yao lo repitió, impaciente. Pensando que quizás el prisionero yacía inconsciente, salió en busca de una lámpara. Minutos después comprobaba que la celda estaba desierta.

—¡Lin!

El nuevo nombre restalló como un latigazo. Eliana palideció. Temía a la madre Yao. Sólo estar cerca de ella alteraba sus nervios. Esperó, deseando con toda su alma que la verdadera Lin acudiera al llamado de la anciana. Pero no se presentó y Eliana, temblando de terror, se adelantó.

—¿Qué deseas, venerable madre?

Ella la examinó con acritud.

—¿Sabes que el prisionero huyó?

Eliana, con la garganta seca de angustia, no pudo contestar. Inclinó la cabeza, en un signo de asentimiento, mientras entrelazaba sus manos bajo las amplias mangas.

—Huyó porque alguien facilitó su fuga —continuó la madre Yao. La niña, reuniendo su valor, alzó la mirada, pero la desvió ante aquellos ojos severos.

—¿Quién ayudó a Hsu a escaparse?

—Yo, venerable madre.

La vida parecía haberse detenido en aquel minuto tenso.

—Yo —repitió Eliana, vencida.

—¿Desde cuándo la hija de mi hijo se traiciona a sí misma? — interrogó la madre Yao.

Esa pregunta no tenía respuesta, a menos que Eliana confesara que no era Lin, que no pertenecía a la raza amarilla, sino a la blanca, que no era hija de Ling Sai, sino del doctor Davis.

—Contéstame, Lin —exigió la anciana.

Ella se decidió finalmente y explicó, turbada:

—Temí ser demasiado severa. La culpabilidad de Hsu no está probada. Fué siempre leal.

La madre Yao dijo:

—Si empiezas a reblandecerte y a vacilar, yo sola cumpliré nuestra misión. Abandonaré para siempre mi mundo de retiro y de evocaciones, a fin de luchar como una tigresa. No soy débil, ni

ıe siento fatigada por ›s años. Y tú, Lin, que ıerdonas a tus enemi-os, que has dejado de er la capitana invenci-le, que has caído como ın ídolo falso, esconde u debilidad, huye a un ueblo olvidado, des-ıparece en alguna gua-ida de la montaña.

Eliana, abrumada, no e defendía. La madre Yao concluyó:

—El espíritu Yang te ıa abandonado.

Luego de aquella sen-encia final, se alejó.

Eliana, ahogada por el apresurado latir de su corazón, entreabrió los labios. Una idea aterradora enfrió la sangre en sus venas. ¿Cómo enfrentaría a Lin? No sólo facilitó la evasión de Hsu, sino que había atraído sobre Lin el desprecio de la madre Yao.



Los coolíes buscaban por todas partes el rastro de Hsu.

Fugazmente pasó por su mente la idea de huir. ¿Hacia dónde se dirigiría? Lin era poderosa y sabría hallarla.

Su fino semblante enrojeció. No demostraría ser cobarde.

Al día siguiente, cuando Lin la saludó, Eliana le refirió los acontecimientos de la noche anterior. Con gran asombro advirtió que Lin la escuchaba distraídamente.

—Lin, debes perdonarme —balbuceó, desorientada.

—¿De qué, hermanita menor?

—Hsu ha huído y la madre Yao está indignada.

Una lenta sonrisa apareció en los labios de Lin.

—¿Y te sientes culpable de ambas tragedias, hermanita menor? —preguntó con suavidad.

Eliana la miró, sin comprender.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato





EL HIJO DEL LOBO

CAPITULO XII. — Davi contra Goliat.

Ives el Lobo mantenía su arma co tra el costado de Rodrigo, hijo d gobernador de Zaragoza. Una le picadura, que tiñó de rojo la pun del puñal, convenció al castellano q que estaba en peligro de muerte.

—Llamen a mi padre —dijo son briamente.

El gobernador se presentó, seguid de su corte y de una guardia imp nente. Era un hombre alto, de sec figura. Su perfil de ave de rapiña sus ojos, que parecían no reflejar l luz, denotaban crueldad.

—Dejadme partir con Alí —demar dó Ives.

—Serás devorado por los perro cuando el sueño te venza —amena zó el hispano con voz fría—. Cerra rás los ojos, maldito... Ningún hombre puede estar tres días so bre el caballo, sin dormir. Esperaré cuanto sea necesario. Mien tras tanto, la cabeza del moro responderá por la vida de mi hij

En ese instante, Alí, con un movimiento veloz, se deslizó por debajo del vientre de su cabalgadura. De sus labios brotó una orden gutural y el caballo dió un gran salto. Era de raza árabe y había comprendido las palabras del hijo del desierto.

Como un huracán se lanzó hacia las afueras de la ciudad, mientras su joven jinete se alza-



Rodrigo comprendió que estaba en peligro de muerte.

ba de nuevo sobre la silla de montar.

Nadie pudo evitar aquella sorpresiva fuga.

—Ahora no temo por la vida de Alí —gritó Ives—. Estoy solo y tengo derecho, por las leyes de caballería, a ganar mi libertad en singular combate.

Con una sardónica sonrisa, el gobernador repuso:

—Está bien. Te otorgaré ese derecho. Hagan venir a la Fiera de Extremadura.



—Cerrarás los ojos, maldito...

Las pesadas puertas del patio rechinaron al ser abiertas. Pudo verse entonces una enorme jaula de hierro, provista de ruedas, que era empujada por una decena de cautivos.

El corazón de Ives se contrajo de piedad al ver, prisionero entre aquellos barrotes, a un hombre de más de dos metros de altura.

El gobernador explicó:

—Este salvaje fué capturado en las montañas de Extremadura, después de esforzada lucha. Te batirás con él.

A un gesto del señor feudal, la jaula fué retirada.

—Mañana demostrarás tu valor, pero mañana también estarás muerto —dijo el gobernador—. He oído tu nombre, Ives el Lobo. Reúne todo el valor que llevan tus hermanos en la sangre, la fiereza de sus colmillos, la fuerza de sus garras. Mañana las necesitarás.

Al día siguiente, una gran multitud concurrió a la palestra. Estaban presentes desde el gobernador y su hijo hasta el último escudero.

El juez de combate condujo a Ives a la arena. Se abrió una reja y apareció el formidable luchador. Sus ojos se cerraron un instante, cegados por la violenta luz. Luego recogió su arma y se abalanzó sobre el héroe, como una gran montaña que se derrum-



Nadie pudo evitar aquella sorpresiva fuga.

ba. Ives esquivó el encuentro. El gigante se dió vuelta entonces, con una rapidez increíble mientras la muchedumbre lo aclamaba. Pero el Hijo del Lobo también evitó aquel segundo ataque y clavó su arma en la arena, ante las gigantescas piernas. El gladiador cayó pesadamente, mientras Ives recuperaba la pica.

—¡Muerte! ¡Muerte! —aulló la turba.

Pero Ives no asestó el golpe mortal, sino que tendió la diestra para ayudar a su contendor a incorporarse.

La Fiera de Extremadura permaneció inmóvil. La desconfianza y el asombro se leían en sus rudas facciones.

Una emoción rudimentaria y ciega lo dominaba. Olvidó el recelo que había endurecido su corazón, el rencor que sentía hacia los hombres pequeños y crueles que lo torturaban, la aridez de su soledad. Con el rostro inundado de lágrimas, besó aquella mano.



—Ahora no temo por la vida de Alí —gritó Ives.

Los nobles y los plebeyos que presenciaban la escena quedaron petrificados de estupor. Jamás pensaron que la Fiera se transformaría en dócil siervo. Esperaban que destrozara a su adversario y, en cambio, inclinaba la rodilla ante él. Un murmullo de descontento recorrió las galerías.

El público aullaba como una bestia a quien arrebatan su presa cuando

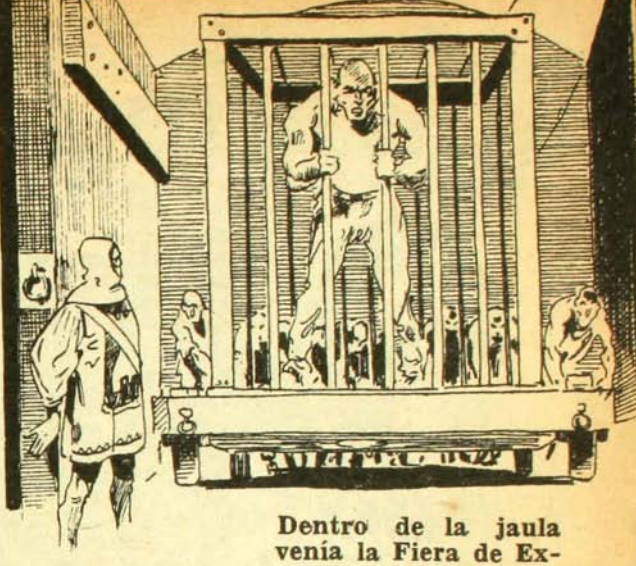
ya la tenía entre los colmillos.

Rodrigo, levantándose, con una llamarada de furor en sus ojos, desafió a Ives:

—¿Por qué interrumpes el combate? No estás aquí para domar fieras, sino para demostrar la fuerza de su brazo.

El Hijo del Lobo respondió con voz clara:

—Cuando mi mano se ha tendido amistosamente, no busca después la espada para atacar.



Dentro de la jaula venía la Fiera de Extremadura.

El semblante de Rodrigo se tornó blanco. El había demostrado amistad a Ives y a Alí, en Bayona. Después los esperó, emboscado, para conducirlos prisioneros a Zaragoza.

—Desprecio tus insolencias —dijo, conteniendo su cólera—. Para atraerte, declaré que era arriesgado venir a Zaragoza. Comprendí que el peligro te fascinaba.

—Ahora te desilusiono negándome a lidiar con mi nuevo amigo —repuso Ives—, pero aceptaría combatir contigo con cualquier arma.

Rodrigo se sentó de nuevo, desestimando el desafío. No sólo temía al doncel, sino también a la Fiera de Extremadura. Aquel que pretendiera causar daño a Ives tendría que apartar primero al gigante.



El gigante se abalanzó sobre Ives.

(CONTINUARA)

Concurso Semanal

¿QUE PAIS LO VIO NACER?



Su nombre es Simón Bolívar. También lo llaman el Libertador de América. Deseaba que todo el continente americano fuera una sola gran nación. ¿Puedes decirnos qué país lo vio nacer? No olvides enviar el correspondiente cupón.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 255: "Puzzle de la Buena Suerte".

Efectuado el sorteo entre las respuestas acertadas, resultaron favorecidos los siguientes lectores. CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Luis Torres, Concepción; Jorge Coombs, Santiago; María Eugenia Oyharcábal, Concepción; Aída Salas, Lota Alto; Nicolás Ferrano, Santiago; Andy Cárdenas, San Francisco de Limache. CON $ 20: Gerónimo Castañón, Santiago; Sonia Berríos, Los Andes; María E. Gautier, Santiago; Ismael Gaete, Talca; Carlos Monzó, Santiago; Carlina Muñoz, Bulnes; Ramón Cabañas, Santiago; Juana López, Santiago; Elena Ortiz, Santiago; Olga Farías, Santiago. CON UN LIBRO: Mariassunta Martí, Concepción; Patricia Espejo, Santiago; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Luz Gómez, Santa Cruz; Carlos González, Santiago; Eugenia Yáñez, Concepción; Roberto Goñi, Los Angeles; Marcial Farías, Valparaíso; Arturo Rozas, Rancagua; Nelson Provoste, Valdivia.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 257

Los lectores de Santiago deben cobrar sus premios en Av. Santa María 076, 3er. piso, Revista "Simbad". Los del interior, recibirán sus obsequios por correo.

Correspondencia

MATILDE ROJAS, LIDA MORENO HERNANDEZ, ANA MARIA SANCHA.—Nos complace comprobar su entusiasmo por esta pequeña gran revista que ustedes consideran maravillosa.

LUZ DEL RIO, MARIA EUGENIA PINTO, JORGE RIVAS.—Anhelan mayores triunfos a esta linda revista, que quisieran llegara a los siete mares como Simbad el Marino.

MARJORILLO LUISA MARIN.—Se le envió lo solicitado, pero no podemos servirle de correo para comunicarse con sus amiguitas.

RAMON AZOCAR.—En una próxima portada verá usted los retratos de Ponchito y Pelusita, como era el deseo de miles de lectores. Gracias por sus felicitaciones.

IRMA GANGAS, MIRIAM PINEDA.—Nos complace hayan tenido suerte en el concurso de "Simbad" y que les agraden los premios recibidos.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. Rápidamente Juan murmuró: "—Escóndete bien, Tilín, y por Dios no estornudes otra vez." Cuando los hombres abrieron la puerta del ropero, Juan se precipitó al exterior y pasó como una exhalación entre Felipe y Roque. "—¡Detiénelo! —gritó Felipe—. Estamos perdidos si logra escapar."





4. Juan era más ágil y veloz que sus perseguidores. Se distanció de ellos y penetró en otra habitación. Felipe seguía gimiendo: "—Por qué no lo alcanzas, Roque?" Una siniestra sonrisa crispó los labios del mayordomo, que repuso: "—¿Para qué? Ha caído solo en una trampa. De ahí no huirá."

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO











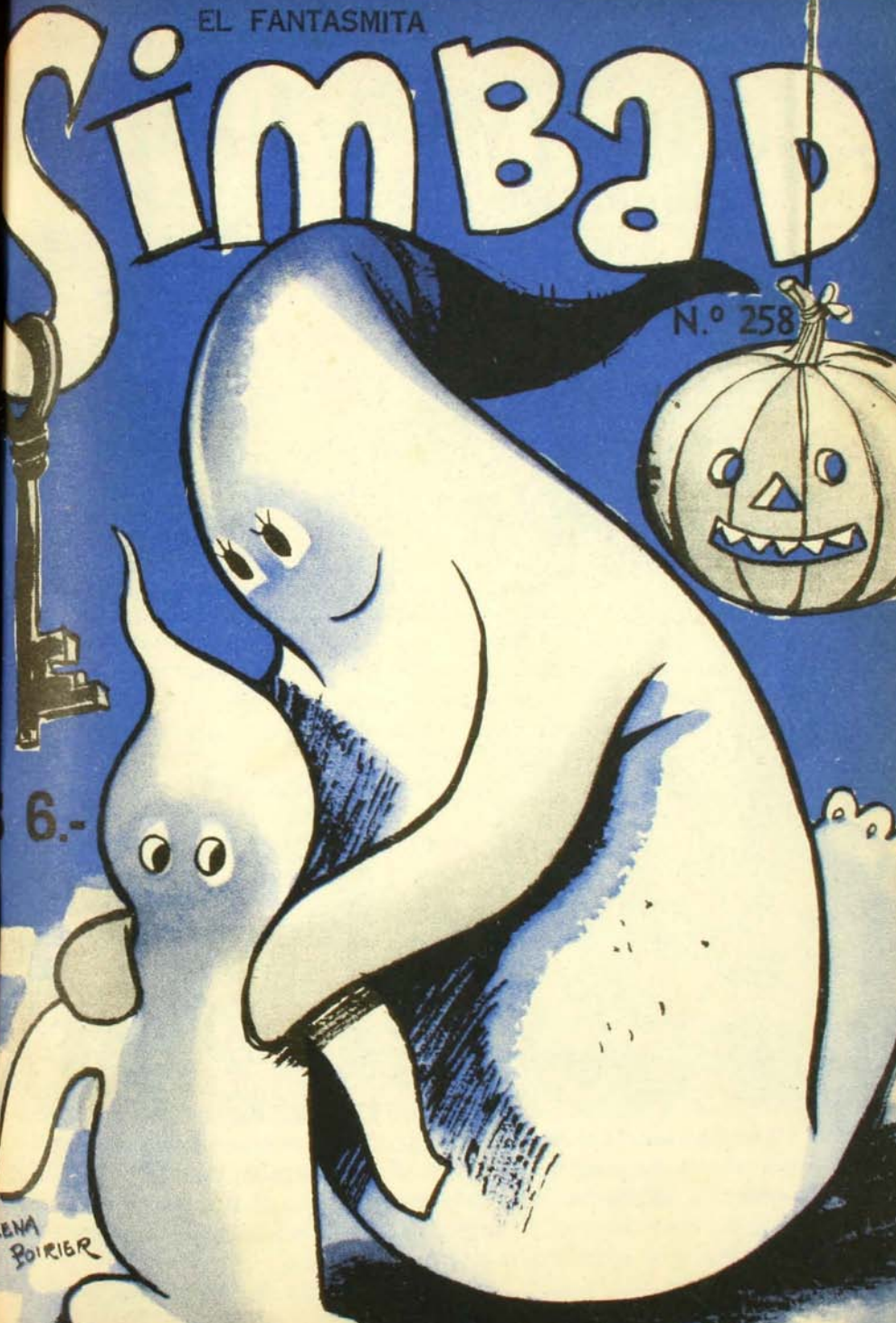


EL FANTASMITA

Simbad

N.º 258

6.-



Juan y Juanita

CAPITULO XXXVI.—APARECE LA POLICIA





1. Huyendo del mayordomo Roque y de Felipe Hermine, Juanito penetró en una habitación que sólo tenía una puerta. "—Estás en un callejón sin salida —dijo el mayordomo con una risa agria—. Y ahora te llevaremos al sótano". Por cierto que los dos individuos vencieron al niño. Tilín estaba aterrado.





2. El amigo de Juanito fué testigo de aquel secuestro, y corrió a avisar a sus demás compañeros. El Escorpión decidió: "—Ocultos entre la arboleda, lancemos gritos como si nos estuvieran matando. El mayordomo Frankestein y el hermano Alfeñique vendrán a ver qué sucede y entonces nosotros..."

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

ÑO V — 11-VIII-1954 — N.º 258

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 15,60. Semestral: $ 7,80.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0 10

l señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa por lo tanto no puede contratarlas".

El jorobado



APITULO XLII.— *Los dos mentirosos*

sopo II, a quien llamaban también ónás, refería su vida solitaria. Los migos de Gonzaga, que en un prinpio se burlaron de aquel ser deforle, le oían ahora con un estremeciiento de compasión y temor. El orobado les desorientaba, como un emonio poderoso que se oculta en n cuerpo torcido y débil.

—¡Debes odiar mucho! —dijo el príncipe de Gonzaga.

—Sí, monseñor, mucho. Desde mi infancia, no tuve más que un eseo: ser rico. Durante varios años trabajé entre risas y burlas. a primera moneda es difícil de ganar, la segunda lo es menos y a tercera viene sola. Cuando conseguí mi primer luis de oro, dedí guardarlo. Si me siento abatido, lo contemplo. Su vista reaima mi orgullo y en el orgullo reside la fuerza del hombre. Moeda a moneda mi tesoro fué aumentando, aumentando siempre. uando vi que era rico, busqué el mejor camino para gastar mi ortuna y mis pasos me guiaron hasta vuestro palacio. Aquí se spira la riqueza y el poder y aquí me quedé.



—¿También sabéis eso? —dijo el príncipe con voz agria.

Todos sonrieron. Eso
II añadió:
—Se respira tambi
la aventura. El baró
Oriol, que transpor
fardos en la noche, pu
de decirlo.
Oriol palideció. Mo
taubert, inquieto, pr
guntó:
—¿Qué quiere decir?
—Explícate —orden
Gonzaga.
—Monseñor, ayer vi
los gentileshombres qu
transportaban unas ar
garillas. Y os diré tam
bién qué llevaban en l
litera: un viejo barón borracho, a quien más tarde presté el auxi
lio de mi brazo para conducirlo a su palacio.
Felipe de Gonzaga desvió la mirada, mientras palidecía.
—¿Y sabéis también qué ha sido de Lagardere? —preguntó e
voz baja.
—La espada que enviasteis contra él asestó un golpe eficaz, o
lo aseguro. Ya confirmarán mis palabras Cocardase y Pasepoil.
—¿Los conocéis? —interrumpió el príncipe.
—Monseñor, yo conozco un poco a todo el mundo.
—¡Pardiez, amigo! ¿Sabéis que no me gustan los que conoce
tanta gente y tantas cosas?
—Es peligroso, lo sé —dijo el hombrecillo, tranquilamente—
pero también conveniente. Pero nos apartamos de nuestro tema
Os pedía mi recompensa...
—Este jorobado es el diablo —murmuró Chaverny.
—¿Qué pides? —preguntó Gonzaga.
—Quizás para más tarde el título de gentilhombre —contestó e
jorobado con audacia—. Para hoy, el derecho a sentarme a vues
tra mesa, en el banquete que ofreceréis.
—¿También sabéis eso? —dijo el príncipe con voz agria.
—Dos palabras oídas al azar —explicó con humildad el hombre
cillo.

os otros alborotaban ya.
–¿Dónde cenamos?
–Es una cena especial —declaró Felipe de Mantua.
Varias voces se elevaron.
–¿Estará presente el zar? ¿Representarán una comedia? ¿Llevarán los monos de la feria de San Germán?
–Algo mejor que todo eso. Habrá una boda.
El jorobado se estremeció.
–¿Y quién se casa? —fué la pregunta general.
Esopo II contuvo el aliento. Cuando Gonzaga iba a responder, apareció Peiroles.
–¡Aquí están los hombres! —anunció.
Cocardase y Pasepoil aparecieron tras él, con la altanería de personas que han realizado una hazaña grandiosa. Cuando Gonzaga les envió a investigar si era efectiva la muerte de Lagardere, comprendieron que el joven vivía, y a fin de celebrarlo se fueron a beber a una taberna. Decidieron inventar dos cuentos para engañar a Gonzaga y allí estaban, dispuestos a contarlos.
Después de un sueño sobre el mesón, se presentaban sobrios y dignos.
Pasepoil empezó, a instancias de su amigo. Cocardase, atusándose el mostacho, se reservaba para lo último, a fin de lucirse. Antes de ir a palacio habían pasado por la casa de Lagardere, pero no hallaron indicio alguno.
El espadachín habló con voz tímida:
–Mi amigo y yo seguimos huellas separadas. Lo que él ha descubierto, lo ignoro. Oí decir que en los jardines de palacio se había hallado una laguna de sangre. Fuí a examinarla y seguí el rastro. En la calle Saint-Honoré se había borrado, porque pasan por allí tantos ca-



–¡Aquí están los hombres! –anunció Peiroles a su amo.



Cuando supieron que Lagardere vivía, decidieron celebrarlo.

ballos y carrozas. Me fuí derecho al río y oí decir a los marineros que un gentilhombre fué lanzado al río la noche anterior. Me dirigí entonces a Saint-Cloud y allí, en las redes, encontré...

—¿Qué? —interrogaron varias voces.

Pasepoil se desabrochó el jubón, mientras Cocardase le miraba con asombro, y sacó algo que no era por cierto en las redes de Saint-Cloud donde lo había hallado, sino en la casa de Lagardere. Se trataba nada menos que de la casaca de raso blanco que Lagardere llevara en el baile del regente. En la taberna, Pasepoil la había sumido en un cubo de agua. La tendió al príncipe, que retrocedió con un movimiento de rechazo.

—Monseñor —dijo Pasepoil con modestia—, el cadáver hubiera pesado en exceso. Esto es, pues, todo lo que he podido traeros.

—¡Relámpagos! Tiene ingenio este pillastre.

—¿Has visto el cadáver? —interrogó Peiroles.

Pasepoil se volvió hacia el confidente del príncipe y midiéndole con la mirada preguntó a su vez:

—¿Qué rebaño hemos guardado juntos, señor mío?

—Responde a la pregunta —ordenó Gonzaga.

—El agua estaba muy agitada y su profundidad era muy grande. No permita Dios que afirme una cosa de la cual no estoy completamente seguro.

—¡Recuerno! —exclamó Cocardase—. ¡Esta es la mía! ¿Cómo había de estar el cadáver en las redes de Saint-Cloud si acabo de verlo a dos buenas leguas de aquí, en tierra firme?

Pasepoil bajó los ojos, mientras todas las miradas convergían sobre Cocardase.

—¿Qué habéis descubierto vos? —preguntó Gonzaga, con visible

desconfianza—. ¿Supiste también quiénes eran los dos hombres que escoltaban a la dama de dominó rosa?

—A fe mía, monseñor, he charlado con los dos bribones como tengo el honor de hablar con vos. Después he visto el cuerpo...

—¿Estáis seguro? —inquirió ansiosamente el príncipe.

—Al separarme de mi camarada, me dije: "Veamos, mi buen Cocardase, ¿dónde se suele encontrar a los espadachines? Reflexiona un poco". Monseñor, ¿conocéis "La Cabeza Negra", allá abajo, en la calle de Santo Tomás? Aquello está siempre lleno de hierro viejo, creedme, de espadachines de lo más ruin... Vi salir a los dos malandrines y, como les conocía, los llevé a la otra orilla, al antiguo foso de la Abadía. Hablamos un poco en tercia y en cuarta, y, os lo aseguro, esos dos ya no podrán defender a nadie en ningún momento.

—¿Les habéis puesto fuera de combate? —preguntó Gonzaga, sin comprender bien.

Cocardase se tiró a fondo fingiendo dirigir dos estocadas. Después de recuperar su postura altiva y grave repuso:

—¡Eran tan sólo dos! A muchos más he quitado de en medio...

Pasepoil observó a su amigo con una mirada entre admirativa y tierna.

Los cortesanos de Gonzaga no disimulaban su asombro.

Cocardase permanecía erguido, dejándose admirar. Luego, dando por terminado aquel episodio de los dos galopines fulminados por su espada como por un rayo vengador, prosiguió:

—Monseñor habíame encomendado otra misión: seguir las huellas de un cadáver y asegurarme de que era en realidad un cadáver y no un truhán que se fingió muerto para causarnos molestias.

(CONTINUARA)



Debían inventar dos cuentos para engañar a Gonzaga.

EL TEMPLO DE BADAMI

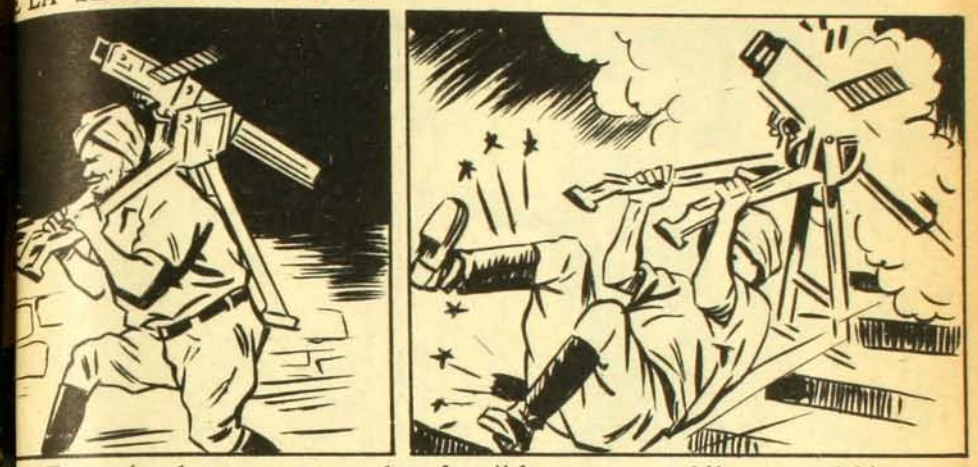
CAPITULO XVIII Y FINAL.— CABALLE[RO] [DE] LA SERPIENTE PITON



1. Los súbditos del rajá de Samodar habían penetrado en el templo de Badami, guarida de la secta de Siva. El detective Pancho Baray se quedó atrás porque no corría con bastante rapidez. Entonces decidió subir a la terraza, viajando en el helicóptero de Bombay. "—La puerta está cerrada", descubrió.



2. Sin amilanarse, se deslizó por una soga a lo largo del muro y entró por una ventanilla. Entonces sorprendió a tres individuos que preparaban una ametralladora para barrer a los invasores. Amenazándoles con su fusil, ordenó: "—Caminen delante de mí, y háganlo con gracia".



3. Después de encerrar a los forajidos en una lóbrega prisión, cargó la ametralladora sobre sus hombros y marchó a defender a sus aliados. Iba entonando un himno guerrero cuando tropezó en un peldaño. Cayó entonces sin soltar el arma y ésta disparaba veinte tiros en cada remezón.



4. Al oír aquellas estruendosas detonaciones, los secuaces de Max Barton se rindieron sin oponer resistencia. El joven detective Mario Laurenti y los hindúes les hallaron con los brazos en alto. Manteniéndose oculto, Barton gruñó: "—Pero no estoy vencido. Cuando pasen por el corredor de la muerte, quedarán fulminados".

EL TEMPLO DE BADAMI





5. El traidor Merut guiaba a los vencedores. "—El sahib Barton quería dominar en Basora, haciendo ver al pueblo que el príncipe Ima era su esclavo. Su idea era hipnotizar al niño, obligándole a danzar, a pedir limosnas, a humillarse como un paria", dijo Merut. Barton, al verse descubierto, huyó.





6. Olvidó en su apresuramiento que se internaba en el corredor de la muerte y cayó bajo mortales descargas eléctricas. La secta de Siva había sido aniquilada para siempre y nunca más resurgió. De regreso a Samodar, el rajá agasajó a los salvadores de su hijo.





7. Mario Laurenti se demostraba inquieto. "—¿Dónde está mi amigo Pancho?", preguntó por fin. El rajá sonrió y en ese instante, el ayudante de Mario hizo su sensacional presentación, montado en un soberbio elefante. "—Le he nombrado cornac de honor", declaró el monarca de Samodar.





8. Aún dispensó otros honores al valiente Pancho Baray, otorgándole una medalla. "—¿Qué condecoración es ésta?", preguntó, pavoneándose con orgullo. El rajá contestó: "—Has sido nombrado caballero de la orden del pitón blanco". Nuestro detective casi se desmayó, porque todos los reptiles lo horrorizaban.

FIN



EL TESORO DE "EL LOBO"

Terry Moreno y su amigo Roberto Day viajaban por tierras mexicanas, explorando bosques, montes y ruinas históricas. Terry, de diecisiete años, conocía mejor al país.

—Tú eres el guía —dijo Roberto, sonriendo—. Tu familia es originaria de América del Sur. Hablas muy bien el castellano. En cambio, yo soy un "gringo" ignorante.

Habían descabalgado, atando el cabestro de sus mulas a una roca. Extendiendo su brazo, Terry declaró:

—Allá abajo se divisa Tampico, el gran puerto mexicano, y a la derecha puedes ver los pozos petroleros.

—Más me interesa este lugar, Terry. Estas parecen las ruinas de una antigua ciudad azteca.

—Pertenecen a una civilización aún más remota. Se supone que sea maya o zapoteca. Hace un par de años, las ruinas fueron removidas por un gran terremoto.

Aquel sitio ejercía una extraña fascinación sobre los jóvenes. Sus piedras, cubiertas por el polvo y el silencio de siglos, parecían ocultar una vida secreta. Roberto y Terry avanzaron entre los escombros, sorteando fosos y profundas grietas. Se detuvieron ante una enorme roca situada al borde de una excavación que en épocas prehistóricas fué tal vez el respiradero de un refugio.

—Creo que el terremoto dejó la roca en esa posición. Bastaría un leve esfuerzo para hacerla rodar.

Terry buscó en sus bolsillos la linterna, sin encontrarla.

—La dejé tal vez en la montura —dijo con disgusto.

Regresaron despaciosamente observando el camino. De pronto Roberto se inclinó y alzando la linterna exclamó triunfalmente:

—Aquí está. Con ella nos internaremos en alguna misteriosa caverna y...

Se detuvo, con el ceño contraído. A alguna distancia vió a dos sujetos. Uno de ellos era moreno y pequeño, de raída vestimenta. El otro, aunque vestía mejor que su compañero, inspiraba recelo por su torva mirada. Llevaba la mano en el bolsillo y Terry comprendió que empuñaba un arma. Señalando con su huesudo índice a Roberto, dijo:

—Usted ha tomado algo que no es suyo. Démelo, por favor.

Hablaba en inglés con gran dificultad. Terry contestó en español:

—Mi amigo encontró mi linterna. Véala.

El hombre pequeño habló en un castellano rápido y voluble. El primer individuo amenazó entonces con su revólver a los jóvenes exploradores y gruñó:

—¡Mienten! Quiero que me entreguen lo que hallaron. Rápido antes que se me termine la paciencia.

—Se trata de un error —dijo Terry, con una mirada cautelosa al amenazante cañón.

—¡Regístralos, Lobito!

La búsqueda fué inútil. Extrayendo de entre sus harapos una soga, el llamado Lobito ató a Roberto y a Terry, y les amordazó con sus propios pañuelos. En seguida les guió a través del laberinto de ruinas. Atándoles con una cuerda más gruesa, los deslizó al fondo de un cráter. Allí quedaron ambos jóvenes, prisioneros sin razón alguna según ellos pensaban.

Por cierto que Terry procuró libertarse. Acercándose al muro, movió la cabeza de manera que la mordaza se deslizó con el roce. Day lo imitó. Respirando con fuerza, Terry comentó:

—Simpáticos los fulanos, ¿verdad? ¿Detrás de qué andarán? Nos metieron en esta ratonera, porque alguien se acercaba por el camino.

—Gritemos pidiendo auxilio —sugirió Roberto.

—Nunca —repuso Terry—. Los primeros en oírnos serían ellos

y nos obligarían a callar con una bala o un derrumbe de piedras sobre nuestras cabezas.
Se esforzaron por soltar las amarras, pero sólo consiguieron que éstas se incrustaran en su piel, causándoles daño.
—¡Fósforos! —exclamó Terry de pronto—. Hay una esperanza de salvarnos. Tendría que saltar de cabeza para que se cayeran de mi bolsillo. ¿Tratemos?
Con los saltos acrobáticos, la caja cayó al suelo. Entonces Terry encendió un fósforo. La llama quemó la soga.
—Estamos un poco chamuscados, pero libres. Salgamos de este antro. Ya que hemos demostrado que somos acróbatas, déjame subir sobre tus hombros para lanzar una ojeada.
A fin de evitar un nuevo encuentro con los forajidos, se internaron por un túnel, llegando a una celda. La luz del día penetraba por la estrecha ventana. En el suelo había una caja de metal. Cuando Roberto la abrió, no pudo contener un grito:
—¡Un tesoro! Monedas de oro, tal vez aztecas.
—Pamplinas —respondió Terry, examinándolas—. Son monedas de esta época. Están aquí desde el año del terremoto. Son parte del botín de "El Lobo", un contrabandista a quien la policía nunca pudo atrapar. Pero lo obligó a ausentarse de las costas mexicanas. Sospecho que esos dos tipos han creído que te inclinaste para recoger una de estas monedas, lo cual les serviría de indicio para ubicar el tesoro.
Apagadamente percibieron el eco de unos golpes sobre la roca.
—Esos pájaros están cavando en busca del tesoro. Salgamos de aquí, Roberto.
Escalaron la roca, saliendo sigilosamente por el cráter. Oían con más claridad el sonido de la picota y a veces el metálico golpe de una pala.
—Están trabajando en el pozo —murmuró Terry—. Hagamos caer la roca, para encerrarlos, y en seguida iremos a buscar a la policía.
Bastó que apoyaran con fuerza sus robustos hombros sobre la alta roca para que ésta se derrumbara.
Media hora más tarde ambos contrabandistas eran rescatados. El hombre pequeño, de ásperos cabellos y pómulos salientes, era hijo de "El Lobo". Sabía que el tesoro estaba oculto entre las ruinas, pero no conocía el lugar exacto. Su padre murió, al ser batido por la policía, sin revelar el secreto.



Ambos jóvenes presionaron la enorme roca.

El Lobito era indeciso y pusilánime, pero otro contrabandista, Suárez lo animó para que buscaran el entierro de oro.

—¡Esos malditos muchachos nos arruinaron! —gruñó Suárez, dirigiendo una mirada asesina a Roberto y a Terry—. Si logro echarles mi zarpa encima...

El Lobito gruñó, descontento.

Uno de los policías comentó:

—No amenaces en vano, Suárez. Tienes muchas cuentas pendientes con la ley y el día que salgas de la cárcel tus zarpas tendrán las uñas melladas.

Cuando Roberto y su amigo se retiraban de la comisaría, Terry gritó:

—¡Mi linterna! La he perdido otra vez.

Roberto Day se la ofreció y dijo sonriendo:

—La habías dejado en el escritorio del comandante. No la vuelvas a perder, porque es mágica y nos proporciona aventuras.

FIN

El fantasmita

















CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XLIII — PRESAGIOS DE GUERRA





1. Explorando un antiguo pozo, el héroe de Texas encontró un paso secreto que conducía al cementerio indio. Un monumento de piedra representaba toscamente a una serpiente, símbolo de la vida que renace. "—Nadie sospecharía que existe aquí un camino", dijo Solitario Bill, escalando las rocas.





2. Al llegar a la cima, una expresión de alegre asombro cruzó por sus ojos azules. Desde allí avistaba el campamento semínola, en el cual se observaban los preparativos guerreros. Solitario Bill se deslizó hasta uno de los postes y se apoderó audazmente de los arcos y flechas.





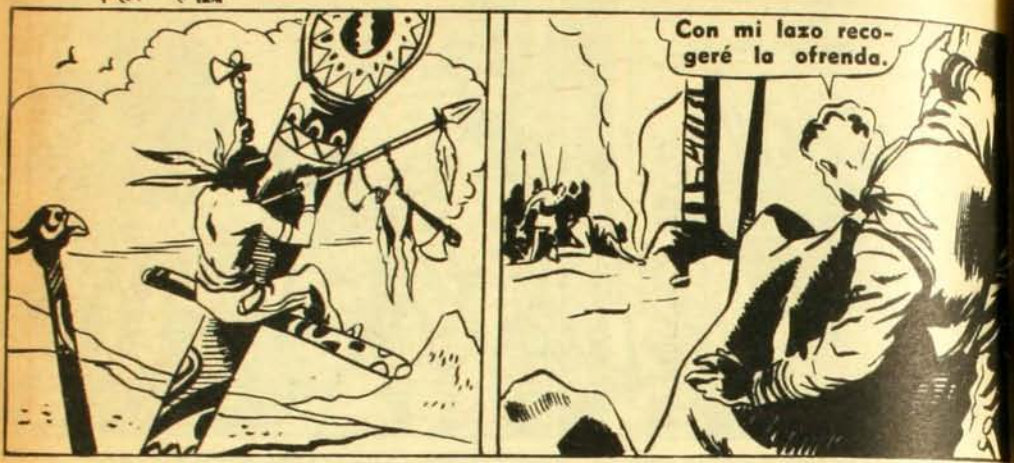
3. En seguida corrió hacia su refugio. Minutos después los semínolas descubrían la misteriosa desaparición de sus armas. "—¡Los arcos votivos ya no están!", gritaban con supersticioso temor. El hechicero Mano Seca palideció de ira. "—¡Busquen esas armas! —aulló—. El que las ha robado morirá."





4. "—No las robó un ser humano —respondieron los guerreros—. Los centinelas vigilaban y ningún osage pudo acercarse sin ser visto. Todos los pasos están resguardados. El Gran Manitú cogió las armas, porque desaprueba esta guerra." Mano Seca rebatió: "—¡Eso es falso! Yo invocaré al Gran Manitú".

SOLITARIO BILL



5. Ordenó que sus propias armas fueran atadas a su diadema de plumas, ornada con cuernos de búfalo. Un indio subió al poste, a fin de suspender el trofeo. Mano Seca exclamó: "—Gran Manitú, da poder a mis armas para que mi brazo sea invencible." Solitario Bill decidió apoderarse también de ese arsenal.



6. Se dobló la guardia en todos los senderos de la montaña. Al caer la noche, el héroe texano abandonó sin ruido la brecha por la cual se bajaba al pozo secreto. Aunque los guardias estaban alertas, no percibieron su paso. De pronto oyeron algo como el silbido de una serpiente y...



7. ¡Las armas de Mano Seca desaparecieron! Aterrados, los semínolas corrieron a avisar al hechicero: "—¡El Gran Manitú te ha desarmado! No puedes combatir contra los osages". Pero Mano Seca no renunciaba a Altamaha, la bella reina india, y contestó: "—El Gran Manitú guarda mis armas en el cielo".



8. "—En cambio me da su poder destructor —añadió el brujo—. Nunca la raza piel roja ha iniciado una guerra en las sombras de la noche. Pero nosotros somos invencibles." La tribu lo siguió, fascinada, creyendo que las armas de su hechicero estaban en el cielo y que desde allí les darían la victoria.

(CONTINUARA)

LA MALDICION DE LING~SAI



CAPITULO IX — La tercera pagoda

Eliana Davis miraba con asombro a Lin. La jovencita china conservó su impasibilidad ante la noticia de que Hsu había huído y no se inmutó al saber que su abuela, la madre Yao, estaba indignada.

—¿No comprendes? —murmuró Eliana—. Ayudé a Hsu a evadirse porque estoy convencida de su lealtad hacia ti. La madre Yao descubrió que soy culpable de esa fuga y ha renegado de mí..., es decir, de ti, que eres su verdadera nieta.

La semejanza entre Eliana y Lin era tan exacta, que engañaba no sólo a los ojos perspicaces de sus enemigos, sino también a la anciana.

—Mi pobre inteligencia comprende tus palabras, hermanita menor —contestó Lin—. Pero no hay razón para alterarse.

—¿Crees que no hay motivo? Tú ordenaste la captura de Hsu y he desobedecido a tu voluntad, dejándole libre.

—Tal vez en otras circunstancias me sentiría dominada por la

RESUMEN: El padre de Eliana Davis ha desaparecido misteriosamente en Nanking. La niña conoce a una jovencita china, Lin, quien le propone que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis y también a su propio padre, Ling-Sai. Transforma a Eliana hasta asemejarla por completo a ella. Nadie podría distinguir cuál es la verdadera y cuál es la falsa Lin. La niña china posee una enigmática personalidad. Es temida y venerada aún por sus enemigos. Ordena la captura de Hsu, un joven oriental, a quien Eliana liberta.

—asintió Lin—. Pero considerando que mi honorable abuela levantó a medianoche para permitir que Hsu huyera de su sión...
interrumpió, mientras una luz de ironía danzaba en sus pupi- de ámbar. Eliana la miraba, atónita.
¿Quieres decir que ella desaprobaba tu severidad?
Quiero decir que la madre de mi virtuoso padre adora a Hsu mo si fuera su hijo predilecto.
Entonces, ¿por qué se mostró implacable conmigo?
Mi venerable abuela jamás aceptará que alguien la suponga bil y tierna. Hsu no tiene la menor idea de que ha conquistado viejo corazón. Nadie la ha visto conmovida ni turbada.
iana lo sabía. A pesar de su edad y de su frágil aspecto, ins- raba no sólo respeto, sino también terror. En el sótano del tem- o budista donde se reunían los Cien, la vió imponerse como una tigua emperatriz ante quien todos se inclinan. La frase "Chung n Ching nú" (Hombres primero, mujeres después) no había lo creada para ella.
-Sí, sé que la madre Yao es poderosa —murmuró Eliana.
mbas niñas guardaron silencio. Lin dijo finalmente:
-No te preocupes, hermanita menor. Mi honorable abuela tiene a memoria débil. Olvidará que ha renegado de mí.
liana pudo comprobarlo al día siguiente. Lin había desaparecido una de sus misteriosas ausencias y la anciana habló con su lsa nieta, sin dar señales de cólera ni de resentimiento.
na tarde Eliana descansaba del intenso calor. Junto a ella la rtina de bambú se movió tenuemente. Una voz profunda su- rró:
-Sublime.
l corazón de la joven latió con fuerza. Reconoció a Hsu.
or un instante pensó ocultarse. Ignoraba si en la casa, silencio- y aparentemente desierta, estaban la verdadera Lin o la madre ao.
Tal vez estoy sola —meditó—. Si rehuyo a Hsu, despertaré sus spechas."
uando el joven oriental la saludó con una profunda reverencia, la dijo con expresión adusta:
-Mi voluntad era que te mantuvieras oculto. ¿Por qué has des- edecido?
-Gloriosa Lin, hemos hallado otra de las pagodas de oro.

Parecía que esa noticia justificaba no sólo una indisciplina, sino también que el mensajero se arriesgara a morir.
Eliana guardó silencio. Instintivamente comprendía que el hallazgo de esa pagoda tenía una importancia vital. En la reunión de los Cien oyó decir que eran nueve y que Ling-Sai las había maldecido. ¿Qué misterio encerraban y por qué eran codiciadas?
Pensó que el nueve era un número que estaba relacionado con la eternidad y con los dioses, pues los monjes budistas se graban nueve marcas en la cabeza rapada.
—¿Dónde está la pagoda? —preguntó cautelosamente.
—La tiene en su poder el mendigo mayor.
La hija del doctor Davis conocía no sólo el idioma, sino también las costumbres y creencias del país. No ignoraba que los mendigos estaban organizados en hermandades. Los comerciantes, industriales y propietarios pagaban un tributo a la cofradía, bajo pena de sufrir daños y persecuciones e incluso la muerte en manos de la Orden.
Una pregunta acudió a sus labios. ¿El mendigo mayor exigía un precio por entregar la pagoda? Recordó a tiempo que Lin estaba aliada con los pordioseros. Había sido uno de ellos quien le entregó el mensaje para encaminarla hacia la guarida de Wung, en las riberas del Hoang Ho.
Permaneció silenciosa y tensa.
El joven oriental añadió:
—No puedo quedarme, sin peligro de ser descubierto. Aún me falta cerciorarme de algo. Te enviaré un mensaje con el pequeño Mo Chi.
Pronunciadas estas palabras, saludó inclinando su alto cuerpo y después se marchó.
Eliana, inmóvil, desorientada, observó el ágil paso del asiático. Caminaba despreocupado, como si no le acechara peligro alguno.
Al caer la noche, un niño chino se detuvo ante la casa de techo curvo. Eliana salió a recibirlo. El muchachito, sin pronunciar una sola palabra, le tendió un abanico. Después, tan silenciosamente como había aparecido, se alejó.
Entraba Eliana cuando percibió la voz de Lin:
—¿Qué sucede, hermanita menor?
Ella le refirió la visita de Hsu y le entregó el abanico. Al extenderlo, las varillas de marfil vibraron con suavidad. En la seda,



Silenciosamente, el chinito entregó un abanico a Eliana.

sobre un paisaje de increíble belleza, advertíanse unas letras. Lin descifró la escritura:

"*En la Colina de las Diez Mil Edades*".

Los almendrados ojos de Lin refulgieron en la penumbra.

—¿Irás a buscarla allá? —interrogó Eliana.

—Sí —repuso la joven china.

—¿Puedo acompañarte?

—No conviene que nos vean juntas. Desde que te has transformado en mi propia imagen, estoy más protegida. No quisiera perder esa defensa.

—Yo tampoco deseo que la pierdas, Lin, porque eso significaría mi muerte.

Sonrió con ironía. Era la primera vez que ese gesto aparecía con naturalidad en sus labios. Antes siempre fingió el rictus de burla, para engañar a sus enemigos.

Lin la contempló pensativamente y después observó:

—Eres idéntica a mí. Para haber obtenido una semejanza tan extraordinaria era preciso que tuvieras parte de mis rasgos. Tu transformación no se debe sólo a mi habilidad. Eres verdaderamente mi hermanita menor.

En su voz vibraba un acento de ternura y protección.

Esa misma noche, Lin se ausentó para ir en busca de la pagoda. Dos días más tarde regresaba y depositó en las manos de Eliana

el precioso objeto. Tenía tres techos de cuyos bordes libres pe
dían diminutas campanillas de oro que al ser mecidas por la bris
o por cualquier movimiento, resonaban con un eco musical, ta
tenue que se dudaba de haberlo oído.

—Lin —preguntó Eliana—, ¿cuántas pagodas faltan aún? E
orador que hablaba en nombre del Gran Uno dijo que tenía
tres en su poder.

—En realidad sólo conserva una. Las otras están en mis manc
—replicó la hija de Ling-Sai.



**Eliana contempló ad
mirada la pagoda d
oro.**

—¿El Gran Uno ignora que..., que te has apoderado de ellas?
—inquirió Eliana, alarmada.

—Por cierto.

—Estás desafiando a alguien temible.

—No sólo él es peligroso —dijo Lin con indiferencia.

El estridente sonido de unas ruedas sobre las piedras de la calle
resonó agudamente.

—Ve a ocultarte, hermanita menor, y esconde también la pagod
—ordenó Lin.

Minutos después el gigantesco Chien penetraba en la casa. En la

puerta lo esperaba su *rickshaw*. Lin, mirándole fríamente, preguntó:

—¿Qué deseas?

—Mis hombres apresaron a Hsu.

El semblante de Lin se mantuvo impasible.

—¿Te he ordenado alguna vez, Chien, que me rindas cuenta de tus actos?

Ante esa respuesta, Chien pareció desconcertado.

—No. Pero tú buscabas también el rastro de Hsu y sabemos que él descubrió dónde estaba la tercera pagoda.

—¿Lo has interrogado?

—Se niega a hablar.

—¿Quieres que yo lo obligue a confesar?

Chien balbuceó:

—Sólo tú puedes obligarlo, *yaonieh*.

(CONTINUARA)

Correspondencia

JULIO ABASOLA, IVAN PARRA, FERNANDO MARTINEZ.—Ustedes se manifiestan como grandes admiradores de esta pequeña gran revista, que califican como la más interesante de sus lecturas.

ELIANA VILLATA, MIRTHA IBAÑEZ, GUSTAVO ADOLFO GATICA.—Desean mayor prosperidad y auge a esta querida revista, que les deleita tanto. Nos complace saber que "El Solitario Bill" y "El Hijo del Lobo" son sus lecturas favoritas.

CARMEN CARO.—Creo que usted podría ser una eximia dibujante. Ejercítese en dibujos para los concursos.

JAIME NIEIRO, CARMEN GONZALEZ, MONICA SZABEL.—Agradecemos sus elogiosos conceptos sobre esta pequeña gran revista. Transmitiremos sus felicitaciones a Elena Poirier y Nato.

ZIRPA SAN MARTIN, ANA MARIA POBLETE.—Advertimos que la serial "Maldición de Ling-Sai" ha entusiasmado a todos nuestros lectores. Pronto verán otra serial, aun más clamorosa, titulada "La Hija de las Islas".

JUAN ROJAS, MARIA VENEGAS.—Son ustedes adoradores de "Simbad" y sus palabras nos regocijan inmensamente, instándonos a mayor superación.

SUSANA BERNAL, RODOLFO SUAREZ.—Reclamen "Simbad" en las agencias de Zig-Zag o en los quioscos de revistas de sus ciudades respectivas. Para suscribirse a "Simbad" deben dirigirse a Sección Subscripciones, Santiago, Casilla 84-D, Empresa Editora Zig-Zag, o personalmente a Avenida Santa María 076. Subscripción anual, $ 300; semestral, $ 150.

PATO MARABOLI, VICTOR OPAZO.—En la portadilla de esta revista encontrarán ustedes los requisitos para las suscripciones a esta revista. Gracias por sus felicitaciones a esta pequeña gran revista "Simbad", que tanto les deleita.

ROXANE

Ponchito

por nato





CAPITULO XIII.— Misi cumplida

Ives, el Hijo del Lobo, a fin de tener su libertad, sostuvo un comb te singular con la Fiera de Extrem dura. Era éste un gigante descon nal de más de dos metros de altu El joven héroe lo venció con agilid y astucia, pero no le dió muerte. I vez de atravesar aquel rudo coraz con el asta de hierro, ofreció la m no al vencido para que se levanta de la arena.

Ese era el primer gesto de amist que el gigante observaba. Doblan una rodilla murmuró:

—Arnal es tu esclavo.

—Arnal es el amigo de Ives —rep so el Hijo del Lobo.

Petrificados de asombro, el gobern dor y su corte contemplaban la i creíble escena.

Una ráfaga de ira pasó por sus semblantes atónitos. La sumisi del gigante los enfurecía. Esperaban presenciar una feroz contie da y sólo veían a un titán derrotado que humillaba su frente an un mancebo que no hubiera tenido fuerzas ni para apartar de una de las gigantescas manos.

Ambos se acercaron a la tribuna del conde gobernador.

—He ganado mi libertad y me marcharé con Arnal —decla Ives.

Presintiendo quizás una negativa, el gigante dobló entre sus m nos una lanza como si se tratara de una caña de maíz.

—La captura de ese monstruo causó la muerte de diez soldado Treinta más quedaron heridos. Mi jauría perdió a sus animal más feroces y el resto huyó aullando de terror —susurró el co de en el oído de su hijo—. Tengo que dejarlo ir para salvar nue tras vidas. Está sólo a un paso de nosotros.

La ira fulguró en la mirada de Rodrigo, pero sus labios rígid no discutieron la decisión del gobernador. Entonces éste vocifer

—¡Abran las puertas de la ciudad y dejen ir libres al gran rufián y a su niñera!

Ives sonrió burlonamente ante la inútil furia. Arnal permaneció impasible.

Minutos después ambos respiraban a pleno campo. Tras ellos quedaba la ciudad amurallada, el gobernador bufando de cólera y su hijo rumiando en sombrío silencio sus deseos de venganza.



Todos miraban petrificados la increíble escena.

—Es preciso que encuentre de nuevo a Alí —dijo Ives.

El joven moro había huído a caballo el día anterior.

Ives y Arnal cruzaban un bosque de eucaliptos cuando un penetrante grito rasgó el silencio. Precipitándose hacia el lugar de donde provenía, vieron a Alí. Un gato montés le acechaba desde una alta rama. La fiera saltó, pero entonces Arnal la cogió de la cola, en pleno salto, y la estrelló contra un árbol.

Alí, con una exclamación de alegría, se precipitó a los brazos de Ives. Continuaron después la marcha, alimentándose de raíces y castañas. Cruzaron regiones desérticas, surcadas por ríos secos.

—¡Un pescado! —anunció Arnal, exhibiendo

—He ganado mi libertad y me marcharé con Arnal.





La ira fulguró en la mirada de Rodrigo.

con orgullo el pez que había extraído de un pozo.

Lo asó con piedras calientes y saborearon aquel manjar inesperado.

Reanudando el camino, avistaron una gran extensión de dunas. Sobre la ondulante loma aparecieron de pronto varios jinetes. Con sus cimitarras desenvainadas cabalgaron hacia los tres viajeros. Su actitud era sin duda hostil. Alzando la mano, Alí gritó en lengua árabe:

—¡Alto!

El jefe refrenó su corcel e indicó a sus hombres que se detuvieran.

—¿Quién eres? —preguntó con desconfianza al niño musulmán.

—Alí, el hijo del califa Omar, y tú eres Madzum, el jefe de sus exploradores.



—¡Alto! —ordenó Alí a los jinetes sarracenos.

El árabe descabalgó, mientras su curtido semblante enrojecía de emoción. Un instante después la esbelta figura de Alí desaparecía casi en el enérgico abrazo, entre el flotante raso de las vestiduras orientales y el blanco albornoz de Madzum.

El encuentro entre el califa y su hijo, en el palacio de Granada, fué conmovedor. El rey sarraceno miraba a su hijo, como si dudara de



Ives venció en todos los torneos.

que su regreso fuese real. La incertidumbre desapareció finalmente de sus obscuras pupilas y entonces ordenó celebrar grandes fiestas en honor de Ives. Este venció en los torneos a los caballeros moros y ganó valiosos trofeos.

Cuando el héroe se dispuso a regresar a Bretaña, el califa sugirió:

—¿Puedes dejar en palacio a tu esclavo Arnal? He observado su lealtad y cariño hacia mi hijo. Nadie mejor que él podría defenderlo.

—Arnal no es mi siervo —contestó Ives—. Si él quiere quedarse aquí, apruebo su decisión.

Y el gigante, llamado la Fiera de Extremadura, se convirtió en la sombra fiel de Alí. Su nombre de Fiera parecía extraño a quienes observaban su ternura con el joven moro, pero era perfectamente natural para aquellos que le vieron defenderlo contra incautos enemigos.

Una gran falúa cargada de presentes partió del puerto de Almería, llevando a Ives de regreso a su patria. Allí le aguardaba una maravillosa aventura, en la cual conocería a Morgana, el hada que tenía más poder que Merlín y en cuyos ojos verdes se reflejaba una magia de siglos. (CONTINUARA)

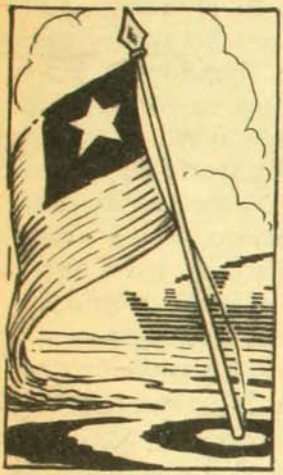
Próximo episodio: "La Magia de Morgana".



El Hijo del Lobo regresaba a su patria.

Concurso Semanal

¿LO RECONOCES?



Fué un brillante marino y abogado. Su nombre se pronuncia como sinónimo de valentía y amor a la patria. Murió un 21 de mayo.. ¿Lo reconoces?

Envíanos su nombre a Casilla 84-D, revista "Simbad", Santiago, acompañado del correspondiente cupón.

Solución a "Simbad" 256: El personaje era El Fantasmita.

Entre los niños que enviaron soluciones acertadas se premiaron a los siguientes lectores:

CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Alberto González, Santiago; Guillermo Zepeda, Los Andes; Eduardo Carrasco, Putaendo; Adelita Rodríguez, Talca; Iris Sol, Rengo; Edda Stagnaro, Chillán.

CON $ 20.—: Flor Arellano, Santiago; Elsa Manzano, Cabildo; Alicia Schiding, Santiago; Margot Angelbech, Lautaro; Eleonora Rosetti, Santiago; Dante Bustos, Santiago; Juan Rozas, Santiago; Brunilda Morín, Santiago; Héctor Díaz, Los Andes; Alberto Reyes, Santiago; Antonio Santos, San Bernardo; Albertina Urrutia, Santiago; Patricia O'Neill, Santiago; Patricia Durán, Graneros; M. O. F., Chillán; Juan Osorio, Santiago; Norberto Parrales, Santiago; Walter Hernández, Chiguayante; Eliseo Puget, Puente Alto; Luxiola Medina, San Carlos.

CON UN LIBRO: Ana María Ilana, Villa Alemana; Nelson Soto, Angol; Ricardo Oliva, Cañete; María Elena Lafán, Angol; Víctor Fuenzalida, San Fernando; María Silva, Chiñigue; Yolanda Miqueles, Coronel; Patricia Nilo, Rengo; Angélica Santa Cruz, Concepción; Alejandro Sánchez, Chimbarongo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 258

Los lectores del interior recibirán sus premios por correo; los de Santiago deben cobrarlos en Av. Santa María 076, 3er. piso, Revista "Simbad".

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. El plan del astuto muchacho dió resultado. Los dos hombres corrieron para saber la causa de aquel griterío e imponer silencio. Los pequeños conspiradores se deslizaron entonces hacia la casa, para libertar a Juanito. Con un hacha descerrajaron la puerta del sótano.





4. Minutos después todos salían otra vez de la casa, como almas que lleva el viento. Roque y Felipe los vieron huir. "—¡Ay! —gimió el pusilánime Felipe—, esos granujas nos delatarán a la policía". Como si esas palabras fueran un conjuro, aparecieron tres gendarmes, que cerraron el paso a los fugitivos.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO




simbad
ITARIO BILL
N.º 259
6.-
ELENA BOIRIER

Juan y Juanita

CAPITULO XXXVII.—LA FALSA LIDIA





1. Juanito y sus amigos habían descubierto que Felisa Hermine su hermano y el mayordomo Roque intentaban cobrar una he rencia por medio de un fraude. Pero la policía no detuvo a lo culpables, sino a los niños, a quienes el pérfido Roque acusó d robo. "—¡Es mentira!", protestó Juanito.





2. Felipe Hermine, olvidando sus temores ante una enérgica mi rada de Roque, confirmó: "—Robaron objetos de plata y algu nas joyas de mi hermana". Cuando los gendarmes se llevaro detenidos a Juanito y a sus compañeros, ignoraban que aún ha bía más niños ocultos en la arboleda.

(Continúa en la penúltima página.

Simbad

AÑO V — 18-VIII-1954 — N.º 259

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0 10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

El jorobado



CAPITULO XLIII. — Continúan. las mentiras.

El espadachín Cocardase declamaba con gran énfasis la sarta de mentiras que había inventado para engañar a Gonzaga:

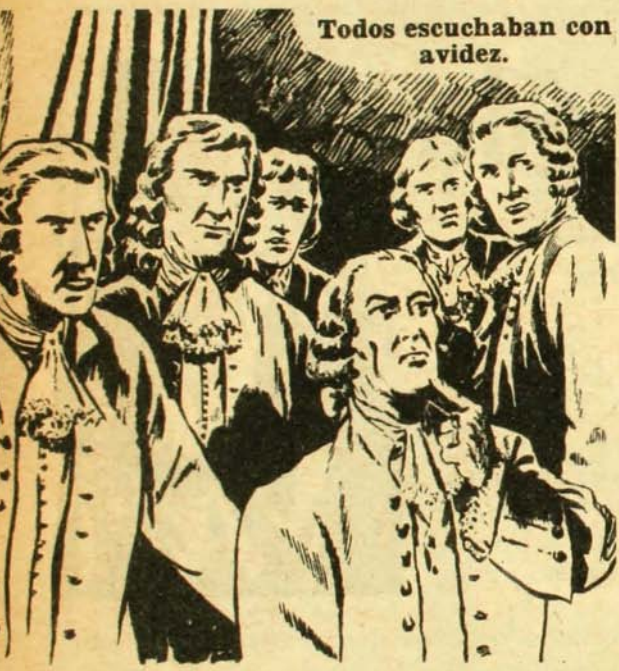
—Tal como os digo, con un giro de mi espada borré del mapa a los dos malandrines que tuvieron la mala idea de disgustar a monseñor, protegiendo a la bella del dominó rosa.

Por cierto que nadie sospechaba que los dos "malandrines" enmascarados que huyeron al oír decir que Lagardere estaba muerto, eran nada menos que Cocardase y Pasepoil.

Más tarde, cuando supieron que esa noticia era falsa, decidieron inventar dos cuentos que desorientaran a los enemigos de Lagardere.

—Tenía, además, otra misión que cumplir —prosiguió el ampuloso embustero—. Al separarme de Pasepoil me dije: "Cocardase, amigo mío, ¿dónde se encuentran los cadáveres?". "En el río", me repuse, y me di una vueltecita por el Sena. Nada pude hallar. No era culpa mía, ¡repámpanos!, pero pensé: "Cocardase, amigo,

te morirás de vergüenza si tienes que presentarte con las manc vacías ante tu ilustre amo". Caminaba desconsolado cuando l suerte quiso que hallara a mi amigo Massabiou, que se gana l vida vendiendo material de estudio a los cirujanos. Nos saluda mos: "Adiós, amigo". "Adiós, Cocardase." "¿La salud es buena? "Vamos viviendo, ¿y tú?" "Viviendo vamos." "¿De dónde viene hombre?" "Del hospital, de llevar mercancía..."
Cocardase hizo una pausa. Todos escuchaban con avidez. Pasepoi miró con admiración a su amigo.



Todos escuchaban con avidez.

—Dirigí mis pasos a hospital y allí encontr a maese Juan Petit, e cirujano del rey, que se hallaba disecando, par instruir a sus alumnos el cadáver vendido po Massabiou...
—¿Lo viste?
—Con mis dos ojos ¡trueno del aire!
—¿Era Lagardere?
—En propia figura.
Gonzaga respiró profundamente. Sus cortesanos denotaron alivio y cuando vieron que el príncipe lanzaba su bolsa a Cocardase, añadieron también generosas propinas.
Un lacayo bajó los peldaños de la escalinata y entregó una carta a su amo, en una bandeja de plata.
El rostro de Gonzaga se demudó al leerla. Dirigió a Cocardase una mirada que puso a éste la carne de gallina.
—¡Ven aquí! —ordenó Felipe de Mantua al espadachín.
Cocardase se adelantó al instante.
—¿Sabes leer? —inquirió el príncipe, con una amarga sonrisa.
Y dirigiéndose a sus satélites, agregó:
—Señores, son noticias recientes.

—¿Noticias del muerto?
—¿Qué dice el difunto?
—Escuchad, vais a saberlo. Lee bien alto.
—Acércate, amigo, tengo la vista nublada —dijo Cocardase a Pasepoil. Este obedeció. Al leer, enrojeció, pero habríase dicho que era de alegría. Cocardase a su vez contenía trabajosamente la risa. Fué asunto de un instante. Se habían comprendido.
—¡Vaya una historia! —exclamó Pasepoil, con aspecto cándido.
—¡Recuerno! Hay que verlo, es para asombrarse.
—¿Qué es? ¿A qué se refiere? —inquirían todos.
Cocardase leyó con voz clara:
Señor: Para liquidar de una vez nuestras diversas cuentas, me invito a vuestra cena de esta noche. Estaré en vuestra casa a las nueve.
—¿La firma? —gritaron todos a una.
Cocardase concluyó:
Caballero Enrique de Lagardere.
Todos repitieron aquel nombre, cuya sola mención los aterrorizaba.
Sobrevino un gran silencio. El sobre contenía otro objeto. Gonzaga lo extrajo. Era el guante que Lagardere arrebató la víspera de su mano.



El rostro de Gonzaga se demudó al leer la carta.

—¿Qué decís a esto? —preguntó a los espadachines.
—Digo —replicó suavemente Pasepoil— que el hombre se equivoca a veces. Yo he dicho la verdad y esta casaca lo demuestra.
—En lo que a mí se refiere —expresó Cocardase—, Massabiou puede certificar que lo encontré en la calle de Saint-Jacques. En cuanto a maese Petit, ¿es o no el cirujano del rey? Yo he visto el cuerpo, he reconocido la herida...

—Hace mucho tiempo que estos pícaros os engañan —susurró Peiroles al oído del príncipe—. Os sugiero que en vez de la cena proyectada...

El príncipe interrumpió con firmeza:

—Se celebrará esa cena.

—Entonces, por lo menos, con las puertas bien cerradas —aconsejó aún Peiroles.

—¡Con las puertas de par en par! Acepto el desafío de Lagardere.



—Acepto el desafío de Lagardere.

—¡Enhorabuena! —apoyó Navailles, no muy convencido.

—Todos lleváis espadas, señores —observó Gonzaga fríamente.

—Nosotros también, monseñor —dijo Cocardase—. Os demostraremos que se nos ha calumniado. El Ser Supremo ha puesto sobre cada rostro el signo de la fidelidad o de la felonía. Miradnos, ¡cuerpo del diablo!, y mirad al señor de Peiroles que nos acusa.

El espadachín veíase imponente. En cambio, Peiroles, cuya palidez habíase trocado verdosa, hacía pensar en una conciencia intranquila.

—Monseñor —continuó Cocardase—, nuestra adhesión a vos data de antiguo. Bien os acordáis de los fosos de Caylus, donde...

—¿Os calláis al fin? —gritó Peiroles, con espanto.

Gonzaga no se inmutó. Cocardase dijo:

—O el caballero Lagardere ha resucitado, lo cual me parece inverosímil, o esta carta es falsa, escrita por algún tunante para molestar a la honorable concurrencia y a las personas honestas.

—Nadie piensa en castigaros —interrumpió el príncipe—. Podéis iros.

—¡Irnos! Queremos que nuestra inocencia resplandezca. Nos constituímos prisioneros. Si hemos mentido sin querer y Lagardere aparece, consentiremos en morir, ¿verdad, Pasepoil, amigo mío?

—¡Con alegría! —repuso el sensible normando que al mismo tiempo rompió en franco llanto.

—Si, por el contrario, Lagardere no aparece, se nos hará una reparación a nuestro buen nombre, y monseñor no nos negará el honor de seguir prestándole nuestros adictos y leales servicios.

—Sea —concedió Gonzaga—. Nos seguiréis al pabellón y los acontecimientos decidirán. Llamad a Chaverny.

Cuando el marquesito apareció, como siempre despreocupado e irónico, su primo le anunció:

—Esta noche habrá una boda, con una dote de cincuenta mil escudos. Adivinad quién es el novio.

—No sé. ¿Acaso yo?

—¡Justamente! —repuso Gonzaga con acento festivo.

Todos se echaron a reír.



—Todos lleváis espadas, señores —dijo el príncipe fríamente.

La puerta de la casilla del perro se abrió con suavidad, dando paso al jorobado.

—¿Y la dote? —preguntó Chaverny.

—Hela aquí —dijo Gonzaga, extrayendo de su casaca un fajo de acciones.

Chaverny vaciló un instante. Los otros le felicitaron entre risas. Una siniestra sonrisa crispó los labios del jorobado. Los cortesanos de Gonzaga pensaron que envidiaba la felicidad de Chaverny y las carcajadas aumentaron.

(CONTINUARA)

SOLAK EL INVENCIBLE

CAPITULO I.— LA VOZ CAUTIVADORA



1. Solak nació en las salvajes soledades canadienses. Los perros lobos de la montaña lo respetaban como a su jefe. Si alguno puso en duda esta supremacía, pronto reconoció su error bajo los colmillos de Solak. Cierta vez el rey de los perros lobos se enfrentó con un oso gigantesco.



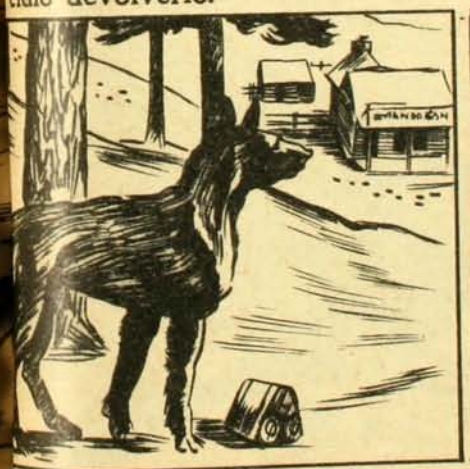


2. Minutos antes había pasado un trineo por aquellas regiones siempre desiertas y algo cayó al camino. El perro lobo decidió cogerlo, pero el oso también había visto el objeto. Esta era la razón por la cual Solak acosó a la fiera, obligándola a perseguirlo. Tenía un plan preparado.





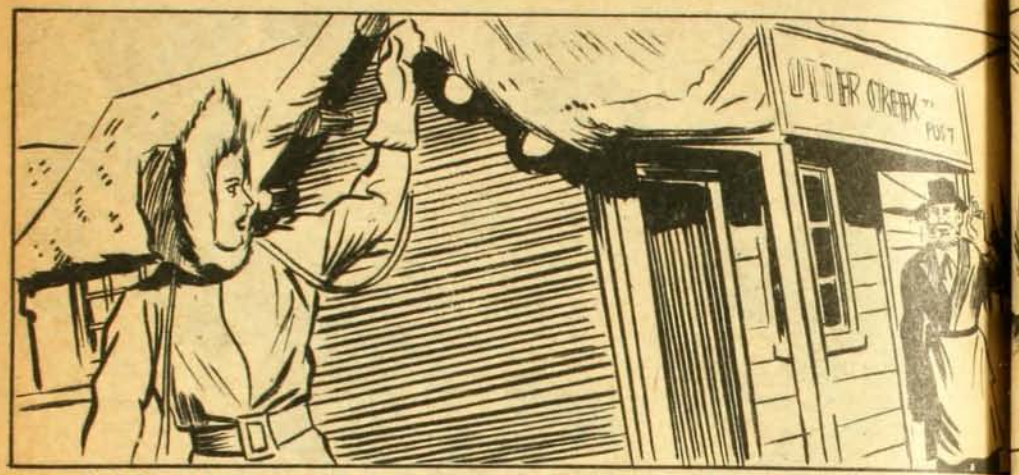
3. El astuto perro se dirigió a un lugar que conocía perfectamente y cruzó un angosto puente. Cuando el oso lo siguió, el paso se derrumbó entre un alud de nieve. Solak quedaba dueño del campo... y del misterioso paquete. El inteligente perro lobo decidió devolverlo.





4. En aquel trineo viajaba una niña rubia. Solak oyó su suave voz, animando a los animales de su carro. Era la primera voz humana que vibraba con dulzura en los oídos de Solak y se sintió fascinado. Por ella desafiaba el peligro y se acercó al reducto de los traperos.

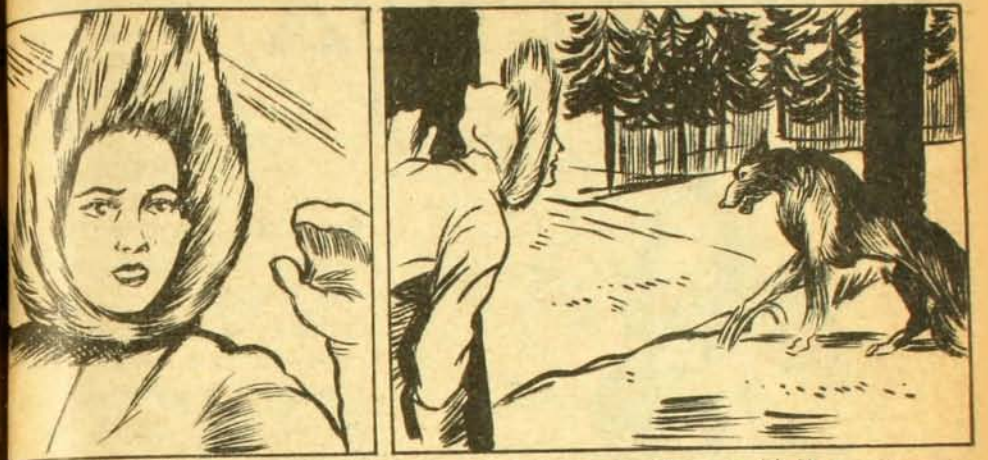
SOLAK EL INVENCIBLE



5. Mientras tanto la hermosa viajera, Dalia Ken, decía a su abuelito: "—Perdí en el camino un paquete con tarros de miel. Tal vez no estén lejos. Caminaré un poco". El buen Max aconsejó a su nieta: "—No te alejes mucho. Este lugar está infestado de lobos".



6. Dalia había recorrido un breve trayecto, cuando percibió gemidos ahogados. "—Parece un perro herido —murmuró compadecida—. O tal vez sólo esté atado y gime por su libertad." Era Solak que había caído en una trampa. El cepo estaba oculto en la nieve.



7. Al advertir que se trataba de un lobo y no de un dócil perro, Dalia se detuvo. El animal se debatía con desesperación y furor. Pero cuando vió a la niña, cesó en sus vanos esfuerzos por libertarse y su mirada se encontró con las pupilas azules que se dilataron de asombro.



8. "—No parece un lobo salvaje. Su mirada no es feroz, sino serena y hasta... amistosa", murmuró Dalia. Cogiendo una gruesa rama se acercó a Solak, lentamente, vacilando aún. El perro lobo seguía inmóvil, mirándola confiado. Entonces la niña abrió la trampa introduciendo la rama entre los dientes de acero.

(CONTINUARA)

LA PASTORCITA QUECHUA



La pastorcita quechua vigilaba el rebaño de vicuñas.

En 1531, durante el reinado de los incas, ocurrió esta historia.

Rahira, la pequeña quechua, llevó a pastar a su rebaño de vicuñas seguida por el dócil agamí (ave zancuda), que la acompañaba siempre.

En el llano, el agamí permanecía junto a su ama, esponjándose al sol, o volaba pesadamente, en busca de inesperadas amistades. Porque abundaban las aves, desde el colibrí, que pasaba fugaz, como una flecha de mil colores, hasta los quiscalos ariscos.

La pastorcilla, a la sombra de un árbol, vigilaba a las sumisas vicuñas. Sabiendo que acudirían al primer llamado, se dedicaba a tallar un trozo de madera circular. Había grabado un rostro bondadoso rodeado de rayos. Representaba al sol, que es el dios del pueblo incaico.

En el fondo del valle se deslizaba el Marañón, o río Amazonas. Desde el pueblo llegaba el rumor de los hombres que construían piraguas o recogían la cosecha.

Rahira empezó a cantar dulcemente. Junto a ella el agamí, con la cabeza sumida en el plumaje de su pecho, dormitaba.

De súbito la tropilla se agitó, inquieta. Un ronquido interrumpía el silencio.

Rahira se irguió de un salto.

El agamí despertó sobresaltado.

Sobre un árbol cercano dormía un puma. Las vicuñas trotaron aterradas hacia su redil. El agamí las siguió, equilibrándose con las alas abiertas para que su carrera fuese más veloz.

Rahira le gritó indignada:

—Eres tan cobarde como las gallinas.

El agamí no comprendió o no dió importancia a la ofensiva comparación. Había llegado a sitio seguro y se refugió en el corral.

Nahau, el padre de la niña quechua, le preguntó, al verla llegar agitada y sin aliento:

—¿Y el agamí?

—Se asustó de un puma que dormía en un árbol.

—¿Un puma? Saldremos esta noche a cazarlo.

Los pastores acordaron que debían cazar al felino antes de que causara estragos en el rebaño.

Nahau había atrapado esa tarde un capibara, roedor que vive a la orilla de los ríos. Rahira corrió a verlo y con una varita le rozó la cabeza y las rígidas cerdas del hocico.

—Servirá de cebo —decidió Nahau.

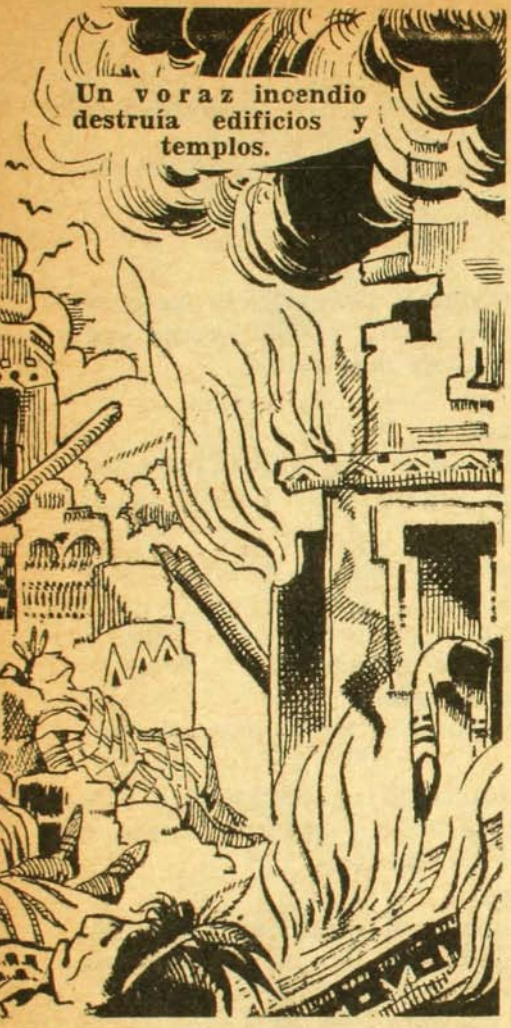
La caza mantuvo a los hombres ocupados. Las mujeres les aguardaron, hilando la lana de vicuña a la luz de sus lámparas de aceite.

En la capital inca la vida era así, apacible y familiar.

—Nuestro primer inca fué Manco Cápac —refería la abuela de Rahira, mientras sus rugosas manos hilaban sin descanso—. Fundó el imperio, hace quinientos años. Ahora nos gobierna el sabio Atahualpa.

Rahira la oía con los ojos relucientes.

Muchas veces había oído la historia de los dioses que bajaron a la tierra para dar al Perú un rey sabio y una madre bondadosa. El rey se llamaba Manco Cápac, y la madre, Mama Oello. Su imperio se denominó Tahuantinsuyo, que quiere decir las cuatro partes del mundo.



Un voraz incendio destruía edificios y templos.

—Nuestro pueblo adora al sol a la luna y a las estrellas. Pero Pachacámac es el dios supremo —decía la abuela con voz tenue.

La feliz familia quechua no sospechaba que el fin de aquel reinado feliz estaba próximo. Los conquistadores españoles capitaneados por Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, llegarían para convertirlo en una región desolada.

Las fuerzas invasoras penetraron en el Cuzco a sangre y fuego.

—Abuelita —gemía Rahira— ¿quiénes son los dioses que han llegado y que llenan de terror mi corazón?

—No lo sé, hija mía. Las siembras de trigo y maíz están arrasadas. Mama Oello no vendrá otra vez a enseñarnos cómo se plantan y se cuidan para que las espigas y las panojas crezcan brillantes como el oro.

La ola de terror dominaba a los pacíficos quechuas. Su emperador estaba prisionero. Se susurraba que sólo salvaría la vida si llenaba de oro una habitación, hasta la altura que podía señalar con el brazo extendido.

Atahualpa cumplió su promesa; pero el conquistador español no respetó aquella vida pagada a un precio fabuloso.

Y cuenta la leyenda que, cuando un incendio voraz destruyó edificios y templos, Rahira, la niña quechua que apacentaba los rebaños del palacio imperial, murió sobre una viga quemada no por efectos del fuego, sino porque su sensible corazón se rompió al saber que Atahualpa ya no existía.

—Mama Oello no vendrá otra vez —susurraba con intensa desesperación. Su cabeza se abatió y las obscuras trenzas se deslizaron sobre la madera ennegrecida.

Así, herida por una pena sin consuelo, sucumbió Rahira.

El trono de los incas quedó vacío para siempre. Durante trescientos años fué ocupado por la dinastía que fundó Manco Cápac en 1220.

El corazón de la anciana abuela de Rahira quedó también vacío para siempre. Perdió a su hijo Nahua y la nieta que había alegrado su vejez. Rahira ya no conducía el rebaño al campo ni el agamí seguía sus pasos. Junto con otras aves de su especie, vagaba por el llano, añorando los tiempos en que servía de ayudante a la pastorcita.

Por la tierra incaica pasaban sombras ávidas, hombres que para llenar de oro sus manos codiciosas no se detenían ante la traición ni la felonía.

—El padre Atahualpa murió...

Esta era la queja del pueblo quechua. Ya no tenía emperador y, tal vez, ya no tenía dios, porque el sol se había apagado para aquel imperio que se extendió desde Quito hasta el río Maule.

Tal vez muchos años más tarde murió también la abuela de Rahira, repitiendo como ella:

—Mama Oello no vendrá más, nunca más.

La madre bondadosa, que enseñó a las mujeres quechuas a tejer en los telares, no vendría ya.

El lamento de la quena (flauta quechua), cuenta en los atardeceres la historia de Rahira y de sus compatriotas, que vivieron durante el reinado de Atahualpa.

Rahira sucumbió, vencida por la tristeza.



El fantasmita

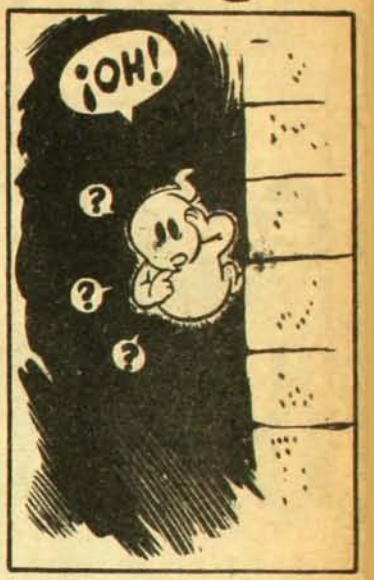


















CONTINUARA

SOLITARIO BILL

CAPITULO XLIV.— LA FIESTA DE LOS DIOSES





1. Solitario Bill se apoderó dos veces de las armas que los semínolas suspendieron de los postes guerreros a fin de hacerles creer que sus dioses desaprobaban esa batalla. Pero el hechicero Mano Seca dominaba a la tribu y la obligó a avanzar. Hijo del Trueno quedó horrorizado al saberlo.





2. "—Es un sacrilegio combatir de noche", protestó el jefe osage. Solitario Bill repuso: "—Obligaré a Mano Seca a retroceder". En seguida ordenó a Serpiente Astuta que reuniera delante de una caverna una gran cantidad de hierba tucsa, que produce mucho humo. A Tex le dijo que esparciera una línea de pólvora.





3. Como medida de precaución, condujo hasta el campamento a Anita, a Tex Montaña y a Pluma Blanca. Antes de alejarse, indicó al joven indio: "—Intentaremos una peligrosa comedia. Si no regreso, protege a Anita". Cuando los semínolas se acercaron, vieron a Serpiente Astuta que invocaba al Gran Manitú.





4. La voz tonante del hechicero decía: "—¡Oh Gran Espíritu, demuéstranos con un prodigio que los osages son tus hijos predilectos!" Tex Finuras, que se hallaba oculto, encendió la línea de pólvora que avanzaba hasta rodear el poste guerrero. Una densa cortina de humo se elevó.

SOLITARIO BILL



5. Solitario Bill salió de la caverna, pero a los ojos de los aterrorizados semínolas, pareció surgir del fuego. Le vieron aparecer como un dios rubio que venía cabalgando desde las praderas eternamente verdes del Gran Espíritu. Sostenía en alto las armas del brujo Mano Seca.





6. Serpiente Astuta, fingiendo indignación protestó: "—Rostro pálido, Solitario Bill, ¿cómo te atreves a profanar una ceremonia sagrada?" El héroe de Texas repuso: "—El Gran Manitú me envía. ¿Ves en mi poder las armas de Mano Seca? Los dioses se las arrebataron para que sea derrotado".





"—¿Reconoces el tomahawk (hacha guerrera) de tu enemigo?", concluyó Solitario Bill, entregando el arma a Serpiente Astuta. El hechicero de los osages la cogió, para examinarla. El joven tejano quedó desarmado ante aquel que había sido su mortal enemigo. Pero el brujo cruzó las hachas sobre su cabeza.





Aquel era un gesto que demostraba amistad inalterable. Mano Seca rugió: "—¡Perro blanco! Demuestra que eres el hijo del Gran Manitú, desviando esta flecha". Pero Serpiente Astuta se interpuso, gritando: "—Si no dejas el arco, Mano Seca, te mataré con tu propio tomahawk".

(CONTINUARA)

LA MALDICION DE LING~SAI



CAPITULO X.—La noche del gran peligro.

Chien había dicho a Lin que tenía prisionero a Hsu.
—Encontró una de las pagodas de oro y se niega a confesar dó de la ha ocultado. Sólo tú puedes obligarlo a hablar, "*yaonieh* Eliana Davis, oculta detrás de un biombo, se sintió desfallec Hsu había caído en poder de sus enemigos y tal vez Lin no ha un solo gesto para salvarlo.
La hija del doctor Davis sabía que "yaonieh" es un espíritu m ligno, nacido para destruir hombres. Los que conocían a Lin p dían creer fácilmente que ese espíritu dominaba en ella. Nun la habían visto ceder a la piedad, o vacilar en sus decisiones.
—Mi honorable abuela irá contigo, Chien —pronunció fríamen El gigantesco chino dijo, indeciso:
—¿Por qué no vienes tú?
—¿Discutes mis órdenes, Chien?
El oriental se inclinó, aterrado:
—No, sublime Lin. Pero la honorable madre Yao tal vez no co siga que Hsu confiese. Eres tú quien...

***RESUMEN:** El padre de Eliana Davis ha desaparecido misteriosament en Nanking. La niña conoce a una jovencita china, Lin, quien le propon que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis y también a s propio padre, Ling-Sai. Transforma a Eliana hasta semejarla por com pleto a ella. Nadie podría distinguir cuál es la verdadera y cuál es l falsa Lin. La niña china posee una enigmática personalidad. Es temida venerada aún por sus enemigos. Ordena la captura de Hsu, un jove oriental a quien Eliana liberta. Hsu le entrega más tarde una pequeñ pagoda de oro.*

—Mi honorable abuela se reunirá contigo ahora mismo —interrumpió Lin.
Chien, resignado, se dispuso a esperar. La niña china se dirigió hacia el lugar donde Eliana estaba oculta y, llevándola a su habitación, le dijo rápidamente:
—Esconde la pagoda y no salgas de la casa por ningún motivo.
—¿Seguirás a Chien y a la madre Yao sin que ellos lo adviertan? —murmuró Eliana, con voz temblorosa.
—Exactamente. No tengas miedo de quedarte sola. Estás bien protegida. Este es en apariencia el apacible hogar de una anciana y de su nieta, pero hay una guardia secreta que lo defiende. Ten confianza, hermanita menor, y no temas.
Cuando la madre Yao apareció ante Chien su expresión no era plácida ni amable.
—Vamos —dijo secamente.
—¡Oh virtuosa madre Yao! ¿Por qué no convences a tu nieta para que nos acompañe?
—Basta mi presencia, Chien. No despiertes mi cólera.
—Yo sólo sugiero...
—¡Deuda acumulada durante diez generaciones! Tu vida no bastará para pagar esta ofensa. ¿Insinúas que Hsu se atreverá a desobedecerme?
Chien se inclinó profundamente y no abrió más los labios. Escoltó a la anciana china, que subió a un segundo rickshaw, y durante el trayecto permaneció mudo.
Penetraron en un sótano. Atado de pies y manos yacía el joven oriental. Al reconocer a la madre Yao se estremeció.
—¿Quién tiene la tercera pagoda de oro? —inquirió la anciana.
Sólo gracias a la agilidad de su cuerpo, Hsu logró incorporarse. Luego, apoyando su espalda contra el muro, se levantó, con un movimiento reptante. En esa posición inclinó su cabeza, para saludar a la madre Yao.
—¡Responde, Hsu!
El joven permaneció mudo.
La anciana china pronunció
—Las varillas de bambú.
El suplicio consistía en encenderlas, luego de clavarlas debajo de las uñas del condenado. La rugosa mano cogió el haz y luego se extendió para que Hsu observara las fatídicas varillas. Pero el joven no vió aquel instrumento de tortura, sino las uñas largas y

doradas. En la del dedo índice, casi imperceptibles, veíanse unos signos.
—Hablaré —aceptó entonces, cerrando los ojos para no delatar el brillo de su mirada. Chien y sus secuaces sólo vieron los párpados bajos, lo cual era sin duda una demostración de cobardía.
—¿Dónde está la tercera pagoda?
—En poder del mendigo cojo.
—¿Por qué no diste aviso a los Cien?
—Quería obtenerla yo mismo. Cité al pordiosero en la Colina de las Diez Mil Edades. Se negó a dármela.
—¿Por qué no lo obligaste a presentarse ante la secta?
—Temí que el mendigo mayor se enfureciera.
Se produjo un profundo silencio. La hermandad de los mendigos era muy poderosa y no sólo Hsu la temía. Chien gruñó:
—Será difícil negociar con ellos.
—Dejad libre a Hsu y que procure continuar las conversaciones con ese perro cojo. Otros también trabajarán con discreción y sigilo. El Gran Uno debe conocer esta intriga.
—La conoce —repuso Chien, doblándose en una profunda reverencia.
—Hsu —advirtió la madre Yao antes de retirarse—, si fracasas, morirás. Sólo queremos hombres audaces en nuestras filas.
Al salir a la luz del día, luego de estar sumidos en densa penumbra, los hombres parpadearon. En cambio, los ojos de la madre Yao resistieron el intenso fulgor. Subiendo al coche de dos ruedas, tirado por un coolí cruzó las manos sobre su falda. El sol centelleó sobre sus uñas larguísimas. Las letras escritas en una de ellas habían desaparecido y sólo se veía la superficie de oro. Aquel mensaje que nadie más pudo leer, había ordenado a Hsu: "Habla, sin decir la verdad".
La madre Yao no se dignó dirigir otra vez la palabra a Chien y penetró en su casa, con la suave dignidad de una emperatriz. No tardó en salir de nuevo dirigiéndose al mercado con su andar lento y su aspecto ensimismado. Los vecinos conocían esa mirada ausente.
—El espíritu de la madre Yao vaga por otras regiones —decían—. Se ha trasladado a épocas del pasado y camina como un fantasma.
A pesar de ir tan absorta, la anciana dió una limosna a un viejo mendigo. La sucia garra del hombre cogió con avidez el yen y,



La madre Yao dió una limosna al viejo mendigo.

sin mirarlo, lo depositó en su escudilla. Pero había visto los caracteres grabados en él y aunque el mensaje era urgente permaneció un tiempo más en su sitio, pidiendo limosna con voz plañidera. Por fin se levantó penosamente para alejarse cojeando.

Minutos después, el mendigo mayor sabía que debía ocultar a su mendigo cojo y mantenerse alerta contra los Cien, que incursionarían por sus dominios en busca de la tercera pagoda.

La vida en el hogar de Lin parecía ser la más apacible en el barrio. Sin embargo, Eliana Davis, una de sus moradoras, sabía que la paz no perduraba entre aquellas paredes.

Lin le mostró el escondite de las pagodas. Tenía siete. Es decir, faltaba una que todavía no había sido hallada y la que el Gran Uno guardaba en su poder.

—Cuando descubra que ha perdido dos, su cólera será terrible —insinuó Eliana.

—Tardará en saberlo, hermanita menor. Y en ese tiempo yo debo encontrar la última pagoda. Y entonces, teniéndolas todas en mis manos...

—¿Todas? —interrumpió Eliana—. Olvidas que hay una en poder del Gran Uno...

—Cuando quiera puedo apoderarme de ella —repuso Lin, con in diferencia.
Alguien llamó a la puerta. Lin acudió a abrir. En el umbral, son riente, vió a Kin Chi. Su diente de oro fulguraba amistosamente
—¿Qué deseas? —interrogó Lin.
—Vengo a anunciarte que ésta es la noche del gran peligro.
Sonreía siempre, con plácida dicha, como si fuera mensajero d alegres noticias.
El rostro de Lin se ensombreció.
—Aún no es tiempo —rebatió—. Falta...
Kin Chi apartó su mano de la amplia manga que la mantení oculta y ofreció a la niña china un objeto de oro.
—La primera pagoda —dijo simplemente.
Era muy pequeña pero perfecta en todos sus detalles.
La expresión impasible de Lin había desaparecido. Sus mano temblaron visiblemente.
—Debo ir al templo, a buscar...
—¿La cuarta pagoda, sublime? *El* la traerá.
—Kin Chi, el espíritu del agua te maldiga si mientes.
El chinito no perdió su sonrisa. Era de ascendencia mogólica. La gentes de su raza no se bañan jamás porque creen que el espíritu del agua, al introducirse en el cuerpo, hace que la futura reen carnación de esa persona sea en forma de pez, rana o cualquie otro habitante del agua.
—Kin Chi no será pez en su otra vida —respondió tranquila mente.
Esas palabras revelaban que había dicho la verdad. Lin le des pidió:
—Está bien, Kin Chi. Esta noche cumple tu deber.
El muchacho se inclinó, siempre sonriente.
Al quedar solas, Eliana interrogó a su amiga:
—¿Qué sucede? ¿Qué es la noche del gran peligro?
Había advertido la profunda turbación de Lin. El temor se infil tró en su corazón.
—Tenemos ocho pagodas y *él* traerá la última. Debe arrebatár sela al Gran Uno.
—¿El? ¿Quién?
—Mi padre, Ling Sai —respondió Lin con voz tenue.
—Jamás has admitido que conozca tus secretos, ni tus pensa mientos. ¿Puedes hablarme ahora con franqueza?



La vida en el hogar de Ling parecía haber adquirido un ritmo apacible.

—Aún no, hermanita menor.

—Me imagino que, además de Ling Sai, vendrán otras personas, enemigos tal vez. ¿Y si por alguna circunstancia imprevista soy yo quien debo enfrentarme con ellos? Te he representado muchas veces y siempre a ciegas. Presiento que si cometiera un error ahora, sería fatal. No en vano Kin Chi ha mencionado un grave riesgo.

Lin permanecía silenciosa.

—Además —insistió Eliana, desesperada—, si debiera suplantarte, no podría engañar a tu padre. Estoy segura de que él descubriría que no soy su hija, sino una desconocida.

—Tienes razón, hermanita menor, pero nada puedo decirte.

—Al menos, ¿serás tú quién enfrente a los visitantes de esta noche?

—No lo sé. Eres muy sagaz y has comprendido que tal vez también en esta oportunidad tengas que representarme.

—¿Y la madre Yao? ¿Dónde estará?

—Si me veo obligada a ausentarme o a permanecer oculta, mi venerable abuela tampoco estará presente.

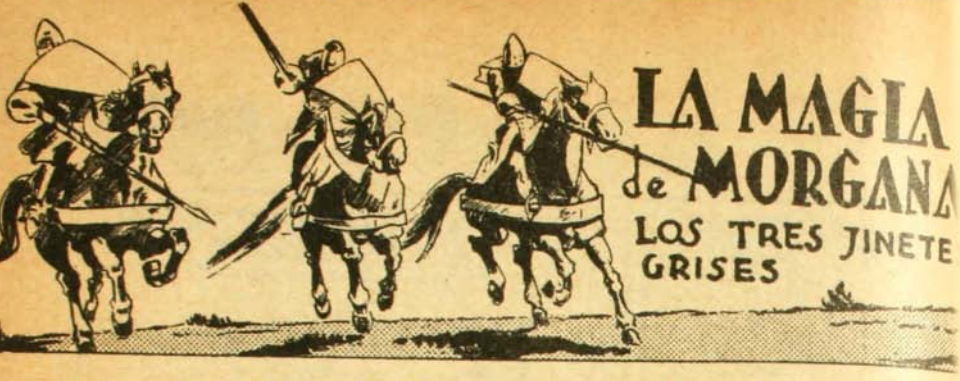
(CONTINUARA)

Ponchito



por nato





CAPITULO I.—Los tres jinetes grises.

Ives el Lobo cabalgaba por el bosque de Brocelandia. Las gigantescas encinas, con su corteza reverdecida de musgo, elevaban sus altas ramas. El joven héroe conocía aquella floresta. Al internarse en ella, los árboles se transformaban en rocas, que parecían gigantes arrodillados o monstruos sumidos en un mágico letargo. Ives había oído cantar a las piedras y sabía que en sus grietas moraban seres extraños.

De pronto el eco de un furioso galope interrumpió el silencio. Desde la espesura, Ives vió aparecer a un caballero de armadura blanca. Su esbelta figura se destacaba con nitidez sobre el corcel negro. Le perseguían tres jinetes que no llevaban blasón en su escudo. El caballero blanco esperó el asalto, y, cuando Ives se disponía a intervenir, le vió caer derribado por una lanza enemiga.

Una especie de vértigo dominó a Ives.

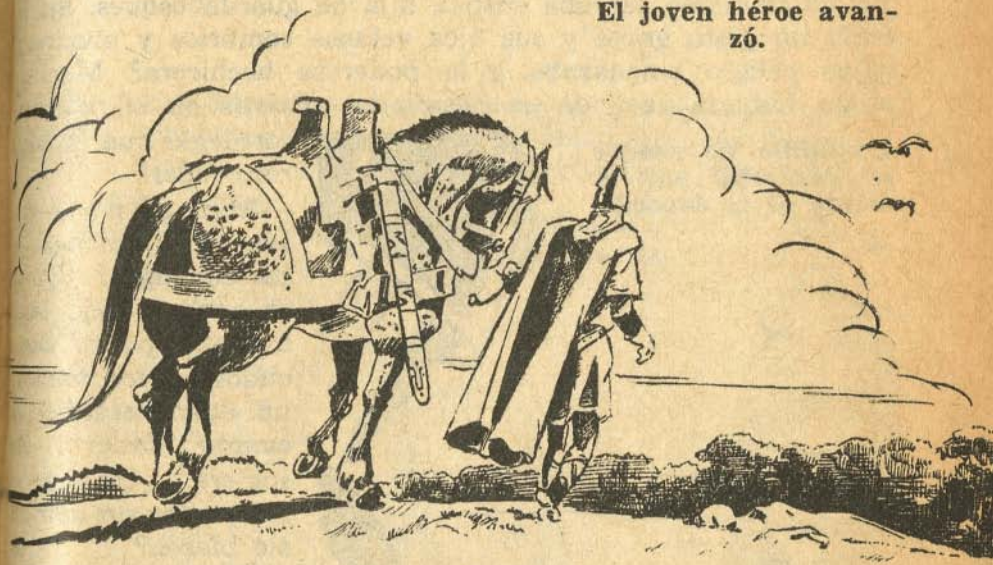


Los caballeros sin blasón torcieron bridas y desaparecieron en la lejanía.

Una especie de vértigo dominó a Ives y sus ojos se cerraron por un instante. Cuando venció esa incomprensible sensación y pudo avanzar para auxiliar al caballero herido, no vió ni al corcel negro como la noche, ni la armadura de refulgente blancura... Sobre la hierba yacía una doncella vestida

blanco. Parecía dormir, pero un hilillo de sangre que se escu-
ía por su frente anunciaba la tragedia.
es la contemplaba atónito. Evocó los encantamientos de Merlín,
mago, y el poder de Viviana, la hechicera del lago. El bosque
Brocelandia estaba poblado de hadas y genios. ¿Quién era
doncella blanca y por qué era perseguida por los jinetes grises,
cuyo escudo no se veía insignia alguna?
caballero andante fué a buscar agua en una fuente cercana y
vertió con suavidad en el rostro de la desconocida. La sangre
só de manar y las pálidas mejillas cobraron color. La doncella
irguió, mientras su cabellera flotaba sobre sus hombros como
a niebla de oro.

El joven héroe avanzó.



uando sus ojos se encontraron con los del héroe, él dijo:
-Hada de Brocelandia, tu poder no bastó para derrotar a los
es jinetes grises.
lla prorrumpió en carcajadas.
-Hermoso caballero, no soy hada, sino hija de guardabosques.
e desmayé al atravesar este prado. Soñasteis con los jinetes
ises. Dormíais o tal vez pensabais en aventuras fantásticas.
es se frotó los ojos. ¿Había soñado realmente? Miró a la don-
lla, que reía aún. Su risa era alegre, despreocupada y dulce.
ro en sus pupilas verdes había un destello inquietante.

—Soy hija de sencillos guardabosques —repitió la bella desconocida.

Pero entonces el cielo se nubló y la tempestad sacudió con furia las altas encinas. Y la queja de los árboles decía:

"Tú eres Morgana, Morgana, la hija del mar. Tú eres Morgana, el hada de Brocelandia".

Todo cambió de nuevo. Resplandeció el día y los árboles, inmóviles, no susurraron más.

—Caballero del rey Arturo, yo soy Morgana y debes combatir por mí.

Desanudó la cinta dorada que ataba sus cabellos y la ofreció a Ives.

Ya no simulaba ser una rústica hija de guardabosques. Su boca tenía un gesto grave y sus ojos veíanse sombríos y alucinantes. ¿Qué peligro amenazaba a la poderosa hechicera? Merlín, el mago, hubiera vacilado en desafiarla. ¿Existía en el mundo un sortilegio que la hiciera retroceder?



Un hilillo de sangre se deslizaba por la frente de la doncella.

—Morgana —dijo Ives—, ¿quiénes son tus enemigos? ¿Quiénes se ocultan bajo las armaduras grises? Sus escudos se ven vacíos de un signo heráldico. Ese campo desierto nada sugiere. ¿Quiénes son los jinetes sin nombre y sin blasón?

—Defiéndeme contra ellos —repuso Morgana—. No preguntes quiénes son.

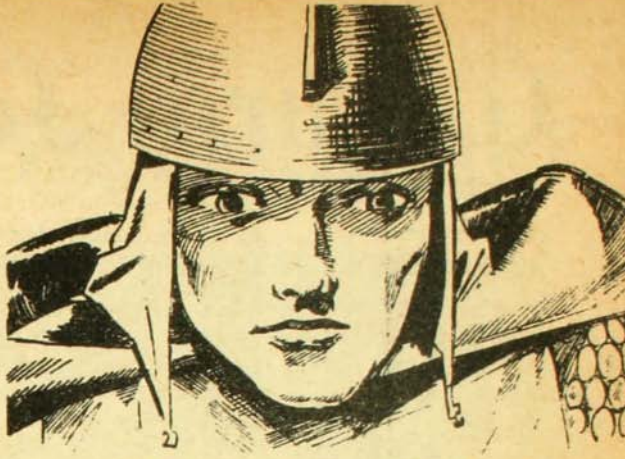
Señaló hacia el bosque. Galopando veloces se acercaban los siniestros jinetes.

—Te hirieron, Morgana, y tu magia no pudo de-

ener sus lanzas. ¿Crees ue lograré vencerlos? -preguntó Ives.

-Eres el protegido de Merlín. Contra ti nada ueden.

Era verdad. Merlín, el nciano y poderoso bardo, protegía a Ives. Y desde que el doncel derrotó al Tiempo no había fuerza maligna que pudiera vencerlo.



¿Había soñado realmente?

El Hijo del Lobo miró fijamente a Morgana. Era bella, pero podía transformarse de pronto en una vieja hechicera, de rostro obscuro y nudoso. Y en aquel semblante marcado por la vejez brillarían con igual intensidad los dominadores ojos verdes.

-Quiero conocer el nombre de tus enemigos -insistió Ives.

-Ya no es tiempo -repuso Morgana-. ¿No los ves? Pronto podrás tocarlos con la punta de tu espada.

En efecto, los jinetes se acercaban y el joven héroe comprendió que no podía retardar el lance.

Se irguió sobre los estribos. Antes de salir al encuentro de sus adversarios, vió la sonrisa de Morgana y evocó las fatídicas leyendas que se contaban sobre el hada, hermana del rey Arturo, hija de Uter Pendragón.

(CONTINUARA)



Morgana ofreció a Ives su dorada cinta.

Concurso Semana

¿A QUIEN CELEBRAMOS?



El 20 de agosto los niños de todo Chile está de fiesta, porque ese día se recuerda el nacimiento de uno de los próceres de la patria que forjaron la Independencia de Chile. ¿Quién es? Envía su nombre a Casilla 84-D, Santiago, revista "Simbad", y tendrás opción a participar en el sorteo de las soluciones correctas. No olvides adjuntar el cupón correspondiente.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 257: La ciudad de Caracas, en Venezuela, vió nacer a Simón Bolívar.

Entre las soluciones correctas salieron sorteados los siguientes lectores: CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Mónica Ortega, Talca; Julio Santa Cruz, Concepción; Nelly Sepúlveda, Valparaíso; Gustavo Gatica, Quillota; Lucía Comas, Chillán; Enrique Castro, Lota Alto. CON $ 20.—: María Leiva, Santiago; Rodión Fernández, Santiago; Cecilia Goñi, Limache; Ricardo Yocelersky, Santiago; Carlos Arenas, Valparaíso; Antonio Rojas, Santiago; Héctor Ortega, Santiago; Cecilia Wiggener, Santiago; Ana Luisa García, Santiago; Ignacio Rodríguez, Santiago. CON UN LIBRO: Leoncio Astete, Angol; Héctor Gómez, Santa Cruz; Luis Torres, Concepción; Guillermo Solar, Parral; Georgina Margerkerth, San Bernardo; Arnoldo Martínez, Itahue; María Gómez, Rancagua; Isabel Roa, Tomé; Raúl González Talcahuano, y Margarita Troncoso, Purén.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 259

Correspondencia

PATRICIO RIOS, JUAN ROJAS.— Nos agrada saber que "Simbad" es su revista favorita y que encuentran agrado en todas sus seriales.

ELIANA BRAVO, ERICH PEREZ VIVEROS, GLORIA CHAVEZ.—Sus anhelos de prosperidad para esta pequeña gran revista, "Simbad", van realizándose, pues cada día aumenta el número de nuestros admiradores.

NELSON SANCHEZ, GABRIEL URRUTIA, SONIA ZAMBRANO. Nato y Elena Poirier se sienten felices por sus elogios. Ponchito Pelusita se han retratado para ustedes en la tapa de la revista.

SUSANA PARADA SEPULVEDA. Me conmueve que haya sido para mí la primera carta que usted escribe, con su letrita de niña pequeñita y estudiosa. (ROXANE

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954

Juan y Juanita





3. Mincho exclamó: "—La situación es grave. Tenemos que tomar una decisión desesperada". En ese instante un auto avanzó por la avenida. "—Juanita regresa con la señora Felisa", susurró Mincho. Juanita baja del coche y se dirige a la casa. ¿Por qué se verá tan triste?





4. La niña conocía el plan de su fingida protectora, quien la presentaba como su desaparecida hija Lidia, para obtener una inmensa fortuna. "—Vigílala, Roque", ordenó la timadora. El mayordomo encerró a Juanita en el dormitorio, diciendo burlesco: —Descanse, "señorita Lidia".

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO




N.º 260
Simbad
LA VENGANZA
DEL SULTAN
$ 6.-

Juan y Juanita

CAPITULO XXXVIII.—UN HOMBRE HONRADO





1. Juanita fué encerrada bajo llave por el mayordomo Roque. Mincho y otros niños habían observado la sospechosa actitud de Felisa Hermine y de Roque. En el momento oportuno, uno de los muchachos trepó a la ventana y llamó suavemente a Juanita: "—¿Qué sucede?", le preguntó.





2. Ella reconociendo la voz del rubio Patricio, le reveló el plan de Felisa: "—Si me niego a participar en esta indigna comedia, nos internará a todos en un orfanato", susurró la niña, atemorizada. "—¡Malvada!", exclamó Patricio, con un gesto tan brusco, que volcó la escalera.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO V — 25-VIII-1954 — N.º 260

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 300.—
Semestral: $ 150.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0 10

"El señor Roberto Castelblanco F. no es agente de suscripciones de esta Empresa y por lo tanto no puede contratarlas".

El jorobado



CAPITULO XLIV.—A la hora señalada.

Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga, había ofrecido a Chaverny cincuenta mil escudos si aceptaba casarse. La boda se celebraría en una cena, a la cual asistirían los cortesanos, el jorobado Esopo II y, sin invitación, Enrique de Lagardere.

El jorobado avanzó despaciosamente y presentó su espalda a Gonzaga, ofreciéndole al mismo tiempo la pluma mojada y la tablita.

—¿Aceptas? —preguntó Gonzaga, antes de firmar el traspaso de la dote.

—¡Sí, a fe mía! —repuso el marquesito.

Mientras firmaba, Gonzaga dijo al hombrecillo:

—¿Sigues con el capricho de venir a mi cena?

—Más que nunca, monseñor. ¿Os extrañará si os digo que sin mí Lagardere no cumplirá su jactanciosa promesa?

—¿Has escuchado entonces nuestra conversación?

—Mi covacha está ahí mismo, monseñor. Y si mis oídos son indiscretos, recordad que siempre os he servido.



—¡El lobo en el redil! —murmuró Cocardase, complacido.

—Quedas, pues, invitado a la boda.

Todos aplaudieron, mientras Cocardase cambiaba con Pasepoil una rápida mirada, murmurando:

—¡El lobo en el redil! ¡Cáspita! Vamos a divertirnos...

A las ocho de la noche la cena iba ya mediada. Algunos invitados estaban ebrios. Gonzaga, llamado a palacio, se había ausentado por algún tiempo. Además de su silla, veíanse otras tres vacías: la de doña Cruz, gitana y supuesta princesa; la segunda, que pertenecía tal vez a la desconocida novia, y la tercera era del jorobado.

La joven doña Cruz, durante un bullicioso brindis, habíase escapado para visitar a Aurora de Nevers, que estaba prisionera en el palacio de Gonzaga.

—¿Me traes alguna noticia? —preguntó la atribulada niña.

—El príncipe ha sido llamado a palacio hace unos momentos. No tengas miedo, hermanita. En la cena todos se divierten y son encantadores, especialmente el marqués de Chaverny. Va a casarse, adivina con quién, hermanita.

—No sé. ¿Qué puede importarme?

—Mucho. Es contigo con quien se casa.

Aurora, alzando lentamente su rostro pálido, sonrió con tristeza.

—Créeme, es la verdad —insistió su amiga.

Sin conceder atención a esa frase, Aurora preguntó:

—¿Y de Enrique, no tienes noticias?

—No sé nada, absolutamente nada.

La rubia cabeza volvió a inclinarse, vencida.

—Los que nos atacaron anoche dijeron que había muerto —susurró con voz débil.

La gitana repuso con firmeza:

—Estoy segura de que no ha muerto.
—¿Qué te da esa seguridad?
—Dos razones: La primera es que siguen temiéndole. La segunda se refiere a esa mujer que han querido darme por madre.
—¿La enemiga de Enrique?
—Esa misma. Continúa persiguiéndole sin tregua. La oí decir: "No podrá escaparse, y cuando la hora veinticuatro haya sonado, será detenido, aunque sea por mi propia mano".
—¡Oh! —dijo Aurora—. Sí, es ella, la reconozco en su odio.
La gitana murmuró pensativamente:
—Tengo aún otra cosa que decirte. Quieren casarte con el marqués, y el príncipe me sugirió: "Si ella es obediente, salvará de un peligro mortal a quien más ama en el mundo".
—¡Lagardere! —exclamó Aurora.
—Eso creo yo —asintió su hermosa amiga—. Antes de irme, debo comunicarte que también está allí el jorobado, la única persona admitida en el retiro de Lagardere, según me dijiste. Me acerqué a él con todo disimulo para decirle que en todo momento contara conmigo.
—¿Y qué te respondió?
—Es el jorobado más extraño que pueda una figurarse. Fingió no conocerme, dedicándose a esas damas que se divertían haciéndole beber tanto, que al fin rodó bajo la mesa.
Desde el salón llamaban a gritos a doña Cruz. Ella, aconsejando tranquilidad a la desesperada Aurora, volvió al comedor.
También había regresado el príncipe de Gonzaga. Invitó gentilmente a las damas al saloncito de Marte para que admiraran el traje y la canastilla de la novia, y, cerrando la puerta, quedó sólo con los hombres.



—Señores —anunció—, ha llegado el instante de decidir. Existe una criatura que dificulta nuestro paso. Le tengo horror a la sangre, y por este motivo he ideado para ella una boda que la alejará de París. Chaverny, tú la llevarás a una provincia lejana, procurando que la luna de miel dure eternamente...

—¿Es la señorita de Nevers? —preguntaron varias voces.

—¿Qué importa el nombre? —replicó Gonzaga con dureza—. Estorba nuestros planes y debe desaparecer. Si se niega a casarse con mi primo, la dejaré libre, y en ese caso mi conciencia nada tendrá que reprocharme. Ella habrá elegido su destino.



—¿Sabe algo nuevo, monseñor? —preguntó Peiroles.

Era evidente que una negativa equivalía a la muerte.

—Si mañana perdiese yo la herencia de Nevers, pasado mañana tendríamos que huir todos.

—¡Todos!

—Sí, amigos míos. Estáis ligados a mí, y mi ruina será también vuestra caída.

Observó a sus invitados con expresión burlona y continuó:

—Hay que proceder con discreción. ¿Para qué la violencia? Si una joven significa una molestia en vuestro camino, escogéis un hombre galante que quiera casarse con ella. Muy bien. ¿Acepta? Perfectamente. ¿Se niega? Entonces se le piden disculpas, y, con el mayor respeto, con toda galantería, se le hace aceptar un ramo de flores...

Gonzaga cogió un ramo de flores naturales que adornaban la mesa.

—¿Puede una mujer, decidme vosotros, no aceptar una ofrenda tan delicada?

Tendió las flores a los cortesanos, que retrocedieron con un estremecimiento. Chaverny preguntó con voz ronca:

—¿Están envenenadas esas flores?

—Siéntate —le repuso el príncipe riendo—. Estás ebrio.

Chaverny se pasó la mano por la frente, que tenía inundada de sudor.

—Sí —murmuró—, debo estar borracho. De no ser así...

—Ahora, señores, hay algo aún más grave. Todavía no son las nueve.

Esa era la hora señalada por Enrique de Lagardere para presentarse en la cena.

—¿Sabe algo nuevo, monseñor? —inquirió Peiroles.

—Nada. Cinco espadachines defienden la entrada del callejón. Otros tres hombres, la puerta principal, y seis más están en el jardín. En la antesala los criados también llevan armas.

—Todo ese despliegue de fuerza para esperar a un solo hombre —observó el joven marqués con desprecio.



Por todas partes había gente armada.

—Olvidáis su nombre: Enrique de Lagardere. Ha dicho: "A las nueve estaré en vuestro convite". A las nueve tendremos aquí, frente a frente, a Lagardere. ¿Bajará por la chimenea? ¿Saltará por la ventana? ¿Surgirá del suelo? Lo ignoro, pero a la hora señalada le veremos sentarse a esta mesa.

(CONTINUARA)

¡ATENCION, LECTORES!

A partir de nuestra edición aniversario, número 262, SIMBAD ofrece un GRANDIOSO CONCURSO SEMANAL a sus lectores. ¡GRAN PREMIO!: 1 TOCADISCOS; además, discos Pulgarcito con temas infantiles, y muchísimos otros premios que harán las delicias de los amigos de Simbad.

SOLAK EL INVENCIBLE

CAPITULO II.— SOLAK RENUNCIA A SU TRONO



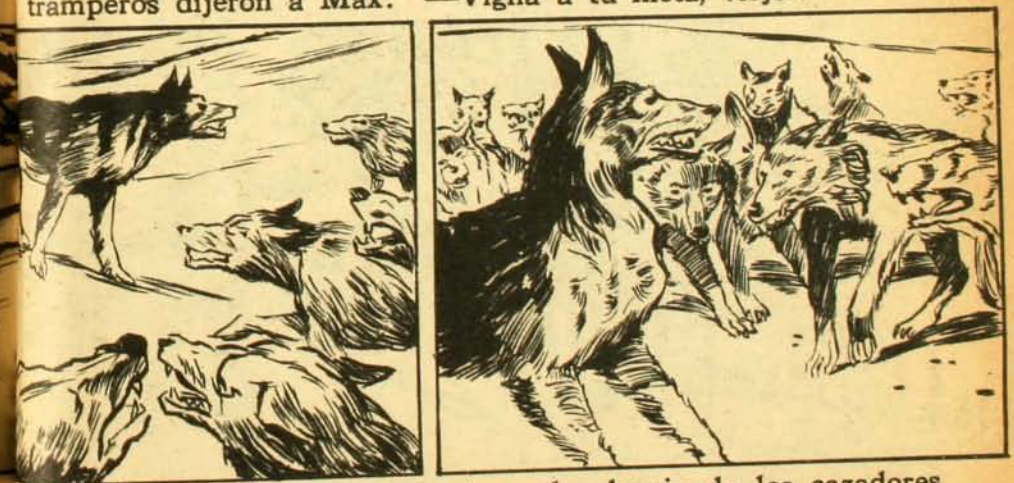
1. Dalia Ken libró del cepo a Solak, el perro lobo. Los ojos azules de la niña y las pupilas sombrías de la fiera se encontraron y una extraña comprensión pareció unirlos. Eran dos mundos que se enfrentaban: la dulzura de Dalia y la salvaje soledad del lobo. En ese instante se oyeron pasos y Solak huyó.



2. El joven y apuesto cazador Pierre Lacoste se acercó a Dalia. Su semblante se veía contraído de cólera. "—Ha dejado en libertad al lobo más peligroso de la comarca —protestó—. Hace muchos años que estoy persiguiéndolo en vano y ahora que había caído en la trampa...". Dalia, turbada, no respondió.

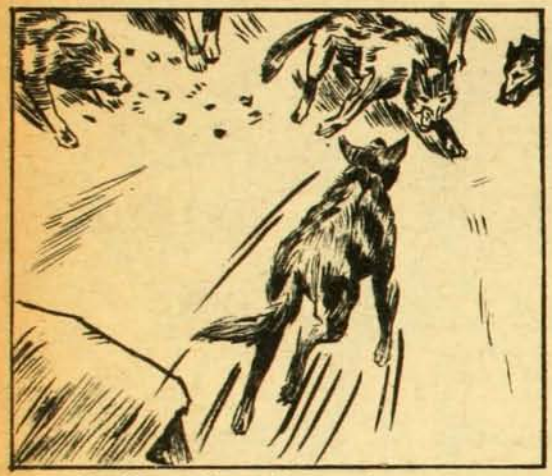


3. Lacoste se esforzó por contener su ira, pero sus acres palabras causaron una penosa impresión a Dalia. Minutos más tarde, la niña refería a su abuelito el incidente. "—No te aflijas, Dalia", dijo el buen anciano. Lacoste había divulgado la noticia y los tramperos dijeron a Max: "—Vigila a tu nieta, viejo".



4. Mientras Dalia enfrentaba la malevolencia de los cazadores, Solak también se hallaba en dificultades. La manada percibió el odiado olor a ser humano y comprendió que una de esas abominables criaturas se había acercado a su rey y sabían por instinto que él no la había rechazado.

SOLAK EL INVENCIBLE





5. No olfateaban olor a sangre humana, sino un aroma suave que les irritaba. Muchas veces Solak había demostrado que era el rey. Bastaba que venciera a los más exaltados para someter de nuevo a toda la manada. Pero comprendió que no deseaba seguir reinando entre los lobos y se alejó velozmente.



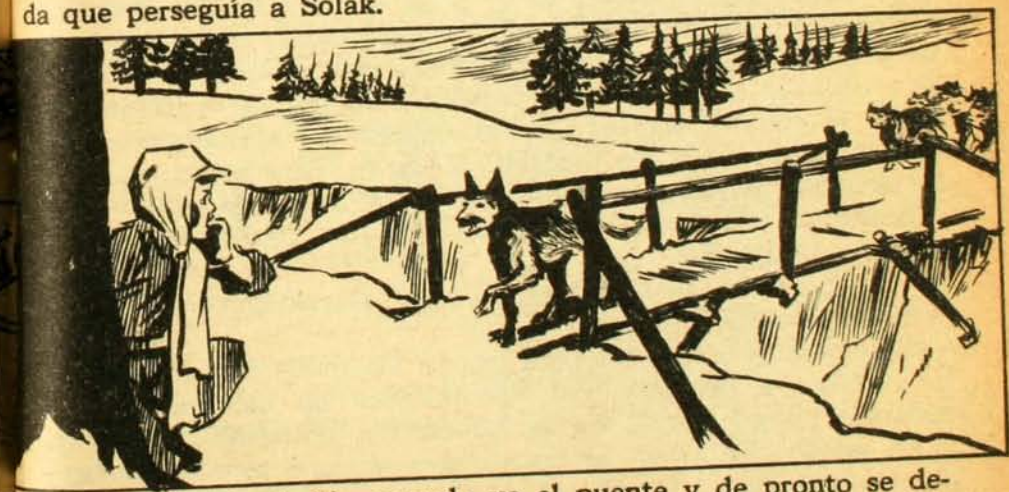


6. Dalia se dirigía a la hacienda de Marcos Farley, para pagarle el arriendo del almacén. Monina, la hija de Farley, esperaba con ansia a su amiga y se alejó de la casa y del aserradero, dirigiéndose al puente. "—Dalia sabe que hoy es mi cumpleaños y me traerá lindos regalos", decía sonriente.





7. De pronto escuchó lejanos aullidos. Se acercaban cada vez más y de pronto entre los pinos surgió una obscura silueta que atravesó el campo nevado. "—¡Un lobo!", exclamó Monina, aterrorizada. Luego aparecieron otras sombras negras. Era la manada que perseguía a Solak.



8. El perro lobo había cruzado ya el puente y de pronto se detuvo como si se hubiera convertido en una estatua de piedra. Había visto a Monina y comprendió que debía defenderla de la aullante jauría. Sin vacilar, volvió sobre sus pasos. La manada vería otra vez la llamarada de furia en los ojos de su rey.

(CONTINUARA)

La VENGANZA DEL SULTAN



Cuando Carlos Castillo desembarcó en las islas de la Sonda y recorrió Malaca, todo cuanto sabía de esas tierras lo había leído en textos de geografía o en las memorias de su padre, que fué un juez de las colonias.

Visitó la ciudad de Kampur y oyó hablar del palacio del sultán, en Joharput, que se alzaba en la costa, a diez millas de distancia. Experimentó el deseo de verlo personalmente, no sólo porque los palacios orientales recrean la vista, sino porque en el diario de su padre, él se refería al soberano hindú nombrándole "mi amigo el sultán". En las últimas páginas no lo mencionaba, y esta circunstancia había intrigado a Carlos; pero luego la olvidó.

Al sirviente nativo que acudió a abrir la puerta le dijo:

—Anuncie a Su Alteza que el hijo del juez Castillo desea presentarle sus saludos.

No tardó en reaparecer el criado, que respondió, inclinándose profundamente:

—Su Alteza se siente honrado con la visita del joven sahib.

Le condujo a presencia del oriental. Era un hombre alto, de poblada y negra barba. En su faz curtida brillaban los ojos de mirar agudo. Sus labios se distendieron en una sonrisa rígida, y por un instante se vieron relumbrar sus dientes.

—Es un placer recibir al hijo del juez Castillo —pronunció.

—¿Recuerda usted a mi padre?

—Por supuesto, perfectamente.

Y otra vez relumbró su sonrisa.
—Le ruego que sea mi huésped por el tiempo que desee —añadió el sultán.
El joven declaró que tenía ya alojamiento reservado en el hotel de Kampur.
—Enviaré en busca de su equipaje —insistió el hindú—. Si rehusa mi invitación, me sentiré desairado.
Carlos aceptó, y desde ese instante vivió como un príncipe, rodeado de un lujo fantástico. Saboreaba los alimentos más exquisitos y dormía en un lecho suave como una nube. Un criado esperaba siempre sus órdenes.
Al tercer día, el sultán sugirió a su huésped:
—¿Le agradaría nadar en mi piscina particular?
—Sería estupendo —repuso Carlos, entusiasmado—. Nadando me defendería del calor. El clima es tórrido.
—La laguna es profunda. Luego que haya nadado a su gusto, le presentaré a un buen amigo mío, que también es un excelente nadador.
La piscina estaba cavada en la roca y el mar la proveía de agua. Desde ella se percibían el rumor de la resaca y el estallido de las olas. Al fulgor del sol relucía como una joya azul.
Carlos se lanzó en una perfecta zambullida. El sultán y su guarda personal, un gigantesco malayo, lo observaban desde el borde. Al sentirse fatigado, el joven nadó hacia las gradas de piedra, única salida de aquel lago, circundado de elevadas rocas. Entonces vió, con un estremecimiento, que el sultán retiraba del cinto de su criado el kris, o puñal malayo.
—Qué extraño es que hayas venido atravesando grande distancia y después de largos años —habló el hindú—. ¿Recuerdas que tu padre era juez?
Su voz era tensa.
—Era uno de esos extranjeros que implantan su clase de justicia, sin pensar que desafían siglos de tradición y costumbres inamovibles. Yo tenía un hermano que disponía de muchos sirvientes. Uno de esos esclavos provocó un día su cólera y lo hizo azotar. Era tal su furia, que él mismo cogió después el látigo y continuó castigándolo por su propia mano. El miserable sirviente murió.
Un infernal destello se encendió en las pupilas del sultán, que prosiguió:

—¿A quién podía preocuparle que un esclavo muriera? Pero el juez ordenó el arresto de mi hermano y, luego de un juicio absurdo, lo declaró culpable de asesinato y le condenó a muerte. Intercedí, esperando que el juez, en consideración a nuestra amistad, revocara la sentencia. Nada logré. Tu padre dijo que lamentaba lo ocurrido. Nada más. Mi hermano, que, aunque no tenía título de sultán como yo, era un personaje importante, debió ir a la cárcel de Singapore como cualquier rufián.

Probando con su índice el filo del kris, insinuó:

—Tal vez tu padre no te refirió este pequeño incidente, ¿verdad? Si lo hubieras conocido, no habrías venido a entregarte indefenso. Hubieras pensado que los orientales tenemos buena memoria, muy buena memoria... ¡Ah!, aquí viene el amigo de quien te hablé.

Al mirar en la dirección señalada por su enemigo, el corazón de Carlos cesó de latir. ¡Una aleta triangular rasgaba el agua, acercándose con rapidez!

—Viene todas las tardes cuando sube la marea —explicó el sultán—. Y siempre está hambriento.

Carlos se aproximó a la escalinata, y entonces el kris brilló junto a su garganta.

—No, joven sahib, permanezca en la laguna.

El tiburón nadaba por el lago, sin acercarse aún a su víctima. Carlos oyó decir cierta vez a un viejo marinero que los terribles escualos jugaban a veces con su presa, prolongando la agonía.

—¡No puede cometer esta infamia! Es un asesinato a sangre fría —exclamó.

La risa del sultán vibró con cruel sarcasmo.

Carlos, en un súbito impulso, se sumergió profundamente. El tiburón también se sumió. El joven, pensando que su último instante había llegado, regresó a la superficie..., y entonces vió que el gigantesco malayo abandonaba su inmovilidad de estatua. Alzando con ambos brazos al desprevenido sultán, lo sostuvo un momento sobre su cabeza y luego lo lanzó al lago. Las aguas se arremolinaron y se oyó un grito ahogado. Una cola negro azulada se agitó en una vorágine de las aguas, y luego se restableció el silencio.

El malayo ayudó entonces a Carlos a salir de la fatídica laguna.

—¿Por qué...? —balbució el joven, atónito.

—Mi hermano era el esclavo a quien azotaron hasta que murió. El juez fué un gran hombre. Como el sultán, yo también tengo buena memoria, muy buena memoria.

Contempló el lago, cuyas plácidas aguas no revelaban que allí había ocurrido una tragedia.

—Su alma condenada lamentará siempre no haber podido satisfacer su odio hacia el buen juez —murmuró el malayo—. Mucho tiempo aguardé, pero la hora de la venganza llegó.

Ahora comprendía Carlos por qué su padre dejó de mencionar al sultán y nunca más le llamó su amigo.

—¿Y cómo explicarás la muerte de tu amo?

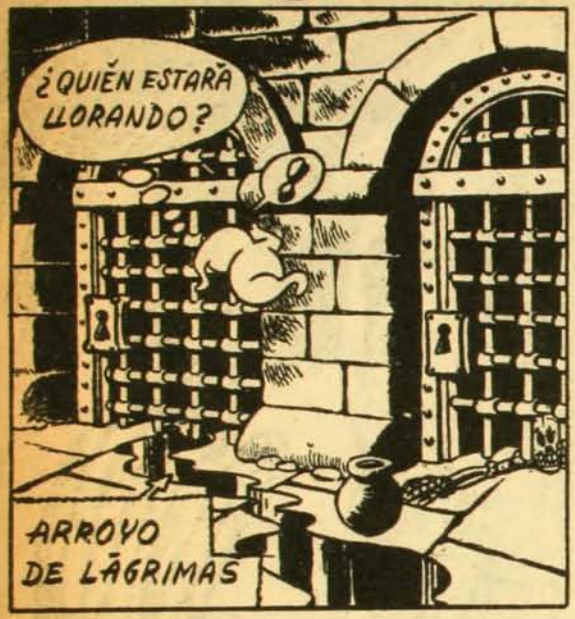
—Es fácil que ocurra un accidente —repuso el nativo—. Todos saben que el sultán venía siempre a hablar con el tiburón, como si él pudiera comprenderlo y compartir sus malos sentimientos. Le hablaba de sus enemigos, a quienes deseaba ver entre los agudos dientes del monstruo marino. Y si no fueron sus enemigos, sino él mismo quien cayó en las fauces del tiburón, ¿quién será tan impío como para investigar los secretos del destino? La voluntad de Alá es inescrutable.



El sirviente malayo fué azotado.

FIN

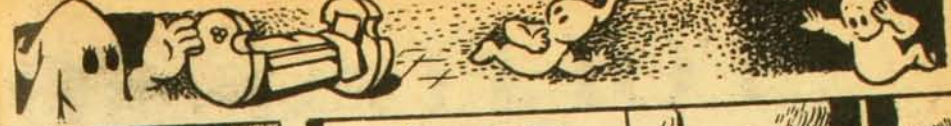
El fantasmita





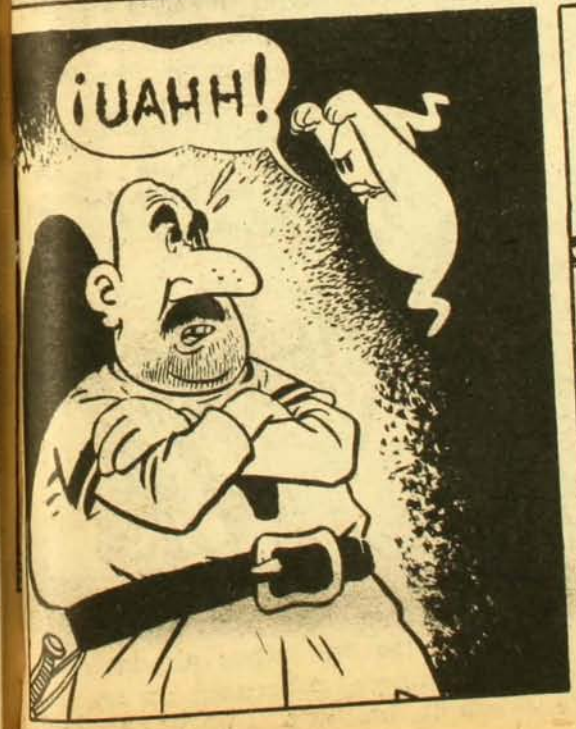














CONTINUARÁ

SOLITARIO BILL

CAPITULO XLV.— LA TRAICION DE PLUMA BLANCA



1. Solitario Bill, mediante un ardid, impidió la guerra entre los osages y los semínolas. Aunque el hechicero Mano Seca incitaba con furor a la batalla, los guerreros se negaron a obedecerle. A fin de consolidar la paz, Solitario Bill anunció a la tribu: "—La reina Altamaha os hablará".





2. La bella india se presentó ante su pueblo y dijo. "—Los osages son vuestros hermanos. Ceden a los semínolas parte de sus tierras. Hijo del Trueno será el jefe de las dos tribus aliadas". El jefe osage asintió: "—Y cuando yo muera, gobernará un semínola. Así ambos clanes estarán siempre unidos".





3. El pacto fué sellado. En la ceremonia ritual Altamaha entregaría a Hijo del Trueno la pipa de la paz. Mano Seca fué expulsado de la tribu, por sembrar la discordia y el odio. Solitario Bill dijo a Anita: "—Ahora podemos volver a Texas. Nuestra aventura en la caverna de los totems ha terminado".





4. Solitario Bill, Tex Montaña y Anita presenciaban la ceremonia, cuando resonó una detonación. Instintivamente el héroe de Texas se inclinó. La bala pasó silbando sobre su cabeza y se incrustó en la roca. Pluma Blanca sostenía aún en su mano el arma humeante. Su expresión era tensa.

SOLITARIO BILL



5. "—Pluma Blanca, mi hermano, ¿qué significa esto?", exclamó Solitario Bill, conteniendo a Tex Montaña y a Tex Finuras. Entre los dos querían sacudir al joven indio, que repuso: "—Pluma Blanca no traiciona a su hermano Solitario Bill. Alguien lanzó a sus pies el arma, luego de disparar".



6. El eco de la detonación no se oyó en el campamento piel roja. "—Exploraremos la caverna", decidió Solitario Bill, sin dudar un instante de Pluma Blanca. Tex Montaña bajó con él al pozo y se dirigieron a Quimera, el cementerio indio, donde yacían los jefes de las tribus, con sus ornamentos de oro.



7. Descubrieron que algunas tumbas habían sido profanadas. "—Esto me recuerda a un maldito bribón llamado el mestizo Miguel", gruñó Tex. En ese instante resonó el estallido de otra bala. Solitario Bill dijo: "—Está abajo, en el pozo. Hazle ver tu sombrero para que se distraiga. Yo saltaré".



8. Cinco metros lo separaban del fondo del pozo y decidió salvarlos de un salto. Para disparar contra el sombrero de Tex, el mestizo tenía que dar la espalda a Solitario Bill, que se lanzó entonces al vacío. Mientras ambos hombres luchaban en la sombra, Tex bajaba de cuatro en cuatro los peldaños.

(CONTINUARA)

LA MALDICION DE LING~SAI



CAPITULO XI — En el templo de los Cien Dragones.

Eliana Davis comprendió que estaba cercano el instante en que el misterio se revelaría ante sus ojos. En "la noche peligrosa", todos sus enemigos aparecerían con la faz descubierta. Sabría por qué su padre, el doctor Davis, fué secuestrado en Nanking. Conocería el motivo que impulsaba a la secta de los Cien a la ávida búsqueda de las nueve pagodas de oro.

Los ojos de Eliana se encontraron con la tensa mirada de Lin.

—Hermanita menor, éste es el último sacrificio que espero de ti.

—Pero, Lin —protestó la niña blanca—, no podré suplantarte como otras veces. Tu padre descubrirá que soy una impostora.

—Quizás no, hermanita menor.

La hija del doctor Davis sintió que la desesperación empezaba a dominarla. ¿Cómo explicar que no tendría valor para presentarse como la verdadera Lin?

—Además —murmuró— ignoro tus secretos, desconozco tus

RESUMEN: *El padre de Eliana Davis ha desaparecido misteriosamente en Nanking. La niña conoce a una jovencita china, Lin, quien le propone que se conviertan en aliadas para buscar al doctor Davis y también a su propio padre, Ling-Sai. Transforma a Eliana hasta semejarla por completo a ella. Nadie podría distinguir cuál es la verdadera y cuál es la falsa Lin. La niña china posee una enigmática personalidad. Es temida y venerada aun por sus enemigos. Ordena la captura de Hsu, un joven oriental a quien Eliana liberta. Hsu le entrega más tarde una pequeña pagoda de oro. La jovencita china logra reunir ocho de esas torres. Esa noche vendrá Ling-Sai a traerle la última.*

planes. Cada vez que enfrento a alguien de tu raza, es como si diera un salto en la oscuridad, sin saber si a mis pies se abre un abismo. He aceptado resignadamente tu voluntad, pero ya no resisto esta incertidumbre. ¿Qué dirían tus aliados o tus enemigos si de pronto ven que la poderosa Lin demuestra temor o prorrumpe en lágrimas?

—Y si esas lágrimas fueran una señal de muerte para tu padre, ¿las derramarías? —preguntó Lin fríamente, mientras su exótico rostro se endurecía.

Eliana, estremeciéndose, contestó:

—No, Lin, no permitiría que asomaran a mis ojos.

Mientras su expresión se suavizaba, la jovencita china añadió:

—Estaba segura de que podía confiar en ti, hermanita menor. Lamento dejarte sola en este momento crítico, pero mi ausencia es necesaria. Si supiera que la madre Yao...

Se interrumpió, pensativa.

Eliana no se atrevió a interrogarla. Hubiera sido inútil, de todas maneras.

Cuando Lin se encerraba en su mutismo, no había fuerza que la obligara a hablar.

Antes de separarse de Eliana, le indicó:

—Si te sientes vacilar, si adviertes sospechas en tus enemigos o el menor amago de rebelarse contra ti, pronuncia esta frase: *El emperador Huang Ti hizo quemar todos los libros y enterrar vivos a todos los letrados para que "la historia comenzara con él"*. ¿Conoces el dialecto manchú?

—Sí, Lin.



—¿Y el doctor blanco? —preguntó Eliana, con labios temblorosos.

—Pronúnciala entonces en ese idioma.
Y, sin añadir otra palabra, se retiró.
De nuevo quedaba Eliana desorientada y temerosa. La más leve equivocación sería fatal.
Transcurrieron las horas, lentas, crispadas de angustia. Al anochecer, una mano cautelosa llamó a la ventana. Eliana acudió a abrir, mientras los latidos de su corazón la ahogaban.
Una silueta pequeña y rápida se deslizó en el interior de la casa. A la tenue luz de la lámpara, Eliana distinguió a un chino de cabellos canosos y la frente surcada de arrugas. Su barba rala era completamente blanca. Guiada por su intuición, la niña supo que aquél era Ling Sai. Entrecerró los ojos para no delatar su temor y permaneció inmóvil. ¿Qué nombre daría Lin a su padre? ¿Sería efusiva con él o le trataría con tradicional respeto?
—Lin —pronunció Ling Sai con voz profunda y conmovida.
Eliana respiró con más libertad, aunque la angustia seguía oprimiéndola. El oriental no la había reconocido, por lo menos en el primer instante.
—Padre —contestó, y en su turbación no se inclinó en la habitual reverencia de saludo.
—Aquí tienes la cuarta pagoda, oh hija del Dragón.
Eliana ya había oído llamar así a Lin. Pero se sintió intrigada al ver que su propio padre le daba aquel tratamiento, propio de las familias imperiales. Observando a Ling Sai, no se advertían en él rasgos ni actitudes que denotaran una ascendencia real. Más bien tenía el aspecto de un sabio ensimismado en sus estudios. Tampoco su presencia sugería al exaltado fanático que había maldecido las nueve pagodas. Y si la maldición de Ling Sai pesaba sobre aquellas torres de oro, ¿por qué él mismo se presentaba ahora para completar la funesta colección?
Un torbellino de preguntas giraba en la mente de Eliana, pero su rostro permanecía impasible.
—¿Cómo lograste engañar al Gran Uno para apoderarte de esa pagoda?
Ling Sai sonrió sutilmente.
—El Gran Uno cree que he muerto. Y nadie detiene a un fantasma cuando entra en el refugio de su enemigo para arrebatarle con sus manos de ultratumba aquello que no pudo quitarle en vida.
—¿Y el doctor blanco?



Por toda la ciudad corría secretamente aquel rumor.

Eliana se arriesgó a formular aquella pregunta, y una especie de vértigo la dominó mientras esperaba la respuesta. ¿Había cometido una fatal imprudencia? ¿Se había traicionado y Ling Sai descubriría que era una impostora?

La mirada del sabio no perdió su vaga placidez.

—Mi amigo el doctor Davis ya no está en peligro. El Gran Uno, por mucho que extienda su garra, no podrá apresarlo de nuevo.

El alivio que experimentó Eliana fué tan intenso, que debió recurrir a todo su valor para no romper en llanto. Las lágrimas de felicidad habrían sido tan reveladoras y peligrosas como los sollozos de temor y desesperación.

Un nuevo visitante entró en la casa. Era Hsu, el joven oriental. Saludó con una breve reverencia a Ling Sai y luego dijó:

—Sublime, es hora de que vayas al Templo de los Cien Dragones.

El instante decisivo había llegado. Y no sólo Eliana recibía aquel anuncio. Por toda la ciudad corría secretamente el rumor.

—Vamos —dijo Eliana con sencillez.

Ignoraba hacia qué lugar sería conducida y las circunstancias que debería afrontar. Pero una idea le daba aliento y hacía latir de alegría su corazón: su padre estaba a salvo.

Un palanquín cerrado condujo a Eliana y a Ling Sai, mientras Hsu marchaba adelante.

La escolta del joven asiático infundía confianza a la supuesta Lin.

En las cercanías del Templo de los Cien Dragones reinaba en apariencia una gran calma. La luna iluminaba plácidamente las escalinatas y los dragones esculpidos en las barandas. Los techos curvos fulgían con suavidad y las campanillas de sus ángulos permanecían inmóviles, pues ni la más leve brisa agitaba el ambiente.

El palanquín, con los dos protagonistas principales de aquella noche extraña, plagada de presagios, aguardaba ante las gradas marmóreas. De pronto un hombre descendió corriendo aquellos peldaños. Era alto y esbelto y sus movimientos tenían una agilidad felina. Algo surcó el aire, con un silbido agudo, pero la veloz silueta prosiguió su carrera.

—¡Hsu! —murmuró Eliana, reconociéndolo.

El joven se detuvo junto al palanquín y susurró con voz jadeante:

—No entres, Sublime. La traición te acecha.

Eliana sintió, fija en ella, la mirada interrogadora de Ling Sai, y comprendió que no debía vacilar. Con un ademán indicó a Hsu que la ayudara a descender. Advirtió que, bajo su mano, la diestra de Hsu temblaba. Al mirarle, vió sus rasgos contraídos. Subieron las gradas. No se veía una sombra viviente, ni se escuchaba rumor alguno. El lugar parecía desierto. Las colosales figuras de los dragones de piedra vigilaban en la sombra.

Eliana penetró en el templo, cuya puerta se abrió ante ella, sin estridor de hierros ni de maderas. Continuó avanzando, con Ling Sai a su izquierda y Hsu a la derecha. En la fugaz mirada que dirigió a sus acompañantes, comparó sus expresiones, asombrosamente distintas. El viejo rostro de Ling Sai denotaba una beatífica satisfacción. Era la imagen del hombre que ha alcanzado el anhelo de su existencia. En cambio, el semblante de Hsu era como una máscara de dolor. En aquellos ojos sesgados se reflejaba una agonía terrible. Los finos labios se veían rígidos por el esfuerzo de contener una queja.

—Gloriosa Lin.

La voz resonó inesperadamente, vibrando en todos los ámbitos del templo.

—Gloriosa Lin —repitieron otras voces, apagadas y múltiples.

La nave se iluminó y Eliana se halló rodeada de los orientales que ya una vez viera reunidos en el sótano de un templo budista.

—El Gran Uno te hablará —anunció un asiático.

Eliana permanecía inmóvil, sintiendo junto a ella la silenciosa protección de Ling Sai y de Hsu.

Percibió un rumor confuso y contenido. Comprendió que había otra multitud un poco más alejada. No solamente la secta de los Cien estaba congregada aquella noche. Sin saber por qué, se sintió defendida.

En el profundo silencio, Ling Sai preguntó:

—¿Se mostrará por fin el Gran Uno ante vuestros ojos? ¿O es su figura tan deforme y su expresión tan perversa que debe mantenerse siempre oculto?



Hsu bajaba corriendo la escalinata del templo de los Cien Dragones.

Un rumor espantado se esparció entre los concurrentes. El vívido rayo que anunciaba la presencia del Gran Uno hendió el espacio. Ling Sai no se alteró.

—¿Veremos al Gran Uno? —repitió.

Ninguna voz se elevó para responderle. El sabio continuó:

—Sospecho que no se presentará, por una simple razón: tiene las manos vacías. Las nueve pagodas de oro están en poder de la verdadera hija del Dragón.

Su brazo se extendió hacia Eliana. En ese momento, una silueta pequeña se desprendió del grupo. Era la madre Yao, que, cogiendo de la mano a su amiga, la llevó hacia una puerta baja. Ling Sai y Hsu la siguieron.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Eliana murmuró al oído de la anciana:

—¿Y Lin? ¿Está bien?

—Perfectamente —repuso la madre Yao, con una voz juvenil que hizo estremecer a Eliana.

(CONCLUIRA)

Ponchito

por nato





LA MAGIA de MORGANA

LOS TRES JINETES GRISES

CAPITULO II.—Batalla de sortilegios.

Morgana repitió:

—Caballero del rey Arturo, defiéndeme contra mis enemigos, sin preguntarme quiénes son.

Tres jinetes grises cabalgaban hacia Ives, con sus lanzas en ristre. En sus escudos no se veía blasón alguno y sus rostros estaban cubiertos por la celada.

Cuando el Hijo del Lobo embistió al primero, el extraño adversario se desvaneció como una silueta de humo.

Por su parte, Morgana intervenía con sus mágicos poderes para detener a los otros jinetes. A un signo de la hechicera brotaba de la tierra un cerco de arbustos espinosos, o las lanzas se convertían en inútiles ramas. De súbito el trueno fragoroso resonaba en la floresta y los rayos encendían el aire. En medio de ese clima de sortilegio, en que dos fuerzas airadas trataban de dominar, los contendores sostuvieron una lucha a muerte.



El primer adversario se desvaneció como una silueta de humo.

Al rayar el alba, el bosque de Brocelandia recobró su aspecto habitual, y entonces los tres jinetes grises y el

defensor de Morgana volvieron a la realidad. Sintieron el quemante dolor de sus heridas, el cansancio, la agonía. Ives se oprimió el hombro con su guantelete de hierro y la sangre lo enrojeció lentamente. Dos jinetes yacían inertes sobre sus monturas. El tercero avanzó rígidamente. Cuando estuvo a pocos pasos de Ives, levantó su yelmo con un gesto maquinal. Una exclamación de dolor brotó de los labios del doncel. ¡Había reconocido a Ogier, su joven padrino de armas, su amigo leal, caballero también de la Mesa Redonda!



A un signo de la hechicera...

Advirtió con asombro y tristeza que la mirada fija de Ogier era la de un ser que ha muerto, pero que aun se yergue sostenido por un odio sin límites.

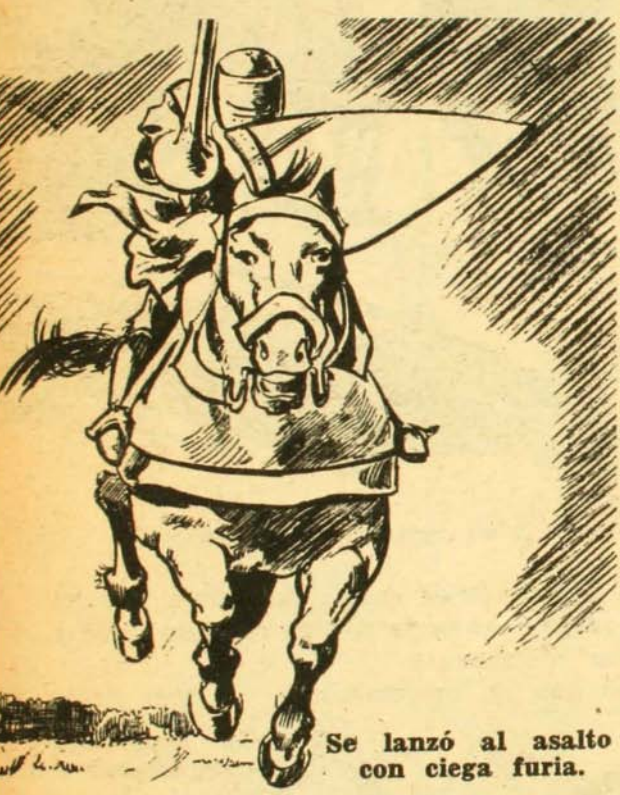
—¡Ogier! —pronunció con voz potente.

Pero el caballero era víctima de un maleficio. Un mes antes erraba lejos de Camelot cuando avistó un torreón erigido sobre negras lavas. Trepó la sombría pendiente, y, próximo ya a la cima, se sintió dominado por el vértigo. Al recobrar la conciencia vió, inclinadas sobre él, a tres mujeres viejas como el



Ogier cayó bajo el maligno embrujo.

tiempo. Reían diabólicamente, con sus bocas desdentadas. Luego cesaron de reír y sus ojos incoloros se fijaron en Ogier. Bajo aquella mirada maléfica, él olvidó su nombre, las leyes de la caballería y la corte del rey Arturo. Perdió su voluntad y su mente. Estaba en poder de las tres Parcas, enemigas de Morgana. No reconoció a Ives y, poseído por el embrujo, se lanzó al asalto con ciega furia. La indecisión dominó al Hijo del Lobo. En el último instante se apartó y, de un solo tajo partió en dos la lanza de su atacante.



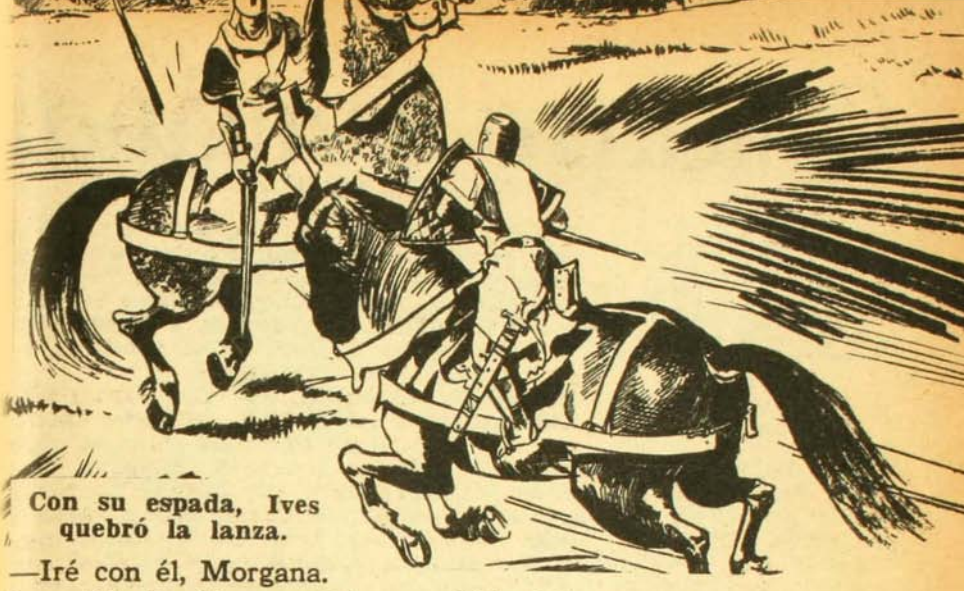
Se lanzó al asalto con ciega furia.

No pudo evitar, sin embargo, el formidable encuentro de las cabalgaduras. Ambos jinetes quedaron desmontados. Ogier no esgrimió su espada. Con el rostro congestionado de ira atravesó corriendo el espacio que lo separaba de Ives y lo oprimió entre sus brazos. Sus fuerzas se habían centuplicado y ningún ser humano hubiera podido resistirlas. Ives sintió que sus huesos crujían. Respiraba penosamente y su mirada se nubló. En vano intentaba libertarse de aquel abrazo asfixiante.

Entonces intervino Morgana. Su mano se levantó. Era fina, casi traslúcida, pero poseía un poder avasallador. Ogier dejó libre a Ives y luego cayó, sumido en un sueño de piedra.

Ives, tambaleante, cogió de las bridas al caballo de su amigo. Morgana, acercándose, le ayudó a incorporar al joven caballero.

—Dejadle ir solo —indicó—. El maleficio ha terminado. Ahora se siente débil como un niño. El caballo lo conducirá a Camelot.



Con su espada, Ives quebró la lanza.

—Iré con él, Morgana.

La rubia hechicera no le permitió alejarse.

—No quiero enfrentar sola a mis enemigas, las tres brujas grises. Confía en mí. Ogier ya no está en peligro.

El héroe vacilaba. ¿Podía fiarse realmente de Morgana?

De pronto la vió ponerse rígida y tensa.

—Las brujas nos persiguen —musitó—. Ven.

Cogiéndole de la mano, corrió con él a través del bosque.

Temblaba la floresta al paso de Morgana, como si fuera barrida por un vendaval. Luego, cuando pasaban las brujas grises, los árboles crepitaban, consumidos por un fuego invisible. Pero no alcanzaban a caer convertidos en pavesas, porque el paso de las Parcas era muy rápido.

—Tenemos que llegar antes que ellas a la fuente del Graal —susurró Morgana, atemorizada.

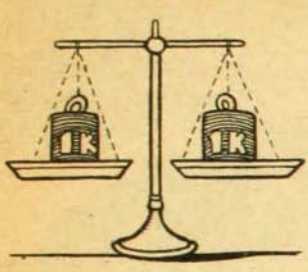
(CONTINUARA)

—Las brujas nos persiguen —musitó Morgana.



Concurso Semanal

¿QUIEN TIENE LA RAZON?



Pelusita afirma que un kilogramo de plomo es más pesado que un kilogramo de plumas. Sin embargo, su amigo Ponchito se ríe a carcajadas y afirma... otra cosa. ¿Quién tiene la razón y *por qué?* Envía tu respuesta a Casilla 84-D, Santiago, revista Simbad, no olvidando de incluir el cupón correspondiente.

SOLUCION A SIMBAD 258: Don Arturo Prat. Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron sorteadas las siguientes personas: CON UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Carlos Henríquez, Melipilla; José Víctor Vera, Hospital Luis Calvo Mackenna, Santiago; Idalvira Rodríguez, Parral; Berta Reichart, Valparaíso; Jaime Muñoz, Curicó; Eliana Mancilla, Cartagena, CON $ 20.—: Lenka Silva, Linares; Francisco J. Castillo, Santiago; Gloria Fuenzalida, San Fernando; Ignacio Rodríguez, Santiago; Arnaldo Carrasco, Coronel; María C. Mariscal, Valparaíso; Guillermo González, Los Andes; Olivia Ordenes, Santiago; Agostina Parra, Collipulli; Orlando Espinoza, Santiago. CON UN LIBRO: Luis Pavez, Santiago; Alejandro Merino, Los Angeles; Héctor Cruz, Viña del Mar; María Angélica del Campo, Villa Alegre de Loncomilla; Marvina Godoy, Santiago; Marianela Torres, Angol; Everton Villagra, Traiguén; Virginia Navarro, Lontué; Graciela Boza, Viña del Mar; Cecilia Sthandier, Valparaíso.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 260

Correspondencia

BERTA REICHART, CARLOS ESCOBAR.—Declaran que esperan anhelantes el día en que han de comprar el "Simbad" para ellos y sus hermanitos. Procuraremos que se aumente el tiraje, a fin de que no sufran por causa de la falta de su querida revista.

ADELFA QUINTANA, LUCY CAMPUSANO, MARIA SUSANA BAEZA.—Fieles lectoras de la pequeña gran revista "Simbad", han de celebrar con alegría los cinco años gloriosos de nuestro semanario. Gracias por sus felicitaciones.

VIVIANA BRUNETTI, RAMON CABAÑAS.—Cada semana aumenta el número de cartas recibidas. Son ya centenares de lectores entusiastas que nos animan a mayores éxitos.

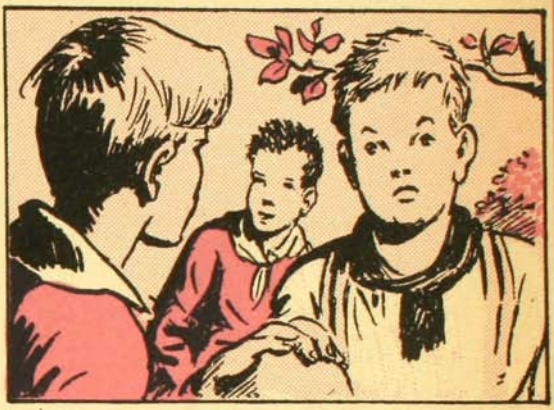
E. HERRERA, SONIA CONTRERAS.—Transmitiremos sus felicitaciones a Nato, Elena Poirier y a Ketmis, por su linda serial, "La Maldición de Ling-Sai".

GRACIA GALVEZ, BARBARA BENTE, CARLITOS RIFFO, MARIA ROSA ROJAS.—Todos son admiradores de esta pequeña gran revista y de sus seriales "Solitario Bill", "Maldición de Ling-Sai" "Trompita", etc. Gracias por sus felicitaciones cordiales.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1954.

Juan y Juanita





3. Ante aquel ruido, la siniestra figura de Roque apareció en una ventana. Los niños huyeron, veloces como liebres, a esconderse otra vez en el bosquecillo. "—Sólo hay una persona que puede ayudarnos —dijo Mincho—: el guardabosques Daniel. Es un hombre honrado".





4. Sin pérdida de tiempo se dirigieron a la casa de Daniel, y le llamaron a gritos. El buen hombre apareció en la ventana, junto a la bondadosa Germana. Mincho le comunicó los recientes sucesos: "—¡Quién hubiera creído esa maldad de la señorita Felisa!", exclamó Germana, santiguándose.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO

